Tiburón

Por

Peter Benchley

PARTE I

Uno

El gran pez se movía silenciosamente a través de las aguas nocturnas, propulsado por los rítmicos movimientos de su cola en forma de media luna. La boca estaba lo suficientemente abierta como para permitir que un chorro de agua atravesase las branquias. Apenas si se notaba ningún otro movimiento: alguna que otra corrección de su trayectoria, aparentemente sin rumbo, elevando o bajando un poco una de sus aletas pectorales; tal como un pájaro cambia de dirección hundiendo un ala y alzando la otra. Los ojos no veían en la oscuridad, y los otros sentidos no transmitían nada extraordinario al pequeño y primitivo cerebro. El pez podría haber estado dormido, exceptuando los movimientos dictados por innumerables millones de años de continuidad instintiva: faltándole la vejiga de flotación común a otros peces y las temblorosas aletas con que hacer pasar el agua transmisora de oxígeno a través de sus agallas, sólo podía sobrevivir moviéndose. Si se detuviera, se hundiría hasta el fondo y moriría de anoxia.

La tierra parecía casi tan oscura como el agua, pues no había luna. Todo lo que separaba el mar de la costa era una larga y recta extensión de playa... tan blanca, que brillaba. Desde una casa situada tras las dunas moteadas de arbustos, unas luces lanzaban destellos amarillentos sobre la arena.

Se abrió la puerta delantera de la casa, y un hombre y una mujer salieron al porche de madera. Se quedaron un momento contemplando el mar, se abrazaron rápidamente, y bajaron los pocos escalones que llevaban a la arena. El hombre estaba borracho, y tropezó en el último escalón. La mujer rio y le tomó de la mano, y juntos corrieron a la playa.

—Primero una zambullida —dijo la mujer—, para aclararte la cabeza.

—Olvídate de mi cabeza —dijo el hombre. Riendo con tono agudo, cayó de espaldas sobre la arena, arrastrando con él a la mujer. Se acariciaron el uno al otro a través de la ropa, entrelazaron miembros con miembros y se revolcaron con urgente ardor sobre la fría arena.

Después, el hombre se echó boca arriba y cerró los ojos. La mujer lo miró, y sonrió.

—Ahora, ¿qué dices de esa zambullida? —le preguntó.

—Ve tú delante. Te espero aquí.

La mujer se alzó y caminó hasta donde el suave oleaje le bañaba los tobillos. El agua estaba más fría que el aire nocturno, pues sólo estaban a mediados de junio. La mujer gritó:

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —pero no hubo respuesta del hombre dormido.

Retrocedió unos pasos, y luego corrió hacia el agua. Al principio sus pasos eran largos y gráciles, pero luego una pequeña ola chocó contra sus rodillas. Trastabilló, recuperó el equilibrio, y se zambulló en la siguiente ola, que ya llegaba a la altura de su cintura. El agua no la cubría, así que se puso en pie, se apartó el cabello de los ojos, y continuó caminando hasta que el mar le cubrió los hombros. Allí comenzó a nadar; con la cabeza fuera del agua y la brazada desacompasada propia de aquéllos a quien nadie ha enseñado.

A un centenar de metros de la costa, el pez notó un cambio en el ritmo del mar. No veía a la mujer, ni aún la olía. A lo largo de su cuerpo había una serie de estrechos canales, repletos de una mucosidad y punteados con terminaciones nerviosas, y esos nervios detectaron vibraciones y enviaron una señal al cerebro. El pez giró hacia la costa.

La mujer continuó nadando, apartándose de la playa, deteniéndose de vez en cuando para comprobar su posición mediante las luces que brillaban en la casa. La resaca era débil, así que no se había desviado ni hacia un lado ni hacia otro. Pero estaba cansándose, así que descansó un instante, flotando, y luego se dirigió hacia la orilla.

Ahora, las vibraciones eran más fuertes, y el pez reconoció en ellas una presa. Los movimientos de su cola se aceleraron, empujando el gigantesco cuerpo hacia adelante, con una velocidad que agitaba a los pequeños animales fosforescentes del agua y les hacía brillar, formando un manto de chispas sobre el pez.

Éste se acercó a la mujer y la rebasó, a unos tres metros y medio hacia un lado, y un par bajo la superficie. La mujer únicamente notó una ola de presión que pareció izarla en el agua para abandonarla luego. Dejó de nadar y contuvo la respiración. Al no notar nada más, volvió a iniciar su desmañado braceo.

Ahora, el pez la olía, y las vibraciones, erráticas y agudas, indicaban urgencia. Comenzó a nadar en círculos más y más cerca de la superficie. Su aleta dorsal emergió, y su cola, en un movimiento de abanico, hendió el espejeante mar con un siseo. Una serie de temblores estremecieron su cuerpo.

Por primera vez, la mujer sintió miedo, aunque no sabía por qué. La adrenalina a través de su tronco y miembros circuló, originando una cálida comezón y urgiéndola a nadar más deprisa. Estimó que se hallaba a cincuenta metros de la costa. Podía ver la línea de blanca espuma donde las olas

rompían en la playa. Vio las luces de la casa, y durante un reconfortante momento, pensó que veía pasar a alguien por una de las ventanas.

El pez estaba a unos doce metros de distancia de la mujer, a un lado, cuando viró repentinamente hacia la izquierda, se hundió totalmente bajo la superficie, y con dos rápidos golpes de cola, estuvo sobre ella.

Al principio, la mujer pensó que se había golpeado la pierna contra una roca o un trozo de madera flotante. No hubo dolor inicial, sólo un violento tirón en su pierna derecha. Tanteó para tocarse el pie, chapoteando con la pierna izquierda para mantener la cabeza en alto, hurgando en la oscuridad con su mano izquierda. No pudo hallar su pie. Palpó más arriba en su pierna, y entonces fue invadida por un acceso de náuseas y mareo. Sus dedos habían hallado un muñón de hueso y carne desgarrada. Sabía que el caliente y borboteante flujo que notaba entre los dedos, en el agua gélida, era su propia sangre.

El dolor y el pánico la asaltaron juntos. La mujer alzó la cabeza y lanzó un gutural grito de terror.

El pez se había alejado. Se tragó la pierna sin masticar. Huesos y carne pasaron a través de la enorme garganta en un único espasmo. Luego, el pez viró de nuevo, apuntando hacia el chorro de sangre que surgía de la arteria femoral de la mujer, una señal tan clara y segura como la de un faro en una noche sin nubes. Esta vez, atacó desde abajo. Surgió por debajo de la mujer, con las mandíbulas abiertas. La gran cabeza cónica la golpeó con la fuerza de una locomotora, lanzándola fuera del agua. Las mandíbulas se cerraron de golpe alrededor de su torso, aplastando huesos, carne y órganos y convirtiéndolos en gelatina. El pez, con el cuerpo de la mujer en su boca, cayó de nuevo al agua con un atronador chapoteo, salpicando espuma, sangre y fosforescencia en una lluvia multicolor.

Bajo la superficie, el pez agitó su cabeza de un lado a otro, mientras sus colmillos triangulares serraban los pocos cartílagos que aún resistían. El cadáver se hizo pedazos. El pez tragó, y luego giró para continuar alimentándose. Su cerebro aún seguía recibiendo las señales de presa cercana. El agua estaba moteada con sangre y jirones de carne, y el pez no podía distinguir por las señales lo que las producía. Atravesó una y otra vez la nube de sangre que se iba disipando, abriendo y cerrando la boca encontrando de vez en cuando algún bocado. Pero, por aquel entonces, la mayor parte de los trozos del cuerpo se habían dispersado. Algunos se hundieron lentamente, acabando por yacer en el arenoso fondo, donde se agitaron con movimientos perezosos, mecidos por la corriente. Unos pocos flotaron justo debajo de la superficie, siguiendo el impulso que acababa en la rompiente.

El hombre se despertó, temblando por el frío del amanecer. Tenía la boca seca y pastosa. Eructó, tenía sabor a whisky y maíz. El sol aún no se había

levantado, pero una línea rosa en el horizonte le decía que el amanecer estaba cercano. Las estrellas aún titilaban débiles en el cielo. El hombre se alzó, y comenzó a vestirse. Estaba molesto porque la mujer no le hubiera despertado y le parecía raro que hubiera dejado sus ropas en la playa. Las recogió, y caminó hacia la casa.

Pasó de puntillas por el porche y, suavemente, abrió la puerta mosquitera, recordando que chirriaba cuando se tiraba de ella. La sala de estar se hallaba oscura, con el desorden de los vasos medio vacíos, ceniceros y platos sucios. Caminó a lo largo de la sala, giró a la izquierda por un pasillo, frente a dos puertas cerradas. La de la habitación que compartía con la mujer estaba abierta, y una lamparilla de noche encendida. Las camas estaban hechas. Tiró la ropa de la mujer en una de ellas y luego regresó a la sala de estar, encendiendo la luz. Ambos sofás estaban vacíos.

Había otros dos dormitorios en la casa. Los propietarios estaban en uno de ellos. Otros dos huéspedes ocupaban el otro. Tan silenciosamente como le fue posible, el hombre abrió la puerta del primero. Había dos camas, en cada una de las cuales había, obviamente, una sola persona. Cerró la puerta y pasó a otra habitación. El anfitrión y anfitriona estaban dormidos a ambos lados de una cama de matrimonio. El hombre cerró la puerta, y regresó a su habitación a buscar el reloj. Eran casi las cinco.

Se sentó en una cama, y miró el montón de ropas en la otra. Estaba seguro de que la mujer no estaba en la casa.

No había habido otros comensales en la cena, así que, a menos que se hubiera encontrado con alguien en la playa mientras él dormía, no podía haberse ido con nadie. Y, aunque así hubiera sido, pensó que probablemente se hubiera llevado al menos parte de su ropa.

Sólo entonces permitió que su mente considerase la posibilidad de un accidente. Con gran rapidez, la posibilidad se transformó en certidumbre. Regresó al dormitorio del anfitrión, dudó un instante junto a la cama, y luego colocó con suavidad su mano sobre un hombro.

—Jack —dijo, dando palmadas al hombro—. Hey, Jack.

El hombre suspiró, y abrió los ojos.

—¿Qué?

—Soy yo, Tom. Siento tener que despertarte, pero creo que quizá nos encontremos en un problema.

—¿Qué problema?

—¿Has visto a Chrissie?

—¿Qué quieres decir con eso de si he visto a Chrissie? Está contigo.

—No, no está. Quiero decir que no puedo encontrarla.

Jack se sentó y encendió la luz. Su esposa se agitó y se tapó la cabeza con una sábana. Jack miró al reloj.

—¡Cristo! Son las cinco de la madrugada. Y tú no puedes encontrar a tu chica.

—Lo sé —dijo Tom—. Lo lamento. ¿Recuerdas cuándo la viste por última vez?

—Seguro que lo recuerdo. Dijo que tú y ella ibais a nadar un poco, y ambos salisteis al porche. ¿Cuándo la viste tú por última vez?

—En la playa. Luego, me quedé dormido. ¿Quieres decir que no regresó?

—No, que yo sepa. Al menos, no antes de que nos fuéramos a la cama, y eso fue alrededor de la una.

—He encontrado su ropa.

—¿Dónde? ¿En la playa?

—Sí.

—¿Has mirado en la sala de estar?

Tom asintió.

—Y también en la habitación de Henkels —añadió.

—¡En la habitación de Henkels!

Tom enrojeció.

—No hace mucho que la conozco. Por lo que sé, quizá tenga unos gustos raros. Y también podría tenerlos Henkels. Quiero decir que no intento sugerir nada; simplemente, deseaba buscar por toda la casa, antes de despertarte.

—¿Y qué es lo que piensas?

—Lo que estoy empezando a pensar —dijo Tom—, es que quizá tuviera un accidente. Tal vez se haya ahogado.

Jack lo miró un momento, y luego contempló de nuevo su reloj.

—No sé a qué hora entra a trabajar la policía de este sitio —comentó—, pero creo que es un buen momento para averiguarlo.

Dos

El patrullero Len Hendricks estaba sentado en su escritorio de la comisaría de policía de Amity, leyendo una novela policíaca titulada Soy mortalmente tuya. En aquel momento en que sonó el teléfono, la heroína, una chica llamada Dixie la Silbadora, estaba a punto de ser violada por una banda de motociclistas. Hendricks dejó que el teléfono sonase hasta que la señorita Dixie hubo castrado al primero de sus atacantes con un cuchillo de cortar linóleo que había ocultado en su cabello.

Tomó el teléfono.

—Policía de Amity, patrullero Hendricks —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Aquí Jack Foote, en la Carretera del Viejo Molino. Quiero informar de la desaparición de una persona. O al menos, de que creemos que ha desaparecido.

—Repita el mensaje —Hendricks había servido en Vietnam como radio, y le gustaba la terminología militar.

—Una de las invitadas a mi casa salió a nadar hacia la una de esta madrugada —dijo Foote—. Aún no ha regresado. Su pareja encontró sus ropas en la playa.

Hendricks comenzó a tomar notas en un bloc.

—¿Cuál es el nombre de esa persona?

—Christine Watkins.

—¿Edad?

—No lo sé. Un momento. Digamos que sobre los veinticinco. Su compañero dice que debe de ser más o menos eso.

—¿Altura y peso?

—Espere un momento —hubo una pausa—. Creemos que probablemente un metro sesenta y cinco, y unos cincuenta kilos.

—¿Color del cabello y de los ojos?

—Escuche, agente, ¿para qué necesita todo esto? Si la mujer se ha ahogado, seguramente será la única que encuentren... al menos esta noche, ¿no? ¿O es que hay un promedio de más de un ahogado cada noche por este lugar?

—¿Quién dice que se haya ahogado, señor Foote? Quizá haya ido a dar un paseo.

—¿En cueros, a la una de la madrugada? ¿Tiene algún informe sobre una mujer que paseaba desnuda?

A Hendricks le agradó la posibilidad de mostrarse insufriblemente frío.

—No, señor Foote. Aún no. Pero, en cuanto empieza la estación veraniega, uno no sabe nunca qué esperar. El pasado agosto, un grupo de maricas organizó un baile en el exterior del Club... un baile nudista. ¿Color del cabello y ojos?

—Su cabello es... Oh, supongo que rubio sucio. Arenoso. No sé qué color de ojos tiene. Tendré que preguntárselo a su compañero. No, dice que él tampoco lo sabe. Digamos que castaños.

—De acuerdo, señor Foote. Nos ocuparemos de ello. Tan pronto como averigüemos algo, nos pondremos en contacto con usted.

Hendricks colgó el teléfono y miró su reloj. Eran las cinco y diez. El jefe no llegaría hasta dentro de una hora, y Hendricks no estaba ansioso de despertarle por algo tan vago como la denuncia de una persona desaparecida. Tal vez la mujer estuviera revolcándose por los matorrales con algún tipo que se hubiera encontrado en la playa. Por otra parte, si el mar la dejaba en algún sitio, el Jefe Brody desearía que las cosas estuvieran en marcha antes de que el cadáver fuera hallado por alguna niñera con un par de críos, y se convirtiese en una molestia pública.

Juicio, eso es lo que el jefe siempre estaba diciendo que necesitaba; eso es lo que hace que uno sea un buen polizonte. Y el reto cerebral del trabajo policíaco había tenido buena parte de influencia en la decisión de Hendricks de alistarse en las fuerzas de Amity después de regresar de Vietnam. La paga era adecuada: nueve mil dólares para empezar, quince mil al cabo de quince años, más extras. El trabajo como policía ofrecía seguridad, un horario regular y la oportunidad de pasárselo bien: no sólo dando palizas a muchachos delincuentes o atrapando borrachos, sino resolviendo robos, tratando de cazar a algún violador ocasional (el verano anterior un jardinero negro había violado a siete mujeres blancas ricas, ninguna de las cuales quería aparecer ante el juez para atestiguar en su contra), y... en un plano algo más elevado, la oportunidad de convertirse en un miembro respetado y activo de la comunidad. Además, el ser un polizonte de Amity no era muy peligroso; ciertamente no como el trabajar para la policía de una gran ciudad. La última fatalidad relacionada con el trabajo sucedida a un agente de Amity ocurrió en 1957, cuando éste había tratado de detener a un borracho que corría con su coche a lo largo de la autopista de Montauk, y había sido empujado fuera del asfalto y lanzado contra una pared de piedra.

Hendricks estaba convencido de que tan pronto como pudiera escapar a aquel maldito turno de medianoche a las ocho, empezaría a disfrutar de su trabajo. No obstante, por el momento, era una lata. Sabía perfectamente por qué tenía el último turno. Al Jefe Brody le gustaba ir metiendo en harina a sus chicos lentamente, dejándoles que se enterasen de los fundamentos del trabajo policíaco: buen sentido, razonamiento sólido, tolerancia y amabilidad, a una hora del día en que no se hallasen demasiado atareados.

El turno burocrático era de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, y se necesitaba para él experiencia y diplomacia. Seis hombres trabajaban en él. Uno regulaba el tráfico veraniego en la intersección de las calles Mayor y de la Playa. Dos patrullaban en coches. Uno estaba a cargo del teléfono en la comisaría. Otro se ocupaba del trabajo de oficina. Y el jefe se cuidaba del público: las señoras que se quejaban de que no podían dormir a causa del bullicio que había en el Randy Bear o en el Saxon's, las dos tabernas del pueblo; de los propietarios de casas que protestaban de que los vagos estuvieran ensuciando las playas y perturbando la paz; y los banqueros, agentes de Bolsa y abogados de vacaciones que pasaban a discutir sus diversos planes para conservar Amity como una colonia veraniega prístina y exclusiva.

De las cuatro a medianoche era el turno de los problemas, cuando los jóvenes sementales de los Hamptons se reunían en el Randy Bear para iniciar una pelea, o, simplemente, para emborracharse de tal forma que se convertían en una amenaza en las carreteras; cuando, cosa rara, un par de bestias de rapiña de Queens acechaban en las oscuras travesías para atracar a los paseantes; y a veces, más o menos en un par de ocasiones por mes durante el verano, habiendo acumulado los suficientes datos, la policía se sentía obligada a realizar una redada a causa de la marihuana en alguna de las grandes casas de la ribera. Había seis hombres de las cuatro a medianoche, los seis más corpulentos de la fuerza, todos ellos de treinta a cincuenta años de edad.

De medianoche a las ocho las cosas estaban normalmente tranquilas. Durante nueve meses del año, la paz estaba prácticamente garantizada. El mayor acontecimiento del invierno anterior había sido una tormenta eléctrica que había hecho dispararse todas las alarmas que conectaban a la comisaría de policía con cuarenta y ocho de las más grandes y caras mansiones de Amity. Usualmente, durante el verano, el turno de medianoche a las ocho estaba servido por tres agentes. Sin embargo, uno de ellos, un chico joven llamado Dick Angelo, tomaba ahora sus dos semanas de vacaciones, antes de que la estación llegase a su momento álgido. El otro era un veterano con treinta años en la fuerza, llamado Henry Kimble, que había elegido el turno de medianoche a ocho porque le permitía dormir, pues tenía otro trabajo diurno como encargado de la barra en el Saxon's. Hendricks trató de entrar en contacto con Kimble por radio para hacer que caminase a lo largo de la playa

junto a la Carretera del Viejo Molino; pero sabía que era un intento inútil. Como siempre, Kimble estaba dormido como un leño en un coche patrullero aparcado detrás de la farmacia de Amity. Así que Hendricks tomó el teléfono y marcó el número de la casa del Jefe Brody.

Brody estaba dormido, en aquel incierto estado anterior al despertar, cuando los sueños cambian con rapidez y hay momentos de semiconsciencia. El primer timbrazo del teléfono fue asimilado a su sueño: una visión de que estaba de regreso en la escuela superior, sobando a una chica en la escalera. El segundo timbrazo hizo pedazos la visión. Rodó sobre sí mismo y tomó el receptor.

—¿Ajá?

—Jefe, aquí Hendricks. No me gusta tener que molestarle tan pronto, pero...

—¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte.

—Leonard, será mejor que tengas una buena excusa.

—Creo que tenemos un flotador entre las manos, jefe.

—¿Un flotador? ¿Qué demonios es un flotador?

Era una palabra que Hendricks había tomado de sus lecturas nocturnas.

—Una ahogada —dijo azorado. Le contó a Brody la llamada telefónica de Foote—. No sabía si usted querría que investigásemos antes de que la gente comenzase a nadar. Quiero decir que parece que va a hacer un día agradable.

Brody lanzó un suspiro exagerado.

—¿Dónde está Kimble? —dijo, y luego añadió rápidamente—. Oh, no importa. Ha sido una pregunta estúpida. Uno de estos días voy a arreglar la radio que lleva, para que no pueda apagarla.

Hendricks esperó un instante, y luego añadió:

—Como ya le he dicho, jefe, no me gusta tener que molestarle...

—Ajá, ya sé, Leonard. Has hecho bien en llamar. Ya que estoy despierto, me voy a levantar. Me afeitaré, me daré una ducha y tomaré un poco de café, y camino ahí, echaré una mirada a lo largo de la playa frente al Viejo Molino y Scotch, para ver si tu "flotador" no está ensuciando la playa de alguien. Luego, cuando lleguen los chicos de día, iré a hablar con Foote y el compañero de la muchacha. Te veré luego.

Brody colgó el teléfono y se desperezó. Miró a su esposa, que estaba echada junto a él en la cama de matrimonio. Se había estremecido un poco al sonar el teléfono, pero tan pronto como estuvo segura de que no había emergencia alguna, cayó de nuevo en el sueño.

Ellen Brody tenía treinta y seis años, cinco menos que su esposo, y el hecho de que apenas si parecía tener treinta despertaba al mismo tiempo el orgullo y la envidia de Brody: orgullo porque, dado que tenía un aspecto encantador y joven y estaba casada con él, le hacía parecer un hombre de excelente gusto y sustancial atractivo; envidia porque había sido capaz de mantener su buen aspecto a pesar de la prueba de tener tres hijos, mientras que Brody, si bien no era grueso con su 1,82 m. de estatura y sus 80 kilos, estaba comenzando a preocuparse por su presión sanguínea y su creciente panza. A veces, durante el verano, Brody se sorprendía atisbando con despreocupada lujuria a alguna de las jóvenes de largas piernas que andaban por la ciudad con sus pechos sin sujetador saltando bajo finas camisetas de algodón. Pero jamás disfrutaba de esta sensación, pues siempre le hacía preguntarse si Ellen sentiría el mismo cosquilleo cuando miraba a los morenos y delgados jóvenes que, tan perfectamente, complementaban a las chicas de piernas largas. Y, en cuanto se le ocurría este pensamiento, aún se sentía peor, pues lo reconocía como un signo de que estaba en el mal lado de los cuarenta, y que ya había vivido más de la mitad de su vida.

Los veranos eran malas épocas para Ellen Brody, pues en el verano se sentía torturada por pensamientos que no deseaba tener: pensamientos de oportunidades perdidas y vidas que pudieron ser. Veía a la gente con la que había crecido: compañeras de la escuela primaria ahora casadas con banqueros y agentes de Bolsa, que veraneaban en Amity e invernaban en Nueva York, gráciles mujeres que jugaban tenis y animaban conversaciones con igual facilidad, mujeres que (eso era algo de lo que Ellen estaba convencida) bromeaban entre ellas acerca de que Ellen Shepherd se había casado con aquel policía porque la había dejado preñada en el asiento trasero de su Ford modelo 1948, lo que además no era cierto.

Ellen tenía veintiún años cuando había conocido a Brody. Acababa de terminar el primer curso en Wellesley y pasaba el verano en Amity con sus padres, tal como había hecho en los anteriores once veranos, desde que la agencia publicitaria de su padre lo había transferido de Los Ángeles a Nueva York. Aunque, a diferencia de varias de sus amigas, Ellen Shepherd no estaba en lo más mínimo obsesionada con el matrimonio; suponía que al cabo de uno o dos años de acabar sus estudios, se casaría con alguien de aproximadamente su propia situación social y financiera. Este pensamiento ni la preocupaba ni la alegraba. Disfrutaba de la modesta riqueza que su padre había ganado, y sabía que también su madre lo hacía. Pero no estaba ansiosa por vivir una vida que fuera repetición de la de sus padres. Estaba familiarizada con los

inconsecuentes problemas sociales, y la aburrían. Se consideraba a sí misma una chica simple, orgullosa de que en el anuario de la promoción de 1953 en la Escuela de la señorita Porter hubiera sido elegida "la más sincera".

Su primer contacto con Brody fue profesional. Fue detenida... o, mejor dicho, detuvieron a su acompañante. Era tarde por la noche, y estaba siendo llevada a casa por un joven muy borracho, que se dedicaba a conducir a gran velocidad por calles muy estrechas. El coche fue interceptado y parado por un policía que impresionó a Ellen por su juventud, su aspecto y su amable comportamiento. Tras entregar una denuncia, confiscó las llaves del luche del acompañante de Ellen y llevó a ambos a sus respectivas casas. A la mañana siguiente, Ellen iba de compras cuando se encontró junto a la comisaría de policía. En plan de broma, entró en ella y preguntó el nombre del joven agente que había estado de servicio hacia la medianoche del día anterior. Luego, regresó a casa y escribió a Brody una nota de agradecimiento por ser tan amable, y también otra al jefe de policía encomiando al joven Martin Brody. Brody le telefoneó para agradecerle su nota de agradecimiento.

Cuando le pidió que fuera a cenar y al cine con él en su noche libre, aceptó por pura curiosidad. Casi nunca había hablado con un policía, y menos salido con uno. Brody estaba nervioso, pero Ellen parecía tan genuinamente interesada en él y en su trabajo, que al fin se calmó lo bastante como para pasárselo bien. Ellen lo encontró encantador: fuerte, simple, amable... sincero. Llevaba seis años de policía. Le dijo que su ambición era llegar a ser el jefe de la policía de Amity, tener hijos con los que ir a cazar patos en otoño, y ahorrar lo bastante como para tomarse unas vacaciones de verdad cada dos o tres años.

Se casaron aquel noviembre. Los padres de Ellen habían querido que acabase los estudios, y Brody había estado dispuesto a esperar hasta el verano siguiente, pero Ellen no podía imaginar que un año más pudiera significar alguna diferencia en la vida que había escogido.

Hubo algunos momentos apurados durante los primeros años. Los amigos de Ellen los invitaban a comer o a cenar, o a ir a nadar, e iban; pero Brody se encontraba a disgusto y le parecía que le trataban con condescendencia. Cuando se reunían con los amigos de Brody, el pasado de Ellen parecía atenuar la diversión. La gente se comportaba como si tuviesen miedo de dar un mal paso. Gradualmente, a medida que fueron creciendo sus amistades, desaparecieron los apuros. Pero ya nunca veían a los viejos amigos de Ellen. Y aunque el ostracismo por parte de la "gente de verano" le ganó el afecto de los residentes de todo el año de Amity, esto le ocasionó la pérdida de muchas cosas agradables y familiares de sus primeros veintiún años de vida. Era como si se hubiera trasladado a otro país.

Hasta hacía unos cuatro años, esto no la había preocupado. Estaba

demasiado ocupada, y demasiado feliz, criando niños, para dejar que su mente contemplase las alternativas perdidas hacía tanto. Pero, cuando su último niño comenzó a ir a la escuela, se sintió a la deriva, y empezó a recordar cómo su madre había vivido su vida una vez que sus hijos hubieron iniciado la separación de ella: ir de compras (divertidas porque había suficiente dinero para comprarlo todo excepto las cosas más horriblemente caras), largas comidas con amigos, tenis, cócteles, viajes de fin de semana... Lo que en otro tiempo le había parecido poco profundo y tedioso, ahora se alzaba en su memoria como el paraíso.

Al principio trató de restablecer nexos con amigos que no había visto en diez años, pero todo interés y experiencia común se habían desvanecido hacía mucho. Ellen hablaba alegremente acerca de la comunidad, de la política local, de su trabajo voluntario en el Hospital Southampton, temas acerca de los que sus viejos amigos, muchos de los cuales habían estado viniendo a Amity cada verano durante más de treinta años, sabían poco y les importaban aún menos. Ellos hablaban de la política, de Nueva York, de las galerías de arte y los pintores y escritores que conocían. La mayor parte de las conversaciones terminaban con débiles reminiscencias y especulaciones acerca de dónde estarían ahora los viejos amigos. Siempre había promesas de llamarse de nuevo y volver a reunirse.

De vez en cuando trataba de hacer nuevos amigos entre la gente de verano que no conocía, pero estas relaciones eran forzadas y breves. Hubieran podido durar si Ellen se hubiera preocupado menos por su casa, por el empleo de su esposo, y por lo mal pagado que estaba. Se cuidaba muy bien de que todos aquellos a quienes conocía supiesen que había iniciado su vida en Amity en un plano totalmente diferente. Se daba cuenta de lo que estaba haciendo, y se odiaba a sí misma por ello, porque, en realidad, amaba profundamente a su esposo, adoraba a sus hijos y, durante la mayor parte del año, estaba bastante satisfecha de su suerte.

Por aquel entonces, ya había abandonado casi por completo sus activas exploraciones de la comunidad veraniega, pero aún le quedaban los resentimientos y los deseos. No era feliz, y hacía caer la mayor parte de su infelicidad sobre su esposo, hecho que ambos comprendían, pero que sólo él podía tolerar. Le hubiera gustado poder ser puesta en animación suspendida durante un trimestre cada año.

Brody rodó hacia Ellen, alzándose sobre un codo y apoyando la cabeza en su mano. Con la otra mano apartó un mechón de cabello que estaba haciéndole cosquillas en la nariz a su esposa, que se agitaba. Debatió consigo mismo sobre si despertarla para una rápida sesión de sexo. Sabía que a ella le costaba despertarse y que su comportamiento de primeras horas de la mañana era más quisquilloso que romántico. Y, sin embargo, podría ser divertido. No había habido mucho sexo en casa de los Brody últimamente. No solía haberlo

cuando Ellen estaba con su humor de verano.

Justo entonces, Ellen abrió la boca y comenzó a roncar. Brody sintió que se le pasaban las ganas tan rápidamente como si alguien le hubiera echado agua helada sobre los riñones. Se levantó, y fue al baño.

Eran casi las seis y media cuando Brody llegó a la Carretera del Viejo Molino. El sol se hallaba bastante alto. Había perdido su color rojo matutino y estaba pasando de naranja a amarillo brillante. En el cielo no había nubes.

Teóricamente, había un pasaje reglamentario entre cada casa, para permitir el acceso público a la playa, que podía ser propiedad privada únicamente hasta el límite medio de la marea alta. Pero los pasajes entre la mayor parte de las casas estaban cortados por garajes o cercas de arbolillos. Desde la carretera no se veía la playa. Lo único que Brody podía ver eran las cimas de las dunas. Así que, cada cien metros, más o menos, tenía que detener el coche patrullero y caminar por un sendero para llegar a un punto desde el que pudiera dar una ojeada a la playa.

No había señal de cadáver alguno. Lo único que se veía en la ancha extensión blanca eran algunos trozos de madera arrastrada por el agua, una lata o dos, y una faja de un metro de ancho de algas, que iba siendo empujada hacia la costa por la brisa del sur. Prácticamente no había oleaje, así que si un cuerpo estuviera flotando en la superficie, habría sido visible. Si hay un flotador por ahí, pensó Brody, está flotando bajo la superficie, y jamás lo veré hasta que sea arrojado a la playa.

Hacia las siete, Brody había recorrido toda la costa entre la Carretera del Viejo Molino y Scotch. La única cosa que había visto que le pareció algo rara era un plato de papel en el que se hallaban tres cáscaras de naranja en espiral, señal de que los picnics playeros de ese verano iban a ser más elegantes que nunca.

Volvió hacia atrás a lo largo de la calle Scotch, giró hacia el norte en dirección al centro por Bayberry Lane, y llegó a la comisaría a las siete y diez.

Hendricks estaba acabando con su papeleo cuando entró Brody, y pareció decepcionado al ver que no arrastraba un cadáver tras él.

—¿No ha tenido suerte, jefe? —preguntó.

—Eso depende de lo que entiendas por suerte, Leonard. Si quieres decir si encontré un cadáver y que si no lo encontré eso es malo, la respuesta a ambas preguntas es no. ¿Ha vuelto ya Kimble?

—No.

—Bueno, espero que no se quede dormido. Sería encantador que la gente lo viera roncando en un coche de la policía cuando salgan de compras.

—Estará aquí a las ocho —dijo Hendricks—. Siempre lo hace.

Brody se sirvió una taza de café, entró en su oficina y comenzó a hojear los periódicos matutinos: la primera edición del Daily News de Nueva York y la del local, el Leader de Amity, que salía semanalmente en invierno y diariamente en verano.

Kimble llegó un poco antes de las ocho, con aspecto de haber estado durmiendo vestido con el uniforme, y se llenó una taza de café con Hendricks mientras esperaban que llegase el turno de día. El reemplazo de Hendricks llegó a las ocho en punto, y éste estaba poniéndose su chaqueta corta de cuero y preparándose a irse, cuando Brody salió de su oficina.

—Voy a ir a ver a Foote, Leonard —dijo Brody—. ¿Quieres venir conmigo? No tienes por qué hacerlo, pero pensé que quizá te gustaría seguir el asunto de tu... flotador —Brody sonrió.

—Seguro, ya lo creo —contestó Hendricks—. No tengo nada que hacer hoy, así que puedo dormir toda la tarde.

Fueron en el coche de Brody. Mientras entraban por el sendero de la casa de Foote, Hendricks dijo:

—¿Qué te apuesto a que están todos dormidos? Recuerdo que el verano pasado una mujer llamó a la una de la madrugada y me preguntó si podría ir lo más pronto posible a la mañana siguiente, porque pensaba que le faltaban algunas de sus joyas. Me ofrecí para ir en seguida, pero me dijo que no, que se iba a la cama. De todos modos, aparecí a las diez en punto, a la mañana siguiente. Me echó fuera. “No quería decir tan pronto”, me gritó.

—Ya veremos —dijo Brody—. Si están realmente preocupados por esa dama, estarán despiertos.

La puerta se abrió casi antes de que Brody hubiera dejado de golpear.

—Estábamos esperando su llamada —dijo un hombre joven—. Soy Tom Cassidy. ¿La han encontrado?

—Soy el Jefe Brody. Éste es el agente Hendricks. No, señor Cassidy, no la hemos encontrado. ¿Podemos pasar?

—Oh, naturalmente. Perdonen. Pasen a la sala de estar. Iré a buscar a los Foote.

A Brody le llevó menos de cinco minutos averiguar todo lo que creía que tenía que saber. Luego, tanto para parecer concienzudo como por si había alguna posibilidad de descubrir algo útil, pidió que le enseñaran la ropa de mujer desaparecida. Lo hicieron entrar en el dormitorio y miró la ropa que había en la cama.

—¿Llevaba puesto un traje de baño?

—No —dijo Cassidy—. Está en el cajón superior de ahí. Lo he mirado.

Brody hizo una pausa, sopesando sus palabras y luego preguntó:

—Señor Cassidy, no quiero parecer entrometido, ni nada similar, pero ¿sabe si esta señorita Watkins tenía costumbre de hacer cosas raras? Quiero decir, como escaparse en medio de la noche... o ir por ahí desnuda.

—No, que yo sepa —contestó Cassidy—, pero en realidad, no la conocía demasiado bien.

—Ya veo —dijo Brody—. Entonces, supongo que lo mejor será volver a la playa. No tiene por qué venir. Hendricks y yo podemos ocuparnos del asunto.

—Me gustaría ir, si no le importa.

—No me importa. Pensé que quizá no lo desease.

Los tres hombres caminaron hasta la playa. Cassidy mostró a los policías dónde se había quedado dormido; la marca que había dejado su cuerpo en la arena seguía visible, y señaló dónde había hallado la ropa de la mujer.

Brody miró a un lado y otro de la playa. Tan lejos como alcanzaba su vista, casi dos kilómetros en ambas direcciones, la playa estaba vacía. Los únicos puntos oscuros en la arena blanca eran montones de algas.

—Demos un paseo —dijo—. Leonard, ve por el este hasta la punta. Señor Cassidy, usted y yo iremos al oeste ¿Llevas tu silbato, Leonard? Por si acaso.

—Lo tengo —respondió Hendricks—. ¿Le importa si me quito los zapatos? Es más fácil caminar sin ellos por la arena dura, y no quiero que se me mojen.

—No me importa —dijo Brody—. Hablando estrictamente, estás fuera de servicio. Hasta puedes quitarte los pantalones si lo deseas. Claro que entonces tendré que detenerte por atentado a la moral.

Hendricks comenzó a caminar hacia el oeste. La arena húmeda tenía un tacto frío y crujiente bajo sus pies. Caminaba con la cabeza baja y las manos en los bolsillos mirando las pequeñas conchas y las masas de algas. Algunos bichos con aspecto de pequeños escarabajos negro corrían apartándose de su camino, y cuando las olas retrocedían, veía cómo diminutas burbujas surgían de los orificios hechos por los gusanos de arena. Disfrutaba con ello. Era curioso, pensó, que cuando uno pasa toda su vida en un lugar, casi nunca hace las cosas que les gusta hacer a los turistas, como caminar por la playa o nadar

en verano. No podía ni recordar la última vez que se había bañado. Ni siquiera estaba seguro de tener un traje de baño. Era como algo que había oído acerca de Nueva York, que la mitad de la gente que vive en la ciudad jamás sube a la azotea del Empire State Building o visita la Estatua de la Libertad.

De vez en cuando, Hendricks alzaba la vista para ver lo cerca que estaba de la punta. En una ocasión, se volvió para otear si Brody y Cassidy habían hallado algo. Supuso que estaban a casi un kilómetro de distancia.

Cuando se volvió y comenzó a caminar, Hendricks vio algo frente a él, un montón de algas que parecía inusitadamente grande. Estaba a unos treinta metros de distancia del mismo, cuando pensó que quizá las algas estuviesen enredadas con algo.

Al llegar al montón, Hendricks se inclinó para apartar algunas de las algas. De pronto, se detuvo. Durante algunos segundos miró, congelado. Buscó en el bolsillo de sus pantalones tratando de hallar su silbato, se lo llevó a los labios e intentó soplar. En lugar de esto, vomitó, trastabilló hacia atrás, y cayó de rodillas.

Envuelta por el montón de algas, se hallaba la cabeza de una mujer, aún unida a los hombros, parte de un brazo y cerca de la tercera parte del tronco. La masa de desgarrada carne estaba moteada de azul y gris, y, mientras vaciaba sus tripas en la arena, Hendricks pensó, y el pensamiento lo hizo arquear de nuevo, que el pecho que quedaba de la mujer aparecía tan plano como una flor aprisionada entre un libro.

—Espere —dijo Brody, deteniéndose y tocando el brazo de Cassidy—. Creo que he oído un pitido.

Escuchó, atisbando bajo el sol matutino. Vio un punto negro en la arena, que supuso era Hendricks, y entonces oyó con más claridad el silbato.

—Venga —dijo—, y los dos hombres comenzaron a trotar sobre la arena.

Hendricks seguía de rodillas cuando llegaron hasta él. Había dejado de vomitar, pero su cabeza aún colgaba, con la boca abierta, y su respiración era difícil por la flema.

Brody iba algunos pasos por delante de Cassidy, y dijo:

—Señor Cassidy, quédese ahí atrás un momento, ¿quiere? —apartó algunas de las algas, y cuando vio lo que había dentro, notó cómo la bilis subía por su garganta. Tragó saliva y cerró los ojos. Al cabo de un momento añadió—: Ahora puede mirar, señor Cassidy, y decirme si es ella o no.

Cassidy estaba aterrorizado. Sus ojos iban del exhausto Hendricks a la masa de algas.

—¿Eso? —dijo, señalando a las algas. Dio un paso hacia atrás—. ¿Esa cosa? ¿Qué quiere decir con si es ella?

Brody aún estaba luchando por controlar su estómago.

—Creo —dijo—, que puede ser parte de ella.

De mala gana, Cassidy se adelantó. Brody apartó algunas de las algas para que Cassidy pudiera ver claramente el rostro gris y boquiabierto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Cassidy, y se llevó una mano a la boca.

—¿Es ella?

Cassidy asintió mirando aún al rostro. Luego, se volvió y preguntó:

—¿Qué es lo que le ha pasado?

—No estoy seguro —contestó Brody—. A primera vista, diría que la atacó un tiburón.

Las rodillas de Cassidy se doblaron, y mientras se hundía en la arena, dijo:

—Creo que voy a vomitar —inclinó la cabeza, y comenzó a tener arcadas.

El hedor del vómito llegó a Brody casi instantáneamente, y supo que había perdido su combate.

—Ahí voy yo —dijo, y también vomitó.

Tres

Pasaron varios minutos antes de que Brody se sintiera lo bastante bien como para alzarse, caminar de regreso a su coche, y llamar a una ambulancia del Hospital Southampton, y pasó casi una hora antes de que llegase ésta y el cuerpo truncado fuera metido dentro de una bolsa de goma y transportado.

Hacia las once, Brody estaba de regreso en su oficina, llenando impresos acerca del accidente. Lo había completado todo excepto la “causa de la muerte”, cuando sonó el teléfono.

—Soy Carl Santos, Martin —dijo la voz del forense.

—Ajá, Carl. ¿Qué tienes que decirme?

—A menos que tengas alguna razón para sospechar que se trata de un asesinato, yo diría que ha sido un tiburón.

—¿Asesinato? —preguntó Brody.

—No estoy sugiriendo nada. A lo que me refería es que es concebible, aunque poco, que algún loco pudiera haber hecho esto a la chica con un hacha y una sierra.

—No creo que se trate de un asesinato, Carl. No hay motivo, no hay armas homicidas y, a menos que me imagine algo muy retorcido, no tengo ningún sospechoso.

—Entonces es un tiburón. Y una bestia muy grande. Ni siquiera la hélice de un gran transatlántico hubiera hecho esto. La hubiera cortado en dos, pero...

—De acuerdo, Carl —le atajó Brody—. Evítame los detalles sangrientos. Mi estómago no está demasiado tranquilo, tal como están las cosas.

—Lo siento, Martin. De todos modos, voy a indicar que se trató del ataque de un tiburón. Diría que esto es lo que también te va mejor a ti a menos que haya... ya sabes... otras consideraciones.

—No —informó Brody—. Esta vez no las hay. Gracias por llamar, Carl.

Colgó, mecanografió "ataque de un tiburón" en el casillero "Causa de la muerte" de los impresos, y se recostó en su sillón.

La posibilidad de que "otras consideraciones" pudieran estar envueltas en aquel caso ni se le había ocurrido a Brody. Aquellas consideraciones eran la parte más delicada de su trabajo, obligándole constantemente a considerar las mejores maneras de proteger el bien común, sin compromisos ni para él ni para la ley.

Eran los inicios de la temporada de verano, y Brody sabía que del éxito o fracaso de aquellas breves doce semanas dependía la fortuna de Amity durante todo el año. Una estación próspera significaba suficiente dinero para compensar al pueblo de un invierno duro. La población invernal de Amity era de unas mil personas. Y esos nueve mil visitantes estivales mantenían vivos a los mil residentes permanentes, durante todo el año.

Los comerciantes, desde los propietarios de la ferretería, la tienda de deportes y las dos gasolineras hasta el farmacéutico local, necesitaban un buen verano para mantenerse durante el invierno, en el cual nunca lograban hacer que los números cuadrasen. Las esposas de los carpinteros, electricistas y fontaneros trabajaban durante el verano como camareras o agentes de la propiedad inmobiliaria, para ayudar a que sus familias pudieran superar el invierno. Sólo había dos permisos para vender licor durante todo el año en

Amity, así que las doce semanas del verano eran críticas para la mayor parte de restaurantes y tabernas. Los que alquilaban botes de pesca necesitaban toda la buena suerte posible: buen tiempo, buena pesca y, por encima de todo, mucha gente.

Incluso tras los mejores veranos, los inviernos eran difíciles en Amity. Tres de cada diez familias necesitaban de la asistencia pública. Docenas de hombres se veían obligados a trasladarse durante el invierno a la costa norte de Long Island, donde malvivían rascando cascos de buques por unos pocos dólares al día.

Brody sabía que un mal verano duplicaría el número de gente necesitada de asistencia social. Si no se alquilaban todas las casas, no habría suficiente trabajo para los negros de Amity, la mayor parte de los cuales eran jardineros, mayordomos, camareros y camareras. Y dos o tres malos veranos seguidos, una circunstancia que afortunadamente no se producía desde hacía más de dos décadas, podía crear un ciclo que arruinase al pueblo. Si la gente no tenía bastante dinero para comprar ropa o gasolina o adecuados suministros alimenticios, si no podían permitirse que sus casas y aparatos domésticos fueran reparados, entonces los comerciantes y empresas de servicios nunca lograrían bastante dinero para mantenerse hasta el verano siguiente. Cerrarían, y los ciudadanos de Amity tendrían que ir a comprar a otro lugar. El pueblo perdería ingresos por impuestos. Los servicios municipales se deteriorarían y los habitantes comenzarían a irse a otros lugares.

Así que había un pacto común, aunque tácito, en Amity, nacido de la necesidad de sobrevivir. Se esperaba que todo el mundo pondría de su parte lo que pudiera para asegurarse de que Amity seguía siendo una agradable comunidad veraniega. Brody recordaba que hacía algunos años un joven y su hermano se habían mudado al pueblo, comenzando a trabajar como carpinteros. Llegaron en primavera, cuando había suficiente trabajo para preparar las casas de los residentes de verano, de modo que todos estaban ocupados, y se les dio la bienvenida. Parecían bastante competentes, y varios carpinteros ya establecidos empezaron a pasarles trabajos.

Pero, a mediados del verano, corrieron inquietantes rumores acerca de los hermanos Felix. Albert Morris, el propietario de la ferretería de Amity, hizo saber que estaban comprando clavos de acero baratos en lugar de clavos galvanizados, y que cobraban a sus clientes como si fueran de estos últimos. En un clima marítimo, los clavos de acero comienzan a oxidarse en pocos meses. Dick Spitzer, que tenía el almacén de maderas, le contó a alguien que los Felix habían ordenado una carga de madera verde, mala, para usar en algunos armarios de una casa de la calle Scotch. Las puertas del armario empezaron a combarse poco después de ser instaladas. Una noche, en un bar, el mayor de los Felix, Armando, fanfarroneó con un amigo de borrachera que en su actual trabajo estaba cobrando por colocar tacos de soporte cada

cuarenta centímetros, pero que en realidad los estaba poniendo cada sesenta. Y al Felix más joven, un muchacho de veintiún años llamado Danny, afectado por un incorregible caso de acné, le gustaba mostrar a sus amigos libros eróticos que afirmaba haber robado de las casas en que trabajaba.

Otros carpinteros dejaron de pasarles trabajos a los Felix, pero por aquel entonces ya habían montado un negocio lo bastante grande como para permitirles sobrevivir durante el invierno. Silenciosamente, el pacto de Amity comenzó a entrar en funciones. Al principio, sólo fueron unas alusiones a los Felix de que ya no eran tan bien recibidos. Armando reaccionó arrogantemente. Pronto, empezaron a ocurrirle pequeñas desgracias. Misteriosamente, todos los neumáticos de su camión se vaciaban de aire y cuando pedía ayuda a la gasolinera Gulf de Amity, se le decía que la bomba de aire estaba rota. Cuando se quedó sin propano en su cocina, la compañía local de gas tardó días en suministrarle un nuevo bidón. Sus pedidos de madera y otros suministros eran, inexplicablemente, retardados o equivocados. En tiendas en que antes habían podido comprar a crédito, se les obligaba a pagar en efectivo. A finales de octubre, los hermanos Felix no podían funcionar como negocio y tuvieron que marcharse.

Generalmente, la contribución de Brody al pacto de Amity consistía, además de mantener la ley y cuidar de que en el pueblo las cosas funcionasen juiciosamente, en suprimir los rumores, y, de acuerdo con Harry Meadows, el director del Leader de Amity, en conservar una cierta prudencia en los escasos acontecimientos desafortunados que podían considerarse noticia.

Las violaciones del anterior verano habían sido mencionadas por el Leader, pero suavizándolas (como molestias a personas), porque Brody y Meadows estuvieron de acuerdo en que el espectro de un violador negro amenazando a todas las mujeres de Amity no sería demasiado bueno para los negocios turísticos. En aquel caso, había el problema adicional de que ninguna de las mujeres que había referido a la policía su violación quería repetir su historia a nadie más.

Si uno de los más ricos residentes veraniegos de Amity era detenido por conducir borracho, Brody estaba dispuesto, si era por primera vez, a denunciarlo sólo por conducir sin licencia, y tal denuncia era convenientemente publicada en el Leader. Pero Brody tenía muy en cuenta advertir al conductor que la segunda vez que fuera atrapado conduciendo borracho sería detenido, acusado y enjuiciado por este delito.

La relación de Brody con Meadows estaba basada en un delicado equilibrio. Cuando llegaban grupos de jóvenes al pueblo de los Hamptons y causaban problemas, le suministraba a Meadows todos los datos: nombres, edades, y acusaciones. Cuando los jóvenes del propio Amity hacían demasiado ruido en una fiesta, el Leader acostumbraba a imprimir un suelto

de un solo párrafo sin nombres ni direcciones, informando al público de que la policía había sido llamada para callar un pequeño incidente que había ocurrido en, por ejemplo, la Carretera del Viejo Molino.

Debido a que varios residentes estivales creían divertido suscribirse todo el año al Leader, el asunto del vandalismo invernal a las casas de veraneo era particularmente delicado. Durante años, Meadows lo había ignorado... dejándole a Brody la tarea de asegurarse de que el propietario fuera avisado, los culpables castigados y los pertinentes operarios enviados a la casa. Pero en el invierno de 1968, fueron saqueadas dieciséis casas en el espacio de pocas semanas. Brody y Meadows estuvieron de acuerdo en que había llegado el momento de iniciar una campaña total en el Leader contra los vándalos de invierno. El resultado fue la conexión de cuarenta y ocho casas con la comisaría de policía, lo que, dado que el público no sabía qué casas estaban conectadas y cuáles no, había eliminado casi por completo estos abusos, lográndose que el trabajo de Brody fuera mucho más fácil, y conferido a Meadows la imagen de ser un director de periódico preocupado por el bienestar social.

De vez en cuando, Brody y Meadows chocaban. Meadows era inflexible en su condena del uso de los narcóticos. También era un hombre con una oreja especialmente buena para lo que era noticia, y cuando le parecía oír una buena historia, una que no fuera susceptible de "otras consideraciones", iba tras ella como un cerdo tras las trufas. Durante el verano de 1971, la hija de una de las más ricas familias de Amity había muerto frente a la playa de la calle Scotch. A Brody le pareció que no había nada que indicase algo sucio en el caso, y, dado que la familia se oponía a una autopsia, se diagnosticó oficialmente la muerte por ahogamiento.

Pero Meadows tenía razones para creer que la muchacha tomaba drogas y que quien las suministraba era el hijo de un polaco cultivador de patatas. Le llevó a Meadows casi dos meses el obtener la historia, pero al fin obligó a realizar una autopsia que probó que, en el momento de ahogarse, la chica estaba inconsciente por una sobredosis de heroína. También le siguió la pista al vendedor de la droga, y dejó al descubierto un tinglado de venta de estupefacientes bastante grande, que operaba en el área de Amity. El relato dejó en muy mal lugar a Amity, y peor a Brody, que, debido a que en el caso estaban implicados varios delitos federales, ni siquiera pudo redimir su anterior despreocupación efectuando una o dos detenciones. E hizo que Meadows ganase dos premios regionales de periodismo.

Ahora le tocaba a Brody apretarle las clavijas para que diera la noticia completa. Pretendía cerrar las playas durante un par de días, para darle al tiburón tiempo de alejarse de la costa de Amity. No sabía si los tiburones podían acostumbrarse al sabor de la carne humana (como había oído que ocurría con los tigres), pero estaba determinado a privar al pez de cualquier

otra persona. Aquella vez quería publicidad, para hacer que la gente temiera al agua y se mantuviera alejada del mar.

Brody sabía que habría una fuerte argumentación en contra de dar publicidad al ataque. Como el resto del país, Amity aún estaba notando los efectos de la recesión. Hasta el momento, aquel verano estaba resultando mediocre. Los alquileres habían aumentado desde el año pasado, pero no eran "buenos" alquileres. Muchas de las casas estaban ocupadas por grupos, bandas de diez o quince jóvenes que llegaban de la ciudad y se repartían el pago de una casa grande. Al menos una docena de las mansiones de primera línea de playa, que costaban de siete a diez mil dólares por temporada, aún no habían sido contratadas, y muchas más de la clase de cinco mil dólares seguían sin alquilar. Un informe sensacionalista sobre el ataque del tiburón podría convertir esa mediocridad en un desastre.

Sin embargo, pensaba Brody, una muerte a mediados de junio, antes de que llegasen las muchedumbres, probablemente sería olvidada pronto. Con certeza tendría menos efecto que si se producían dos o tres muertes. Quizá el pez ya se hubiera marchado, pero Brody no deseaba arriesgar vidas sobre esta posibilidad: tal vez pudiera hacerlo, pero no se atrevía a aventurarse tanto.

Marcó el número de Meadows.

—Hey, Harry —dijo—. ¿Estás libre para comer?

—Me estaba preguntando cuándo llamarías —contestó Meadows—. Naturalmente. ¿En mi casa o en la tuya?

De repente, Brody deseó no haber llamado a la hora de comer. Su estómago seguía agitado, y sólo pensar en comida le daba náuseas. Alzó la vista hacia el calendario de la pared. Era jueves. Como todos sus amigos que se hallaban sometidos a ingresos fijos y poco amplios, los Brody compraban de acuerdo con las ofertes del supermercado. La del lunes era pollo, la del martes cordero, y así durante toda la semana. A medida que consumían cada artículo, Ellen lo anotaba en su lista y lo remplazaba la siguiente semana. Las únicas variables eran la lubina o algún otro pescado que eran insertados en el menú cuando algún pescador amigo iba a visitarles. La oferta del jueves era la hamburguesa, y Brody ya había tenido bastante carne picada por aquel día.

—En la tuya —dijo—. ¿Por qué no pedimos la comida a Cy's? Podríamos comer en tu oficina.

—A mí me va bien —repuso Meadows—. ¿Qué es lo que quieres? Lo pediré ahora mismo.

—Ensalada de huevo, supongo, y un vaso de leche. Iré enseguida. —Brody llamó a Ellen para decirle que no iría a casa a comer.

Harry Meadows era un hombre inmenso, para el que el hecho de inspirar era ya lo bastante trabajoso como para originar que su frente se perlase de sudor. Tenía casi cincuenta años, comía demasiado, fumaba en cadena cigarros baratos, bebía whisky barato y según palabras de su doctor, era el principal candidato del mundo occidental para un tremendo infarto de coronarias. Cuando llegó Brody, Meadows estaba sentado frente a su escritorio, haciendo abanico con una toalla frente a una ventana abierta.

—En deferencia a lo que debe de ser un estómago agitado, a juzgar por lo que has pedido de comer —comentó—, estoy tratando de limpiar el aire de la esencia del White Owl.

—Te lo agradezco —dijo Brody. Miró por la pequeña y abarrotada habitación, buscando un lugar en que sentarse.

—Sólo tienes que tirar esos papeles que hay sobre aquella silla —indicó Meadows— Al fin y al cabo no son más que informes gubernamentales. Informes del condado, informes del estado, informes de la comisión de carreteras y de la comisión de aguas. Posiblemente cuestan un millón de dólares de realizar, y desde el punto de vista informativo no valen lo que una meada.

Brody tomó el montón de papeles y los apiló sobre un radiador. Llevó la silla junto al escritorio de Meadows y se sentó.

Éste buscó en el interior de una gran bolsa de papel marrón, sacó una taza de plástico y un sándwich envuelto en celofán, y se los pasó a Brody por encima de la mesa. Luego, comenzó a desenvolver su propia comida, cuatro paquetes distintos que abrió y colocó frente a sí con el cariño de un joyero mostrando unas gemas raras: un plato gigante de albóndigas que rezumaban salsa de tomate, una bandeja de cartón plastificado repleta de aceitosas patatas fritas, un pepinillo en vinagre del tamaño de una calabaza pequeña y un cuarto de pastel de merengue de limón. Tendió la mano tras su sillón y de una pequeña nevera sacó una lata de cerveza grande.

—Delicioso —dijo con una sonrisa mientras contemplaba el festín extendido frente a él.

—Asombroso —replicó Brody, conteniendo un ácido eructo—. Jodidamente asombroso. Quizá haya comido un millar de veces contigo, Harry, pero sigo sin acostumbrarme a ello.

—Todo el mundo tiene sus pequeñas manías, amigo mío —dijo Meadows mientras empezaba con las albóndigas—. Algunas personas persiguen a las esposas de los demás. Otros se ahogan en whisky. Yo encuentro mi solaz en los alimentos que nos ofrece la Madre Naturaleza.

—Eso será de un gran consuelo para Dorothy cuando tu corazón diga:

“Ya hubo bastante, so bestia, adiós”.

—Ya hemos discutido esto Dorothy y yo —puntualizó Meadows, filtrando las palabras a través de su boca repleta de pan y carne—. Y estamos de acuerdo en que una de pocas ventajas que tiene el hombre sobre los otros animales es la posibilidad de elegir la forma de su propia muerte. Puede que la comida me mate, pero también es lo que habrá hecho agradable mi vida. Además, prefiero morir a mi manera que en la tripa de un tiburón. Y, después de lo de esta mañana, estoy seguro de que tú también estarás de acuerdo.

Brody estaba empezando a tragar un bocado de su ensalada de huevo, y tuvo que obligarlo a pasar en lucha contra una arcada que ascendía.

—No me hagas eso —suplicó.

Comieron en silencio durante algunos instantes. Brody acabó su sándwich y la leche, hizo una bola con el envoltorio del primero y la metió dentro de la taza de plástico. Se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo. Meadows seguía comiendo, pero Brody sabía que su apetito no disminuiría por ninguna discusión. Recordó una ocasión en la que Meadows había visitado la escena de un sangriento accidente automovilístico y procedido a entrevistar a la policía y a los sobrevivientes mientras lamía un helado de coco.

—Acerca de lo de la Watkins —comenzó Brody—, tengo un par de ideas, y me gustaría que las escuchases. —Meadows asintió—. Primero, me parece que la causa de la muerte queda bien clara. He hablado con Santos y...

—Yo también.

—Así que ya sabes lo que piensa. Fue el ataque de un tiburón, y nada más. Y, si hubieras visto el cadáver, estarías de acuerdo. Lo que...

—Lo he visto.

Brody se sintió asombrado, sobre todo porque no podía imaginarse cómo alguien que hubiera visto aquella carnicería podía estar allí sentado, chupándose los dedos, embadurnados de pastel de limón.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo en lo que la ha matado. Pero hay algunas cosas de las que no estoy tan seguro.

—¿Y cuáles son?

—Por ejemplo, eso de que estuviera nadando a esas horas de la noche. ¿Sabes cuál era la temperatura hacia la medianoche? Quince grados y medio. ¿Sabes cuál era la temperatura del agua? Alrededor de diez grados. Uno tiene

que estar loco para echarse a nadar en tales condiciones.

—O borracho —dijo Brody—, que es lo que probablemente ocurría.

—Puede. No, tienes razón... probablemente. He hecho algunas comprobaciones, y los Foote no tienen nada que ver con la marihuana o la mescalina, ni ninguna otra de esas cosas. Sin embargo, hay algo que me preocupa.

Brody se sentía molesto.

—Por Cristo, Harry, deja de perseguir sombras. De vez en cuando, la gente muere por accidente.

—No es eso. Es, simplemente, que me parece muy raro que tengamos un tiburón por aquí, cuando el agua está aún tan fría.

—¿Sí? Quizá haya tiburones a los que les guste el agua fría. ¿Sabes quién podría saber esas cosas de los tiburones?

—Hay quien las sabe. Y hay tiburones a los que les gusta el agua fría. Por ejemplo, el de Groenlandia, pero jamás bajan tanto, y, aunque lo hicieran, habitualmente no molestan a la gente. ¿Que quién sabe esas cosas de los tiburones? Te diré una cosa: en este momento sé muchísimo más sobre ellos que esta mañana. Después de ver lo que quedaba de la señorita Watkins, llamé a un chico joven que conozco en el Instituto Oceanográfico de Woods Hole y le describí el estado del cadáver, y él me dijo que es muy probable que sólo haya un tipo de tiburones capaz de hacer una cosa así.

—¿Qué tipo?

—El blanco gigante. Hay otros que atacan a la gente, como los tigres, los martillo y quizá incluso el mako y los azules; pero ese chico, Hooper, Matt Hooper, me dijo que para cortar a una mujer en dos de esa manera, se necesitaría un pez con una boca de este tamaño —extendió las manos a una distancia de casi un metro una de otra—. Y que el único tiburón que crece tanto y ataca a la gente es el blanco gigante. También tiene otro nombre.

—¿Sí? —Brody estaba comenzando a perder interés—. ¿Y cuál es?

—Comedor de hombres. Otros tiburones matan a la gente de vez en cuando, por varios tipos de razones: quizá hambre, o confusión o porque huelen sangre en el agua. Por cierto, ¿tenía anoche su período esa chica?

—¿Cómo infiernos voy a saberlo?

—Pura curiosidad. Hooper dijo que es una de las formas para asegurarse de un ataque si hay un tiburón por los alrededores.

—¿Qué dijo acerca del agua fría?

—Que no es inusitado que un gigante blanco aparezca en aguas tan frías. Hace algunos años, a un chico lo mató uno de esos cerca de San Francisco. La temperatura del agua era de casi catorce grados.

Brody chupó fuertemente su cigarrillo, y subrayó:

—Desde luego te has estudiado bien el asunto, Harry.

—Me parecía que era cuestión de... ¿cómo lo diríamos?... sentido común e interés público el determinar exactamente lo que sucedió, y qué posibilidades había de que sucediese de nuevo.

—¿Y has determinado cuáles son las posibilidades?

—Lo he hecho. Casi inexistentes. Por lo que he podido averiguar, este accidente fue realmente casual. Según Hooper, la única cosa buena de los gigantes blancos es que son escasos. Existen todas las razones para creer que el tiburón que atacó a la Watkins se ha ido ya hace mucho. Por aquí no hay escollos. No hay ninguna fábrica de conservas de pescado, o matadero que eche sangre o tripas al agua. Así que no hay nada que pueda mantener interesado al tiburón. —Meadows hizo una pausa y miró a Brody, que le devolvió en silencio la mirada—. Por tanto, me parece, Martin, que no hay razón para intranquilizar al público con algo que es casi seguro que no volverá a suceder.

—Ése es un punto de vista, Harry. Otro es que, dado que no es posible que suceda de nuevo, no hay ningún mal en decirle a la gente que ha pasado ya.

Meadows suspiró.

—Periodísticamente, quizá tengas razón. Pero me parece que ésta es una de esas ocasiones, Martin, en la que tenemos que olvidarnos de las normas y pensar en lo que es mejor para la gente. No creo que sea de interés público difundir esto por ahí. No estoy pensando en la gente del pueblo. Pronto lo averiguarán, los que aún no lo sepan. Pero, ¿y qué hay de la gente que lee el Leader en Nueva York, Filadelfia o Cleveland?

—No se percatarán.

—Sabes lo que quiero decir. Y conoces cuál es la situación de los alquileres este verano. Estamos justo en el límite, y también otros lugares como Nantucket y Vineyard y East Hampton. Hay gente que aún no han hecho sus planes veraniegos. Saben que este año pueden elegir entre muchos lugares. No hay carestía de casas por alquilar... en ninguna parte. Si publico un artículo sobre una joven partida en dos por un tiburón monstruoso frente a Amity, no se alquilará ninguna otra casa en este pueblo. Los tiburones son como los asesinos del hacha, Martin. La gentil reacciona ante ellos con la

tripa. Hay algo loco, malvado o incontrolable en ellos. Si le decimos al público que tenemos un tiburón asesino por aquí, ya podemos despedirnos del verano.

Brody asintió.

—No puedo discutirte eso, Harry, y no deseo contarle a la gente que hay un tiburón asesino por aquí. Pero, por un segundo, míralo desde mi punto de vista. No te discutiré las probabilidades, ni nada. Casi seguro que tienes razón. Ese tiburón ya debe de estar a un centenar de kilómetros de aquí, y jamás volverá a aparecer. Probablemente lo más peligroso que hay en estos momentos en el agua es la resaca de fondo. Pero, Harry, existe la posibilidad de que estés equivocado, y no creo que podamos correr ese riesgo. Supón... supóntelo, que no decimos ni una palabra, y que ese bicho ataca a alguien más. ¿Y entonces? Estoy sentado sobre un barril de pólvora. Se supone que debo proteger a la gente de por estos andurriales, y si no puedo protegerlos de algo, lo menos que debo hacer es advertirles de que existe un peligro. También tú tienes el culo sobre el barril. Se supone que tienes que dar las noticias, y no cabe duda de que el que a alguien lo mate un tiburón es una noticia. Quiero que publiques ese artículo, Harry. Quiero cerrar las playas, sólo durante un par de días, y por si acaso. No será una grave molestia para nadie. Aún no hay demasiada gente aquí, y el agua está fría. Si contamos esto tal cual es, le decimos a la gente lo que sucedió y por qué estamos haciendo lo que hacemos, creo que las cosas irán bien.

Meadows se recostó en su sillón y reflexionó por un instante.

—No puedo hablar por ti, Martin, pero en lo que a mí ir refiere, la decisión ya está tomada.

—¿Qué significa eso?

—Que no habrá ningún artículo en el Leader acerca del ataque.

—Así de simple.

—Bueno, no exactamente. No ha sido totalmente decisión mía, aunque creo estar bastante de acuerdo con ella. Soy el director de este periódico, Martin, y poseo parte del mismo, pero no la bastante como para resistir a ciertas presiones.

—¿Tales cómo?

—Esta mañana ya he recibido seis llamadas telefónicas. Cinco eran de anunciantes: un restaurante, un hotel, dos empresas de bienes inmobiliarios y una heladería. Estaban muy ansiosos por saber si planeaba o no publicar un artículo sobre lo de la Watkins, y muy ansiosos por hacerme saber que creían que sería en bien de Amity dejar que lo sucedido se olvidase en el silencio. La

sexta llamada fue del señor Coleman de Nueva York. El señor Coleman, que posee el cincuenta y cinco por ciento del Leader. Parece ser que el señor Coleman había recibido también algunas llamadas telefónicas. Me dijo que no habría artículo en el Leader.

—Supongo que no te diría si el hecho de que su esposa fuera agente de bienes inmobiliarios tenía algo que ver con esta decisión.

—No —informó Meadows—. Este tema no fue tocado.

—Ya me imagino. Bueno, Harry, ¿dónde nos deja eso? Tú no vas a publicar un artículo, así que, en lo que se refiere a los buenos lectores del Leader, jamás ha pasado nada. Pero yo voy a cerrar las playas y colocar unos cuantos carteles explicando el motivo.

—De acuerdo, Martin. Es tu decisión. Pero déjame recordarte algo: eres un funcionario elegido, ¿no?

—Igualito que el Presidente. Por cuatro años repletos de emociones.

—A los funcionarios elegidos se les puede revocar el cargo.

—¿Es eso una amenaza, Harry?

Meadows sonrió.

—No eres tan estúpido. Además, ¿quién soy yo para ir haciendo amenazas? Sólo deseo que te des cuenta de lo que estás haciendo antes de que juegues con el fluido vital de todas esas personas sensatas y prudentes que te eligieron.

Brody se levantó para irse.

—Gracias, Harry. Siempre he oído decir que en la cumbre uno se siente muy solitario. ¿Qué te debo por la comida?

—Olvídalo. No podría aceptar dinero de un hombre cuya familia pronto estará mendigando por las esquinas.

Brody se echó a reír.

—Ni hablar de eso. ¿Acaso no te has enterado? Lo mejor de trabajar en la policía es la seguridad.

Diez minutos después de que Brody regresara a su oficina, sonó el zumbador del interfono y una voz anunció:

—Ha venido el alcalde a verle, jefe.

Brody sonrió. El alcalde. No Larry Vaughan, que pasaba a echar un vistazo. Ni Lawrence Vaughan de la Compañía de Bienes Inmobiliarios

Vaughan y Penrose, pasando a quejarse de algunos inquilinos ruidosos. Sino el alcalde Lawrence P. Vaughan, el elegido del pueblo..., por sesenta y un votos de margen, en las últimas elecciones.

—Haga pasar a su excelencia —replicó Brody.

Larry Vaughan era un hombre apuesto, de poco más de cincuenta años, con una tupida cabellera negra con muchas canas y un cuerpo que mantenía en forma con ejercicio. Aunque era nativo de Amity, con los años había ido desarrollando un aire de tranquila elegancia. Había hecho mucho dinero en las especulaciones de terrenos en la posguerra, y era el principal accionista (algunos pensaban que el único accionista, ya que nadie nunca había visto o hablado con ningún Penrose en la oficina de Vaughan) de la agencia más boyante del pueblo. Se vestía con elegante simplicidad, imperecederas chaquetas británicas, camisas clásicas y botines. Al contrario de Ellen Brody, que había descendido desde el status de la gente del verano al de la gente del invierno y era incapaz de ajustarse a ello, Vaughan había ascendido suavemente desde la gente del invierno a la del verano, dando grácilmente cada paso del camino. No era uno de ellos, pues de hecho se trataba de uno de los comerciantes locales. Así que jamás le invitaban a que los visitase en Nueva York o Palm Beach. Pero en Amity se movía libremente entre ellos, exceptuando a los miembros más altaneros de la comunidad veraniega, lo que, naturalmente, era excepcional para su trabajo. Se le invitaba a casi todas las fiestas veraniegas de importancia, a las que siempre acudía solo. Muy pocos de sus amigos sabían que tenía en casa una esposa, una mujer simple que lo adoraba y que pasaba gran parte de su tiempo haciendo calceta frente al aparato de televisión.

A Brody le caía bien Vaughan. No lo veía mucho durante el verano, pero después del Día del Trabajo, cuando las cosas se calmaban, Vaughan creía llegado el momento de abandonar algunas de sus obligaciones sociales, y a intervalos de algunas semanas él y su esposa llevaban a Brody y Ellen a cenar a uno de los mejores restaurantes de los Hamptons. Estas veladas eran grandes Ocasiones para Ellen, y esto ya bastaba para hacer feliz a Brody. Vaughan parecía comprender a Ellen. Siempre la trataba de modo encantador, actuando como si fuera una compañera de club y camarada.

Vaughan entró en la oficina de Brody y se sentó.

—Acabo de hablar con Harry Meadows —puntualizó.

Evidentemente, estaba nervioso, lo que interesaba a Brody. No se había esperado esta reacción.

—Ya veo —comentó—. El amigo Harry no pierde el tiempo.

—¿Dónde piensas conseguir la autoridad para cerrar las playas?

—¿Me lo preguntas como alcalde, como agente de la propiedad inmobiliaria, o es que tienes un interés amistoso en ello, Larry?

Vaughan se agitó, y Brody pudo ver que tenía problemas para controlar su mal humor.

—Quiero saber dónde vas a conseguir esa autoridad. Y quiero saberlo ahora.

—Oficialmente, no estoy seguro de poder hacerlo —puntualizó Brody—. Hay algo en el reglamento que dice que puedo tomar cualquier medida que considere necesaria en caso de emergencia, pero me parece que el consejo ciudadano tiene que declarar el estado de emergencia. No me imagino que quieras pasar por todo ese circo.

—Ni hablar de ello.

—Bueno, entonces, de modo no oficial, me imagino que es responsabilidad mía mantener tan segura como sea posible a la gente que vive aquí, y por el momento me parece que se requiere cerrar las playas por un par de días. Particularizando, no estoy seguro de poder arrestar a alguien que lo ignorase y se fuera a nadar, a menos —Brody sonrió—, que pudiera acusarlo de estupidez criminal.

Vaughan ignoró la insinuación.

—No quiero que cierres las playas —encareció.

—Ya veo.

—Ya sabes el por qué. Falta poco para el Cuatro de Julio, y ése es el fin de semana en que lo logramos o nos estrellamos. Sería cortarnos el cuello nosotros mismos.

—Conozco ese argumento, y estoy seguro de que tú conoces las razones por las que deseo cerrar las playas. Y no es que vaya a ganar nada con ello.

—No. Yo diría que más bien vas a perder. Mira, Martin, este pueblo no necesita ese tipo de publicidad.

—Tampoco necesita a más gente muerta.

—¡Por Dios, nadie más va a morir! Lo único que lograrás si cierras las playas es invitar a un montón de periodistas que vendrán a husmear donde menos falta hacen.

—¿Y? Vendrán aquí, y cuando se encuentren con que no hay nada de qué hablar, se volverán a casa. No me imagino que el Times de Nueva York tenga mucho interés en hablar de un picnic de una logia, o la cena en el jardín Bel club.

—Simplemente, no necesitamos eso. Suponte que hallasen algo. Habría un gran escándalo, que no le haría bien a nadie.

—¿Cómo qué, Harry? ¿Qué es lo que podrían hallar? Yo no tengo nada que ocultar. ¿Y tú?

—No, claro que no. Sólo que estaba pensando en.… algo como las violaciones. Algo de mal gusto.

—Tonterías —manifestó Brody—. Todo eso es historia pasada.

—¡Maldita sea, Martin! —Vaughan hizo una pausa, tratando de calmarse —. Mira, si no quieres escuchar a la razón, ¿querrás escucharme como amigo? Estoy bajo una gran presión por parte de mis socios. Algo así podría ser muy malo para nosotros.

Brody se echó a reír.

—Es la primera vez que te he oído admitir que tienes socios, Larry. Pensé que dirigías tu negocio como único dueño y señor.

Vaughan se sintió azorado, como si creyese haber hablado demasiado.

—Mi negocio es muy complicado —observó—. Hay momentos en que no estoy muy seguro de comprender yo mismo lo que está pasando. Hazme ese favor. Por esta vez.

Brody miró a Vaughan, tratando de imaginar sus motivos.

—Lo lamento, Larry, pero no puedo. No estaría cumpliendo con mi trabajo.

—Si no me escuchas —encareció Vaughan—, quizá no conserves por mucho más tiempo este trabajo.

—No tienes ningún control sobre mí. No puedes despedir a ningún policía de este pueblo.

—No puedo echarlo del cuerpo, claro que no. Pero, lo creas o no, puedo determinar quién debe ostentar el cargo de jefe de policía.

—No lo creo.

Del bolsillo de su chaqueta, Vaughan sacó un ejemplar de los estatutos municipales de Amity.

—Lo puedes leer por ti mismo —dijo, pasando hojas hasta hallar la página que buscaba—. Está aquí —lanzó el librito sobre la mesa, en dirección a Brody—. Lo que dice exactamente es que, aunque hayas sido elegido para el cargo de jefe de la policía por el pueblo, el consejo ciudadano tiene poder para destituirte.

Brody leyó el párrafo que Vaughan había indicado.

—Supongo que tienes razón —dijo—. Pero me encantaría ver qué invocabas como "causa buena y suficiente".

—Espero fervientemente que no tengamos que llegar a eso, Martin. Me imaginé que esta conversación ni siquiera llegaría tan lejos. Pensé que estarías de acuerdo en cuanto supieses lo que opinábamos los miembros del consejo y yo.

—¿Todos los miembros del consejo?

—Una mayoría.

—¿Quiénes?

—No voy a darte los nombres. No tengo por qué hacerlo. Lo único que debes saber es que tengo al consejo detrás de mí, y si no haces lo que se debe hacer, pondremos a alguien en tu lugar que sí lo haga.

Brody jamás había visto a Vaughan en una actitud tan desagradablemente agresiva. Se sentía fascinado, pero también algo estremecido.

—Realmente lo deseas, ¿no, Larry?

—Sí. —Notando la proximidad de la victoria, Vaughan dijo con tono tranquilo—. Confía en mí, Martin. No te arrepentirás.

Brody suspiró.

—Mierda —dijo—. No me gusta nada. No huele bien. Pero estoy de acuerdo, si es tan importante como sostienes.

—Es tan importante. —Por primera vez desde que había llegado, Vaughan sonrió—. Gracias, Martin —dijo, y se puso de pie—. Ahora tengo la poco agradable tarea de ir a visitar a los Foote.

—¿Cómo vas a lograr que no se vayan de la boca con el Times o el News?

—Espero ser capaz de apelar a su espíritu cívico —dijo Vaughan—, tal como he apelado al tuyo.

—Vaya fea jugada.

—Tenemos otra cosa a nuestro favor. La señorita Watkins no tenía importancia alguna, y venía de un pequeño pueblo llamado Pennington, de Nueva Jersey, que ni siquiera tiene periódico propio. Así que si le publican una necrológica en algún sitio, será cortita y la olvidarán pronto.

Brody llegó a casa un poco antes de las cinco. Su estómago se había

tranquilizado lo bastante como para permitirle tomar una cerveza o dos antes de la cena. Ellen estaba en la cocina, aún vestida con el uniforme blanco de voluntaria del hospital. Sus manos estaban hundidas en carne picada, amasándola en un pan de carne.

—Hola —dijo, volviendo la cabeza para que Brody pudiera besarla en la mejilla—. ¿Qué crisis era ésa?

—Estabas en el hospital. ¿No lo has oído?

—No. Hoy era el día de bañar a las viejas. Jamás salgo del pabellón Ferguson.

—Una chica murió frente al Viejo Molino.

—¿Qué le pasó?

—Un tiburón —Brody metió la mano en la nevera y encontró una cerveza.

Ellen dejó de amasar la carne y lo miró.

—¡Un tiburón! Jamás había oído hablar de eso por aquí. Se ve alguno, de vez en cuando, pero jamás hacen nada.

—Ajá, ya lo sé. También es nuevo para mí.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Nada.

—¿Sí? ¿Te parece sensato? Quiero decir, ¿no hay nada que puedas hacer?

—Naturalmente, hay algunas cosas que podría hacer Teóricamente. Pero, en la práctica, no puedo hacer nada Lo que tú y yo pensamos no importa mucho por estos contornos. Los caciques del lugar están preocupados y piensan que no estaría bien si nos excitásemos sólo por que una forastera fue muerta por un pez. Prefieren correr el riesgo de que haya sido un accidente aislado, que no volverá a suceder. O, mejor dicho, están dispuestos a dejar que yo corra el riesgo, dado que la responsabilidad es mía.

—¿A quién te refieres con eso de los caciques?

—Por ejemplo, a Larry Vaughan.

—Oh. No sabía que hubieras hablado con Larry.

—Vino a verme en cuanto se enteró de que planeaba cerrar las playas. No fue lo que se diría muy sutil al indicarme que no quería que las cerrase. Me puntualizó que iba a perder el empleo si las cerraba.

—No puedo creer eso, Martin. Larry no es así.

—Yo tampoco lo pensaba. Hey, a propósito, ¿qué sabes de sus socios?

—¿En el negocio? No creía que tuviera ninguno. Pensaba que Penrose era su segundo apellido, o algo así. De todos modos, siempre he creído que era el único propietario.

—Y yo. Pero, aparentemente, no es así.

—Bueno, me hace sentir mejor el saber que hablaste con Larry antes de tomar una decisión. Acostumbra a tener una visión más amplia, más a largo plazo que la mayoría de la gente. Probablemente, él sabe lo que es mejor.

Brody notó cómo la sangre se agolpaba en su cuello. Simplemente, exclamó: "Estupideces". Luego, tiró de la arandela metálica de la lata de cerveza, la lanzó hacia el cubo de la basura, y caminó hacia la sala de estar, para escuchar las noticias.

Desde la cocina, Ellen le gritó:

—Me olvidaba de decírtelo, Martin, te llamaron hace poco.

—¿Quién?

—No lo dijo. Simplemente, quería expresar que estabas haciendo un excelente trabajo. Fue muy amable por su parte haber llamado, ¿no crees?

Cuatro

Durante los días siguientes el tiempo permaneció claro e inusitadamente tranquilo. El viento soplaba suave, siempre del suroeste, una dulce brisa que ondulaba la superficie del mar, pero no levantaba espuma. El aire sólo se enfriaba ligeramente por la noche y tras días de sol continuo, la tierra y la arena se habían calentado.

El 20 de junio era un domingo. Las escuelas públicas aún tendrían una semana más de clases, antes de las vacaciones de verano, pero las escuelas privadas de Nueva York ya habían liberado a sus alumnos. Las familias que poseían casas de verano en Amity habían ido a pasar los fines de semana desde principios de mayo. Los inquilinos de verano cuyos contratos iban desde el 15 de junio al 15 de septiembre habían deshecho las maletas y, ya familiarizados con el lugar donde se hallaban los armarios de la ropa, dónde estaba guardada la porcelana buena y dónde la vajilla de diario, y cuáles camas eran más blandas que otras, comenzaban a sentirse en casa.

Hacia el mediodía, la playa frente a la calle Scotch y al Viejo Molino estaba salpicada de gente. Los esposos yacían semicomatosos en las toallas de playa, tratando de ganar fuerzas del sol antes de una tarde de tenis y el viaje de regreso a Nueva York en el tren "Bala de Cañón" del Ferrocarril de Long Island. Las esposas se apoyaban en soportes de aluminio, leyendo a Helen Maclnnes, John Cheever y Taylor Caldwell, interrumpiéndose de vez en cuando para servirse una copa de vermut seco de la nevera portátil.

Los quinceañeros yacían muy juntos en hileras simétricas y apretadas, los chicos disfrutando de la sensación rascar sus pelvis contra la arena, pensando en partes pudendas y, de vez en cuando, estirando el cuello para lograr dar una ojeada a alguna que otra, expuesta, voluntariamente o no, por las chicas que yacían boca arriba, con las piernas abiertas.

No eran jóvenes de la Era de Acuario. No hablaban de paz o polución, justicia o revolución. Los privilegios habían sido transmitidos a ellos casi con los genes. Tal como el que sus ojos fueran azules o marrones, sus gustos y conciencias venían determinados por otras generaciones. No tenían deficiencias vitamínicas, ni anemias. Sus dentaduras, gracias a su crianza o a la odontología, eran fuertes, regulares y blancas. Sus cuerpos eran esbeltos, sus músculos tonificados por las lecciones de boxeo a los nueve años de edad, las de equitación a los doce, y las de tenis desde entonces. No tenían olor corporal. Cuando sudaban, las muchachas olían suavemente a perfume, los chicos tan sólo olían a limpio.

Lo que no quiere decir que fueran estúpidos o malvados. Si sus coeficientes de inteligencia pudieran haber sido medidos, hubieran mostrado una habilidad natural bien situada en el diez por ciento superior de toda la Humanidad. Y habían sido y estaban siendo educados en escuelas que les enseñaban todas las disciplinas, incluyendo resúmenes de las aspiraciones de los grupos minoritarios, filosofías revolucionarias, hipótesis ecológicas, tácticas de poder político, drogas y sexo. Intelectualmente, sabían mucho. En la práctica, elegían no saber casi nada. Habían sido condicionados para creer (o si no para creer, al menos para tener la sensación) de que en realidad el mundo no era cosa que les concerniese a ellos. Y tenían razón Nada les influía... ni los motines raciales en lugares como Trenton, Nueva Jersey o Gary, Indiana; ni el hecho de que algunas partes del Río Missouri estuvieran tan sucias que a veces en el agua se prendía fuego espontáneamente; ni la corrupción policíaca en Nueva York o el creciente número de asesinatos en San Francisco o las revelaciones acerca de que los perros calientes contenían trozos de insectos y que el hexaclorofeno ocasionaba daños cerebrales. Incluso no se sentían afectados por los espasmos económicos que sacudían al resto de los Estados Unidos. Las fluctuaciones de los mercados de valores eran molestias que se notaban, si se notaban, al igual que cuando los padres exponían sus quejas reales o imaginarias.

Aquellos eran los que regresaban a Amity cada verano. Los otros, y había algunos entre ellos, iban a manifestaciones, gritaban, se reunían, firmaban manifiestos y pasaban el verano trabajando para infinidad de grupos de acción social. Pero, a causa de que habían dejado a un lado Amity y, como mucho, aparecían algún que otro fin de semana, tampoco ellos tenían importancia alguna.

Los niños pequeños jugaban en la arena, a la orilla del mar, haciendo agujeros y echándose arena mojada unos a otros, inconscientes y sin importarles lo que eran y en lo que se convertirían.

Un niño de seis años dejó de lanzar piedras planas de forma que rebotasen en el agua. Caminó playa arriba hasta donde su madre estaba echada, dormitando, y se dejó caer junto a ella, sobre la toalla.

—Hey, mamá —dijo, trazando círculos con su dedo en la arena.

Su madre se volvió para mirarle, haciendo pantalla con la mano para protegerse del sol.

—¿Qué?

—Estoy aburrido.

—¿Cómo puedes estar aburrido? Ni siquiera estamos en julio.

—No importa. Estoy aburrido. No tengo nada que hacer.

—Tienes toda una playa para jugar en ella.

—Lo sé. Pero no hay nada que hacer en ella. ¡Vaya si estoy aburrido!

—¿Por qué no vas a jugar a la pelota?

—¿Con quién? Aquí no hay nadie.

—Veo a mucha gente. ¿Has buscado a los Harris? ¿Y qué hay de Tommy Converse?

—No están aquí. No hay nadie. Estoy muy aburrido, mamá...

—Oh, por Dios, Alex.

—¿Puedo ir a nadar?

—No. El agua está demasiado fría.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé, y basta. Además, ya sabes que no puedes ir solo.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Al agua? Desde luego que no.

—No, quiero decir a mirarme.

—Alex, mamá está rendida, absolutamente agotada, ¿no puedes hacer otra cosa?

—¿Puedo ir en mi colchón hinchable?

—¿A dónde?

—Sólo un poco fuera. No iré a nadar. Estaré sobre el colchón.

Su madre se sentó, y se puso las gafas de sol. Miró arriba y abajo por la playa. No muy lejos, un hombre estaba metido en el agua hasta la cintura, con un niño sobre los hombros. La mujer lo miró, permitiéndose un momento de envidia y autocompasión por no poder pasarle ya a su esposo la responsabilidad de divertir al niño.

Antes de que pudiera volver la cabeza, el chico imaginó lo que estaba sintiendo.

—Apuesto a que papá me hubiera dejado —dijo.

—Alex, ya deberías saber que no es ésa la forma de lograr que te deje hacer algo —miró la playa en la otra dirección. Exceptuando a algunas parejas en la lejanía, estaba vacía—. Oh, de acuerdo. Adelante. Pero no salgas mucho. Y no nades.

Clavó la vista en el chico y, para mostrar que era en serio, bajó las gafas para que pudiera verle los ojos.

—De acuerdo —dijo él. Se puso en pie, agarró su colchón de goma y lo arrastró hasta el agua. Allí lo alzó, lo mantuvo en alto frente a él, y se internó en el agua. Cuando le llegó a la cintura, se inclinó hacia adelante. Una ola llegó al colchón y lo alzó, con el chico a bordo. Se situó en el centro, para que el colchón quedase plano. Palmeó con ambas manos, remando suavemente. Se introdujo en el mar algunos metros, luego giró y comenzó a remar arriba y abajo a lo largo de la playa. Aunque no se daba cuenta de ello, una suave corriente lo iba llevando con lentitud mar adentro.

Cincuenta metros más allá, el suelo del océano se hundía de súbito; no abruptamente, como en las paredes de un cañón, pero sí con una pendiente que pasaba de diez grados a más de cuarenta y cinco. Donde cambiaba la inclinación, el agua tenía cuatro metros y medio de profundidad. Pronto pasaban a ser siete y medio, luego doce, luego quince. Se nivelaba en treinta metros durante más o menos un kilómetro, y después se alzaba en un arrecife próximo a la superficie, a dos kilómetros de distancia de la orilla. Más allá del arrecife, el fondo se hundía rápidamente hasta sesenta metros y, aún más mar

adentro, comenzaban los verdaderos fondos oceánicos.

En donde había diez metros y medio de profundidad, el gran pez nadaba lentamente, con su cola agitándose justo lo necesario para mantenerlo en movimiento. No veía nada, pues el agua estaba turbia con motas de vegetación. El pez había estado moviéndose paralelo a la línea de costa. Ahora se volvió, inclinándose suavemente sobre sí mismo, y siguió el fondo que gradualmente se alzaba. El pez notaba más luz en el agua, pero aún seguía sin ver nada.

El chico descansaba con los brazos colgando, y sus pies y tobillos entraban y salían del agua con cada pequeña ola. Tenía la cabeza vuelta hacia la costa y se dio cuenta de que había sido arrastrado más allá de donde su madre consideraría seguro. La podía ver echada sobre la toalla, y también al hombre y al niño que jugaban donde rompían las olas. No tenía miedo, pues el mar estaba tranquilo, y en realidad no estaba muy lejos de la orilla: sólo unos cuarenta metros o así. Pero más valía que se acercase; de lo contrario, tal vez su madre se sentase, lo viese y le ordenase salir del agua. Se echó un poco hacia atrás para poder usar los pies como propulsor. Comenzó a patear y a dar manotazos, dirigiéndose hacia la orilla. Sus brazos aplazaban el agua casi en silencio, pero sus pies chapoteaban desordenadamente y dejaban remolinos de burbujas tras él.

El pez no oyó el sonido, sino que más bien registró los agudos y discontinuos impulsos emitidos por el pataleo. Eran señales, débiles pero efectivas, y el pez se orientó por él, tomando esa dirección. Se alzó, primero con lentitud, luego ganando velocidad al ir haciéndose más fuertes las señales.

El chico se detuvo un momento para descansar. Cesaron las señales. El pez aminoró su velocidad, girando la cabeza de un lado al otro, tratando de recuperarlas. El chico yacía perfectamente quieto, y el pez pasó bajo él, rozando el suelo arenoso. De nuevo se volvió.

El chico reanudó sus movimientos. Daba una patada únicamente cada tres o cuatro brazadas; el patear era más pesado que ir remando continuamente con las manos, pero sus patadas ocasionales enviaron nuevas señales al pez. Esta vez sólo tuvo que orientarse por ellas un instante, pues estaba casi debajo mismo del niño. Se alzó. Casi vertical, ahora vio la conmoción en la superficie. No tenía convicción de que lo que estaba moviendo el agua arriba fuera comida, pero para él la comida no era un concepto perfectamente definido. El pez sentía el impulso de atacar; si lo que tragaba era digerible, aquello era comida; si no, luego lo regurgitaba. Abrió las fauces, y, con un último batir de cola en forma de media luna, el pez atacó.

El último y único pensamiento del chico fue que le habían dado un puñetazo en el estómago. Se quedó sin aliento en un abrir y cerrar de ojos. No tuvo tiempo de gritar, ni, aunque lo hubiera tenido, hubiera sabido qué gritar,

pues no podía ver al pez. La cabeza de éste empujó el colchón fuera del agua. Las mandíbulas se cerraron de golpe, engullendo cabeza, brazos, hombros, tronco, pelvis y la mayor parte del colchón. Casi la mitad del pez había salido del agua, y se deslizó hacia adelante y hacia abajo con un movimiento de su parte central, triturando la masa de carne, huesos y goma. Las piernas del niño quedaron cortadas por las caderas, y se hundieron, girando lentamente, hacia el fondo.

En la playa, el hombre con el niño gritó: "¡Hey!" No estaba seguro de lo que había visto. Se hallaba mirando hacia el mar, y había empezado a volver la cabeza cuando un movimiento le llamó la atención. Giró de nuevo la cabeza hacia el mar, pero para entonces ya no había nada más que ver, salvo las olas ocasionadas por el chapoteo que se iban extendiendo en círculos.

—¿Viste eso? —gritó—. ¿Viste eso?

—¿Qué, papá, qué? —su hijo lo miró, excitado.

—¡Por ahí! ¡Un tiburón o una ballena o algo así! ¡Algo grande!

La madre del niño, medio dormida sobre su toalla, abrió los ojos y miró, con los párpados entrecerrados, al hombre. Vio cómo señalaba hacia el agua y le oyó decirle algo al niño, que corrió playa adentro y se quedó junto a un montón de ropas. El hombre se dirigió apresuradamente hacia ella, por lo que se sentó. No comprendía lo que le estaba diciendo, pero estaba señalando al agua, así que hizo pantalla sobre los ojos y miró al mar. Al principio, el no ver nada no le pareció extraño. Luego, recordó y dijo: "Alex".

Brody estaba comiendo: pollo al horno, puré de patatas y guisantes.

—Puré de patatas —le dijo a Ellen cuando le servía— ¿Qué es lo que tratas de hacer conmigo?

—No quiero que te coja una anemia. Además, tienes buen aspecto cuando estás rechoncho.

Sonó el teléfono. Ellen dijo: "Voy", pero Brody se alzó. Así era como las cosas sucedían habitualmente. Ella decía: "Contestaré yo", pero él era quien siempre iba. Pasaba lo mismo cuando se había olvidado algo en la cocina. Decía: "Me olvidé de las servilletas, voy a por ellas", pero ambos sabían que sería él quien se levantaría a buscarlas.

—No vale la pena —puntualizó él—. De todas maneras, probablemente es para mí.

Sabía que era muy posible que la llamada fuera para ella, pero las palabras surgieron sin pensar.

—Soy Bixby, jefe —dijo una voz desde la comisaría.

—¿Qué pasa, Bixby?

—Creo que será mejor que venga por aquí.

—¿Por qué?

—Bueno, las cosas son, jefe... —obviamente, Bixby no quería entrar en detalles. Brody le oyó decir algo a alguien, y luego volver al teléfono—. Tengo a una histérica aquí, jefe.

—¿Por qué está histérica?

—Su chico en la playa.

Una comezón de inquietud recorrió el estómago de Brody.

—¿Qué ha sucedido?

—Es... —A Bixby se le fue la voz, y luego dijo con rapidez—: jueves.

—Escucha, so memo... —Brody se detuvo, pues ahora comprendía—. Voy en seguida. Colgó el teléfono.

Se sentía ruborizado, casi febril. El miedo, la sensación culpa y la furia se combinaban en una sensación de dolor que le retorcía las tripas. Se creía, al mismo tiempo, traidor y traicionado, mentiroso y mentido. Era un criminal obligado a serlo, una puta que no lo deseaba. Tenía que aceptar la culpa, pero realmente no era suya. Pertenecía a Larry Vaughan y sus socios, fueran quienes fuesen. Él había querido hacer lo correcto; ellos le habían forzado a no hacerlo. Pero, ¿quiénes eran para forzarlo? Si no podía enfrentarse con Vaughan, ¿qué clase de policía era? Debería haber cerrado las playas.

Supongamos que lo hubiera hecho. El pez hubiera ido a lo largo de la playa hasta... digamos East Hampton, y matado a alguien allí. Pero no era así como habían sucedido las cosas. Las playas habían permanecido abiertas y a causa de esto había muerto un niño. Así de simple. Causa y efecto. De súbito, Brody se odió a sí mismo. Y, simultáneamente, tuvo un acceso de autocompasión.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellen.

—Acaba de morir un niño.

—¿Cómo?

—Lo ha matado un maldito carajo de tiburón.

—¡Oh, no! Si hubieras cerrado las playas... —se detuvo sin saber qué decir.

—Ajá, ya lo sé.

Harry Meadows estaba esperando en el aparcamiento de la parte trasera de la comisaría cuando llegó Brody. Abrió la puerta de al lado del conductor del coche de Brody e introdujo con dificultad su masa en el asiento.

—Para que se fíe uno del azar —dijo.

—Ajá. ¿Quién está ahí dentro, Harry?

—Un hombre del Times, dos del Newsday, y uno de los míos. Y la mujer. Y el hombre que dice que lo vio suceder.

—¿Cómo se enteró el Times?

—Mala suerte. El tipo estaba en la playa. Y también uno de los del Newsday. Ambos estaban pasando el fin de semana con gente de aquí. Llegaron allí en un par de minutos.

—¿A qué hora pasó?

Meadows miró su reloj.

—Hace quince o veinte minutos. Nada más.

—¿Saben lo de la Watkins?

—No sé. El mío sí, pero no hablará. En cuanto a los otros, depende con quién hayan estado conversando. Dudo que se hayan enterado. No han tenido tiempo para investigar.

—Lo averiguarán, más tarde o más temprano.

—Lo sé —dijo Meadows—. Eso me coloca en una posición bastante difícil.

—¡A ti! No me hagas reír.

—Hablo en serio, Martin. Si alguien del Times obtiene su historia y la escribe, aparecerá en el periódico de mañana, junto con lo que ha pasado hoy, y el Leader va a quedar como un trapo. Yo mismo voy a tener que usarla, para protegerme, aunque los demás no lo hagan.

—¿Cómo vas a usarla, Harry? ¿Qué vas a decir?

—Aún no lo sé. Ya te he dicho que estoy en una posición bastante difícil.

—¿Quién vas a decir que ordenó que se mantuviera todo en silencio? ¿Larry Vaughan?

—Ni soñarlo.

—¿Yo?

—No, no. No voy a decir que nadie ordenó que se mantuviera todo en secreto. No hubo conspiración alguna Voy a hablar con Carl Santos. Si puedo hacer que pronuncie las palabras correctas, quizá todos nos evitemos muchos problemas.

—¿Qué opinas de la verdad?

—¿Qué verdad?

—¿Qué te parecería contarlo de la forma en que sucedió? Explicar que yo deseaba cerrar las playas y advertir a la gente, pero que el consejo no estuvo de acuerdo, y que como yo fui tan gallina que no me atreví a luchar y jugarme el puesto, les seguí la corriente. Decir que todos los caciques de Amity estuvieron de acuerdo en que no había razón para alarmar a la gente sólo porque hubiera rondando un tiburón al que le gusta comer niños.

—Vamos, Martin. No fue culpa tuya. No fue culpa de nadie. Llegamos a una decisión. Aceptamos un riesgo, y perdimos. Eso es todo.

—Maravilloso. Ahora, sólo tengo que ir a informar a la madre del niño que lamentamos mucho haber tenido que usar a su hijo como ficha en una apuesta —Brody salió del coche y se dirigió a la puerta trasera de la comisaría. Meadows, tardando más en extraer su cuerpo del interior, le siguió a unos pasos por detrás.

Brody se detuvo.

—¿Sabes lo que me gustaría saber, Harry? Quién tomó realmente la decisión. Tú estuviste de acuerdo en ella. Yo estuve de acuerdo en ella. No creo que Larry Vaughan fuera la persona que tomó la decisión; pienso que también él estuvo de acuerdo con ella.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso?

—No estoy seguro. ¿Sabes algo de sus socios en el negocio?

—¿Pero es que tiene verdaderos socios?

—Estoy empezando a preguntármelo. De todos modos, que les den por el culo... por el momento —Brody dio otro paso, y cuando vio que Meadows aún le seguía, añadió—. Mejor será que vayas por la puerta delantera, Harry... para mantener las apariencias.

Brody entró en su oficina a través de una puerta lateral. La madre del niño estaba sentada frente a su escritorio, retorciendo un pañuelo. Llevaba un corto albornoz sobre su traje de baño. Sus pies estaban descalzos. Brody la miró nervioso, sintiéndose de nuevo culpable. No podía saber si estaba llorando, pues sus ojos estaban cubiertos por grandes gafas de sol redondas.

Un hombre estaba de pie, junto a la pared de atrás. Brody supuso que era el que decía haber sido testigo del accidente. Estaba estudiando con aire ausente la colección de recuerdos de Brody: encomios de grupos de servicio comunales, fotos de Brody con autoridades que habían pasado por allí. No era exactamente una cosa demasiado atractiva para un adulto, pero mirarla era mejor que arriesgarse a conversar con la mujer.

Brody nunca había sido muy partidario de consolar a la gente, así que se presentó, y empezó a hacer preguntas. La mujer le informó de que no había visto nada. En un instante el chico estaba allí, al siguiente había desaparecido, "y todo lo que vi fueron trozos de su colchón". Su voz era débil pero no se quebraba. El hombre describió lo que había visto, o lo que creía haber visto.

—Así que nadie vio realmente a un tiburón —dijo Brody, manteniendo una débil esperanza en lo profundo de su mente.

—No —dijo el hombre—. Supongo que no. Pero, ¿qué otra cosa pudo ser?

—Muchas cosas —Brody se estaba mintiendo a sí mismo, tanto como a ellos, probando a ver si podía creerse sus propias mentiras, mirando si alguna alternativa a la verdad podía sonar verosímil—. El colchón pudo deshincharse, y el niño haberse ahogado.

—Alex es un buen nadador —protestó la mujer—. O.… lo era.

—¿Y qué hay del chapoteo? —dijo el hombre.

—El chico pudo haberlo producido.

—No gritó nada. Ni una palabra.

Brody se dio cuenta de que era fútil seguir así.

—De acuerdo —dijo—. Probablemente lo sabremos en seguida.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el hombre.

—De una forma u otra, la gente que muere en el agua acostumbra a aparecer en algún sitio. Si fue un tiburón, no habrá duda alguna. —Los hombros de la mujer cayeron y Brody se maldijo a sí mismo por ser un tonto sin tacto alguno—. Lo lamento.

La mujer agitó la cabeza y se echó a llorar.

Brody le dijo al hombre y a la mujer que esperaran en su oficina, y salió a la parte delantera de la comisaría. Meadows estaba en pie junto a la puerta de entrada, apoyado contra la pared. Un joven, que Brody supuso que sería el periodista del Times, estaba haciéndole gestos y parecía interrogarle. El joven era alto y delgado. Llevaba sandalias y un traje de baño, así como una camisa

de manga corta con un emblema en forma de caimán cosido al lado izquierdo del pecho, lo que ocasionó que Brody sintiese una antipatía instintiva e instantánea hacia el hombre. Durante su adolescencia, Brody había pensado que esas camisas eran símbolo de riqueza y posición. Toda la gente de verano las usaba. Brody estuvo dando la lata a su madre hasta que le compró una, "una camisa de dos dólares con un lagarto que vale seis", dijo ella... y cuando no se vio felicitado por masas de veraneantes, se sintió humillado. Arrancó el caimán del bolsillo y usó la camisa como trapo para limpiar la podadora del césped con la que se ganaba su dinero de bolsillo en verano. Más recientemente, Ellen había insistido en comprar conjuntos hechos por el mismo fabricante, pagando un sobreprecio que a duras penas podían permitirse sólo por el emblema del caimán... para ayudarle a recuperar la entrada en su viejo ambiente. Para sorpresa del propio Brody, una noche se encontró a sí mismo regañando a Ellen por comprar "un vestido de diez dólares con un lagarto que vale veinte".

Dos hombres estaban sentados en un banco: los periodistas del Newsday. Uno llevaba un traje de baño, el otro un blasier y pantalones. El periodista de Meadows, que Brody sabía que se llamaba Nat algo, estaba inclinado sobre el escritorio, charlando con Bixby. Se quedaron en silencio en cuanto vieron entrar a Brody.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó Brody.

El joven situado junto a Meadows dio un paso hacia adelante y declaró:

—Soy Bill Whitman, del Times de Nueva York.

—¿Y? —¿Qué es lo que se supone que debo hacer?, pensó Brody. ¿Caerme de culo?

—Estaba en la playa.

—¿Qué es lo que vio?

Uno de los periodistas del Newsday le interrumpió:

—Nada. Yo también estaba allí. Nadie vio nada. Excepto quizá el tipo que está en su oficina. Él dice que vio algo.

—Lo sé —dijo Brody—. Pero no está seguro de lo que vio.

—¿Está dispuesto a considerar esto como el ataque de un tiburón? —interrogó el hombre del Times.

—No estoy dispuesto a considerar nada, y les sugiero que ustedes tampoco vayan afirmando nada hasta que sepan muchas más cosas de las que saben en este momento.

El periodista del Times sonrió.

—Vamos, jefe, ¿qué es lo que quiere que hagamos? ¿Que lo llamemos desaparición misteriosa? ¿Un chico que se pierde en el mar?

A Brody le resultaba difícil resistir a la tentación de intercambiar airadas ironías con el periodista del Times así que dijo:

—Escuche, señor... Whitman, ¿no?... Whitman. No tenemos ningún testigo que viera más que un chapoteo. El hombre que hay ahí dentro vio una cosa grande y plateada que piensa pudo ser un tiburón. Afirma que jamás ha visto un tiburón vivo en toda su vida. Así que no es lo que podría llamarse el testimonio de un experto. No tenemos cadáver, ni verdadera evidencia de que algo violento le haya sucedido al chico... Quiero decir que lo único que sabemos es que ha desaparecido. Es posible que se haya ahogado. Se puede pensar que tuvo un ataque o le dio algún calambre y entonces se ahogó. Y también cabe imaginar que fue atacado por algún tipo de pez o animal... o incluso una persona, en lo que a suposiciones respecta, todas esas cosas son posible, y hasta que consigamos...

Brody fue interrumpido por el sonido de unos neumáticos rechinando sobre la grava del aparcamiento público situado frente a la comisaría. Sonó el ruido de una puerta de coche cerrándose de golpe, y Len Hendricks entró a la carga en el edificio, sin más ropa que un traje de baño. Su cuerpo tenía el color gris blanquecino moteado de una copa de café de material plástico. Se detuvo en medio de la sala.

—Jefe...

Brody se quedó asombrado por la increíble visión de Hendricks en traje de baño: los muslos repletos de pecas, los genitales que abultaban bajo el apretado tejido.

—¿Has estado nadando, Leonard?

—¡Ha habido otro ataque! —exclamó Hendricks.

El periodista del Times preguntó con rapidez:

—¿Cuándo fue el primero?

Antes de que Hendricks pudiera contestar, Brody intervino:

—Estábamos discutiéndolo en este mismo momento, Leonard. No quiero que ni tú ni nadie saque conclusiones hasta saber de lo que estamos hablando. ¡Por Dios, ese chico puede haberse ahogado!

—¿Chico? —dijo Hendricks—. ¿Qué chico? Ha sido un hombre, un viejo. Hace cinco minutos. Estaba un poco más allá de donde rompen las olas

y, repentinamente, gritó como si lo estuviesen asesinando y su cabeza se hundió bajo el agua, salió de nuevo y gritó algo más, y entonces se hundió otra vez. Chapoteaba mucho, y por todas partes había sangre. El pez regresaba una y otra vez y le atacaba, le volvía a atacar y le atacaba otra vez. Era el más jodidamente grande de los peces que jamás haya visto en toda mi vida, Tan grande como una camioneta. Me metí hasta la cintura y traté de sacar al tipo, pero el bicho seguía atacándolo —Hendricks se interrumpió, mirando al suelo. La respiración salía de su pecho en cortas explosiones—. Luego, el pez lo dejó. Quizá se fue. No sé. Caminé por el agua hasta donde estaba flotando el tipo. Tenía la cabeza dentro del agua. Agarré uno de sus brazos y tiré.

—¿Y? —preguntó Brody.

—Me quedé con él en la mano. El tiburón debió haberlo cortado casi por completo, excepto una tira de piel —Hendricks alzó la vista, con los ojos rojos y repletos de lágrimas de agotamiento y miedo.

—¿Vas a vomitar? —inquirió Brody.

—No creo.

—¿Llamaste a la ambulancia?

Hendricks negó con la cabeza.

—¿Ambulancia? —repitió el periodista del Times—. ¿No es eso como cerrar la puerta del corral cuando ya se ha escapado el caballo?

—Cierre la boca, niño bonito —gritó Brody—. Bixby, llama al hospital. Leonard, ¿te animas a trabajar un poco? —Hendricks asintió con la cabeza—. Entonces, ponte algo de ropa y busca alguno de esos carteles que dicen que las playas están cerradas.

—¿Tenemos alguno?

—No sé. Deberíamos. Quizá ahí atrás en el almacén, con esos otros que dicen "Esta propiedad está protegida por la Policía". Si no tenemos, tendremos que hacer alguno que sirva hasta que nos lo haga un profesional. No me importa. De una forma u otra, cerraremos de una vez esas malditas playas.

El lunes por la mañana, Brody llegó a la oficina un poco después de las siete.

—¿Lo has conseguido? —le dijo a Hendricks.

—Está en su mesa.

—¿Bueno o malo? No importa, voy a verlo por mí.

—No le costará encontrarlo.

La edición del Times de Nueva York se hallaba en el centro del escritorio de Brody. Aproximadamente a tres cuartas partes hacia abajo de la columna derecha de la primera página, vio el titular:

Tiburón mata a dos personas en Long Island.

Brody dijo: "Mierda", y comenzó a leer.

Por William F. Whitman

Especial para el New York Times

Amity, L.I., 20 junio. — Un niño de seis años y un viejo de sesenta y cinco resultaron muertos hoy a causa de dos ataques de tiburón que ocurrieron con una hora de diferencia, cerca de las playas de esta comunidad veraniega.

Aunque el cadáver del niño, Alexander Kintner, no fue hallado, se dice oficialmente que no hay duda de que fue muerto por un tiburón. Un testigo, Thomas Daguerre, de Nueva York, dijo que vio un gran objeto plateado salir del agua y atrapar al niño y el colchón de goma, desapareciendo de nuevo en el agua con un gran chapoteo.

El forense de Amity, Carl Santos, declaró que las manchas de sangre halladas en jirones de goma recuperados luego no dejaban lugar a dudas acerca de que el niño había fallecido de muerte violenta.

Al menos quince personas presenciaron el ataque a Morris Cater, de sesenta y cinco años, que tuvo lugar aproximadamente a las dos, y a medio kilómetro de distancia de la playa en la que fue atacado el niño Kintner.

Aparentemente, el señor Cater estaba nadando justo más allá de la línea de rompiente cuando fue golpeado de súbito por detrás. Gritó pidiendo ayuda, pero todo intento de rescatarle fue en vano.

"Me metí hasta la cintura y traté de sacarlo —dijo el agente de policía Leonard Hendricks, de Amity, que se hallaba en aquel momento en la playa —, pero el pez no dejaba de atacarle."

El señor Cater, un mayorista de joyería con su oficina en número 1224 de la Avenida de las Américas, fue declarado muerto a su llegada al Hospital Southampton.

Estos incidentes son los primeros casos documentados a ataques de tiburones a bañistas en la costa este, en más de dos décadas.

Según el doctor David Dieter, ictiólogo del Acuario de Nueva York, en Coney Island, es lógico asumir, aunque no sea totalmente seguro, que ambos ataques fueron obra del mismo tiburón.

“En esta época del año y en esas aguas —dijo el doctor Dieter—, hay muy pocos tiburones. Es raro en cualquier época año que los tiburones se acerquen tanto a la playa. Así que las posibilidades de que dos tiburones se hallen frente al mismo lugar y en el mismo momento, y que cada uno de ellos ataque a una persona, son prácticamente infinitesimales.”

Cuando se le informó de que un testigo había descrito al tiburón que atacó al señor Cater como “tan grande como una camioneta” el doctor Dieter dijo que probablemente el tiburón fuera un “gigante blanco” (Carcharodon carcharias), una especie conocida en todo el mundo por su voracidad y agresividad.

Según dijo, en 1916 un gigante blanco atacó a cuatro bañistas en Nueva Jersey el mismo día, siendo el único otro caso del que se tiene noticia de ataque fatal y múltiple de un tiburón producido en los Estados Unidos en este siglo. El doctor Dieter atribuye estos ataques a “la mala suerte, como cuando un rayo cae sobre una casa. El tiburón probablemente pasaba por allí. Resulta que era un buen día, y que la gente estaba nadando, justo cuando él pasaba por allí. Fue pura casualidad.”

Amity es una comunidad veraniega de la costa sur de Long Island, aproximadamente a medio camino entre Bridgehampton y East Hampton, con una población invernal de mil personas. En el verano, la población se incrementa a diez mil.

Brody acabó de leer el artículo y dejó el periódico sobre la mesa. Casualidad, decía el doctor, pura casualidad. ¿Qué es lo que hubiera dicho si estuviera enterado del primer ataque? ¿Seguiría pensando que era pura casualidad? ¿O diría que era negligencia, una terrible e imperdonable negligencia? Había ya tres personas muertas, y dos de ellas podrían seguir con vida si él se hubiera...

—Ya has leído el Times —dijo Meadows. Estaba en la puerta.

—Ajá, acabo de verlo. No se enteraron de lo de la Watkins.

—Ya lo sé. Es bastante curioso, especialmente después de la metedura de pata de Len.

—Pero tú sí hablas de ello.

—He hablado. Tenía que hacerlo. Toma —Meadows entregó a Brody un ejemplar del Leader de Amity. Un gran titular se extendía a lo ancho de las seis columnas de la primera página: Dos personas muertas por un monstruoso tiburón en las playas de Amity. Bajo esto, con tipo más pequeño, un subtítulo: El número de víctimas del pez asesino se eleva ya a tres.

—Desde luego consigues buenas noticias, Harry.

—Léelo.

Brody leyó:

Dos visitantes veraniegos de Amity fueron brutalmente muertos ayer por un tiburón comedor de hombres que los atacó mientras se divertían en las frías aguas de la playa situada frente a la calle Scotch.

Alexander Kintner, de seis años, que vivía con su madre en la casa de Goose Neck Lane, propiedad de los señores Richard Packard, fue el primero en morir, atacado desde abajo mientras se hallaba echado sobre un colchón de goma. Su cadáver no ha sido hallado.

Menos de media hora más tarde, Morris Cater, de sesenta y cinco años de edad, que estaba pasando el fin de semana en el Hostal Abelard Arms, fue atacado desde atrás mientras nadaba en el suave oleaje, frente a la playa pública.

El gigantesco pez lo golpeó una y otra vez, salvajemente, mientras el señor Cater gritaba pidiendo auxilio. El patrullero Len Hendricks, que por pura coincidencia estaba allí, bañándose en el mar por primera vez en cinco años, hizo un valeroso intento de rescatar a la víctima que aún se debatía, pero el animal no dio cuartel. El señor Cater estaba ya muerto cuando fue sacado de las aguas.

Las muertes fueron la segunda y tercera originadas por ataques de tiburón en Amity, en los últimos cinco días.

El pasado miércoles por la noche, la señorita Christine Watkins, huésped de los señores John Foote, de la Carretera del Viejo Molino, salió a nadar y desapareció.

El jueves por la mañana, el jefe de la policía, Martin Brody y el agente Hendricks recuperaron su cadáver. Según el forense Carl Santos, la causa de la muerte había sido "definitiva e incontrovertiblemente, el ataque de un tiburón."

Preguntado acerca de por qué no se hizo pública la causa de la muerte, el señor Santos rehusó comentarlo.

Brody alzó la vista del periódico y preguntó:

—¿Es cierto que Santos rehusó comentarlo?

—No. Dijo que nadie más que tú y yo le había preguntado la causa de la muerte, así que no se sintió obligado decírselo a nadie. Como puedes ver, no iba a publicar esa respuesta. Nos hubiera echado todas las culpas sobre ti y sobre mí. Esperaba haber conseguido que dijera algo al como: "Su familia requirió que se mantuviese en privado la causa de su muerte y dado que

obviamente no se trataba de un crimen, estuve de acuerdo", pero no quiso. No puedo decir que yo no hubiera hecho lo mismo.

—Entonces, ¿qué es lo que hiciste?

—Traté de hablar con Larry Vaughan, pero se había ido fuera a pasar el fin de semana. Pensé que sería el mejor portavoz oficial.

—¿Y qué hiciste al no poder encontrarlo?

—Lee.

No obstante, se cree que los funcionarios gubernativos y la policía de Amity decidieron no hacer pública esa información en interés común. "La gente tiende a reaccionar de forma excesiva cuando oye hablar del ataque de un tiburón —dijo un miembro del consejo ciudadano—. No queríamos iniciar un pánico. Y teníamos la opinión de un experto acerca de que la posibilidad de otro ataque era prácticamente nula".

—¿Quién es ese miembro del consejo tan parlanchín? —preguntó Brody.

—Todos y ninguno —le respondió Meadows—. Básicamente, es lo que todos dijeron, pero ninguno de ellos quiso que se le citase.

—¿Y qué hay de que no cerrásemos las playas? ¿Hablaste de eso?

—Tú lo hiciste.

—¿Qué yo lo hice?

Al preguntársele por qué no ordenó que se cerrasen las playas hasta que fuera atrapado el tiburón asesino, el jefe Brody contestó: "El océano Atlántico es muy grande. Los peces nadan en él y van de un sitio a otro. No permanecen siempre en un sitio, especialmente en un área como ésta en la que no tienen una fuente de alimentos. ¿Qué íbamos a hacer? Si cerrábamos las playas de Amity, la gente se iría simplemente en coche a East Hampton y nadarían allí. Y había tantas posibilidades de que muriesen en East Hampton como en Amity."

Sin embargo, tras los ataques de ayer, el jefe Brody ordenó que las playas fueran cerradas hasta nueva orden.

—Dios mío, Harry —dijo Brody—. Realmente me la has hecho buena. Me haces argumentar en favor de un caso en el que no creo. Luego queda demostrado que me equivoqué y me veo obligado a hacer una cosa que yo deseé hacer desde el principio. Es una jugada bastante puerca.

—No ha sido una jugada. Tenía que hacer que alguien emitiese la declaración oficial, y dado que Vaughan no estaba, tú eres el más lógico. Tienes que admitir que estuviste de acuerdo con la decisión, así que, por las

buenas o por las malas, la apoyaste. No veo que vayamos a sacar nada bueno de airear todos nuestros trapos sucios y disputas privadas.

—Creo que tienes razón. De todos modos, ya está hecho. ¿Hay algo más que tenga que leer del periódico?

—No. Sólo cito a Matt Hooper, ese tipo de Woods Hole. Dice que sería muy raro que se produjera otro ataque. Pero está algo menos seguro que la última vez.

—¿Cree que es un solo pez el que está haciendo todo esto?

—Naturalmente, no puede estar seguro, pero diría que sí. Piensa que se trata de un gigante blanco.

—Yo también. Bueno, a lo que me refiero es que no sé distinguir entre los blancos, verdes o azules, pero pienso que es un solo tiburón.

—¿Por qué?

—No estoy muy seguro, para hablar con exactitud. Ayer por la tarde llamé a la Guardia Costera en Montauk. Les pregunté si habían visto muchos tiburones por aquí recientemente y me contestaron que no habían visto ni uno. Aún no habían visto ninguno esta primavera, porque es todavía muy pronto, así que esta respuesta no es demasiado extraña. Dijeron que enviarían una lancha por aquí más tarde, y me llamarían si veían algo. Al fin, les llamé yo. Me informaron de que habían estado rastreando por esta área, arriba y abajo, durante dos horas, sin ver nada. Por consiguiente, no hay demasiados tiburones por los alrededores. También me dijeron que cuando hay tiburones por aquí, normalmente son azules, de tamaño medio, de un metro y medio a tres, y tiburones de arena que generalmente no molestan a la gente. Por lo que Leonard afirma que vio ayer, ése no es un tiburón azul de tamaño medio.

—Hooper dijo que había una cosa que podíamos hacer —le explicó Meadows—. Ahora que has cerrado las playas, podríamos echar cebo. Ya sabes, tirar tripas de pescado y cosas así por el agua. Me informó que si había un tiburón por los alrededores, eso lo haría venir a la carrera.

—Oh, excelente. Esto es lo que necesitamos, atraer tiburones. ¿Y si aparece? ¿Qué es lo que hacemos?

—Pescarlo.

—¿Con qué? ¿Con mi cañita querida?

—No, con un arpón.

—Un arpón. Harry, ni siquiera tengo una lancha de policía, para no hablar de una lancha con arpones.

—Hay pescadores por aquí. Ellos tienen lanchas.

—Sí, a ciento cincuenta dólares al día, más o menos.

—Cierto. Pero a mí me parece que... —Una conmoción que se produjo en el vestíbulo interrumpió a Meadows a media frase.

Él y Brody oyeron a Bixby decir:

—Ya le he dicho, señora, que está en conferencia.

Luego, una voz de mujer exclamó:

—¡Y una mismísima mierda! No me importa lo que esté haciendo; voy a entrar ahí.

Se oyeron pasos a la carrera, primero los de una persona, luego los de dos. Se abrió de golpe la puerta de la oficina de Brody y, en el hueco de la misma, aferrando un periódico y con lágrimas rodándole por las mejillas, apareció la madre de Alexander Kintner.

Bixby surgió tras ella y dijo:

—Lo lamento, jefe. Traté de detenerla.

—No te preocupes, Bixby —le contestó Brody—. Entre, señora Kintner.

Meadows se alzó y le ofreció su silla, que era la más cercana al escritorio de Brody. Ella lo ignoró, y caminó hasta el jefe de policía, que se hallaba en pie tras su mesa.

—¿Qué es lo que puedo hacer...?

La mujer le golpeó el rostro con el periódico. A Brody no le hizo tanto daño como le produjo asombro... especialmente por el ruido, una seca detonación que resonó profundamente en su oído izquierdo. El periódico cayó al suelo.

—¿Qué dice de esto? —gritó la señora Kintner—. ¿Qué dice?

—¿Que qué digo de qué? —interrumpió Brody.

—De lo que dice aquí. De que usted sabía que era peligroso nadar. De que alguien había sido ya asesinado por ese tiburón. De que lo mantuvo en secreto.

Brody no sabía qué contestar. Naturalmente, todo aquello era cierto, al menos de una forma estricta. No podía negarlo. Y sin embargo, tampoco podía admitirlo, dado que no era toda la verdad.

—Más o menos —dijo—. Quiero decir que sí, que es cierto, pero que...

Oiga, señora Kintner...

Trataba de suplicarle que se controlase hasta poderle dar una explicación.

—¡Usted asesinó a Alex! —aulló las palabras, y Brody estuvo seguro de que las podrían oír en el apartamento, en la calle, en el centro del pueblo, en las playas, por todo Amity. Estaba seguro que su esposa las habría oído, y también sus hijos.

Pensó para sí mismo: hazla callar antes de que diga nada más. Pero lo único que pudo hacer fue:

—¡Chissst!

—¡Lo hizo! ¡Lo mató! —Sus puños estaban agarrotados a ambos lados de su cuerpo, y su cabeza saltaba hacia adelante mientras gritaba, como si quisiese clavarle las palabras a Brody—. ¡No se escapará de ésta!

—Por favor, señora Kintner —dijo Brody—. Cálmese. Sólo un instante. Déjeme explicarle.

Adelantó la mano para tocarle el hombro y ayudarla a sentarse en una de las sillas, pero ella se apartó con un estremecimiento.

—¡Quíteme sus asquerosas manos de encima! —gritó—. Usted lo sabía. Lo sabía desde siempre, pero no lo quería decir. Y ahora un niño de seis años, un hermoso niño de seis años. Mi niño...

Las lágrimas parecían salir escupidas de sus ojos, y, mientras se estremecía por la ira, saltaban gotitas de su rostro.

—¡Lo sabía! ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué? —Se abrazó a sí misma, rodeándose el cuerpo con las manos, como si estuviese metida en una camisa de fuerza, y miró a Brody directamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Es... —Brody buscó palabras—. Es una larga historia.

Se sentía herido. Tan incapacitado como si le hubieran disparado. No sabía si podría explicarse ahora. Ni siquiera estaba seguro de poder hablar.

—Seguro que sí —dijo la mujer—. Es usted un hombre malvado. Malvado. Malvado. Usted...

—¡Basta ya! —el grito de Brody era tanto una súplica como una orden. La hizo callar—. Ahora escuche, señora Kintner, se equivoca usted totalmente, totalmente. Pregúnteselo al señor Meadows.

Meadows, congelado por la escena, asintió como sin darse cuenta.

—Claro que dirá eso. ¿Por qué no lo iba a decir? Es su amigo, ¿no? Probablemente le habrá dicho que usted ha hecho lo que tenía que hacer. —Su ira crecía de nuevo, anegándola, resucitaba por una nueva explosión de amperaje emotivo—. Seguro que lo decidieron juntos. Así las cosas son más fáciles, ¿no es cierto? ¿Sacaron mucho dinero?

—¿Cómo?

—¿Sacaron mucho dinero de la sangre de mi hijo? ¿Les pagó alguien para que no dijeran lo que sabían?

Brody se sintió horrorizado.

—¡No! Por Cristo, claro que no.

—Entonces, ¿por qué? Dígamelo, dígame el porqué. Yo sí que le pagaré. ¡Pero dígame el porqué!

—Porque no pensábamos que fuera a suceder de nuevo —Brody se sintió sorprendido por la concisión de su respuesta. Pero en realidad, eso era todo, ¿no?

La mujer se quedó en silencio por un instante, dejando que las palabras fueran registradas por su confusa mente. Parecía repetírselas para sí misma. Dijo:

—¡Oh! —Luego, un segundo más tarde—: ¡Jesús!

De pronto, como si hubiesen girado un control en su interior, quitándole la corriente, ya no tuvo más autocontrol. Se desplomó en la silla situada junto a la de Meadows, y comenzó a llorar con sollozos jadeantes, que la ahogaban.

Meadows trató de calmarla, pero ni lo oyó. Tampoco oyó a Brody cuando le dijo a Bixby que llamase a un doctor. Y ni vio, ni oyó, ni notó nada cuando el doctor entró en la oficina, escuchó la descripción hecha por Brody de lo que había sucedido, tras de hablar con ella, le dio una inyección de Librium, se la llevó a su coche con la ayuda de uno de los hombres de Brody, y la trasladó al hospital.

Cuando hubo partido, Brody miró su reloj y dijo:

—Y ni siquiera son las nueve. Si alguna vez he creído necesitar un trago... Guau.

—Si lo dices en serio —le repuso Meadows—, tengo algo de whisky en mi oficina.

—No. Si esto ha sido un indicativo de cómo va a ser el resto del día, mejor será que tenga la cabeza bien serena.

—Es difícil, pero tendrías que tratar de no tomarte demasiado en serio lo que dijo. Quiero decir que la mujer estaba bajo un shock.

—Lo sé, Harry. Cualquier doctor afirmaría que no sabía lo que estaba diciendo. El problema es que yo ya había pensado muchas de esas cosas. Quizá no con esas mismas palabras, pero la idea era la misma.

—Vamos, Martin. Sabes que no puedes echarte las culpas.

—Lo sé. Podría culpar a Larry Vaughan. O quizá incluso a ti. Pero lo cierto es que las dos muertes de ayer podían haberse evitado. Yo podía haberlas evitado, y no lo hice. Eso es lo importante.

Sonó el teléfono. Lo contestaron en la otra habitación y una voz dijo por el interfono:

—Es el señor Vaughan.

Brody apretó el botón encendido, tomó el receptor y dijo:

—Hola, Larry. ¿Pasaste un buen fin de semana?

—Hasta aproximadamente a las once de anoche —dijo Vaughan—, cuando encendí la radio de mi coche, camino de casa. Tuve tentaciones de llamarte inmediatamente, pero pensé que ya habrías tenido un día bastante malo para que se te molestase a esa hora.

—Esa es una decisión con la que estoy completamente de acuerdo.

—No hurgues en la herida, Martin. Ya me siento bastante mal.

Brody deseaba decir: "¿De verdad, Larry?" Deseaba hurgar en la herida hasta abrirla y verla sangrar, para descargar parte de su angustia sobre alguien. Pero sabía que era poco digno el intentarlo y además imposible de lograr, así que todo lo que dijo fue:

—Naturalmente.

—Ya he tenido dos anulaciones esta mañana. Alquileres altos. Buena gente. Ya habían firmado, y les dije que podía llevarlos a juicio. Me dijeron que adelante, pero que ellos se iban a otro sitio. Me da miedo contestar al teléfono. Aún tengo veinte casas que no han sido alquiladas para agosto.

—Me gustaría poder decirte otra cosa, Larry, pero todo va ponerse peor.

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de que ahora están las playas cerradas.

—¿Cuánto tiempo piensas que tendrás que tenerlas cerradas?

—No lo sé. Tanto como sea necesario. Algunos días. Quizá más.

—Ya sabes que a finales de la semana que viene es el Cuatro de Julio.

—Sí, ya lo sé.

—Ya es demasiado tarde para esperar un buen verano, pero quizá podamos salvar algo, al menos para agosto, si el día cuatro es bueno.

Brody no sabía qué opinar del tono de la voz de Vaughan.

—¿Estás discutiendo conmigo, Larry?

—No. Creo que estaba pensando en voz alta. O rezando. De todas maneras, ¿hasta cuándo piensas tener cerradas las playas? ¿Indefinidamente? ¿Cómo sabrás cuándo se ha ido esa bestia?

—No he tenido tiempo de pensar tan lejos. Ni siquiera sé por qué está ahí. Déjame preguntarte una cosa, Larry. Por pura curiosidad.

—¿Qué?

—¿Quiénes son tus socios?

Pasó un largo momento antes que Vaughan replicara:

—¿Por qué lo quieres saber? ¿Qué tiene que ver eso con lo demás?

—Como te he dicho, es pura curiosidad.

—Guarda tu curiosidad para tu trabajo, Martin. Deja que yo me preocupe de mi negocio.

—Por supuesto, Larry. No te ofendas.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer? No podemos quedarnos sentados y esperar que se vaya. Podemos morirnos de hambre mientras esperamos.

—Lo sé. Meadows y yo estábamos justamente hablando de esto. Un experto en peces, amigo de Harry, dice que podríamos intentar atrapar al tiburón. ¿Qué te parecería tratar de reunir un par de centenares de dólares para alquilar la lancha de Ben Gardner por un día o dos? No creo que jamás haya pescado ningún tiburón, pero valdría la pena intentarlo.

—Todo vale la pena, si sirve para librarnos de esa bestia, y podemos volver a ganarnos la vida. Adelante. Di le que sacaré el dinero de algún sitio.

Brody colgó el teléfono y le dijo a Meadows:

—No sé por qué me interesa tanto, pero daría un huevo por saber algo más acerca de los negocios del señor Vaughan.

—¿Por qué?

—Es un hombre muy rico. Por mucho que dure el asunto del tiburón, a él no le ocasionará un daño grave. Seguro, perderá algo de pasta, pero está hablando de esto como si fuera cuestión de vida o muerte... y no me refiero a los habitantes de este pueblo. Sino como si lo fuera para él.

—Quizá sea simplemente una persona consciente.

—No era la conciencia lo que le hacía hablar así. Créeme, Harry. Sé lo que es ser consciente.

A quince kilómetros al sur de la punta este de Long Island, una lancha de pesca alquilada derivaba lentamente en la corriente. Dos sedales colgaban flojamente a popa, en una mancha de aceite. El patrón de la lancha, un hombre alto y enjuto, estaba sentado en un banco del puente, mirando al agua. Abajo, en la cabina, los dos hombres que habían alquilado la lancha estaban leyendo. Uno leía una novela y el otro el Times de Nueva York.

—Hey, Quint —dijo el hombre del periódico—, ¿has leído eso acerca del tiburón que mató a esa gente?

—Ya lo he visto —dijo el patrón.

—¿Crees que nos encontraremos con ese tiburón?

—Ni hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Y si fuéramos a buscarlo?

—No iremos.

—¿Por qué no?

—Aquí no tenemos problemas. Nos quedaremos.

El hombre agitó la cabeza y sonrió.

—Muchacho, eso sí que sería un buen deporte.

—Peces como ése no son deporte —comentó el patrón.

—¿A qué distancia está Amity de aquí?

—Un poco más allá por la costa.

—Bueno, si está por alguna parte de ahí, quizá te lo encuentres uno de estos días.

—Desde luego, nos encontraremos el uno con el otro, pero no hoy.

Cinco

El jueves por la mañana estaba nublado, una húmeda niebla que se pegaba al suelo y era tan espesa que hasta tenía sabor, fuerte y salado. La gente conducía por debajo del límite de velocidad, con las luces encendidas. Hacia mediodía, se alzó la niebla, y esponjosas nubes en forma de cúmulos atravesaron el cielo bajo una alta cubierta de cirros. Allá a las cinco de la tarde, la cobertura de nubes había empezado a desintegrarse como trozos caídos de rompecabezas. El sol se introdujo por los orificios, clavando brillantes trozos de azul en la superficie grisverdosa del mar.

Brody estaba sentado en la playa pública, con los codos apoyados en las rodillas para mantener firmes los prismáticos que tenía en las manos. Cuando los bajaba, apenas si podía ver la lancha: un punto blanco que desaparecía y reaparecía en las olas. El potente instrumento la traía clara pero temblorosamente, a la vista. Brody llevaba allí sentado cerca de una hora. Trató de forzar sus ojos, para extender la visión y así delinear más claramente la silueta de lo que veía. Maldijo, y dejó caer los prismáticos, que colgaron de la correa que llevaba al cuello.

—Hola, jefe —dijo Hendricks, caminando hasta Brody.

—Hola, Leonard. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba y vi su coche. ¿Qué es lo que hace usted?

—Tratando de imaginar qué infiernos intenta Ben Gardner.

—Pescar, ¿no cree?

—Para eso se le está pagando, pero es la pesca más extraña que jamás he visto. No se ha movido nadie en la lancha desde hace una hora.

—¿Puedo dar una ojeada? —Brody le pasó los prismáticos. Hendricks los alzó y miró al mar—. Sí, tiene usted razón. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Creo que todo el día. Hablé con él anoche, y me dijo que saldría a las seis de la mañana.

—¿Fue solo?

—No lo sé. Me dijo que iba a tratar de conseguir que fuera con él su compañero, ese Danny o como se llame, pero que había algo de una visita al

dentista. Espero fervientemente que no haya ido solo.

—¿Quiere ir a ver? Aún nos quedan al menos dos horas de luz.

—¿Cómo piensas ir ahí?

—Le pediré a Chickering su bote. Tiene un AquaSport con un motor Evinrude de ochenta caballos. Con eso podemos ir ahí.

Brody notó cómo un estremecimiento de miedo le recorría la espina dorsal. Era un nadador muy malo, y la idea de estar encima, y no hablemos de estar dentro del agua, en un sitio donde le cubría, le producía lo que su madre acostumbraba a llamar el miedo frío: palmas sudorosas, una necesidad persistente de tragar saliva, y un dolor de estómago... básicamente, la sensación que algunas personas tienen cuando vuelan. En los sueños de Brody, las aguas profundas estaban pobladas de cosas horribles y pegajosas, que se alzaban del fondo y le desgarraban las carnes, demonios que cloqueaban y gemían.

—De acuerdo —dijo—. No creo que tengamos mucha elección. Quizá para cuando lleguemos al muelle ya se dirija hacia aquí. Ve a preparar el bote. Yo pasaré por la oficina y llamaré a su esposa, para ver si le ha hablado por radio.

El muelle de Amity era pequeño, con sólo veinte plazas, un muelle de combustible, y un barracón de madera en el que se vendían perros calientes y almejas en bandejas de cartón. Los barcos estaban en una caleta protegida del mar por un rompeolas de piedra que se extendía hasta la mitad del ancho de la boca de la bahía. Hendricks estaba ya a bordo del AquaSport, con el motor en marcha, y estaba charlando con un hombre que se hallaba en la motora de siete metros y medio atracada en el lugar contiguo. Brody caminó a lo largo del muelle de madera y bajó por la corta plancha hasta el bote.

—¿Qué es lo que ha dicho la esposa? —preguntó Hendricks.

—Ni palabra. Ha estado tratando de que le contestase desde hace media hora, pero piensa que debe de haber apagado la radio.

—¿Va solo?

—Según parece. Su compañero había sufrido un golpe en una muela del juicio, que tenían que sacarle hoy.

El hombre de la motora dijo:

—Si no les importa que me meta, les diré que eso es bastante extraño.

—¿Qué? —preguntó Brody.

—Apagar la radio cuando uno va solo. La gente no hace esas cosas.

—No sé. Ben siempre está maldiciendo toda la cháchara que hay entre las lanchas, cuando está por ahí pescando. Quizá se aburriese y la apagara.

—Quizá.

—Vamos, Leonard —dijo Brody—. ¿Sabes cómo conducir esta cosa?

Hendricks quitó el cable de amarre, caminó hacia popa, desenroscó el cable de popa, y lo tiró sobre cubierta. Se fue hacia el tablero de control y empujó una palanca anamórfica. El bote dio un tirón hacia adelante, petardeando. Hendricks empujó más la palanca, y el motor tuvo un encendido más regular. La popa se hundió, y la proa se alzó. Mientras viraban para rodear el rompeolas, Hendricks empujó la palanca totalmente a fondo y el bote se niveló.

—Planeando —dijo Hendricks.

Brody se agarró a una manija de acero situada al costado del tablero de mando.

—¿Hay chalecos salvavidas? —preguntó.

—Sólo los cojines —dijo Hendricks—. Lo mantendrían perfectamente a flote, si fuera usted un niño de ocho años.

—Gracias.

La poca brisa había desaparecido, y el mar apenas se movía. Pero había alguna que otra pequeña ola, y el bote las tomaba de mala manera, y recuperando el equilibrio con un estremecimiento que ponía muy nervioso a Brody.

—Este cacharro se va a hacer pedazos si no aminoras la velocidad —dijo.

Hendricks sonrió, disfrutando de aquel momento de dominio.

—No se preocupe, jefe. Si freno, nos moveremos mucho. Nos llevaría una semana el llegar ahí y le parecería tener el estómago lleno de ardillas.

La lancha de Gardner estaba a algo más de un kilómetro de la costa. Mientras se acercaban, Brody la podía ver cabecear suavemente sobre las olas. Hasta podía distinguir las letras negras en el puente: Flicka.

—Está anclado —dijo Hendricks—. Muchacho, es mucha agua para anclar una lancha. Debe de haber más de treinta metros ahí.

—Cojonudo —dijo Brody—. Justo lo que me faltaba oír.

Cuando estuvieron a unos cincuenta metros del Flicka, Hendricks redujo la velocidad, y el bote comenzó a balancearse lentamente. Se aproximaron

con rapidez. Brody fue hacia adelante, y se subió a una plataforma que había a proa. No vio signo alguno de vida. No había ninguna caña en los soportes para las mismas.

—¡Hey, Ben! —gritó. No hubo respuesta.

—Quizá esté bajo cubierta —dijo Hendricks.

Brody llamó de nuevo:

—¡Hey, Ben!

La proa del AquaSport estaba a sólo unos pocos centímetros del lado de babor del Flicka. Hendricks puso la palanca en punto muerto, y luego le dio un momentáneo tirón hacia atrás. El AquaSport se detuvo y, con la siguiente ola, llegó hasta el costado del Flicka. Brody lo agarró.

—¡Hey, Ben!

Hendricks tomó un cabo, caminó hacia adelante y lo ató a un escobén del AquaSport. Pasó la cuerda sobre la barandilla de la otra embarcación e hizo rápidamente un burdo nudo.

—¿Quiere subir a bordo? —dijo.

—Ajá. —Brody subió a bordo del Flicka. Hendricks lo siguió, y se hallaron en la cabina de mando. Hendricks metió la cabeza a través de la escotilla delantera.

—¿Estás ahí, Ben? —Miró alrededor, sacó la cabeza y dijo—: No está ahí.

—No está a bordo —dijo Brody—. De eso no hay duda.

—¿Qué es eso? —dijo Hendricks, señalando un cubo en un rincón.

Brody caminó hasta el cubo y se inclinó. Un hedor de pescado y aceite le llenó la nariz. El cubo estaba lleno de tripas y sangre.

—Debe de ser el cebo —dijo—. Tripas de pescado y otras mierdas. Uno las tira por el agua y se supone que atraen a los tiburones. No usó mucho. El cubo está casi lleno.

Un sonido repentino hizo saltar a Brody:

—Equis, zeta, e, dos, cinco, nueve —dijo una voz cascada, por la radio —. Aquí el Pretty Belle. ¿Estás ahí, Jaken?

—Anulada esa teoría —dijo Brody—. Nunca apagó la radio.

—No entiendo nada, jefe. No hay cañas. No llevaba un bote auxiliar, así

que no pudo alejarse remando. Nadaba como un pez, por lo que si hubiera caído por la borda debería haber vuelto a subir.

—¿Ves un arpón por algún lugar?

—¿Qué aspecto tiene?

—No sé. De arpón. Y barriles. Se supone que uno los usa como flotadores.

—No veo nada así.

Brody se quedó en el costado de estribor, mirando las proximidades. El bote se movía lentamente, y se sujetó con la mano derecha. Notó algo extraño y miró hacia abajo. Había cuatro agujeros de tornillo irregulares en donde antes debió haber una estaquilla. Evidentemente los tornillos no habían sido sacados con un destornillador: la madera de alrededor de los agujeros había sido arrancada.

—Mira esto, Leonard.

Hendricks pasó su mano sobre los agujeros. Miró al lado de babor donde una estaquilla de acero de veinticinco centímetros de alto seguía firmemente atornillada a la madera.

—¿Se imagina si lo que había aquí era tan grande como éste de allí? —comentó—. Dios mío, ¿qué fuerza se necesitaría para arrancar esa cosa?

—Mira aquí, Leonard —Brody pasó su dedo índice por la superficie del costado de estribor. Había una señal de veinte centímetros de largo, en la que había sido arrancada la pintura y arañada la madera—. Parece como si alguien hubiera limado esta madera.

—O bien le hubiera dado una frotada infernal con un trozo de cable grueso y muy tenso.

Brody caminó hacia el lado de babor de la cabina de mando y comenzó a tantear, a la ventura, a lo largo del costado.

—Ese es el único lugar —dijo. Cuando llegó a popa, apoyó los codos en la borda y miró hacia el agua.

Por un momento, contempló atontado el casco, sin ver nada. Luego, comenzó a divisar una trama, una trama de agujeros, de profundas estrías en el costado de madera, formando un burdo semicírculo de más de noventa centímetros de diámetro. Junto al mismo había otra figura similar. Y en la parte inferior del costado, justo junto a la línea de flotación, tres pequeñas manchas de sangre. Por favor, Dios, pensó Brody, otro más, no.

—Ven aquí, Leonard —dijo.

Hendricks caminó hacia popa y miró.

—¿Qué?

—Si te sostengo por las piernas, ¿crees que podrás colgar del costado, dar una mirada a esos agujeros de allí y tratar de averiguar cómo fueron hechos?

—¿Cómo cree que fueron hechos?

—No sé. Pero sería de alguna manera. Quiero averiguarlo. Vamos. Si no puedes hacerlo en un minuto o dos, lo dejaremos correr y nos iremos a casa. ¿De acuerdo?

—Me imagino que sí —Hendricks se echó de bruces sobre la cubierta—. Jefe, agárreme fuerte... por favor.

Brody se inclinó y aferró las piernas de Hendricks.

—No te preocupes —dijo. Se puso cada una de las piernas bajo un sobaco e hizo fuerza. Hendricks fue alzado y luego pasado sobre la borda.

—¿Todo va bien, Leonard?

—Bájeme un poco más. ¡No tanto! Jesús, acaba de meterme la cabeza en el agua.

—Lo siento. ¿Qué tal ahora?

—De acuerdo, así está bien —Hendricks comenzó a examinar los agujeros—. ¿Y si un tiburón viniese en este momento? —gruñó—. Me podría arrancar de sus manos.

—No pienses en eso. Limítate a mirar.

—Estoy mirando. —Al cabo de unos momentos dijo—: ¡Será...! Mire eso. Oiga, súbame, necesito mi cuchillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Brody cuando Hendricks estuvo otra vez sobre cubierta.

Éste abrió la hoja grande de su cuchillo de bolsillo.

—No sé —replicó—. Hay un trozo de algo blanco clavado en uno de los agujeros. —Con el cuchillo en la mano dejó que Brody lo bajase de nuevo por el costado. Trabajó un instante, con su cuerpo agitándose por el esfuerzo. Luego, indicó—: Ya está, lo tengo. Súbame.

Brody caminó hacia atrás, tirando de Hendricks hasta subirlo de nuevo. Luego, bajó los pies de éste hasta cubierta.

—Veamos —dijo, tendiendo la mano. Hendricks dejó caer un triángulo de dentículo blanco brillante sobre la palma de Brody. Tenía casi cinco centímetros de largo. Los lados tenían forma de sierra. Brody rascó la madera con el diente, y éste la cortó. Miró al agua y dijo agitando la cabeza—: Dios mío.

—Es un diente, ¿no? —preguntó Hendricks—. ¡Santísimo Jesucristo! ¿Cree que el tiburón atrapó a Ben?

—No se me ocurre otra cosa —dijo Brody. Miró de nuevo el diente, y luego se lo metió en el bolsillo—. Podemos irnos. No hay nada más que hacer aquí.

—¿Qué quiere que hagamos con la lancha de Ben?

—La dejaremos aquí hasta mañana. Luego, mandaremos a alguien a buscarla.

—Si quiere, la puedo tripular yo.

—¿Y dejarme a mí llevando la otra? Olvídalo.

—Podríamos remolcar una de las dos.

—No. Está oscureciendo, y no quiero tener que tontear tratando de atracar dos embarcaciones de noche. A esta lancha no le pasará nada por quedarse aquí esta noche. Simplemente, comprueba el ancla de delante y asegúrate de que está firme. Luego, vámonos. Nadie va a necesitar esta embarcación antes de mañana... y especialmente Ben Gardner.

Llegaron al muelle a primera hora del anochecer.

Harry Meadows y otro hombre, desconocido para Brody, estaban esperándoles.

—Desde luego, tienes buenas antenas, Harry —dijo Brody mientras bajaba la pasarela hasta el muelle. Meadows sonrió, orgulloso.

—Esa es mi profesión, Martin. —Hizo un gesto indicando al hombre que había junto a él—. Éste es Matt Hooper, jefe Brody.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Usted es el hombre de Woods Hole —dijo Brody, tratando de darle una buena ojeada en la menguante luz. Era joven, de unos veinticinco años, pensó Brody... y bien parecido, moreno, con el cabello desteñido por el sol. Era casi tan alto como Brody, 1,82 m, pero más enjuto; Brody se imaginó que pesaría unos 70 kilos, y los comparó con sus 80. Un reflejo mental le hizo observar a Hooper como un posible enemigo. Luego, con lo que reconoció como orgullo infantil, determinó que si alguna vez llegaban a enfrentarse,

podría vencer a Hooper. La experiencia sería decisiva.

—Así es —le contestó Hooper.

—Harry ha estado aprovechándose de sus conocimientos sin que tuviera usted que venir por aquí —dijo Brody—. ¿Cómo es que al fin ha venido?

—Lo llamé —intervino Meadows—. Pensé que podía ser capaz de averiguar lo que estaba sucediendo.

—Mierda, Harry, sólo tenías que habérmelo preguntado —dijo Brody—. Podría habértelo dicho. Mira, está ese pez que ronda por ahí y...

—Ya sabes lo que quiero decir.

Brody pensaba en su propio resentimiento ante la intrusión, la complicación que Hooper, en su calidad de experto, iba a añadir, y la implícita división de autoridad que había creado la llegada de Hooper. Y reconoció que su resentimiento era estúpido.

—Está bien, Harry —dijo—. No hay problemas. Es que ha sido un día muy duro.

—¿Qué es lo que han encontrado ahí? —preguntó Meadows.

Brody comenzó a buscar el diente en su bolsillo, pero se detuvo. No quería tener que contar todo aquello de pie en un muelle, casi a oscuras.

—No estoy seguro —dijo—. Vengan a la comisaría y se lo contaré.

—¿Va a quedarse Ben toda la noche allí?

—Parece que sí, Harry —Brody se volvió hacia Hendricks, que había acabado de amarrar el bote—. ¿Vas a casa, Leonard?

—Sí. Quiero asearme antes de ir a trabajar.

Brody llegó a la comisaría antes de que lo hicieran Meadows y Hooper. Eran casi las ocho. Tenía que hacer dos llamadas telefónicas: una a Ellen, para ver si podía recalentarle las sobras de la cena o si debía comprar algo camino de casa, y la llamada que generalmente temía, la que tenía que hacer a Sally Gardner. Llamó primero a Ellen: carne asada. Podía ser recalentada. Tendría sabor a suelas de zapato, pero estaría caliente. Colgó, buscó en el listín el número de Gardner, y lo marcó.

—¿Sally? Aquí Martin Brody —repentinamente, se arrepintió de haber llamado sin antes pensar lo que iba a decir. ¿Hasta qué punto debía informarla? Decidió que no debía decirle mucho, al menos no hasta que tuviera una oportunidad de comprobar su teoría con Hooper para ver si era plausible o absurda.

—¿Dónde está Ben, Martin? —la voz sonaba calmada, pero un poco más aguda de lo que Brody recordaba como normal.

—No lo sé, Sally.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? Saliste a buscarlo, ¿no?

—Sí. Pero no estaba en la lancha.

—Pero la lancha sí estaba allí.

—La lancha estaba allí.

—¿Subiste a bordo? ¿Buscaste en todas partes? ¿Bajo cubierta?

—Sí —luego tuvo una débil esperanza—. ¿Acaso Ben llevaba un bote auxiliar?

—No. ¿Cómo podía no estar allí? —La voz era ahora más aguda.

—Yo...

—¿Dónde está?

—Brody captó el tono de incipiente histeria. Deseaba haber ido personalmente a la casa.

—¿Estás sola, Sally?

—No. Los niños están conmigo.

Parecía más tranquila, pero Brody estaba seguro que esta tranquilidad no era más que la pausa antes del estallido de dolor que se produciría cuando se diera cuenta de que los temores con los que había convivido cada uno de los días de los dieciséis años que Ben llevaba pescando profesionalmente —miedos ocultos enterrados en las profundidades mentales y jamás manifestados de viva voz porque parecerían ridículos—, esos temores se habían hecho realidad.

Brody hurgó en su memoria tratando de recordar las edades de los niños de los Gardner. Uno tendría doce, Otro unos nueve, y el último más o menos seis. ¿Qué clase de chico era el de doce? No lo sabía. ¿Quién era el vecino más cercano? Mierda. ¿Por qué no pensó en esto antes? Los Finley.

—Espera un momento, Sally. —Llamó al agente de recepción—. Clemente, llama a Grace Finley y dile que vaya a la casa de Sally Gardner como si tuviera un cohete en el culo.

—¿Y si me pregunta por qué?

—Dile simplemente que necesito que vaya. Que se explicaré más tarde.

—Volvió al teléfono—. Lo siento, Sally. Lo único que puedo decirte con seguridad es que fuimos hasta donde está anclada la lancha de Ben. Subimos a bordo y Ben no estaba allí. Miramos por todas partes, abajo y en todos sitios.

Meadows y Hooper entraron en la oficina de Brody. Les indicó que se sentaran.

—Pero, ¿dónde podría estar? —preguntó Sally Gardner—. Uno no se baja de una embarcación en medio del océano.

—No.

—Y no pudo haber caído por la borda. Quiero decir que quizá sí, pero que hubiera vuelto a subir.

—Sí.

—Quizá alguien se acercase y se lo llevara en otra embarcación. Tal vez el motor no se ponía en marcha, y tuvo que pedir a alguien que le echara una mano. ¿Probaron el motor?

—No —dijo Brody, azarado.

—Entonces, probablemente ésa será la respuesta —la voz era sutilmente más suave, casi infantil, cubierta de una capa de esperanza que, cuando se rompiese, haría que todo se hiciera pedazos como un trozo de hielo—. Y si se había quedado sin batería, eso puede explicar por qué no llamó por radio.

—La radio funcionaba, Sally.

—Espera un minuto. ¿Quién está ahí? Oh, eres —hubo una pausa. Brody oyó cómo Sally hablaba Grace Finley. Luego, volvió al teléfono—. Grace dice que la has mandado venir aquí. ¿Por qué?

—Pensé...

—Crees que está muerto, ¿no? Piensas que se ha ahogado —se le rompió la voz, y comenzó a sollozar.

—Me temo que sí, Sally. Es lo único que se me ocurre por el momento. Déjame hablar con Grace un instante por favor.

Un par de segundos después, la voz de Grace Finley se oyó por el teléfono:

—¿Sí, Martin?

—Lamento tener que hacerte esto, pero no se me ocurre otra cosa. ¿Puedes quedarte con ella un rato?

—De acuerdo. Lo haré.

—Quizá sea una buena idea. Trataré de ir más tarde. Gracias.

—¿Qué ha pasado, Martin?

—No estamos seguros.

—¿Es esa cosa... de nuevo?

—Quizá. Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Pero, hazme un favor, Grace. No le hables del tiburón a Sally. Las cosas ya están bastante mal.

—De acuerdo, Martin, espera un momento —cubrió el micrófono con la mano, y Brody escuchó una conversación apagada. Luego, Sally Gardner tomó el aparato.

—¿Por qué lo hiciste, Martin?

—¿Qué es lo que he hecho?

Aparentemente, Grace Finley trataba de quitarle el teléfono de la mano, pues Brody oyó cómo Sally gritaba:

—¡Déjame hablar, maldita sea! —Luego, le dijo a él—: ¿Por qué lo enviaste a él? ¿Por qué a Ben?

Su voz no era particularmente alta, pero hablaba con una intensidad que golpeó a Brody con tanta fuerza como si estuviera chillando.

—Sally, estás...

—¡Esto no tuvo que haber pasado! —continuó ella—. Podrías haberlo impedido.

Brody tenía ganas de colgar. No deseaba una repetición de la escena con la madre de aquel chico, Kintner. Pero tenía que defenderse. Ella tenía que saber que lo que había sucedido no era culpa suya. ¿Cómo podía culparlo? Así que dijo:

—¡Tonterías! Ben era pescador, y además bueno, conocía los riesgos.

—Si tú no hubieras...

—¡Basta ya, Sally! —Brody se permitió interrumpirla—. Trata de descansar.

Colgó el teléfono. Estaba furioso, pero su furia era confusa. Estaba irritado con Sally Gardner por acusarle, y consigo mismo por estar irritado con ella. “Si”, había dicho ella. ¿Si, qué? Si no hubiera enviado a Ben. Naturalmente. Y si los cerdos tuvieran alas serían águilas. Si hubiera ido él mismo. Pero aquella no era su profesión. Había enviado a un experto. Alzó la

vista, mirando a Meadows.

—Ya lo has oído.

—No todo. Pero lo bastante como para imaginarme que Ben Gardner se ha convertido en la víctima número cuatro.

Brody asintió.

—Eso creo —les contó a Meadows y Hooper su viaje con Hendricks. En una o dos ocasiones, Meadows le interrumpió con una pregunta. Hooper escuchaba, con su rostro angular plácido y sus ojos, de un claro azul pólvora fijos en Brody. Al final de su relato, éste buscó en el bolsillo de sus pantalones —. Encontramos esto. Leonard lo sacó de la madera.

Lanzó el diente a Hooper, que le dio vueltas en la mano.

—¿Qué piensas, Matt? —preguntó Meadows.

—Es un blanco.

—¿De qué tamaño?

—No puedo estar seguro, pero es grande. Cuatro metros y medio, seis. Ese pez vuestro es fantástico. —Miró a Meadows—. Gracias por llamarme. Podría pasarme toda una vida entre los tiburones, y no ver jamás un pez como ése.

—¿Cuánto pesaría un bicho así? —preguntó Brody.

—De dos mil a dos mil quinientos kilos.

Brody silbó admirativamente.

—Dos toneladas y media.

—¿Tienes alguna idea acerca de lo que pasó? —preguntó Meadows.

—Por lo que dice el jefe, parece como si el tiburón hubiera matado al señor Gardner.

—¿Cómo? —inquirió Brody.

—Pudo haber sido de muchas maneras. Tal vez Gardner se cayese por la borda. Lo más probable es que fuera arrastrado. Quizá se le enredase una pierna en el cabo de un arpón. Incluso lo pudo atrapar mientras se inclinaba sobre la borda.

—¿Cómo explica usted el mordisco en el casco?

—El pez atacó la lancha.

—¿Para qué infiernos?

—Los tiburones no son muy inteligentes, jefe. Sólo están guiados por el instinto y el impulso. Y el impulso de alimentarse es muy poderoso.

—Pero una lancha de nueve metros...

—Un tiburón no piensa. Para él no era una lancha, era sólo algo grande.

—E incomestible.

—No lo supo hasta que lo probó. Tiene que tratar de comprenderlo. No hay nada en el mar que ese pez tenga que temer. Otros peces han de escapar de animales mayores. Ese es su instinto. Pero este tiburón no huye ante nada. No sabe lo que es el miedo. Quizá se muestre cauto... digamos cuando se encuentra con otro tiburón blanco aún mayor. Pero no hay nada que le dé miedo.

—¿A qué otras cosas atacan?

—A cualquier cosa.

—¿De veras? ¿A todo?

—Prácticamente sí.

—¿Tiene alguna idea de por qué está quedándose tanto tiempo por aquí? —siguió interrogando Brody—. No sé si sabrá mucho acerca de esta costa, pero...

—Me crie aquí.

—¿Sí? ¿En Amity?

—No, en Southampton. Pasé todos los veranos allí, desde que inicié los estudios hasta que entré en la universidad.

—Los veranos. Entonces, realmente no se crio aquí —Brody estaba buscando algo con lo que restablecer su paridad, si no su superioridad, sobre el joven, y se conformó con un esnobismo a la inversa, una actitud bastante frecuente entre los residentes de todo el año en las comunidades estivales. Les proporcionaba una armadura contra el desprecio que notaban en las gentes ricas del verano. Era una actitud de machismo social que igualaba la riqueza con la decadencia, la simplicidad con la bondad, y la pobreza (hasta un cierto punto) con la honestidad. Y era una actitud que, en general, Brody consideraba tan repugnante como estúpida. Pero se había sentido amenazado por el joven, aunque no supiera muy bien por qué, y esa sensación era tan inusitada que había buscado el caparazón más conveniente, aquél que Hooper mismo le había entregado.

—Está usted muy puntilloso —dijo testarudo Hooper—. De acuerdo, no nací aquí; pero he pasado mucho tiempo en esta costa, y escribí una tesis sobre ella. De todos modos, sé adónde quiere llegar, y tiene razón. Estos lugares no son un medio ambiente que normalmente pueda proporcionar los medios de subsistencia para que un tiburón se quede largo tiempo.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí éste?

—Es imposible decirlo. Desde luego, no es característico en ellos, pero los tiburones hacen tantas cosas no características que el azar se convierte en norma. Cualquiera que apostase dinero, y no digamos su vida, en una predicción acerca de lo que hará un gran tiburón en una situación dada, es un verdadero imbécil. Este tiburón podría estar enfermo. Su forma de vida está tan fuera de su control que los daños sufridos por un pequeño mecanismo podrían ocasionarle una desorientación y hacerlo portarse en forma extraña.

—Si es así como se comporta cuando está enfermo —dijo Brody moviendo su cabeza—, no me gustaría verlo cuando esté sano.

—No. Personalmente, no creo que esté enfermo. Hay otras cosas que podrían hacer que se quedase aquí. Muchas cosas que jamás comprenderemos, factores naturales, caprichos...

—¿Como qué?

—Cambios en la temperatura del agua, en el flujo de la corriente o en la disponibilidad de alimento. Cuando se trasladan las existencias de alimentos, también lo hacen los animales de presa. Hace dos veranos, por ejemplo, tuvo lugar un fenómeno completamente inexplicable a la altura de las costas de ciertas partes de Connecticut y Rhode Island. Toda la costa se vio inundada por sábalos... a los que los pescadores de por aquí llaman bunker. Enormes bancos, millones de peces. Cubrían las aguas como una mancha de aceite. Había tantos, que uno podía lanzar un anzuelo sin cebo al agua, recogerlo, y la mayor parte de las veces uno había pescado un sábalo porque se le había enganchado en algún sitio. Las lubinas y otros peces se alimentan de sábalos, así que, repentinamente hubo masas de lubinas alimentándose de esos bancos, justo junto a las playas. En Watch Hill, en Rhode Island, la gente se metía en el agua caminando y atrapaba lubinas con rastrillos. ¡Rastrillos de jardín! Sólo tenían que empujar los peces fuera del agua. Entonces, llegaron los grandes peces de pesca: los atunes de ciento cincuenta, ciento sesenta, ciento setenta kilos. Los barcos de pesca de alta mar pescaban atunes de lomo azul a cien metros de la costa. A veces, incluso en el puerto. Y, de pronto, todo terminó. Los sábalos se marcharon, y también todos los otros peces. Estuve más de tres semanas allí tratando de imaginar qué era lo que había sucedido. Aún sigo sin saberlo. Todo forma parte del equilibrio ecológico. Cuando algo desequilibra demasiado una cosa u otra, ocurren hechos peculiares.

—Pero esto es aún más raro —insistió Brody—. Este tiburón se ha quedado en un mismo lugar, en una extensión de agua de unos diez kilómetros cuadrados, durante más de una semana. No ha ido ni en una ni en otra dirección a lo largo de la playa. No ha molestado a nadie en East Hampton o Southampton. ¿Qué es lo que tiene Amity para él?

—No sé. Dudo que nadie pueda darle una buena respuesta.

Meadows intervino:

—Minnie Eldridge tiene la respuesta.

—¡Tonterías! —exclamó Brody.

—¿Quién es Minnie Eldridge? —preguntó Hooper.

—La encargada de Correos —le explicó Brody—. Dice que es la voluntad de Dios, o algo así. Estamos siendo castigados por nuestros pecados.

Hooper sonrió.

—Desde luego, en este momento, es tan buena respuesta como cualquier otra.

—Eso me anima mucho —dijo Brody—. ¿Tiene algún plan para conseguir una respuesta?

—Hay que hacer varias cosas. Tomaré muestras del agua aquí y en East Hampton. Trataré de averiguar cómo se están comportando otros peces... Si hay algo extraordinario en los alrededores, o si no hay algo que debiera haber. Y trataré de encontrar ese tiburón, lo que me obliga a pensar en una cosa: ¿Hay alguna embarcación disponible?

—Sí, aunque lamento decirlo —respondió Brody—. La de Ben Gardner. Le llevaremos a ella mañana, y la pueda usar, al menos hasta que arreglemos algo con su esposa. ¿Cree realmente que puede atrapar a ese bicho, después de lo que le pasó a Ben Gardner?

—No he dicho que fuera a intentar atraparlo. Ni siquiera creo que desee hacerlo. Al menos, no sólo eso.

—Entonces, ¿qué infiernos va a hacer?

—No lo sé. Tendré que tantear mi camino.

Brody miró a Hooper directamente a los ojos y recalcó:

—Quiero ver a ese pez muerto. Si usted no puede hacerlo, encontraremos a alguien que pueda.

Hooper se echó a reír.

—Suena usted como un gánster de película: “Quiero ver a ese pez muerto”. Así que me contrata para que mate. ¿A quién encargará que lo haga, si no lo hago yo?

—No sé. ¿Qué opinas tú de eso, Harry? Se supone que sabes todo lo que pasa por los alrededores. ¿Hay algún pescador en toda esta maldita zona equipado para atrapar tiburones grandes?

Meadows pensó un momento antes de responder:

—Puede que haya uno. No sé mucho de él, pero creo que se llama Quint, y me parece que trabaja con base en un muellecito privado de algún lugar cerca de Promised Land. Si quieres, puedo averiguar algo sobre él.

—¿Por qué no? —le contestó Brody—. Suena a posible candidato.

Hooper intervino:

—Escuche, jefe, no puede ir por ahí con las manos cerca de las

pistoleras, tratando de vengarse de ese pez. Ese tiburón no es un malvado. No es un asesino. Simplemente está obedeciendo a sus propios instintos. Tratar de ajustarle las cuentas a un pez es una locura.

—Oiga, usted... —Brody estaba empezando a sentirse muy irritado, con una irritación nacida de la frustración y la humillación. Sabía que Hooper tenía razón, pero creía que hablar de lo razonable no tenía nada que hacer en aquella situación. El pez era un enemigo. Había caído sobre la comunidad y matado a dos hombres, una mujer y un niño. El pueblo de Amity exigiría la muerte del tiburón. Necesitarían verlo muerto antes de sentirse lo bastante seguros como para continuar con sus vidas normales. Y, sobre todo, Brody lo necesitaba muerto, pues la muerte del pez sería una catarsis para él. Hooper había hurgado en aquella herida, y eso le enfurecía aún más. Pero se tragó su ira y dijo—: Olvídelo.

Sonó el teléfono.

—Es para usted, jefe —dijo Clements—. El señor Vaughan.

—Oh, maravilloso. Justo lo que necesitaba. —Apretó el botón de encendido del teléfono y alzó el receptor—. Ajá, Larry.

—Hola, Martin. ¿Cómo estás? —La voz de Vaughan era amistosa, casi efusiva, pensó Brody. Probablemente llevaba en el cuerpo un par de tragos.

—Tan bien como se puede esperar, Larry.

—Trabajas hasta bien tarde. Te había llamado antes a casa.

—Bueno, cuando eres jefe de policía y los ciudadanos a los que debes proteger están siendo muertos cada veinte minutos, más bien te hallas un tanto ocupado.

—He oído lo de Ben Gardner.

—¿Qué es lo que has oído?

—Que había desaparecido.

—Las noticias corren mucho.

—¿Estás seguro que ha sido el tiburón otra vez?

—¿Seguro? Creo que sí. Ninguna otra explicación parece tener sentido.

—Martin, ¿qué es lo que vas a hacer? —había una urgencia patética en la voz de Vaughan.

—Esa es una buena pregunta, Larry. Estamos haciendo ya todo lo que podemos. Tenemos cerradas las playas. Hemos...

—A decir verdad, ya me había dado cuenta de eso.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—¿Has tratado alguna vez de vender terrenos en una leprosería a gente sana?

—No, Larry —dijo cansadamente Brody.

—Recibo anulaciones cada día. La gente se marcha, a pesar de que aún le dura el alquiler. No he tenido un nuevo cliente desde el domingo.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres que haga?

—Bien, pensé... Es decir, lo que me estoy preguntando es si no estaremos reaccionando excesivamente ante este asunto.

—Bromeas. Dime que bromeas.

—Ni hablar de eso, Martin. Ahora cálmate. Discutamos esto racionalmente.

—Yo soy racional. No obstante, no estoy muy seguro acerca de ti.

Hubo un momento de silencio, y entonces Vaughan dijo:

—¿Qué opinarías de abrir las playas, sólo para el fin de semana del Cuatro de Julio?

—Ni loco. No voy a hacer eso.

—Escúchame...

—No, escúchame tú a mí, Larry. La última vez te escuché, y murieron dos personas. Si atrapamos a ese tiburón, si matamos a ese hijo de puta, entonces abriremos las playas. Hasta ese momento, olvídalo.

—¿Qué opinas de las redes?

—¿Qué es eso?

—¿No podríamos poner redes de acero para proteger las playas? Alguien me ha dicho que en Australia lo hacen.

Debía estar borracho, pensó Brody.

—Larry, esta costa es recta. ¿Vas a poner redes a lo largo de cuatro kilómetros de playas? Excelente. Consigue el dinero. Diría que, para empezar, necesitas un millón de dólares.

—¿Y patrullas? Podríamos contratar gente para que patrullasen las playas arriba y abajo, en botes.

—Eso no bastaría, Larry. Pero, ¿qué diablos te pasa? ¿Te están pinchando el culo tus socios otra vez?

—Eso no te importa un comino, Martin. ¡Por Dios, este pueblo está muriendo!

—Lo sé, Larry —dijo en voz baja Brody—. Y, por lo que yo sé, no hay una maldita cosa que podamos hacer al respecto. Buenas noches.

Colgó el teléfono.

Meadows y Hooper se alzaron para irse. Brody los acompañó hasta la puerta delantera de la comisaría. En el momento en que iban a salir, Brody le dijo a Meadows:

—Hey, Harry, te has dejado dentro el encendedor —Meadows comenzó a decir algo, pero Brody interrumpió sus palabras—. Entra y te lo daré. Si lo dejas por aquí toda la noche, puede que desaparezca. —Saludó con la mano a Hooper—. Ya nos veremos.

Cuando estuvieron de vuelta en la oficina de Brody, Meadows sacó su encendedor del bolsillo y dijo:

—Me parece que tienes algo que decirme.

Brody cerró la puerta de su oficina.

—¿Crees que puedes averiguar algo acerca de los socios de Larry?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Desde que comenzó todo esto, Larry me ha estado pinchando el culo para que tuviera abiertas las playas. Y ahora, después de todo lo que ha pasado, dice que quiere que estén abiertas para el día Cuatro. El otro día me dijo que sus socios le estaban presionando. Ya te lo dije.

—¿Y?

—Creo que deberíamos saber quién tiene el suficiente poder para hacer que a Larry se le caigan los pantalones. No me importaría si no fuera el alcalde de este pueblo, pero si hay alguien que le dice lo que debe hacer, creo que deberíamos saber quién es.

Meadows suspiró.

—De acuerdo, Martin. Haré lo que pueda. Pero remover en los asuntos de Larry Vaughan no es algo que me parezca muy divertido.

—¿No te parece que hay muchas cosas poco divertidas estos días?

Brody acompañó a Meadows a la puerta, regresó a su escritorio, y se

sentó. Pensó que Vaughan había tenido razón en una cosa: Amity estaba mostrando todos los síntomas de una muerte inminente. No era únicamente el asunto de los bienes inmobiliarios, aunque aquella plaga era tan contagiosa como la viruela. Evelyn Bixby, la esposa de uno de los agentes de Brody, había perdido su trabajo como agente de bienes inmobiliarios, y estaba trabajando de camarera en un local de mala muerte de la Carretera 27.

Dos nuevas boutiques que tenían que abrir al día siguiente habían retrasado la inauguración hasta el tres de julio, y los propietarios de ambos se habían preocupado de llamar a Brody para decirle que si las playas no estaban abiertas para entonces, no abrirían sus locales. Uno de ellos ya estaba buscando una tienda que alquilar en East Hampton. El negocio de deportes había colocado carteles anunciando un saldo... Saldo que normalmente tenía lugar después del fin de semana del Día del Trabajo. En lo que a Brody se refería, la única cosa buena del estado de la economía de Amity era que a Saxon's le iban tan mal las cosas que habían despedido a Henry Kimble. Ahora que no tenía su trabajo de encargado de la barra, dormía de día y podía, de vez en cuando, sobrevivir todo un turno de policía sin echar un sueñecito.

A partir del lunes por la mañana, el primer día que las playas habían estado cerradas, Brody había colocado a dos agentes en las playas. En total, tuvieron diecisiete enfrentamientos con personas que insistían en nadar. Uno fue con un hombre llamado Robert Dexter, que invocaba un derecho constitucional a nadar en su propia playa, y que permitió que su perro molestase al agente de guardia, hasta que el polizonte sacó su pistola y amenazó con matar al perro. Otro lío tuvo lugar en la playa pública cuando un abogado de Nueva York comenzó a recitarle la Constitución de los Estados Unidos a un policía y a una multitud de jóvenes que lo aclamaban.

De todos modos, Brody estaba convencido de que, al menos por el momento, nadie se había echado a nadar.

El miércoles, dos chicos habían alquilado un esquife y remado hasta unos trescientos metros de la costa, donde pasaron una hora tirando sangre, tripas de pollo y cabezas de pato por la borda. Un barco de pesca que pasaba los divisó y llamó a Brody, por medio del operador del radioteléfono marino. Brody llamó a Hooper y juntos fueron en el Flicka a remolcar a los chicos hasta la costa. En el esquife, los muchachos llevaban un garfio atado a doscientos metros de cuerda de tender, asegurada a la proa con una lazada. Dijeron que planeaban arponear al tiburón con un garfio y hacer un "viaje en trineo, estilo Nantucket", la antigua operación de los balleneros que, clavado el arpón, dejaban que el animal se agotase arrastrando su bote. Brody les dijo que si intentaban hacer aquello de nuevo, los detendría por intento de suicidio.

Había habido cuatro informes de ocasiones en las que se habían visto tiburones. Uno de los casos había resultado ser un tronco flotante. Dos, según

los pescadores que investigaron los informes, eran bancos de peces saltarines. Y el último, según parecía, era pura ilusión.

El martes por la tarde, cuando empezaba a anochecer, Brody recibió una llamada anónima por teléfono, diciéndole que un hombre estaba echando cebo para tiburones al agua, en la playa pública. Resultó no ser un hombre sino una mujer vestida con un impermeable de hombre, Jessie Parker, una de las dependientes de la papelería de Walden. Al principio negó haber tirado nada al agua pero al fin admitió que había tirado una bolsa de papel a las olas. Contenía tres botellas de vermut vacías.

—¿Por qué no las puso en la basura? —le preguntó Brody.

—No quería que el basurero pensase que soy una borracha.

—Entonces, ¿por qué no las puso en la basura de alguna otra persona?

—Eso no hubiera sido correcto —le contestó ella—. La basura es... algo privado, ¿no cree?

Brody le dijo que, en adelante, debería tomar sus botellas vacías, meterlas en una bolsa de plástico, introducir esta bolsa en otra de papel marrón grueso, y luego machacar las botellas con un martillo hasta hacerlas polvo. Entonces, nadie sabría nunca que habían sido botellas.

El jefe de policía miró su reloj. Eran más de las nueve, demasiado tarde para ir a visitar a Sally Gardner. Esperaba que estuviese dormida. Quizá Grace Finley le hubiera dado una pastilla, o un vaso de whisky para ayudarla a descansar. Antes de abandonar la oficina, llamó a la estación de la Guardia Costera en Montauk, y le explicó al oficial de guardia lo de Ben Gardner. El oficial dijo que mandaría una lancha patrullera al romper el alba, para que buscase el cadáver.

—Gracias —le dijo Brody—. Espero que lo hallen antes de que lo devuelva el mar.

Repentinamente, Brody se sintió asombrado de sí mismo. Aquel "lo" era Ben Gardner, un amigo. ¿Qué pensaría Sally si oyese a Brody referirse a su esposo como un objeto inanimado? Quince años de amistad borrados de un plumazo, eliminados. Ben Gardner ya no existía. Sólo quedaba un objeto inanimado, que debía ser hallado antes de que se convirtiera en una repugnante molestia.

—Lo intentaremos —dijo el oficial—. Muchacho, siento mucho lo que les ha ocurrido. Deben de estar pasando un verano infernal.

—Sólo espero que no sea nuestro último verano —dijo Brody. Colgó el teléfono, apagó la luz de su oficina y caminó hasta su coche.

Mientras entraba en el sendero de su casa, Brody vio la familiar luz gris azulada brillando en las ventanas de la sala de estar. Los chicos estaban mirando la televisión. Atravesó la puerta delantera, apagó la luz exterior y metió la cabeza en la oscura sala de estar. El chico mayor, Billy, estaba echado en el sofá, apoyado en un codo. Martin, el mediano, de doce años, se hallaba con sus pies descalzos colocados sobre la mesita de café. Sean, de ocho años de edad, estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, y acariciando a un gato en su regazo.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Brody.

—Bien, papá —dijo Bill, sin apartar la vista de la televisión.

—¿Dónde está tu madre?

—Arriba. Dijo que te avisásemos que tienes la cena en la cocina.

—De acuerdo. No te quedes hasta muy tarde, Sean, ¿eh? Son ya casi las nueve y media.

—De acuerdo, papá —respondió el chico.

Brody fue a la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza. Los restos de la carne asada se hallaban sobre la mesa de la cocina en un cazo con mango, rodeados por una gelatina de salsa congelada. La carne tenía un color gris marrón y aspecto correoso. "¿Cena?", se dijo Brody. Buscó en el frigorífico por si había algo con lo que hacerse un bocadillo. Había algunas hamburguesas, un paquete de patas de pollo, una docena de huevos, una jarra de variantes, y doce latas de refresco. Halló un trozo de queso americano, seco y arrugado por el tiempo que llevaba allí, hizo una bola con él y se lo metió en la boca. Pensó si valía la pena calentar la carne y luego dijo en voz alta: "Que se vaya al infierno". Encontró dos trozos de pan, los unió con mostaza, tomó un cuchillo de trinchar de la placa magnética de la pared y cortó una gruesa rodaja de la fría carne asada. Colocó la carne sobre uno de los trozos de pan, puso unas cuantas variantes encima, la cubrió con el otro trozo de pan, y apretó el sándwich con la palma de la mano. Lo puso en un plato, tomó la cerveza, y subió las escaleras que llevaban a la alcoba.

Ellen estaba sentada en la cama, leyendo el Cosmopolitan.

—Hola —dijo—. ¿Has tenido un día duro? No me dijiste nada por teléfono.

—Un día duro. Es lo único que tenemos últimamente. ¿Has oído lo de Ben Gardner? No estaba totalmente seguro cuando hablé contigo —dejó el plato y la cerveza en el tocador y se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos.

—Sí. Recibí una llamada de Grace Finley preguntándome si sabía dónde

estaba el doctor Craig. No se lo sabían decir, y Grace quería darle a Sally un sedante.

—¿Lo encontraste?

—No. Pero hice que uno de los chicos le llevase Seconol.

—¿Qué es el Seconol?

—Píldoras para dormir.

—No sabía que tomaras píldoras para dormir.

—No lo hago a menudo. Sólo de vez en cuando.

—¿De dónde las has sacado?

—Del doctor Craig, cuando fui a verle la última vez a causa de mis nervios. Ya te lo dije.

—Oh —Brody tiró sus zapatos a un rincón, se puso en pie, y se quitó los pantalones, que colgó cuidadosamente sobre el respaldo de una silla. Se quitó la camisa, la puso en un colgador, y la metió en el armario. En camiseta y calzoncillos, se sentó en la cama y comenzó a comer el sándwich. La carne estaba seca y se desmigaba. El único sabor que tenía era a mostaza.

—¿No encontraste la carne asada? —preguntó Ellen.

La boca de Brody estaba llena, así que asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es lo que estás comiendo?

Tragó.

—La carne.

—¿La calentaste?

—No. No me importa que esté fría.

Ellen puso cara rara y dijo:

—Uf.

Brody comió en silencio, mientras Ellen volvía descuidadamente las páginas de su revista. Al cabo de unos instantes, la cerró, la dejó sobre su regazo y dijo:

—Buen Dios.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en Ben Gardner. Es horrible. ¿Qué crees que hará

Sally?

—No sé —contestó Brody—. Me preocupa. ¿Alguna vez has hablado de su situación económica con ella?

—Nunca. Pero no creo que tenga mucho. Me parece que sus hijos no se han comprado ropa nueva en un año, y siempre está diciendo que le gustaría poder comprar carne más de una vez a la semana, en lugar de tener que comer el pescado que trae Ben. ¿Le darán algo en la Seguridad social?

—Supongo que sí, pero no será mucho. Siempre puede ir a la asistencia social.

—Oh, no hará tal cosa —exclamó Ellen.

—Espera y verás. El orgullo es algo que no podrá permitirse. Ahora, ni siquiera tendrá el pescado.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—¿Personalmente? No veo qué. No se puede decir que estemos en una situación muy boyante. Pero quizá haya algo que el pueblo pueda hacer. Hablaré con Vaughan al respecto.

—¿Han adelantado algo?

—¿Acerca de atrapar a ese maldito bicho? No. Meadows llamó a ese amigo suyo oceanógrafo de Woods Hole, que ha venido hoy. Aunque no sé qué es lo que va a poder hacer.

—¿Qué aspecto tiene?

—Supongo que es un buen chico. Es un tipo joven y de aspecto decente. Un poquitín sabihondo, pero eso no es sorprendente. Parece conocer bastante bien esta región.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

—Dijo que pasaba los veranos en Southampton.

—¿Trabajando?

—No sé, probablemente viviendo con sus padres. Parece ser de ese tipo.

—¿De qué tipo?

—Rico. De buena familia. Los veraneantes de Southampton. Por Dios, ya tendrías que saber de qué tipo hablo.

—No te irrites. Sólo te preguntaba.

—No estoy irritado. Únicamente dije que deberías conocer ese tipo de

gente, eso es todo. Lo que quiero decir es que tú también eres de ese tipo.

Ellen sonrió.

—Antes lo era, pero ahora sólo soy una vieja dama.

—Eso no es cierto —afirmó Brody—. Nueve de cada diez de las individuas que veranean en este pueblo no tienen el aspecto que tú tienes en traje de baño.

Estaba contento de ver que ella buscaba sus cumplidos, y feliz de poder hacérselos. Aquel era uno de sus preludios rituales antes del acto sexual, y ver a Ellen en la cama hacía que a Brody le entrasen deseos. Su cabello colgaba hasta los hombros a ambos lados de la cabeza, inclinándose luego en un rizo. El camisón tenía un escote tan pronunciado que se le veían ambos senos casi completamente, exceptuando los pezones.

—Me voy a lavar los dientes —dijo—. Vuelvo enseguida.

Cuando regresó del lavabo, estaba tumescente. Fue hasta el tocador, para apagar la luz.

—¿Sabes? —comentó Ellen—. Creo que deberíamos dar lecciones de tenis a los chicos.

—¿Para qué? ¿Han dicho que quieren jugar al tenis?

—No. No lo han dicho claramente. Pero es bueno que conozcan ese deporte. Los ayudará cuando hayan crecido, Es una buena introducción.

—¿A qué?

—A la gente que deberían conocer. Si uno juega bien al tenis, puede ir a un club de cualquier lugar y conocer gente. Es ya hora de que comiencen a aprender.

—¿Y dónde van a ir a aprender?

—Estaba pensando en el Club de Campo.

—Que yo sepa, no somos miembros del Club de Campo.

—Creo que podríamos entrar. Aún conozco a algunas personas que son socios. Si se lo pidiese, estoy segura que nos recomendarían.

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no podemos permitírnoslo. Apuesto cualquier cosa a que deben de cobrar mil pavos por entrar, y que luego cuesta al menos

unos cuantos cientos por año. No tenemos tanto dinero.

—Tenemos nuestros ahorros.

—¡Eso no es para lecciones de tenis! Vamos, dejémoslo correr. —Tendió la mano hacia la luz.

—Sería bueno para los chicos.

Brody dejó que su mano cayese sobre el tocador.

—Mira, no somos gente de la que juega tenis. No nos sentiríamos bien allí. Yo no me sentiría bien. No quieren vernos allí.

—¿Cómo lo sabes? Nunca lo hemos intentado.

—Olvídalo. —Apagó la luz, caminó hasta la cama, abrió las sábanas y se deslizó junto a Ellen—. Además —dijo besándola en el cuello—, hay otro deporte que sé practicar mucho mejor.

—Los chicos están despiertos.

—Están viendo la televisión. No se enterarían ni aunque una bomba estallase aquí arriba —la besó en el cuello, y comenzó a frotar su estómago en círculos, subiendo mas con cada rotación.

—Tengo tanto sueño —dijo—. Me tomé una píldora antes de que llegases a casa.

—¿Para qué infiernos?

—No dormí muy bien anoche, y no deseaba despertarme si volvías tarde a casa. Así que me tomé una píldora.

—Voy a echar esas malditas píldoras a la basura —la besó en la mejilla, y luego trató de besarla en la boca, pero la encontró esbozando un bostezo.

—Lo lamento —dijo ella—. Me temo que no va a funcionar.

—Funcionará. Lo único que has de hacer es ayudarme un poco.

—Estoy tan casada. Pero sigue adelante si lo deseas. Trataré de mantenerme despierta.

—Mierda —dijo Brody—. Rodó de nuevo a su lado de la cama.

—No era necesario que dijeras eso.

Brody no replicó. Se quedó boca arriba, mirando al techo, y notando cómo disminuía su deseo. Pero la presión seguía en su interior, un apagado dolor en las ingles.

Un momento más tarde, Ellen preguntó:

—¿Cuál es el nombre del amigo de Harry Meadows?

—Hooper.

—¿No será David Hooper?

—No. Creo que su nombre es Matt.

—Oh. Salí con un David Hooper hace mucho, mucho tiempo. Recuerdo...

Antes de que pudiera terminar la frase, se le cerraron los ojos, y pronto cayó en el pausado respirar del sueño.

A algunas manzanas de distancia, en una pequeña casa de tablas, un negro estaba sentado a los pies de la cama de su hijo.

—¿Qué historia quieres leer? —le preguntó.

—No quiero leer una historia —dijo el chico, que tenía siete años—. Quiero contar una historia.

—De acuerdo. ¿Acerca de qué la vamos a contar?

—De un tiburón. Contemos una de un tiburón.

El hombre parpadeó.

—No. Contemos una de un... un oso.

—No, un tiburón. Quiero saber cosas de los tiburones.

—¿Te refieres a una historia de esas de "érase una vez"?

—Naturalmente. De esas, ya sabes, de esas que dicen que érase una vez un tiburón que se comía a la gente.

—No me parece una historia muy divertida.

—¿Por qué los tiburones se comen a la gente?

—Supongo que porque tienen hambre. No sé.

—¿Se ve sangre si te come un tiburón?

—Sí —le contestó el hombre—. Vamos, contemos una historia acerca de algún otro animal. Tendrás pesadillas si la contamos sobre un tiburón.

—No, no las tendré. Si un tiburón tratase de comerme, le daría un puñetazo en la nariz.

—Ningún tiburón va a tratar de comerte.

—¿Por qué no? Apuesto que si estuviese nadando, alguno lo haría. ¿O es que los tiburones no se comen a los negros?

—¡Basta ya! No quiero oír nada más sobre los tiburones —el hombre tomó un montón de libros de la mesita de noche—. Toma, leamos Peter Pan.

***

PARTE II

Seis

Camino de casa el viernes al mediodía, tras una mañana de trabajo voluntario en el Hospital de Southampton, Ellen se detuvo en Correos para comprar sellos y recoger la correspondencia. En Amity, el correo no se llevaba a casa. En teoría, sólo las cartas urgentes eran llevadas hasta la casa de uno... siempre que la casa estuviera en un radio de un par de kilómetros de la oficina de Correos. De hecho, incluso las cartas urgentes (excepto aquellas que venían claramente marcadas como envíos del Gobierno Federal) eran guardadas en la oficina hasta que alguien pasaba a recogerlas.

La oficina de Correos era un pequeño edificio cuadrado en la calle Teal, travesía de la Mayor. Tenía quinientos casilleros-apartados, trescientos cuarenta de los cuales estaban alquilados a los residentes permanentes de Amity. Los otros ciento sesenta eran distribuidos entre los veraneantes, según las preferencias de la encargada, Minnie Eldridge. Dejaba que la gente que le caía bien alquilase apartados durante el verano. Aquéllos que no le gustaban tenían que hacer cola frente al mostrador. Dado que rehusaba alquilar un apartado a cualquier veraneante para todo el año, los visitantes del estío nunca sabían de un año para otro si iban a tener o no un apartado cuando llegasen en junio.

Generalmente, se suponía que Minnie Eldridge tenía algo más de setenta años, y que de alguna manera había convencido a las autoridades de Washington de que aún le faltaba mucho para la edad obligatoria de jubilación. Era pequeña y de aspecto frágil, pero en cambio era muy fuerte, siendo capaz de manejar los paquetes y cajas casi tan rápidamente como los dos jóvenes que trabajaban con ella en la oficina. Nunca hablaba de su pasado o de su vida privada. Lo único que se sabía de ella era que había nacido en la Isla de Nantucket y salido de allí poco después de la Primera Guerra Mundial.

Llevaba en Amity tanto tiempo como cualquiera podía recordar, y se consideraba no sólo como nativa, sino además como la mayor experta en la historia del pueblo. No necesitaba que se la animase mucho para embarcarse en un discurso acerca de quién había dado nombre al pueblo, una mujer que vivió en el siglo diecisiete, llamada Amity Hopewell, que había sido convicta de brujería, y le encantaba recitar la lista de los principales acontecimientos sucedidos en el pasado de la ciudad: el desembarco de algunas tropas británicas durante la Guerra de la Independencia, en un fracasada intento de flanquear una fuerza de colonos (los británicos habían perdido el camino y marchado sin rumbo de un lado a otro de Long Island); el fuego de 1823 que destruyó todos los edificios del pueblo, excepto la única iglesia del mismo; el hundimiento de un barco contrabandista de ron en 1921 (más tarde, el barco sería reflotado, pero toda su carga, que había sido llevada a tierra para hacerlo más ligero, se desvaneció); el huracán de 1938, y el muy comentado (aunque nunca completamente demostrado) desembarco de tres espías alemanes en la playa frente a la calle Scotch, en 1942.

Ellen y Minnie se ponían mutuamente nerviosas. Ellen notaba que no le caía bien a Minnie, y tenía razón. Minnie se sentía intranquila con Ellen porque no podía catalogarla, no era ni una persona de verano, ni de invierno. No se había ganado un apartado para todo el año, se había casado con él.

Minnie estaba sola en la oficina de Correos, distribuyendo cartas, cuando llegó Ellen.

—Buenos días, Minnie —dijo Ellen.

Minnie miró el reloj situado sobre el mostrador, y rectificó:

—Buenas tardes.

—¿Me puede dar sellos de ocho centavos, por favor? —Ellen colocó un billete de cinco dólares y tres de uno sobre el mostrador.

Minnie puso unas cuantas cartas más en los apartados, dejó el montón, y caminó hasta el mostrador. Le entregó a Ellen los sellos y dejó caer los billetes en un cajón.

—¿Qué piensa hacer Martin con ese tiburón? —preguntó.

—No sé. Supongo que tratarán de atraparlo.

—¿Se puede atrapar un leviatán con un anzuelo?

—¿Cómo dice?

—El libro de Job —dijo Minnie—. Ningún hombre mortal va a atrapar ese pez.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no estamos destinados a atraparlo, ése es el porqué. Estamos siendo preparados.

—¿Para qué?

—Lo sabremos cuando llegue el momento.

—Ya veo —Ellen metió los sellos en el bolso—. Bueno, quizá tenga usted razón. Muchas gracias, Minnie.

Se volvió y caminó hacia la puerta.

—No quedará lugar a dudas —dijo Minnie, mirando a la espalda de Ellen.

Ellen fue hasta la calle Mayor y giró a la derecha, pasando junto a una boutique y la tienda de un anticuario. Se detuvo en la ferretería de Amity y entró. No hubo una respuesta inmediata al tintineo de la campana que hizo sonar la puerta al abrirla. Así que esperó unos instantes, y luego llamó:

—¿Albert?

Pasó a la parte trasera de la tienda, llegando a una puerta abierta que daba al sótano. Oyó a dos hombres hablando abajo.

—Voy en seguida —dijo la voz de Albert Morris—. Aquí hay una caja entera de eso —le dijo Morris al otro hombre—. Mire en el interior, y vea si encuentra lo que busca.

Morris llegó al pie de la escalera y comenzó a subirla, lenta y deliberadamente, tomando los escalones uno a uno, y agarrándose a la barandilla. Tenía poco más de sesenta años, y dos años antes había sufrido un ataque al corazón.

—Estaquillas —dijo cuando llegó a la parte alta de las escaleras.

—¿Qué? —preguntó Ellen.

—Estaquillas. Un tipo quiere estaquillas para una lancha. Por el tamaño que busca, debe de ser el capitán de un acorazado. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—El gollete de mi fregadero se rompió. Ya sabe, ése que se usa para rociar. Quiero uno nuevo.

—No hay problema. Están por aquí —Morris llevó a Ellen hasta un armario en el centro de la tienda—. ¿Es esto lo que busca?

Sacó un gollete de goma.

—Perfecto.

—Ochenta centavos. ¿Lo paga o se lo pongo en cuenta?

—Se lo pago. No quiero que tenga que hacer una nota por sólo ochenta centavos.

—Las he hecho para cantidades mucho más pequeñas —indicó Morris—. Le podría contar historias que le harían zumbar los oídos.

Atravesaron la estrecha tienda hasta la caja registradora, y mientras marcaba la venta, Morris dijo:

—Mucha gente está alterada por eso del tiburón.

—Ya lo sé. Y no es que no tengan razón para estarlo.

—Piensan que deberían abrirse de nuevo las playas.

—Bueno, yo...

—Si quiere saber mi opinión, creo que están como, y perdone la expresión, gallinas. Pienso que Martin está haciendo lo que debe.

—Me alegra que diga eso, Albert.

—Quizá este tipo nuevo nos pueda ayudar.

—¿De quién habla?

—Del experto en peces que ha venido de Massachusetts.

—Oh, sí. He oído que estaba en el pueblo.

—Está aquí mismo.

Ellen miró a su alrededor y no vio a nadie.

—¿Qué quiere decir?

—Abajo, en el sótano. Es el que busca las estaquillas.

Justo entonces, Ellen oyó pisadas en los escalones. Se volvió y vio a Hooper atravesando la puerta, y repentinamente notó un ataque de nerviosismo juvenil, como si estuviese viendo a un antiguo novio, después de muchos años. El hombre era un desconocido, y sin embargo había algo familiar en él.

—Las he encontrado —dijo Hooper, enseñando dos grandes estaquillas de acero inoxidable. Caminó hasta el mostrador, sonrió educadamente a Ellen, y le dijo a Morris—: Éstas me irán muy bien.

Dejó las estaquillas sobre el mostrador y le entregó a Morris un billete de veinte dólares.

Ellen miró a Hooper tratando de definir su vago recuerdo. Esperaba que Albert Morris los presentase, pero no parecía tener la más mínima intención de hacerlo.

—Excúseme —le dijo a Hooper—, pero quisiera preguntarle algo.

Hooper la miró, y sonrió de nuevo con una sonrisa agradable y amistosa que suavizaba lo angular de sus facciones y hacía que brillasen sus ojos azul claro.

—¿Por casualidad tiene usted alguna relación con David Hooper?

—Es mi hermano mayor. ¿Conoce usted a David?

—Sí —contestó Ellen—. Mejor dicho, lo conocí. Salía con él hace mucho tiempo. Soy Ellen Brody. Antes me llamaba Ellen Shepherd. Antes de casarme.

—Oh, sí, me acuerdo de usted.

—No es posible.

—Ya lo creo. No bromeo. Se lo probaré. Veamos... Usted llevaba entonces el cabello más corto, algo así como un corte a lo paje. Siempre usaba un brazalete con colgantes. Me acuerdo de esto porque tenía un gran colgante que se parecía a la torre Eiffel. Y siempre estaba cantando aquella canción... ¿Cómo se llamaba?... Shiboom, o algo así. ¿Correcto?

Ellen se echó a reír.

—Santo cielo, tiene usted una buena memoria. Me había olvidado de esa canción.

—De niño uno se siente impresionado por cosas muy extrañas. Estuvo usted saliendo con David durante... ¿dos años?

—Dos veranos —rectificó Ellen—. Fueron muy divertidos. No había pensado mucho en ellos en estos últimos años.

—¿Se acuerda de mí?

—Vagamente. No estoy muy segura. Recuerdo que David tenía un hermano más pequeño. Debía usted tener por aquel entonces nueve o diez años.

—Más o menos; David tiene diez años más que yo. Otra cosa que recuerdo es que todo el mundo me llamaba Matt. Yo creía que eso me hacía

parecer mayor, pero usted me llamaba Matthew. Decía que sonaba más digno. Probablemente, estaba enamorado de usted.

—¿Sí? —Ellen enrojeció, y Albert Morris se echó a reír.

—Siempre me enamoré de todas las chicas con las que salió David —le explicó Hooper.

—Oh.

Morris le devolvió el cambio a Hooper, y éste le dijo a Ellen:

—Voy hasta el muelle. ¿Puedo dejarla en algún sitio?

—Gracias. Tengo coche —se despidió de Morris y, con Hooper tras ella, salió de la tienda—. Así que ahora es usted un científico —comentó cuando estuvieron fuera.

—Fue una cosa bastante accidental. Comencé a estudiar literatura inglesa. Pero luego ingresé a un curso de biología marina para cumplir con el requisito de ciencia y... ¡pum!, quedé atrapado.

—¿Por qué? ¿El océano?

—No, bueno, sí y no. Siempre estuve loco por el océano. Cuando tenía doce o trece años, mi forma de pasármelo bien era llevarme un saco de dormir a la playa y pasar la noche echado en la arena escuchando las olas, preguntándome de dónde habrían venido y con qué cosas fantásticas se habrían encontrado por el camino. Lo que me cautivó en el colegio fueron los peces o, para ser más específico, los tiburones.

Ellen se echó a reír.

—¡Vaya una cosa tan horrible de la que enamorarse! Es como estar apasionado por las ratas.

—Eso es lo que piensa la mayor parte de la gente —reconoció Hooper—. Pero están equivocados. Los tiburones tienen todo aquello con que pueda soñar un científico. Son hermosos. ¡Dios, qué hermosos que son! Son como una máquina imposiblemente perfecta. Tan gráciles como cualquier pájaro, y tan misteriosos como el que más entre los animales de la Tierra. Nadie sabe con seguridad cuánto tiempo viven o a qué impulsos, descartando el del hombre, responden. Hay más de doscientas cincuenta especies de tiburón, y cada una es diferente de las demás. Los científicos se pasan la vida tratando de hallar respuestas sobre los tiburones, y tan pronto como llegan a una bonita y adecuada generalización, algo la manda a paseo. La gente ha tratado de hallar un repelente eficaz contra los tiburones durante más de dos mil años. Jamás han hallado uno que funcione de verdad. —Se detuvo, miró a Ellen, y sonrió —. Lo lamento. No quise darle una conferencia. Como puede ver, soy un

verdadero adicto.

—Y como usted puede ver —dijo Ellen—, yo era muy ignorante de todo lo que me estaba hablando. Imagino que fue a Yale.

—Naturalmente. ¿Dónde si no? Durante cuatro generaciones, el único varón de nuestra familia que no fue a Yale fue un tío mío que fue expulsado de Andover y acabó en la Miami de Ohio. Después de Yale, fui a graduarme a la Universidad de Florida. Tras esto, pasé un par de años persiguiendo tiburones por el mundo.

—Eso suena interesante.

—Para mí fue el paraíso. Era como entregarle a un alcohólico las llaves de una destilería. Marqué tiburones en el Mar Rojo y me zambullí con ellos junto a Australia. Cuanto más aprendía de ellos, más me daba cuenta de que no sabía nada.

—¿Se zambulló con ellos?

Hooper asintió.

—La mayor parte de las veces dentro de una jaula, pero a veces no. Ya sé lo que debe de estar pensando. Mucha gente cree que estoy jugando con la muerte... especialmente mi madre. Pero, si uno sabe lo que hace, puede lograr que el peligro sea casi nulo.

—Debe de ser usted el más grande experto en tiburones del mundo.

—Ni hablar —negó Hooper con una risa—. Pero lo intento. La expedición que me perdí, a pesar de que hubiera dado cualquier cosa por estar en ella, fue la de Peter Gimbel. Hicieron una película. Sueño con ese viaje. Estuvieron en el agua con dos gigantes blancos, el mismo tipo de tiburón que hay aquí ahora.

—Me alegra que no pudiera ir en ese viaje —exclamó Ellen—. Probablemente habría tratado de averiguar qué se veía desde el interior de uno de esos tiburones. Pero, hábleme de David. ¿Cómo está?

—Tal como van las cosas, se puede decir que bien. Es agente de Bolsa en San Francisco.

—¿Qué quiere usted decir con eso de “tal como van las cosas”?

—Bueno, ya va por su segunda esposa. Quizá conociera usted la primera, fue Patty Fremont.

—Naturalmente. Jugué tenis con ella. Se podría decir que heredó a David de mí. Y eso diciéndolo de manera elegante.

—Pues eso duró tres años, hasta que atrapó a alguien con un buen negocio familiar y una casa en Antibes. Por lo que David buscó y encontró para él una chica cuyo padre es el mayor accionista de una compañía petrolífera. Es bastante buena persona, pero tiene tanta inteligencia como una alcachofa. Si David tuviera un poco de sentido, hubiera pensado mejor las cosas y se habría quedado con usted.

Ellen se ruborizó y dijo en voz baja:

—Es muy amable por su parte decir eso.

—Lo digo en serio. Es lo que yo hubiera hecho, de haber sido él.

—¿Y qué es lo que hizo usted? ¿Qué chica afortunada lo consiguió al fin?

—Hasta el momento, ninguna. Supongo que las chicas que me rodean no saben lo afortunadas que serían —Hooper se echó a reír—. Háble me de usted. No, no lo haga. Deje que lo imagine: tres niños. ¿Acierto?

—Sí. No me daba cuenta de que se me notara tanto.

—No, no. No me refiero a eso. No se le nota en lo más mínimo. En absoluto. Su esposo es... un abogado. Tiene un apartamento en la ciudad y una casa en la playa de Amity. No podría ser más feliz. Y eso es exactamente lo que le deseo.

Ellen agitó la cabeza, sonriendo.

—No ha acertado. No me refiero a la parte de la felicidad, sino al resto. Mi esposo es el jefe de policía de Amity.

Hooper dejó que la sorpresa apareciese en sus ojos, pero sólo un instante. Luego, se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Qué estúpido soy! Naturalmente, Brody. Jamás se me ocurrió relacionarlo. Es estupendo. Conocí a su esposo anoche. Parece ser todo un hombre.

Ellen pensó que podía detectar un atisbo de ironía en la voz de Hooper, pero luego se dijo a sí misma: no seas tonta... te estás imaginando cosas.

—¿Cuánto tiempo estará usted aquí? —le preguntó Ellen.

—No sé. Eso depende de lo que pase con ese pez. Tan pronto como se vaya, me iré yo también.

—¿Vive usted en Woods Hole?

—No, pero no muy lejos. En Hyannisport. Tengo una pequeña casa junto

al mar. Siento la necesidad de vivir cerca del agua. Si voy más allá de quince kilómetros hacia el interior, empiezo a sentir claustrofobia.

—¿Vive usted solo?

—Completamente. Yo solito con un centenar de millones de dólares de equipo estéreo y un millón de libros. Hey, ¿sigue usted bailando?

—¿Bailar?

—Ah. Acabo de recordarlo. Una de las cosas que David acostumbraba a decir era que usted fue la mejor bailarina con que jamás salió. Ganó usted un concurso, ¿no?

El pasado volaba hacia ella como un pájaro que durante mucho tiempo ha estado encerrado en una jaula y que repentinamente es liberado, revoloteando alrededor de su cabeza, rociándola de añoranza.

—Un concurso de sambas —dijo—. En el Club Playero. Me había olvidado. No, ya no bailo. Martin no baila, y aunque lo hiciese, no creo que ya nadie siga tocando estopo de música.

—Es una pena. David decía que era usted maravillosa.

—Aquella fue una noche encantadora —rememoró Ellen, dejando que su mente flotase hacia el pasado, recuperando los viejos recuerdos—. Era la banda de Lester Lanin. El Club Playero estaba repleto de decoraciones de papel crepé y globos. David llevaba su chaqueta favorita de seda roja.

—Ahora la tengo yo —intervino Hooper—. Eso lo heredé de él.

—Tocaban todas esas canciones maravillosas. Una de ellas era Mountain Greenery. Bailaba maravillosamente el pasodoble. Apenas si podía seguirle. La única cosa que no le gustaba era el vals. Decía que los valses lo mareaban. ¡Todo el mundo estaba tan moreno! No creo que lloviese en todo el verano. Recuerdo que elegí un vestido amarillo para aquella noche porque quedaba bien con mi tez morena. Hubo dos concursos, uno de charleston, que ganaron Susie Kendall y Chip Fogarty. Y el de samba. Tocaron Brasil en la eliminatoria final, y lo bailamos como si en ello nos fuera la vida. Inclinándonos hacia los lados y hacia atrás como enloquecidos. Creí que me iba a desplomar cuando se terminó. ¿Sabe lo que ganamos como primer premio? Un pollo enlatado. Lo tuve en mi habitación hasta que se puso tan viejo que comenzó a hincharse la lata y papá me hizo tirarla —Ellen sonrió—. Aquéllos sí eran tiempos divertidos. Trato de no pensar mucho en ellos.

—¿Por qué?

—El pasado siempre se ve mejor cuando uno lo recuerda, de lo que le pareció en su momento. Y el presente jamás se ve tan bueno como parecerá en

el futuro. Si uno pasa demasiado tiempo reviviendo viejas alegrías, llega a ser deprimente. Se llega a pensar que jamás volverá a vivir tan bien.

—A mí me resulta muy fácil no pensar en el pasado.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque después de todo no fue tan bueno. David era el primogénito. Yo se puede decir que fui una postdata. Me parece que mi propósito en la vida fue mantener unido el matrimonio de mis padres. Y fracasó. Se siente uno bastante mal cuando fracasa en la primera cosa que se supone que debe hacer. David tenía veinte años cuando nuestros padres se divorciaron. Yo aún no tenía once. Y el divorcio no fue lo que se dice muy amistoso. Y los años anteriores al mismo tampoco lo fueron. Es la vieja historia, nada en especial, pero realmente no lo pasé bien. Es probable que me tomara las cosas demasiado a pecho. De todos modos, a mí me gustaba mucho pensar en lo que vendrá, y no mirar hacia atrás.

—Supongo que es más sano.

—No lo sé. Quizá si hubiera tenido un pasado maravilloso, estaría todo el tiempo reviviéndolo. Pero... ya basta de esto. Tengo que ir al muelle. ¿Está usted segura de que no puedo dejarla en ningún sitio?

—Segura, gracias. Tengo el coche al otro lado de la calle.

—De acuerdo. Bueno... —Hooper tendió la mano—. Ha sido realmente estupendo el volver a verla, y espero que nos encontremos antes de que me vaya.

—Me gustaría —dijo Ellen, estrechándole la mano.

—Supongo que no podría llevarla a un campo de tenis una tarde, a última hora.

Ellen se echó a reír.

—Oh, no. No he tenido una raqueta de tenis en la mano desde hace no sé cuánto tiempo. Pero gracias por pedírmelo.

—De acuerdo. Bueno, ya nos veremos —Hooper se dio la vuelta y trotó los pocos metros que lo separaban de su coche, un Ford Pinto verde.

Ellen se quedó en el mismo sitio y contempló cómo Hooper ponía en marcha el coche, maniobraba y lo sacaba a la calle. Cuando pasó junto a ella, alzó la mano hasta el hombro y saludó, con aire tentativo y tímido. Hoopen sacó su mano izquierda por la ventanilla del coche y la agitó. Luego, dobló la esquina y desapareció.

Una terrible y dolorosa tristeza se apoderó de Ellen. Notaba más que

nunca que su vida, al menos la mejor parte, la lozana y divertida, quedaba ya tras ella. Reconocer esta sensación la hacía sentirse culpable, pues consideraba que era una prueba de que era una madre no satisfactoria, y una esposa insatisfecha. Odiaba su vida, y se odiaba a sí misma por odiarla. Pensó en una frase de una canción que Billy ponía en el estéreo: "Cambiaría diez de mis mañanas por un solo ayer". ¿Haría ella un trato así?

Se lo preguntó. Pero, ¿de qué servía hacerse preguntas así? Los ayeres habían desaparecido, y caían cada vez más profundamente en un pozo sin fondo. No podía ser recuperada ninguna parte de su riqueza, nada de su alegría.

Una visión del rostro sonriente de Hooper pasó relampagueante por su cerebro. "Olvídalo", se dijo a sí misma. "Eso es estúpido. Aún peor, es derrotarte a ti misma".

Atravesó la calle y subió a su coche. Mientras se introducía en el tráfico, vio a Larry Vaughan de pie en una esquina. "Dios", pensó, "parece tan triste como yo me siento".

Siete

El fin de semana fue tan tranquilo como los fines de semana de finales de otoño. Con las playas cerradas y con la policía patrullándolas durante las horas de luz, Amity estaba prácticamente desierta. Hooper iba arriba y abajo en la lancha de Ben Gardner, pero los únicos signos de vida que atisbaba en el agua eran algunos bancos de pequeños peces y uno, no muy grande, de sábalos. El domingo por la noche, tras pasar el día frente a East Hampton, cuyas playas estaban repletas, por lo que pensó que quizá fuera posible que el tiburón apareciese donde nadaba la gente, le dijo a Brody que había llegado a la conclusión de que el pez había regresado a las profundidades.

—¿Qué es lo que le hace pensar así? —le había preguntado Brody.

—No hay señales de él —contestó Hooper—. Y hay otros peces por los alrededores. Si hubiera un gigante blanco en estas proximidades, todo lo demás desaparecería. Es una de las cosas que los buceadores cuentan de los blancos. Cuando están por algún sitio, hay una quietud extraña en las aguas.

—No estoy convencido —dijo Brody—. Al menos no lo bastante como para abrir las playas. Aún no.

Sabía que tras un fin de semana sin acontecimientos llegarían las presiones: de Vaughan, de los otros agentes de bienes inmobiliarios, de los

comerciantes, para que abriese las playas. Casi deseaba que Hooper hubiese visto al tiburón. Aquello hubiera sido una certidumbre. Ahora, sólo había evidencia negativa, y esto, para su mente de policía, no era bastante.

El lunes por la tarde, Brody estaba sentado en su oficina cuando Bixby le anunció una llamada telefónica de Ellen.

—Siento molestarte —le dijo—, pero deseaba preguntarte una cosa. ¿Qué te parecería si diésemos una cena?

—¿Para qué?

—Simplemente para dar una cena. No lo hemos hecho en años. Ni siquiera recuerdo cuándo dimos la última.

—No —admitió Brody—, tampoco yo.

Pero era una mentira. Recordaba demasiado bien su última cena: hacía tres años, cuando Ellen estaba en plena cruzada para reestablecer sus lazos con la comunidad veraniega. Había invitado a tres parejas veraneantes. Eran gente bastante afable, recordaba Brody, pero las conversaciones habían sido forzadas, poco naturales, y se habían sentido incómodos. Brody y sus invitados se habían interrogado buscando algún interés o experiencia comunes, y no lo habían hallado. Así que, al cabo de un tiempo, los invitados se habían dedicado a hablar entre ellos, cuidándose muy educadamente de incluir a Ellen cada vez que decía algo como "Oh, lo recuerdo". Ella había estado nerviosa y asustada, y cuando los invitados se hubieron ido, después de lavar los platos y decir un par de veces a Brody: "¿No te pareció una velada deliciosa?", se había encerrado en el baño a llorar.

—Bueno, ¿qué te parece? —volvió a preguntar Ellen.

—No sé. Supongo que está bien, si tú lo deseas. ¿A quién vas a invitar?

—Antes que a nadie, creo que deberíamos invitar a Matt Hooper.

—¿Para qué? Come en el Abelard, ¿no? Está incluido en el precio de la habitación.

—Esa no es la cuestión, Martin. Lo sabes. Está solo en el pueblo, y además es muy amable.

—¿Cómo lo sabes? No me dijiste que lo conocieses.

—¿No te lo dije? Me encontré con él el viernes, en la tienda de Albert Morris. Estoy segura de que te lo comenté.

—No, pero no importa.

—Resulta que es el hermano del Hooper que yo conocía. Recordaba

muchas más cosas de mí que yo de él. Aunque sea mucho más joven.

—Uh, uh. ¿Para cuándo planeas ese festín?

—Pensaba en mañana por la noche. Y no va a ser un festín. Creí que podríamos tener una pequeña y agradable cena con algunas parejas. Quizá seis u ocho personas en total.

—¿Crees que podrás lograr que la gente acepte con tan poco plazo?

—Oh, sí. Nadie hace gran cosa durante la semana. Hay unas cuantas partidas de bridge, pero nada más.

—Ah —exclamó Brody—. Te refieres a los veraneantes.

—En eso es en lo que pensaba. Me imagino que Matt se sentirá muy a gusto con ellos. ¿Qué opinas de los Baxter? ¿No te parecen divertidos?

—No creo conocerlos.

—Sí, claro que sí, so tonto. Clem y Cici Baxter. Ella era Cici Davenport. Viven en Scotch. Él está ahora de vacaciones. Lo sé porque lo he visto esta mañana en la calle.

—De acuerdo. Inténtalo a ver qué pasa.

—¿Quién más?

—Alguien con quien yo pueda hablar. ¿Qué te parecen los Meadows?

—Pero si él ya conoce a Harry.

—Pero no conoce a Dorothy. Y es bastante charlatana.

—De acuerdo —aceptó Ellen—. Supongo que un poco de colorismo local no hará daño. Y Harry sabe todo lo que pasa por aquí.

—No estaba pensando en colorismo local —indicó secamente Brody—. Son nuestros amigos.

—Lo sé. No quería darle ese significado.

—Si quieres colorismo local, no tienes más que buscarlo en el otro lado de tu cama.

—Lo sé. Ya te he dicho que lo lamento.

—¿Qué te parece una chica? —dijo Brody—. Creo que tendrías que intentar buscar alguna buena muchachita para Hooper.

Hubo una pausa antes de que Ellen contestase:

—Si a ti te parece...

—A mí realmente no me importa. Pero pienso que quizá se divertiría más si tuviese a alguien de su propia edad con quien hablar.

—No es tan joven, Martin, y nosotros no somos tan viejos. Pero está bien. Veré si puedo pensar en alguna chica que le resulte agradable.

—Te veré luego —dijo Brody, y colgó el teléfono. Estaba deprimido, pues creía notar algo desagradable en aquella cena. No estaba seguro, pero le parecía, y cuanto más pensaba en ello más fuerte se hacía su convencimiento, que Ellen estaba iniciando otra campaña para volver a entrar en el mundo que él le había arrebatado, y que esta vez tenía una palanqueta con la que forzar su camino: Hooper.

A la tarde siguiente, Brody llegó a casa un poco después de las cinco. Ellen estaba poniendo la mesa en el comedor. Brody la besó en la mejilla y dijo:

—Oye, hace mucho tiempo que no había visto esa plata. —Era el servicio de plata de Ellen, regalo de boda de sus padres.

—Lo sé. He pasado horas limpiándola.

—¿Y qué es esto? —Brody tomó una copa de vino—. ¿De dónde las has sacado?

—Las he comprado en Lure.

—¿Cuánto? —Brody dejó la copa en la mesa.

—No demasiado —le contestó ella, doblando una servilleta y colocándola correctamente bajo un tenedor normal y otro de ensalada.

—¿Cuánto?

—Veinte dólares. Pero fue por toda una docena.

—No te privas de nada cuando das un festín.

—No teníamos ningún vaso decente para vino —dijo ella, en plan defensivo—. Los últimos que teníamos viejos se rompieron hace meses, cuando Sean tiró al suelo el bufete.

Brody contó los lugares dispuestos en la mesa.

—¿Sólo seis? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

—Los Baxter no pueden venir. Llamó Cici. Clem tiene que ir a la ciudad para algún negocio, y pensó que sería mejor ir con él. Pasarán allí la noche. —Había un frágil tono de tranquilidad en su voz, un falso no darle importancia.

—Oh —dijo Brody—. Qué pena. —No se atrevía a demostrar lo complacido que estaba—. ¿Quién has encontrado para Hooper? ¿Alguna chica potable?

—Daisy Wicker. Trabaja para Gibby en el Bibelot. Es una buena chica.

—¿A qué hora va a venir la gente?

—Los Meadows y Daisy a las siete y media. Le dije a Matthew que viniera a las siete.

—Creía que su nombre era Matt.

—Oh, es un viejo chiste que me recordó. Aparentemente, yo lo llamaba Matthew cuando era joven. La razón por la que le pedí que viniese más pronto es que los chicos tengan una oportunidad de conocerle. Creo que los fascinará.

Brody miró su reloj.

—Si la gente no viene hasta las siete y media, eso significa que no cenaremos hasta las ocho y media o las nueve. Probablemente me moriré de hambre antes. Me parece que me haré un sándwich. —Se dirigió a la cocina.

—No te atiborres —le aconsejó Ellen—. Estoy preparando una cena deliciosa.

Brody percibió los aromas de la cocina, contempló la masa de potes y paquetes, y exclamó:

—¿Qué es lo que estás cocinando?

—Se llama cordero mariposa —explicó ella—. Espero no hacer nada estúpido que lo estropee.

—Huele bien —dijo Brody—. ¿Qué es esa cosa que hay junto al lavadero? ¿Quieres que lo tire y lave el pote?

Desde la sala de estar, Ellen preguntó:

—¿Qué cosa?

Esa cosa roja que hay en el pote.

—¿Qué...? ¡Oh, Dios mío! —gritó ella y se apresuró a entrar en la cocina —. No te atrevas a tirarlo —vio la sonrisa en el rostro de Brody—. Oh, eres una rata —le dio una palmada en el trasero—. Eso es gazpacho, una sopa.

—¿Estás segura de que está bien? —bromeó él—. Tiene un aspecto viscoso.

—Ese es el aspecto que se supone debe tener, so ignorante.

Brody agitó la cabeza.

—El bueno de Hooper va a lamentar no haberse quedado a comer en el Abelard.

—Eres una bestia —le dijo ella—. Espera a que lo pruebes. Ya verás cómo cambias de idea.

—Quizá. Si logro sobrevivir —se echó a reír y se dirigió a la nevera. Buscó por el interior y encontró algo de mortadela y queso para hacerse un sándwich. Abrió una cerveza y se dirigió a la sala de estar—. Creo que miraré un rato las noticias, y luego iré a ducharme y cambiarme.

—Te he dejado ropa limpia sobre la cama. También podrías afeitarte. A las cinco de la tarde siempre lo vuelves a necesitar.

—Buen Dios, ¿quién va a venir a cenar... el Príncipe Felipe y Jacqueline Onassis?

—Sólo quiero que tengas buen aspecto, nada más.

A las siete y cinco minutos sonó el timbre de la puerta y Brody fue a abrir. Llevaba puestos una camisa azul tipo madrás, pantalones azules de uniforme, y zapatos negros de punta fina. Se notaba limpio y elegante. Apuesto, como había dicho Ellen. Pero cuando le abrió la puerta a Hooper, se sintió, si no mal vestido, al menos sobrepasado. Hooper llevaba téjanos de pata de elefante, mocasines Weejun, y una camisa Lacoste roja con un cocodrilo en el pecho. Era el uniforme de los jóvenes ricos en Amity.

—Hola —dijo Brody—. Entre.

—Hola —contestó Hooper. Tendió la mano y Brody la estrechó.

Ellen salió de la cocina. Llevaba puesta una larga falda estampada, zapatillas de gala y una blusa de seda azul. También llevaba el collar de perlas cultivadas que Brody le había dado como regalo de bodas.

—Matthew —dijo—, me alegro de que haya venido.

—Y a mí me alegra que me lo pidiese —le respondió Hooper, estrechándole la mano—. Lamento no tener un aspecto más respetable, pero no traje conmigo más que ropa de trabajo. Lo único que puedo decir en mi favor, es que está limpia.

—No sea tonto —exclamó Ellen—. Tiene muy buen aspecto. El rojo se combina perfectamente con su color de piel y cabello.

Hooper se echó a reír. Se volvió y le preguntó a Brody:

—¿Le importa si le doy algo a Ellen?

—¿Qué quiere decir? —preguntó a su vez Brody. Y pensó para sí mismo: "Darle ¿qué? ¿Un beso? ¿Una caja de bombones? ¿Un puñetazo en la nariz?"

—Un regalo. Realmente, no es nada. Una tontería que ya llevaba.

—No, no me importa —dijo Brody, aún perplejo porque le hubiera hecho aquella pregunta.

Hooper metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó un pequeño paquete envuelto en papel fino. Se lo entregó a Ellen.

—Para la anfitriona —dijo—. Para que me perdone mi ropa poco adecuada.

Ellen se rio entre dientes y desenvolvió cuidadosamente el papel. Dentro había lo que parecía ser un amuleto, o quizá un colgante de collar, de un par de centímetros o así de diámetro.

—Es encantador —exclamó—. ¿Qué es?

—Es un diente de tiburón —explicó Hooper—. Para ser más específico, es un diente de tiburón tigre. La montura es de plata.

—¿Dónde lo consiguió?

—En Macao. Pasé por allí hace un par de años, en una misión. Había una pequeña tienda apartada, donde un chino aún más pequeño se pasaba toda la vida pulimentando dientes de tiburón y moldeando las coronas de plata que sujetan la anilla. No pude resistirme.

—Macao —suspiró Ellen—. No creo que ni lograse situar Macao en un mapa, si me pidieran hacerlo. Debió de ser fascinante.

Brody intervino.

—Está cerca de Hong Kong.

—Correcto —dijo Hooper—. De todos modos, dicen que hay una superstición acerca de estas cosas, que si uno las lleva consigo, está a salvo de las mordeduras de tiburón. En las presentes circunstancias, creí que sería un regalo apropiado.

—Completamente —dijo Ellen—. ¿Tiene usted uno?

—Tengo uno —contestó Hooper—. Pero no sé cómo llevarlo. No me gusta colgarme cosas al cuello, y si uno lleva un diente de tiburón en el bolsillo del pantalón, he averiguado por experiencia que corres dos riesgos: uno, clavártelo en la pierna, y el otro, acabar con un agujero en los pantalones. Es como llevar un cuchillo abierto en el bolsillo. Así que, en mi caso, lo

práctico toma preferencia sobre la superstición, al menos mientras estoy en tierra firme.

Ellen se echó a reír y le dijo a Brody:

—Martin, ¿podría pedirte un gran favor? ¿Querrías correr arriba y traerme esa cadena de plata delgada que hay en mi joyero? Me pondré el diente de tiburón de Matthew ahora mismo. —Se volvió hacia Hooper y dijo —: Una nunca sabe cuándo se puede encontrar con un tiburón en la cena.

Brody comenzó a subir las escaleras y Ellen le indicó:

—Oh, Martin, diles a los chicos que bajen.

Mientras doblaba la esquina, en la parte alta de la escalera, Brody oyó a Ellen que decía:

—Es tan agradable volver a verle de nuevo.

Brody entró en el dormitorio y se sentó al borde de la cama. Inspiró profundamente y cerró y abrió la mano derecha. Estaba luchando contra la ira y la confusión, y estaba perdiendo. Se sentía amenazado, como si un intruso hubiese llegado a su casa, poseyendo sutiles e intangibles armas con las que no podía enfrentarse: buen aspecto, juventud y sofisticación, y, sobre todo, una comunión con Ellen nacida en un tiempo que, como bien sabía Brody, Ellen deseaba que nunca hubiera acabado. Si bien previamente había creído que Ellen estaba tratando de usar a Hooper para impresionar a otros veraneantes, ahora pensaba que estaba tratando de impresionar al mismo Hooper. No sabía por qué. Quizá estuviera equivocado. Después de todo, Ellen y Hooper se habían conocido hacía mucho tiempo. Tal vez estuviese tomándose demasiado en serio el intento de dos amigos de volver a reanudar unas relaciones. ¿Amigos? Caramba, Hooper tenía diez años menos que Ellen, o casi. ¿Qué clase de amigos pudieron haber sido? Conocidos, y apenas. Entonces, ¿por qué estaba llevando a cabo aquella actuación supersofisticada? La rebajaba, pensó Brody, y rebajaba a Brody el que intentase, al tomar esa actitud, negar su vida con él.

—Mierda —dijo en voz alta. Se alzó, abrió un cajón del tocador y rebuscó en él hasta que halló el joyero de Ellen. Tomó la cadena de plata, cerró el cajón, y salió al pasillo. Metió la cabeza en la habitación de los chicos y dijo—: Vamos, soldados. —Y luego bajó.

Ellen y Hooper estaban sentados en los extremos opuestos del sofá y, mientras Brody entraba en la sala de estar, oyó a Ellen que decía:

—¿Preferiría que no le llamase Matthew?

Hooper se echó a reír y contestó:

—No me importa. De alguna manera, me trae de nuevos viejos recuerdos y, a pesar de lo que dije el otro día, no hay nada malo en eso.

"¿El otro día?", pensó Brody. "¿En la ferretería? Debió de ser toda una conversación".

—Toma —le dijo a Ellen, entregándole la cadena.

—Gracias —abrió el cierre del collar de perlas y las tiró sobre la mesa de café—. Ahora, Matthew, muéstreme cómo debe ir esto.

Brody tomó el collar de perlas de la mesa, y se lo guardó en el bolsillo.

Los chicos bajaron en fila india, todos vestidos cuidadosamente con camisas deportivas y pantalones largos. Ellen cerró la cadena de plata alrededor de su cuello, sonrió a Hooper, y llamó:

—Venid, niños. Venid a que os presente al señor Hooper. Éste es Billy Brody. Billy tiene catorce años —Billy estrechó la mano a Hooper—. Y éste es Martin hijo. Tiene doce. Y éste es Sean. Tiene nueve... casi cumplidos. El señor Hooper es un oceanógrafo.

—En realidad soy un ictiólogo —corrigió Hooper.

—¿Y qué es eso? —preguntó Martin hijo.

—Un zoólogo que se especializa en la vida de los peces.

—¿Y qué es un zoólogo? —preguntó Sean.

—Eso lo sé yo —intervino Billy—. Es un tipo que estudia los animales.

—Exacto —dijo Hooper—. Muy bien.

—¿Vas a atrapar a ese tiburón? —preguntó Martin.

—Voy a tratar de encontrarlo —le respondió Hooper—. Pero no sé si podré. Quizá ya se haya ido.

—¿Has atrapado alguna vez un tiburón?

—Sí, pero no tan grande como éste.

—¿Ponen huevos los tiburones? —preguntó Sean.

—Esa, jovencito —le respondió Hooper—, es una buena pregunta, y además muy complicada. No los ponen como las gallinas, si es a eso a lo que te refieres. Pero sí, algunos tiburones ponen huevos.

Ellen intervino.

—Dadle un respiro al señor Hooper, chicos. —Se volvió hacia Brody—.

Martin, ¿podrías prepararnos algo de beber?

—Naturalmente —contestó Brody—. ¿Qué será?

—A mí me parecería excelente un gin tonic —contestó Hooper.

—¿Y qué es lo que tú quieres, Ellen?

—Déjame pensar. ¿Qué es lo que me gustaría? Creo que me tomaré un poco de vermut con hielo.

—Hey, mamá —dijo Billy—. ¿Qué es lo que llevas alrededor del cuello?

—Un diente de tiburón, cariño. El señor Hooper me lo ha regalado.

—Hey, eso sí que está bien. ¿Me dejas verlo?

Brody entró en la cocina. Tenían los licores en un armarito sobre el fregadero. La puerta estaba atrancada. Tiró de la manija metálica, y se quedó con ella en la mano. Sin pensar, la lanzó al cubo de la basura. De un cajón tomó un destornillador y forzó la puerta del armario. Vermut. ¿Qué maldito color tenía la botella? Nadie bebía nunca vermut con hielo. Cuando Ellen bebía, lo que era raro, era whisky. Verde. Allí estaba, muy hacia atrás. Agarró la botella, desenroscó el tapón y husmeó. Olía como uno de aquellos vinos baratos con sabor a fruta que los alcohólicos compraban por sesenta y nueve centavos la botella de medio litro.

Brody preparó las dos bebidas, luego se fue a servir un whisky para él. Por hábito, comenzó a medir el whisky con un vasito de medida, pero luego cambió de idea y se sirvió hasta que el vaso estuvo un tercio lleno. Lo acabó de llenar con cerveza, echó unos cuantos cubos de hielo, y tomó los otros dos vasos. La única forma conveniente de llevarlos en una mano era agarrar uno con el pulgar y los tres dedos inferiores y luego soportar el otro contra el primero metiendo el dedo índice por dentro del vaso. Tomó un trago de su propio vaso, y regresó a la sala de estar.

Billy y Martin se habían apelotonado en el sofá con Ellen y Hooper. Sean estaba sentado en el suelo. Brody escuchó cómo Hooper decía algo de un cerdo, y Martin exclamó “Guau”.

—Toma —dijo Brody, dando el primer vaso, aquel en que tenía el dedo, a Ellen.

—No te pienso dar propina —dijo ella—. Menos mal que no te decidiste a trabajar de camarero.

Brody la miró, consideró una serie de respuestas rudas, y al fin se decidió por:

—Perdóname, duquesa —le dio el otro vaso a Hooper y le dijo—:

Supongo que esto es lo que quería.

—Excelente. Gracias.

—Matt estaba hablándonos de un tiburón que atrapó —le dijo Ellen—. Encontró un cerdo casi entero en su interior.

—No me diga —comentó Brody, sentándose en un sillón frente al sofá.

—Y eso no es todo, papá —intervino Martin—. También había un rollo de papel embreado.

—Y un hueso humano —añadió Sean.

—Dije que parecía un hueso humano —aclaró Hooper—. No había forma de estar seguro. Pudo ser una costilla de buey.

—Pensé que ustedes los científicos podían dilucidar esas cosas con sólo verlas —comentó Brody.

—No siempre —le respondió Hooper—. Especialmente cuando es sólo un trozo de hueso que parece una costilla.

Brody tomó un largo trago de su vaso y exclamó:

—Oh.

—Oye, papá —dijo Billy—. ¿Sabes cómo mata un delfín a un tiburón?

—¿Con una pistola?

—No, hombre. Lo mata a golpes. Es eso lo que dice el señor Hooper.

—Terrible —dijo Brody, y se bebió lo que quedaba en el vaso—. Voy a tomar otro trago. ¿Hay alguien más que repita?

—¿En un día laborable? —exclamó Ellen—. Vaya.

—¿Por qué no? No todas las noches damos una cena seria y relamida. —Brody comenzó a dirigirse a la cocina, pero fue detenido por el sonido del timbre. Abrió la puerta y vio a Dorothy Meadows, pequeña y delgada, vestida como siempre con un traje azul oscuro y un collar de perlas de una sola vuelta. Tras ella, estaba una chica que Brody supuso era Daisy Wicker: una muchacha alta y delgada con cabello largo y lacio. Llevaba pantalones y sandalias y no iba maquillada. Tras ella se adivinaba la inconfundible masa de Harry Meadows.

—Hola —saludó Brody—. Entren.

—Buenas tardes, Martin —dijo Dorothy Meadows—. Nos encontramos con la señorita Wicker mientras cruzábamos el sendero.

—Vine caminando —explicó Daisy Wicker—. Hace buen tiempo.

—Excelente, excelente. Entre. Soy Martin Brody.

—Lo sé. Lo he visto pasando en coche. Debe de tener usted un trabajo muy interesante.

Brody se echó a reír.

—Se lo contaría detenidamente, si no fuera porque lo más probable es que la hiciera dormir.

Brody los llevó a la sala de estar y se los pasó a Ellen para que hiciera la presentación de Hooper. Les preguntó lo que querían beber: whisky con hielo para Harry, un refresco de soda con limón para Dorothy y un gin tonic para Daisy Wicker. Pero, antes de preparar esas bebidas, se sirvió otra para sí mismo, y la fue tomando mientras preparaba las demás. Para cuando estuvo dispuesto a regresar a la sala de estar, ya se había bebido más de la mitad, así que se sirvió otra generosa cantidad de whisky con un chorrito de cerveza.

Llevó primero los vasos de Dorothy y Daisy, y regresó a la cocina a buscar los de Meadows y el suyo. Estaba dando el último trago antes de unirse al grupo, cuando Ellen apareció en la cocina.

—¿No crees que sería mejor que no bebieras tan de prisa? —comentó ella.

—Me siento muy bien —aseguró él—. No te preocupes por mí.

—No te estás comportando lo que se dice muy bien.

—¿No? Creía que estaba siendo encantador.

—Ni hablar de eso.

Le sonrió, y dijo:

—Y una mierda —y, mientras hablaba, se dio cuenta de que tenía razón: sería mejor que no bebiese tanto. Salió a la sala de estar.

Los niños habían ido arriba. Dorothy Meadows estaba sentada en el sofá junto a Hooper, y charlaba con él acerca de su trabajo en Woods Hole. Meadows, en el sillón situado frente al sofá, escuchaba en silencio. Daisy Wicker estaba de pie, sola, al otro lado de la habitación, junto al hogar, mirando la habitación con una sonrisita en el rostro. Brody entregó a Meadows su vaso y fue junto a Daisy.

—Esta usted sonriendo —le dijo.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

—¿Piensa en algo divertido?

—No. Creo que sólo estaba interesada. Jamás había estado antes en la casa de un policía.

—¿Qué es lo que esperaba? ¿Barrotes en las ventanas? ¿Un centinela en la puerta?

—No, nada. Simplemente, sentía curiosidad.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? Parece igual a la casa de una persona normal, ¿no?

—Supongo que sí. Más o menos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada.

—Oh.

Tomó un trago y preguntó:

—¿Le gusta ser policía?

Brody no podía saber si había o no hostilidad en la pregunta.

—Sí —contestó—. Es un buen trabajo, y tiene una finalidad.

—¿Y cuál es esa finalidad?

—¿Qué es lo que cree? —preguntó, algo irritado—. Mantener la ley, por supuesto.

—¿Y no se siente marginado?

—¿Por qué infiernos tendría que sentirme marginado? ¿Marginado de qué?

—De la gente. Me refiero a que la única cosa que justifica su existencia es decir a la gente lo que no debe hacer. ¿No le hace eso sentirse un tanto raro?

Por un momento, Brody pensó que le estaba tomando el pelo, pero la chica ni sonrió, ni hizo una mueca, ni apartó los ojos de él.

—No, no me siento raro —le respondió—. No veo por qué tendría que sentirme más raro que usted, que trabaja en...

—El Bibelot.

—Ah. Además, ¿qué es lo que venden ahí?

—Vendemos a la gente su pasado. Eso les reconforta.

—¿Qué quiere decir con eso de vender el pasado?

—Antigüedades. Las compra la gente que odia su presente y necesita la seguridad del pasado. Si no del suyo, el de alguna otra persona. Y, una vez lo han comprado, se convierte en suyo. Me imagino que eso también debe de ser muy importante para usted.

—¿Qué, el pasado?

—No, la seguridad. ¿No se supone que ésa es una de las cosas importantes de ser policía?

Brody miró al otro lado de la habitación y se dio cuenta que el vaso de Meadows estaba vacío.

—Excúseme —dijo—. Tengo que atender a los otros invitados.

—Naturalmente. Me ha gustado mucho hablar con usted.

Brody tomó el vaso de Meadows y el suyo, llevándolos a la cocina. Ellen estaba llenando una bandeja con tacos de tortilla.

—¿Dónde infiernos encontraste a esa chica? —preguntó—. ¿Bajo una roca?

—¿Quién, Daisy? Ya te lo he dicho. Trabaja en el Bibelot.

—¿Has hablado alguna vez con ella?

—Un poco. Parece encantadora y muy inteligente. ¿No estás de acuerdo?

—Es un fantasmón. Es como algunos de esos chicos a los que detenemos y que comienzan a increparnos en la comisaría —preparó un trago para Meadows y luego se sirvió otro para él. Alzó la vista, y vio que Ellen lo estaba mirando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Supongo que no me gusta que vengan desconocidos a mi casa y me insulten.

—Francamente, Martin, creo que no pretendía insultarte. Lo más probable es que estuviese tan sólo siendo sincera. La sinceridad está muy de moda en estos tiempos.

—Bueno, pues te diré una cosa, si se muestra más sincera conmigo, la voy a echar de casa —tomó los dos vasos y se dirigió a la puerta.

Ellen dijo:

—Martin... —y se interrumpió—. Hazlo por mí... por favor.

—No te preocupes por nada. Todo irá bien. Como dicen en los anuncios, cálmate.

Volvió a llenar el vaso de Hooper y el de Daisy Wicker, sin llenar de nuevo el suyo. Luego, se sentó y fue jugueteando con el vaso mientras escuchaba una larga historia que Meadows le estaba contando a Daisy. Se sentía bien... en realidad, muy bien, y sabía que si no bebía nada más antes de la cena, todo iría estupendamente.

A las ocho y media, Ellen sacó los platos de sopa de la cocina y los colocó en la mesa.

—Martin —dijo—. ¿Querrías abrir la botella de vino mientras yo siento a la gente?

—¿Vino?

—Hay tres botellas en la cocina. Una de blanco en el congelador y dos de tinto sobre el mármol. Puedes abrirlas todas. Las de tinto necesitan un tiempo para airearse.

—Naturalmente que sí —dijo Brody mientras se alzaba—. Todos lo necesitamos.

—Oh, y el tire-bouchin está sobre el mármol, junto a las botellas de vino tinto.

—¿El qué?

—En realidad es el tire-bouchon —corrigió Daisy Wicker—. El sacacorchos.

Brody tuvo un placer vengativo al ver cómo Ellen enrojecía, pues esto le liberaba de parte de su propio azoramiento. Encontró el sacacorchos y comenzó a trabajar en las dos botellas de vino tinto. Sacó limpiamente uno de los corchos, pero el otro tapón se desmigó mientras lo estaba quitando, y algunos trozos cayeron dentro de la botella. Sacó la botella de blanco de la nevera, y, mientras la descorchaba, se le enredó la lengua tratando de pronunciar el nombre del vino: Montrachet. Llegó a lo que él le parecía una pronunciación aceptable, sacó la botella cuidadosamente con un paño de cocina y la llevó al comedor.

Ellen estaba sentada en el extremo de la mesa más cercano a la cocina. Hooper estaba a su izquierda, Meadows a su derecha. Junto a Meadows, Daisy Wicker, luego había un sitio vacío para Brody en el extremo opuesto de la mesa y, frente a Daisy, Dorothy Meadows.

Brody se puso la mano izquierda tras la espalda y, en pie por detrás del hombro izquierdo de Ellen, le sirvió un vaso de vino.

—Un vaso de Mount Ratchet —le dijo—. Muy buen año, 1970. Lo recuerdo muy bien.

—Ya basta —dijo Ellen, empujando hacia arriba la boca de la botella—. No tienes que llenar el vaso hasta el borde.

—Lo lamento —se excusó Brody, y luego llenó el vaso de Meadows.

Cuando hubo terminado de servir el vino, Brody se sentó. Miró la sopa que tenía enfrente. Luego, atisbo furtivamente alrededor de la mesa y vio que los otros realmente se la estaban comiendo: no era una broma. Así que tomó una cucharada. Estaba fría, y no se parecía en lo más mínimo a una sopa, pero no era mala.

—Me encanta el gazpacho —dijo Daisy—. Pero da tanto trabajo el prepararlo, que no lo hago muy a menudo.

—Hummm —dijo Brody, tomando otra cucharada de sopa.

—¿Lo toman muy a menudo?

—No —le contestó—. No muy a menudo.

—¿Lo han probado alguna vez con hierba?

—No sabría decirle.

—Tendría que probarlo alguna vez. Naturalmente, quizá no disfrutase con él, dado que estaría vulnerando la ley.

—¿Quiere decir que comer esta cosa va contra la ley? ¿Cómo es eso? ¿Qué es?

—Me refiero a la hierba y el gazpacho. En lugar de las especias normales, uno le echa encima un poco de hierba. Entonces, uno fuma un poco, come un poco, fuma un poco, come un poco. Es una verdadera locura.

Pasó un momento antes de que Brody se diera cuenta de qué hierba estaba hablando y, aún cuando comprendió, no contestó en seguida. Inclinó el plato sopero hacia sí, tomó lo que quedaba con la cuchara, se acabó el vino de un solo trago, y se limpió la boca con la servilleta. Miró a Daisy, que le sonreía dulcemente, y a Ellen, que estaba sonriendo a causa de algo que decía Hooper.

—Le aseguro que lo es —afirmó Daisy.

Brody decidió ir con tiento, mostrarse algo ofendido, pero ir con tiento para no irritar a Ellen.

—¿Sabe? —comenzó—. No creo que...

—Apostaría a que Matt lo ha probado.

—Quizá sí. Pero no veo lo que esto...

Daisy alzó la voz y dijo:

—Matt, perdóname —se detuvo la conversación en el otro extremo de la mesa—. Siento curiosidad: ¿Has probado alguna vez gazpacho con hierba? Por cierto, señora Brody, este gazpacho es excelente.

—Gracias —le contestó Ellen—. Pero, ¿qué es un gazpacho con hierba?

—Probé uno en una ocasión —admitió Hooper—. Pero realmente nunca me dediqué a esas cosas.

—Explíquenmelo —rogó Ellen—. ¿Qué es eso?

—Matt se lo explicará —dijo Daisy, y justo cuando Brody se volvía para decirle algo, se inclinó hacia Meadows y le dijo—: Cuénteme algo más de la tabla de aguas.

Brody se alzó y comenzó a recoger los platos soperos. Mientras entraba en la cocina, notó una ligera sensación de mareo y náusea, y se le llenó la frente de sudor. Pero en el momento en que colocó los platos en el fregadero, ya le había pasado la sensación.

Ellen le siguió a la cocina y se puso un delantal.

—Necesitaré ayuda para cortar la carne.

—De acuerdo —aceptó Brody, y buscó en un cajón el cuchillo y el tenedor de trinchar—. ¿Qué opinas de eso?

—¿De qué?

—De eso del gazpacho con hierba. ¿Te explicó Hooper cómo se hace?

—Sí. Suena divertido, ¿no te parece? Además, debe de ser muy sabroso.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Nunca te imaginarías lo que hacemos las mujeres cuando nos reunimos en el hospital. Toma, corta la carne —con una horquilla de servir llevó el cordero al tablero de cortar—. Si puedes haz lonchas de dos centímetros de grueso, tal como cortarías un filete.

Aquella mala puta de la Wicker tenía razón en una cosa, pensó Brody mientras se vengaba con la carne: desde luego, me siento realmente marginado en este momento. Cayó una loncha de carne y Brody exclamó:

—Hey, pensé que habías dicho que esto era cordero.

—Lo es.

—Pues ni siquiera está hecho. Mira esto.

Alzó el trozo que acababa de cortar. Tenía un color rosado y, hacia el centro, casi rojo.

—Así se supone que debe quedar.

—No, si es cordero no ha de quedar así. Se supone que el cordero debe estar totalmente hecho, muy hecho. El centro no debe quedar semicrudo.

—Martin, créeme. No hay nada malo en no dejar muy hecho el cordero mariposa. Te lo aseguro.

Brody alzó la voz:

—¡Pues yo no me voy a comer un cordero crudo!

—¡Chisst! Por Dios, ¿no puedes mantener la voz baja?

Brody le replicó en un ronco susurro.

—Entonces, vuelve a meter esa cosa en el horno hasta que esté hecha.

—¡Está hecha! —afirmó Ellen—. Si no quieres comerlo no lo comas, pero así es como lo voy a servir.

—Entonces, córtalo tú misma —Brody dejó caer el cuchillo y el tenedor sobre el tablero, tomó las dos botellas de vino tinto, y salió de la cocina.

—Habrá un corto retraso —dijo cuando se aproximaba a la mesa—, mientras la cocinera mata nuestra cena. Trató de servirla tal como estaba, pero le mordió en una pierna —alzó una botella de vino sobre una de las copas limpias y exclamó—: Me pregunto por qué uno no puede servir el vino tinto en el mismo vaso en que tomó el vino blanco.

—Los sabores —dijo Meadows—, no se complementan el uno con el otro.

—Lo que quieres decir es que te produce gases —Brody llenó los seis vasos y se sentó. Tomó un sorbito de vino, dijo—: Bueno —y luego tomó otro y otro. Volvió a llenarse la copa.

Ellen salió de la cocina llevando la tabla de cortar. La puso en la mesita auxiliar, junto a un montón de platos. Regresó a la cocina, y volvió a salir con dos platos de verduras.

—Espero que esté bueno —dijo—. Es la primera vez que lo hago.

—¿Qué es? —preguntó Dorothy Meadows—. Huele deliciosamente.

—Cordero mariposa escabechado.

—¿De verdad? ¿Me puedes decir qué has puesto en el escabeche?

—Jengibre, salsa de soja, y muchas otras cosas —colocó una gruesa loncha de cordero, algunos espárragos y ensaladilla en cada plato, y se los fue pasando a Meadows, que los hizo circular por la mesa.

Cuando todo el mundo estuvo servido, y Ellen se hubo sentado, Hooper alzó su copa y dijo:

—Un brindis por el chef.

Todos alzaron sus copas, y Brody dijo:

—Que tengamos suerte.

Meadows tomó un trocito de carne, lo masticó, lo saboreó y exclamó:

—Fantástico. Es como el más tierno de los filetes, sólo que mejor. ¡Qué sabor tan exquisito!

—Viniendo de ti, Harry —dijo Ellen—, eso es un cumplido muy especial.

—Es delicioso —afirmó Dorothy—. ¿Prometes darme la receta? Harry nunca me lo perdonaría si no se lo hiciese al menos una vez por semana.

—Sería mejor que robase un banco —dijo Brody.

—Pero es delicioso, Martin, ¿no te parece?

Brody no contestó. Había comenzado a masticar un trozo de carne cuando le llegó otra oleada de náuseas. De nuevo el sudor perló su frente. Se sintió desligado, como si su cuerpo estuviese controlado por otra persona. Sintió pánico ante la pérdida del control de su cuerpo. Su tenedor le parecía muy pesado, y por un instante temió que se le escaparía de los dedos y caería sobre la mesa. Apoyó la mano sobre ésta, y resistió. Estaba seguro de que su lengua no le obedecería si trataba de hablar. Era el vino. Tenía que ser el vino. Con una precisión tremendamente exagerada, se inclinó hacia adelante para apartar la copa de vino. Deslizó los dedos sobre el mantel para minimizar las posibilidades de derribar la copa. Se recostó en la silla e inspiró profundamente. Se le nubló la vista. Trató de enfocar los ojos en una pintura situada sobre la cabeza de Ellen, pero le distrajo la imagen de Ellen hablando con Hooper. Cada vez que hablaba, tocaba el brazo de éste... suave, pero a Brody le pareció que íntimamente, como si estuviesen compartiendo secretos. No oía nada de lo que se estaba diciendo. La última cosa que recordaba haber oído era: "¿no te parece?" ¿Cuándo había sido eso? ¿Quién lo había dicho?

No sabía. Miró a Meadows, que estaba hablando con Daisy. Luego, miró a Dorothy y dijo pastosamente:

—Sí.

—¿Qué has dicho, Martin? —lo miró—. ¿Has dicho algo?

No podía hablar. Quería ponerse en pie y caminar hasta la cocina, pero no se fiaba de sus piernas. No lo lograría sin agarrarse a algo. Quédate quieto, sentado, se dijo. Ya pasará.

Y así fue. Su cabeza comenzó a aclararse. Ellen estaba tocando de nuevo a Hooper. Hablaba y tocaba, hablaba y tocaba.

—Muchachos, qué calor hace —dijo Brody. Se puso en pie y caminó, cuidadosa pero decididamente hasta una ventana, abriéndola. Se apoyó en el alféizar y apretó el rostro contra la mosquitera—. Una hermosa noche —comentó. Se irguió—. Creo que iré a buscar un vaso de agua.

Entró en la cocina y agitó la cabeza. Abrió el grifo del agua fría y se salpicó un poco la frente. Llenó un vaso y lo bebió. Luego lo volvió a llenar y también lo vació. Inspiró profundamente unas cuantas veces, y luego regresó al comedor, sentándose. Miró la comida de su plato. Luego, suprimió un estremecimiento y sonrió a Dorothy.

—¿Alguien quiere más? —preguntó Ellen—. Aquí aún queda mucho.

—Desde luego —dijo Meadows—. Pero será mejor que sirvas a los otros antes. Si de mí dependiese, me lo comería todo.

—Y ya sabes lo que dirías mañana —comentó Brody.

—¿Qué es lo que diría?

Brody bajó la voz y dijo con tono grave:

—No puedo creer que me comiera todo eso.

Meadows y Dorothy rieron, y Hooper bromeó, con un gemido de tono muy alto.

—No, Ralph, yo me lo comí.

Entonces, incluso Ellen se echó a reír. Todo iba a salir bien.

Cuando se sirvió el postre, helado de café bañado en crema de cacao, Brody se sentía bien. Repitió el helado, y charló amistosamente con Dorothy. Sonrió cuando Daisy le contó una historia acerca de cómo habían sazonado el relleno de pavo de la pasada fiesta de Acción de Gracias con marihuana.

—Mi única preocupación —admitió Daisy—, fue cuando mi tía soltera

se presentó la mañana del día de Acción de Gracias y me preguntó si podía quedarse a comer. Y el pavo ya estaba hecho y relleno.

—¿Y qué es lo que pasó? —preguntó Brody.

—Traté de largarle un poco de pavo sin relleno, pero ella se cuidó muy bien de pedírmelo, así que me dije ¡qué infiernos!, y le di una buena cucharada.

—¿Y?

—Al final de la comida estaba partiéndose de risa como una colegiala. Incluso quería bailar, o ir a una sala de fiestas.

—Pues tuvieron suerte de que yo no estuviera allí —dijo Brody—. Los hubiera detenido por corromper la moral de una solterona.

Tomaron el café en la sala de estar, y Brody ofreció licores, pero sólo Meadows aceptó.

—Un poco de coñac, si tienes —le dijo.

Brody miró a Ellen, como preguntándole "¿tenemos?"

—Creo que en el armario hay —le informó ella.

Brody sirvió la copa de Meadows y pensó por un instante ponerse otra él. Pero resistió, diciéndose a sí mismo: no abuses de tu suerte.

Un poco después de las diez, Meadows bostezó y afirmó:

—Dorothy, creo que será mejor que nos marchemos. Me cuesta llevar a cabo las tareas que el público me ha confiado si estoy despierto hasta tarde.

—Yo también debería irme —añadió Daisy—. Tengo que entrar a trabajar a las ocho. Y no es que estemos vendiendo demasiado estos días.

—No son los únicos, preciosa —comentó Meadows.

—Lo sé. Pero si se trabaja a comisión, uno lo pasa realmente mal.

—Bueno, esperemos que lo peor haya pasado ya. Por lo que me ha dicho nuestro experto aquí presente, lo más probable es que el leviatán se haya ido —Meadows se puso en pie.

—Lo más probable —repitió Hooper—. Al menos, eso espero.

Se alzó para irse.

—Yo también tengo que marcharme.

—¡Oh, no se vaya! —le dijo Ellen a Hooper. Las palabras surgieron con

mucha más fuerza de lo que ella había querido. En lugar de una petición cortés, sonaba como una súplica desgarrada. Quedó turbada, y añadió con rapidez—: Quiero decir que la noche aún es joven. Sólo son las diez.

—Lo sé —dijo Hooper—. Pero si mañana hace buen tiempo, quiero levantarme pronto y salir a la mar. Además, tengo coche y puedo dejar a Daisy de camino a mi casa.

Daisy afirmó:

—Eso sería divertido —su voz, como siempre, no tenía ni tonalidad ni color, y no sugería nada.

—Los Meadows pueden dejarla —intervino Ellen.

—Cierto —aceptó Hooper—, pero realmente debería irme, para poder levantarme pronto. Pero, de todos modos, gracias por pedírmelo.

Se despidieron en la puerta: cortesías puntillosas, agradecimientos redundantes. Hooper fue el último en irse, y cuando extendió su mano hacia Ellen, ésta la tomó entre las dos suyas y le dijo:

—Muchas gracias por el diente de tiburón.

—De nada. Me alegra que le haya gustado.

—Y gracias por comportarse tan amablemente con los niños. Les ha fascinado el conocerle.

—También a mí. No obstante, todo tenía un aire de irrealidad. Debía de tener más o menos la edad de Sean cuando la conocí a usted. No ha cambiado demasiado.

—Bueno, pues usted sí que ha cambiado.

—Eso espero. No me hubiera gustado nada tener nueve años de edad toda mi vida.

—¿Lo veremos de nuevo antes de que se vaya?

—Puede estar segura.

—Maravilloso —le soltó la mano. Él se despidió rápidamente de Brody y caminó hacia su coche.

Ellen se quedó en la puerta hasta que el último de los coches hubo salido del sendero, luego, apagó la luz exterior. Sin decir palabra, comenzó a recoger las copas, tazas de café y ceniceros de la sala de estar.

Brody llevó un montón de platos de postre a la cocina, los colocó en él fregadero y dijo:

—Bueno, estuvo bien. —No quería decir nada con esta afirmación, ni buscaba más que un simple asentimiento.

—Pues no ha sido gracias a ti —le contestó Ellen.

—¿Cómo?

—Te has comportado muy mal.

—¿Sí? —Estaba realmente sorprendido por la ferocidad de su ataque—. Sé que estuve un tanto ido por un minuto, pero no creo que...

—Durante toda la velada, desde el principio al fin, te comportaste de una forma horrible.

—¡Todo eso son puras estupideces!

Despertarás a los niños.

—No me importa un mismísimo rábano. No me voy a quedar tranquilo mientras tú descargas toda la hiel que llevas dentro diciéndome que soy una mierda.

Ellen sonrió con amargura.

—¿Lo ves? Ya empiezas de nuevo.

—¿Cómo que empiezo de nuevo? ¿De qué estás hablando?

—No quiero hablar de esto.

—Y te quedas tan tranquila. No quieres hablar de esto. Escucha... De acuerdo, me equivoqué acerca de la maldita carne. No debería haberme puesto así. Lo lamento. Pero...

—¡Ya te he dicho que no quiero hablar de ello!

Brody estaba dispuesto a pelearse, pero se echó atrás, pues estaba lo bastante sobrio como para darse cuenta de que sus únicas armas eran la crueldad y las burlas, y que Ellen estaba a punto de echarse a llorar. Y las lágrimas, tanto si las derramaba en el orgasmo o cuando estaba airada, le desconcertaban. Así que se limitó a decir:

—Bueno, lamento eso —salió de la cocina, y subió la escalera.

En el dormitorio, mientras se estaba desnudando, se le ocurrió la idea de que la causa de toda aquella situación tan poco agradable, el origen de todo aquel lío, era un pez: una bestia estúpida que ni siquiera había visto. Lo ridículo de la situación le hizo reír.

Se metió en la cama, y casi en el mismo instante en que su cabeza tocó la

almohada cayó en un profundo sueño.

Una chica y su acompañante estaban sentados bebiendo cerca en un extremo de la larga barra de caoba del Oso en Celo. El chico tenía dieciocho años, y era el hijo del propietario de la farmacia de Amity.

—Tendrás que decírselo alguna vez —comentó la chica.

—Lo sé. Y cuando se lo diga, se va a poner como una bestia.

—No fue culpa tuya.

—¿Sabes lo que dirá? Que debe de haber sido por algo que he hecho. Que si no me hubiera portado mal, hubiera seguido allí, y hubiesen despedido a algún otro.

—Pero han despedido a mucha gente.

—Y también han conservado a muchos.

—¿Cómo decidieron a quien iban a despedir?

—No lo dijeron. Sólo nos informaron de que no tenían los suficientes clientes como para justificar tanto personal, así que iban a despedir a unos cuantos. Chica, mi viejo va a subirse por las paredes.

—¿No podría telefonearles? Seguro que él conoce a alguien de la dirección. Quiero decir que si les explica que realmente necesitas el dinero para ir a la universidad...

—No lo haría. Eso sería mendigar —el chico se acabó su cerveza—. Sólo me queda una cosa que hacer. Vender drogas.

—Oh, Michael, no hagas eso. Es demasiado peligroso. Puedes acabar en la cárcel.

—Menuda elección, ¿no te parece? —dijo el chico con amargura—. La universidad o la cárcel.

—¿Qué le dirás a tu padre?

—No sé. Quizá le diga que me dedico a vender cinturones.

Ocho

Brody se despertó con un sobresalto, intranquilizado por algún signo que decía que algo iba mal. Extendió la mano hacia el otro lado de la cama, para

tocar a Ellen. No estaba allí. Se irguió y la vio sentada en el sillón junto a la ventana. La lluvia golpeaba los cristales, y oyó el viento silbando entre los árboles.

—Vaya un día feo, ¿eh? —comentó. Ella no le contestó, y siguió mirando fijamente las gotas que se deslizaban por el cristal—. ¿Cómo es que te has levantado tan pronto?

—No podía dormir.

Brody bostezó.

—Pues te aseguro que yo no tuve problemas.

—No me sorprende.

—Oh, Dios. ¿Vamos a empezar de nuevo?

Ellen agitó la cabeza.

—No. Lo lamento. No quise decir nada —parecía decaída, triste.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Si tú lo dices...

Brody se levantó de la cama y entró en el baño.

Cuando se hubo afeitado y vestido, bajó a la cocina. Los chicos estaban acabando su desayuno, y Ellen estaba friendo un huevo para él.

—¿Qué es lo que vais a hacer, chicos, en este día repelente? —preguntó.

—Limpiar podadoras de césped —dijo Billy, que durante el verano trabajaba para un jardinero local—. ¡Cómo odio los días lluviosos!

—¿Y vosotros dos? —les preguntó Brody a Martin y Sean.

—Martin va a ir al Club Juvenil —explicó Ellen—. Y Sean pasará el día en casa de los Santos.

—¿Y tú?

—Tengo un día completo en el hospital. Lo que me hace pensar en que no vendré a casa a la hora de comer.

—¿Puedes tomar algo en el centro?

—Naturalmente.

—No recuerdo que jamás trabajases un día completo los miércoles.

—Habitualmente no lo hago. Pero una de las otras chicas está enferma, y yo dije que la reemplazaría.

—Oh.

—Volveré a la hora de la cena.

—Perfecto.

—¿Crees que podrías dejar a Sean y a Martin camino del trabajo? Quiero hacer algunas compras antes de ir al hospital.

—No hay problema.

—Los pasaré a recoger yo misma cuando vuelva a casa.

Brody y los dos chicos más pequeños salieron primero. Luego Billy, envuelto de pies a cabeza con su ropa impermeable, se dirigió en bicicleta al trabajo.

Ellen miró el reloj de la pared de la cocina. Faltaban unos minutos para las ocho. ¿Demasiado pronto? Quizá. Pero era mejor llamarlo ahora, antes de que se fuera a algún sitio y se perdiese la oportunidad. Extendió la mano derecha y trató de impedir que sus dedos temblasen, pero se estremecían incontrolablemente. Sonrió ante su nerviosismo y susurró para sí misma: "no sirves para esto". Subió al dormitorio, se sentó en la cama y tomó el listín verde. Buscó el número de teléfono del Hostal Abelard Arms, y puso la mano sobre el teléfono, dudó un momento, y luego levantó el receptor y marcó el número.

—Aquí el Abelard Arms.

—Por favor, póngame con la habitación del señor Hooper. Matt Hooper.

—Un momento, por favor. Hooper. Aquí está. Cuatro cero cinco. Le llamaré yo mismo.

Ellen oyó el teléfono sonar una vez, y luego otra. Podía sentir los latidos de su corazón, y vio cómo le batía el pulso en su muñeca derecha. Cuelga, se dijo a sí misma, Cuelga. Aún hay tiempo.

—¿Alo? —dijo la voz de Hooper.

—Oh —buen Dios, pensó, suponte que tiene a Daisy Wicker en la habitación con él.

—¿Alo?

Ellen tragó saliva y dijo:

—Hola. Soy yo... Quiero decir que soy Ellen.

—Oh, hola.

—Espero no haberle despertado.

—No. Estaba preparándome para bajar a tomar el desayuno.

—Bien. No hace demasiado buen día, ¿no?

—No, pero realmente no me importa. Para mí es un lujo poder dormir hasta tan tarde.

—¿Podrá... le será posible trabajar hoy?

—No sé. Estaba justamente tratando de determinar eso. Desde luego, no puedo salir en la lancha y esperar hacer algo.

—Oh —hizo una pausa, luchando con el mareo que estaba apoderándose de ella. Adelante, se dijo a sí misma. Hazle la pregunta—. Me estaba diciendo... —No, ten cuidado; ve con pies de plomo—. Deseaba agradecerle su maravilloso regalo.

—No hay de qué. Me alegra que le guste. Además, debería ser yo quien le diese las gracias a usted. Lo pasé muy bien anoche.

—Yo también... Nosotros también. Me alegra que viniese.

—Sí.

—Fue como en los viejos tiempos.

—Sí.

Ahora, se dijo a sí misma. Hazlo. Las palabras surgieron de su boca:

—Me estaba preguntando, si no puede trabajar hoy, quiero decir, si no puede salir en la lancha o algo así, me estaba preguntando si... si hay alguna posibilidad de que le gustase... si está libre para ir a comer.

—¿Comer?

—Sí. Ya sabe, si no tiene otra cosa que hacer, pensé que podríamos ir a comer juntos.

—¿Juntos? ¿Se refiere a usted, el jefe y yo?

—No, sólo usted y yo. Martin acostumbra a comer en la comisaría. No quiero interferir con sus planes ni nada de eso. Es decir, si tiene mucho trabajo...

—No, no. Me parece bien. Diablos, ¿Por qué no? Por supuesto. ¿En qué había pensado?

—Hay un sitio maravilloso en Sag Harbor. Se llama Banner. ¿Lo conoce? —esperaba que no lo conociese. Ella tampoco había estado nunca allí, lo que quería decir que nadie la iba a reconocer. Pero había oído decir que era bueno, tranquilo, y oscuro.

—No, nunca he estado allí —dijo Hooper—. Pero, Sag Harbor... es un buen trecho sólo para ir a comer.

—En realidad no es tanto, sólo quince o veinte minutos. Podríamos encontrarnos allí a la hora que prefiera.

—A mí me va bien a cualquier hora.

—Entonces, ¿qué le parece las doce y media?

—A las doce y media. Hasta luego.

Ellen colgó el teléfono. Aún le temblaban las manos, pero se sentía excitada y feliz. Sus sentidos parecían despiertos e increíblemente agudos. Cada vez que inspiraba, saboreaba los aromas que la rodeaban. Sus oídos tintineaban con una sinfonía de pequeños sonidos caseros: chirridos, crujidos y golpes. Se sentía más intensamente femenina que en muchos años pasados: era una sensación cálida y húmeda, que al mismo tiempo resultaba deliciosa e incómoda.

Entró en el baño y se dio una ducha. Se depiló las piernas y los sobacos. Deseó haber comprado uno de esos desodorantes de higiene femenina que había visto anunciados, pero, como no lo tenía, se puso talco y se dio un toque de colonia tras las orejas, en el interior de los codos, tras las rodillas, en los pechos, y entre las piernas.

Había un espejo grande en el dormitorio, y se detuvo frente a él, examinándose. ¿Era bastante bueno lo que tenía que ofrecer? ¿Sería aceptada la oferta? Había trabajado para mantenerse en forma, para conservar la sinuosidad y lisura de la juventud. No podía soportar el pensar que fueran a rechazarla.

Lo que se ofrecía era bueno. Las arrugas en su cuello eran pocas y apenas se podían ver. Tenía el rostro sin defectos ni arrugas. No tenía bolsas, ojeras o papada. Se puso firme y admiró el contorno de sus pechos. Tenía una cintura delgada, y el estómago plano... la recompensa de interminables horas de ejercicio después de tener cada uno de los niños. El único problema, se dijo mientras observaba críticamente su cuerpo, eran sus caderas, pues no podía decirse de ninguna forma que fueran juveniles. Indicaban que había sido madre. Eran, como había dicho Brody en una ocasión, las caderas de una paridera. Este recuerdo le ocasionó un instante de remordimiento, pero la excitación se cuidó de ahogarlo en seguida. Sus piernas eran largas y, tras el cojín de grasa de la parte trasera, esbeltas. Sus tobillos eran delicados, y sus

pies, con las uñas muy bien cuidadas, eran lo bastante perfectos como para alegrar a cualquier entendido.

Se vistió con la ropa del hospital. De la parte trasera del armario sacó un bolso de compra de plástico, en el que metió unas bragas, un sujetador, un traje de verano color lavanda, cuidadosamente doblado, un par de zapatillas, un desodorante en spray, una botella de sales de baño, un cepillo de dientes, y un tubo de pasta. Llevó la bolsa al garaje, la puso en el asiento trasero de su coche Volkswagen, salió al sendero, y fue hasta el Hospital de Southampton.

El aburrido viaje incrementó la fatiga que había estado sintiendo durante horas. No había dormido en toda la noche. Al principio se había echado en la cama, luego había permanecido sentada junto a la ventana, luchando contra las sensaciones de emoción y las recriminaciones de la conciencia, con el deseo y los remordimientos, las ansias y las dificultades. No sabía exactamente en qué momento había decidido llevar a cabo aquel plan tan peligroso y manifiestamente atrevido. Había estado pensando en ello, y al mismo tiempo tratando de no pensar en ello, desde el momento en que había conocido a Hooper. Había sopesado los riesgos y, de alguna manera, calculado que valía la pena correrlos, aunque no estaba totalmente segura de lo que podría sacar de aquella aventura. Sabía que deseaba un cambio, que casi aceptaría cualquier cambio. Deseaba asegurarse de que aún era deseable... no sólo para su esposo, pues eso ya no la emocionaba, sino para la gente que ella consideraba como sus verdaderos iguales, la gente de la que aún creía formar parte. Notaba que, si no le ponía remedio, la parte de ella misma a la que más cariño tenía, iba a morir. Quizá el pasado jamás pudiera ser revivido, pero acaso pudiera ser rememorado físicamente, tal como era posible hacerlo mentalmente. Deseaba una inyección, una transfusión de la esencia de su pasado, y creía que Matt Hooper era el único donante posible. El pensamiento de un amor jamás entró en su mente. Tampoco deseaba imaginarse una relación profunda o duradera. Sólo buscaba ser reconfortada, restaurada.

Se sintió agradecida de que el trabajo que le asignaron cuando llegó al hospital exigiese concentración y conversación, pues le impedía pensar. Ella y la otra voluntaria cambiaron la ropa de los pacientes más ancianos para los cuales la comunidad hospitalaria era un sustituto del hogar, y a veces su última morada. Tenía que recordar los nombres de sus hijos, que habitaban en lejanas ciudades, e imaginar nuevas excusas para explicar el motivo por el que no habían escrito. Tenía que hacer ver que recordaba los guiones de los programas de televisión y especular acerca de por qué tal o cual personaje habría dejado a su esposa por una mujer que, claramente, era una aventurera.

A las once cuarenta y cinco, Ellen le dijo al supervisor de voluntarios que no se sentía demasiado bien. Le explicó que su tiroides estaba portándose mal de nuevo, y que además tenía el período. Le parecía que lo mejor sería ir a acostarse un rato en la sala de personal. Y si una siestecita no la ayudaba, le

explicó, probablemente se iría a casa. De hecho, si no estaba de vuelta en el trabajo hacia la una y media o así, el supervisor podía suponer que se había ido a casa. Era una explicación que esperaba fuese lo bastante vaga como para evitar que nadie la buscase demasiado.

Fue a la sala del personal, contó hasta veinte, y abrió la puerta un poco para ver si el pasillo estaba vacío. Lo estaba; la mayor parte del personal se hallaba ya en la cafetería del otro lado del edificio, o camino hacia ella. Salió al pasillo, cerró la puerta suavemente tras ella, y corrió para doblar una esquina tras la que había una puerta secundaria que daba al aparcamiento del personal.

Recorrió la mayor parte del camino hasta Sag Harbor, luego se detuvo en una gasolinera. Cuando hubo llenado el depósito y pagado el combustible, pidió que le dejasen utilizar el lavabo de señoras. El encargado le dio la llave, y llevó el coche al otro lado de la gasolinera, aparcándolo junto a la puerta del lavabo. Abrió la puerta, pero antes de entrar le devolvió la llave al encargado. Fue hasta su coche, tomó la bolsa de plástico del asiento trasero, entró en el reservado y corrió el cerrojo.

Se desnudó, y en pie sobre el frío suelo, descalza, mirando su imagen en el espejo que había sobre el lavabo, notó un escalofrío de emoción debido al riesgo. Se roció desodorante bajo los brazos y en los pies. Tomó las bragas limpias de la bolsa de plástico y se las puso. Colocó un poco de talco en el sujetador y se lo ajustó. Sacó el vestido de la bolsa, lo desplegó, comprobó que no tuviera arrugas, y se lo metió por la cabeza. Puso talco en cada uno de los zapatos, se limpió la planta de los pies con una toalla de papel, y se los colocó. Luego, se lavó los dientes y se peinó, metió sus ropas del hospital en la bolsa de plástico, y abrió la puerta. Miró hacia ambos lados, vio que no había nadie, y entonces salió del lavabo de señoras, tiró la bolsa al interior del coche y entró.

Mientras salía de la gasolinera se acurrucó en el asiento para que el encargado, si por casualidad la miraba, no viera que se había cambiado de ropa.

Eran las doce y cuarto cuando llegó al Banner, un pequeño restaurante especializado en filetes y pescado, que estaba junto al mar, en Sag Harbor. El aparcamiento estaba situado en la parte de atrás, lo cual le convenía mucho. En el caso, poco probable, de que alguien que la conociese pasase por Sag Harbor, prefería que su coche no estuviera a la vista.

Una de las razones por las que había escogido el Banner era porque tenía mucha reputación como el restaurante nocturno favorito de los propietarios de yates y veraneantes, lo cual quería decir que probablemente tuviera poca clientela a la hora de comer. Y era caro, lo que daba casi la total seguridad de que no habría en él residentes de todo el año, ni de que ningún comerciante

local iría allí a comer. Comprobó su cartera. Llevaba casi cincuenta dólares, todo el dinero de emergencia que Brody y ella tenían en casa. Tomó nota mental de los billetes: uno de veinte, dos de diez, uno de cinco y tres de uno. Deseaba reemplazarlos exactamente en la lata de café que había en el armario de la cocina.

En el aparcamiento se veían otros dos coches, un Chevrolet Vega y un coche mayor, color marrón claro. Recordó que el coche de Hooper era verde y que tenía el nombre de algún animal. Salió de su vehículo y entró en el restaurante, colocando las manos sobre su cabeza para protegerse el cabello de la suave lluvia.

El restaurante era oscuro, pero dado que el día era sombrío, sólo tardó unos instantes en ajustar su vista. Únicamente había una sala, con una barra a la derecha y unas veinte mesas en el centro. La pared de la izquierda albergaba ocho compartimentos. Las paredes eran de madera oscura, decoradas con carteles de películas y corridas de toros.

Una pareja, que Ellen supuso tendrían entre veinte y treinta años, estaba tomando un trago en una mesa junto a la ventana. El encargado del bar, un joven con barbita en punta, se hallaba sentado junto a la caja registradora, leyendo el Daily News de Nueva York. Eran las únicas personas en el local. Ella miró su reloj. Casi las doce y media.

El encargado de la barra alzó la vista y dijo:

—Hola. ¿Puedo servirle en algo?

Ellen se adelantó hacia la barra.

—Sí... sí. En seguida. Pero primero, me gustaría... ¿me puede decir dónde está el lavabo de señoras?

—Al final de la barra, gire a la derecha. Es la primera puerta que hay a la izquierda.

—Gracias —Ellen caminó rápidamente a lo largo de la barra, dobló a la derecha y entró en el lavabo de señoras.

Se colocó frente al espejo y alzó su mano derecha. Temblaba, por lo que la cerró en un puño. Cálmate, se dijo a sí misma. Tendrás que calmarte o no servirá de nada. Se habrá perdido. Notó que estaba sudando, pero cuando metió la mano dentro de su traje y la palpó el sobaco, estaba seco. Se peinó el cabello y contempló los dientes. Recordó lo que le había dicho en cierta ocasión un chico con el que había salido: no hay nada que me repugne más que ver a una chica con restos de comida entre los dientes. Comprobó la hora en su reloj: las doce y treinta y cinco.

Regresó al restaurante y miró a su alrededor. Sólo la misma pareja, el

encargado del bar, y una camarera junto a la barra, doblando servilletas.

La camarera vio a Ellen salir del lavabo, y le dijo:

—Hola. ¿Puedo servirla en algo?

—Sí, gracias. Me gustaría una mesa. Para comer.

—¿Para uno?

—No. Para dos.

—Perfecto —dijo la camarera. Dejó una servilleta, tomó un bloc y llevó a Ellen hasta una mesa situada en el centro de la sala—. ¿Le parece bien ésta?

—No. Quiero decir que sí, que está muy bien, pero me gustaría aquélla del compartimento de la esquina, si no le importa.

—No hay problema —le contestó la camarera—. Elija la mesa que prefiera. Realmente, no se puede decir que tengamos un lleno —llevó a Ellen hasta la mesa, y ésta se deslizó en el compartimiento, con la espalda hacia la puerta de entrada. Hooper la localizaría fácilmente, si es que venía—. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—Sí. Un gin tonic, por favor. —Cuando la camarera se alejó de la mesa. Ellen sonrió. Era la primera vez desde que se había casado que bebía algo durante el día.

La camarera le trajo el vaso, y Ellen se bebió la mitad de un trago, ansiosa por notar el calor relajante del alcohol. Constantemente miraba hacia la puerta y a su reloj. No va a venir, pensó. Eran casi las doce cuarenta y cinco. Se habrá amilanado. Debe de tener miedo de Martin. O tal vez tenga miedo de mí. ¿Qué haré si no viene? Supongo que comeré un poco y volveré a trabajar. ¡Tiene que venir! No me puede hacer esto.

—Hola.

La palabra sobresaltó a Ellen. Dio un respingo y exclamó:

—¡Oh!

Hooper se deslizó en el asiento situado frente a ella y comentó:

—No quería atemorizarla. Y lamento haber llegado larde. Tuve que detenerme por gasolina, y la gasolinera estaba llena. El tráfico era terrible. Y ya basta de excusas. Debería haber salido antes. Lo lamento. —La miró a los ojos y sonrió.

Ella bajó la vista a su vaso.

—No tiene por qué excusarse. Yo también llegué tarde.

La camarera se acercó a la mesa.

—¿Quiere que le traiga algo de beber? —preguntó a Hooper.

Él se fijó en el vaso que tenía Ellen y repuso:

—Oh, naturalmente. Claro que sí. Ya que usted lo está tomando, también yo quiero un gin tonic.

—Y a mí tráigame otro —indicó Ellen—. Éste ya casi me lo he acabado.

La camarera se marchó y Hooper comentó:

—Normalmente no bebo en las comidas.

—Ni yo tampoco.

—Tras unos tres vasos comienzo a decir estupideces. Jamás he podido soportar demasiado los licores.

Ellen asintió.

—Conozco esa sensación. Yo acostumbro a volverme muy...

—¿Impetuosa? Yo también.

—¿Realmente? No me lo puedo imaginar impetuoso. Pensé que los científicos jamás eran impetuosos.

Hooper sonrió y dijo con tono histriónico:

—Podría parecer, madame, que estamos casados con nuestros tubos de ensayo. Pero bajo nuestros gélidos exteriores palpitan los corazones de algunas de las personas más atrevidas y apasionadas del mundo entero.

Ellen se echó a reír. La camarera trajo los vasos y dejó dos menús en el borde de la mesa. Hablaron, en realidad charlaron, acerca de los viejos tiempos, acerca de la gente que había conocido y lo que esta gente estaba haciendo ahora, acerca de las ambiciones de Hooper en la ictiología. Nunca mencionaron al tiburón, a Brody, o a los niños de Ellen. Era una conversación fácil y sin rumbo que le iba muy bien a ella. Su segundo trago le soltó la lengua, y se sintió feliz y muy dueña de sí misma.

Deseaba que Hooper pidiese otra bebida, y sabía que no era muy probable que tomase la iniciativa para pedirla. Tomó uno de los menús, esperando que la camarera se fijase en ello, y dijo:

—Déjeme ver. ¿Qué hay de bueno?

Hooper tomó el otro menú y comenzó a leer y, al cabo de un minuto o dos, la camarera se acercó tranquilamente a la mesa.

—¿Ya saben lo que quieren?

—Aún no del todo —contestó Ellen—. Todo me parece bueno. ¿Usted ya lo sabe, Matthew?

—No del todo —admitió Hooper.

—¿Por qué no tomamos otro trago mientras decidimos?

—¿Los dos? —preguntó la camarera.

Hooper pareció pensárselo por un momento. Luego, asintió con la cabeza y exclamó:

—Por supuesto. Es una ocasión especial.

Se quedaron en silencio, leyendo los menús. Ellen trató de averiguar cómo se sentía. Tres bebidas serían una carga bastante pesada para ella, y deseaba estar segura de que no se le nublaría la cabeza, o se le trabaría la lengua. ¿Cómo era aquello que se decía acerca de que el alcohol incrementaba el deseo, pero disminuía la capacidad de actuación? Pero eso es con respecto a los hombres. Me alegra no tener que preocuparme por eso. Pero, ¿y qué hay de él? Suponte que no... ¿Hay algo que yo pueda hacer al respecto? Pero, todo esto son tonterías. No va a pasar con sólo dos bebidas. Tendría que tomarse cinco, o seis o siete vasos. Tendría que ser un incapaz. Pero, la cosa se complica si está asustado. ¿Parece asustado? Atisbó por encima de su menú, estudiando a Hooper. No parecía nervioso. En todo caso, parecía algo perplejo.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Él alzó la vista.

—¿A qué se refiere?

—Tenía los ojos muy abiertos. Parecía confuso.

—Oh, no es nada. Estaba mirando las vieiras, o lo que ellos llaman vieiras. Todas las posibilidades son de que sea lenguado, arreglado para que parezca marisco.

La camarera les trajo los vasos y dijo:

—¿Dispuestos?

—Sí —contestó Ellen—. Yo tomaré un cóctel de gambas y pollo.

—¿Qué clase de aderezo quiere en la ensalada? Tenemos salsa francesa, Roquefort, Mil Islas, y aceite y vinagre.

—Roquefort, por favor.

Hooper le preguntó:

—¿Esto que está aquí son realmente vieiras de la bahía?

—Me imagino que sí —contestó la camarera—, si eso es lo que dice.

—De acuerdo. Tomaré las vieiras, y salsa francesa en la ensalada.

—¿Algo para empezar?

—No —negó Hooper, alzando su vaso—. Ya está bien.

En unos pocos minutos, la camarera trajo el cóctel de gambas de Ellen. Cuando se hubo ido, ésta comentó:

—¿Sabe lo que me encantaría? Algo de vino.

—Esa es una idea muy interesante —comentó Hooper, mirándola—. Pero recuerde lo que le he dicho antes acerca de mi impetuosidad. Podría convertirme en irresponsable.

—Eso no me preocupa —mientras hablaba, Ellen notó cómo el rubor cubría sus mejillas.

—De acuerdo, pero primero déjeme comprobar el tesoro —buscó en su bolsillo trasero la cartera.

—Oh, no. Invito yo.

—No sea tonta.

—No, hablo en serio. Fui yo quien le invité a comer —comenzó a entrarle pánico. Jamás se le había ocurrido que pudiese insistir en pagar. No quería preocuparlo obligándole a pagar una cuenta grande. Por otra parte, no quería parecer condescendiente, ofendiendo su virilidad.

—Ya lo sé —aceptó él—. Pero me gustaría ser yo quien invitase.

¿Era aquello una pura fachada? No podía saberlo. Si no lo era, no deseaba rehusar, pero si sólo estaba mostrándose cortés...

—Es usted un encanto —le dijo—. Pero...

—Hablo en serio. Por favor.

Bajó la vista y jugueteó con la gamba que quedaba en el plato.

—Bueno...

—Sé que está usted pensando en mi economía —le dijo Hooper—. Pero no lo haga. ¿No le habló nunca David acerca de nuestro abuelo?

—No, que recuerde. ¿Qué pasa con él?

—Al viejo Matt le conocían, y no demasiado afectuosamente, como el Bandido. Si estuviera vivo hoy en día, probablemente yo estaría a la cabeza de un mitin pidiendo su cuero cabelludo. Pero no lo está, así que la única preocupación que tuve fue si quedarme con el montón de dinero que me dejó, o regalárselo a alguien. No fue un dilema moral demasiado difícil. Creo que puedo gastarlo tan bien como cualquiera a quien se lo hubiese regalado.

—¿Tiene David también mucho dinero?

—Sí. Esa es una de las cosas acerca de él que siempre me ha asombrado. Tiene lo bastante como para mantenerse él y a un cierto número de esposas durante toda una vida. Así que, ¿por qué buscó a ese desastre como segunda esposa? Quizá sea porque aún tiene más dinero que él. No sé. Quizá el dinero no se siente a gusto hasta que no está casado con más dinero.

—¿Qué es lo que hizo su abuelo?

—Ferrocarriles y minería. Es decir, teóricamente, en la práctica, era un verdadero ladrón. En un momento dado poseía la mayor parte de Denver. Era el propietario de todo el distrito de las prostitutas.

—Eso debía de ser muy rentable.

—No tanto como se imagina —dijo Hooper con una carcajada—. Según he oído, la mayor parte de las veces cobraba en especies.

Quizá fuera ahora el momento, pensó Ellen. ¿Qué es lo que debía contestar?

—Se supone que ésa es una fantasía que se les ocurre a todas las colegialas —aventuró jovialmente.

—¿El qué?

—El ser una... ya sabe, una prostituta. El dormir con un montón de hombres distintos.

—¿También la tuvo usted?

Ellen se echó a reír, esperando ocultar de este modo su turbación.

—No recuerdo si era así —contestó—. Pero me imagino que todos tenemos fantasías de un tipo y otro.

Hooper sonrió y se inclinó hacia atrás en su asiento. Llamó a la camarera y le ordenó:

—¿Querría traernos una botella de Chablis frío, por favor?

Algo ha pasado, pensó Ellen. Se preguntó si él podía notar ¿u oler? como un animal, la invitación que ella había hecho. Fuese como fuese, él ya había tomado la ofensiva. Lo único que tenía que hacer era evitar descorazonarle.

Llegó la comida, seguida más tarde por el vino. Las vieiras de Hooper tenían el tamaño de malvaviscos.

—Artificio —dijo cuando la camarera se hubo ido—. Debía habérmelo imaginado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ellen. Inmediatamente, deseó no haber dicho esto. No quería que la conversación fuera hacia otro lado.

—Por una parte, son demasiado grandes. Y demasiado perfectas. Obviamente, las han moldeado.

—Supongo que las podría devolver —esperaba que no lo hiciese, una pelea con la camarera podía estropear su estado de ánimo.

—Es cierto —dijo Hooper, sonriendo a Ellen—. Lo haría en otras circunstancias —le sirvió a Ellen un vaso de vino, luego llenó el suyo y lo alzó para un brindis—: Por las fantasías —dijo—. Cuénteme las suyas.

Sus ojos eran brillantes, de un azul líquido, y sus labios estaban entreabiertos en una media sonrisa.

Ellen rio entre dientes.

—Oh, las mías no son muy interesantes. Imagino que son fantasías del montón.

—No existe tal cosa —negó Hooper—. Cuénteme.

Estaba pidiendo, no ordenando, pero Ellen notó que el juego que ella había iniciado exigía que respondiese.

—Oh, ya sabe —le contestó. Notaba el estómago caliente, y tenía enrojecida la nuca—. Las cosas normales. Supongo que una de ellas es la violación.

—¿Cómo sucede?

Trató de pensar, y recordó las veces en que, a solas, dejaba correr su mente y conjurar las imágenes carnales. Habitualmente era cuando estaba en la cama, y a veces con su esposo dormido junto a ella. A veces sentía deseos de acariciarse.

—De diferentes formas —contestó.

—Dígame una.

—A veces estoy por la mañana en la cocina, cuando todo el mundo se ha ido, y un trabajador de una de las casas vecinas llega por la puerta trasera. Quiere usar el teléfono, o me pide un vaso de agua. —Se detuvo.

—¿Y entonces?

—Le abro la puerta, y me amenaza con matarme si no lago lo que él quiere.

—¿Le hace daño?

—Oh, no. Quiero decir que no me clava un cuchillo ni nada de eso.

—¿Le golpea?

—No. Sólo... me viola.

—¿Y es divertido?

—Al principio no. Es aterrador. Pero luego, al cabo de un tiempo, cuando ya ha...

—Cuando ya la tiene a usted... dispuesta.

Los ojos de Ellen se movieron hacia los de él, buscando si había dicho aquello con humor, ironía o crueldad. No vio nada de eso. Hooper se pasó la lengua por los labios y se inclinó hacia delante hasta que su rostro estuvo sólo a un palmo del de ella.

Ellen pensó: la puerta está abierta ahora. Lo único que tienes que hacer es atravesarla. Y dijo:

—Sí.

—Entonces es divertido.

—Sí —se agitó en el asiento, pues el recuerdo se estaba convirtiendo en algo físico.

—¿Siente a veces placer?

—A veces —le contestó ella—. No siempre.

—¿Qué tamaño tiene?

—¿Se refiere a si es muy alto? No...

Hasta entonces habían estado hablando en voz muy baja, y en ese momento Hooper la bajó aún más hasta que no fue más que un susurro:

—¿Es negro?

—No. He oído que algunas mujeres tienen fantasías acerca de que las violan hombres negros, pero yo jamás las he tenido.

—Cuénteme otra.

—Oh, no —dijo, riéndose—. Ahora le toca a usted.

Oyeron pasos y se volvieron, viendo que la camarera se acercaba a su mesa.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Sí —dijo con sequedad Hooper—. Todo va bien.

La camarera se marchó.

—¿Cree que nos habrá oído? —susurró Ellen.

Hooper se inclinó hacia delante.

—Ni hablar. Ahora, cuénteme otra.

Va a suceder, pensó Ellen y, repentinamente, se sintió nerviosa. Deseaba explicarle por qué se estaba comportando así, decirle que no hacía esto continuamente. Probablemente piense que soy una puta. No sigas así, no te irrites, o lo arruinarás todo.

—No —dijo con una sonrisa—. Es su turno.

—Las mías son habitualmente sobre orgías —dijo él—, o al menos tríos.

—¿Tríos?

—Tres personas. Yo y dos chicas.

—Divertido. ¿Y qué es lo que hace?

—Depende. Todo lo imaginable.

Ellen rio nerviosa. Miró su pollo a medio comer, y se echó a reír.

—¿Qué es lo que la divierte? —preguntó él.

—Me estaba imaginando —dijo ella, y crecieron sus risas—, me estaba preguntando si... Oh, Dios, me está dando un dolor en el costado... Si los pollos tienen...

—¡Naturalmente! —exclamó Hooper.

Se echaron a reír juntos, y cuando pasó la risa, Ellen dijo impulsivamente.

—Inventémonos una fantasía.

—De acuerdo. ¿Cómo quieres empezarla? —le contestó Hooper, pasando, no menos impulsivamente, a tratarla de tú.

—¿Qué te parecería si tú y yo fuéramos a.…? Ya sabes.

—Esa es una cuestión muy interesante —dijo él, con falsa gravedad—. Pero, no obstante, antes de considerar el cómo, tenemos que considerar el dónde. Supongo que siempre podemos contar con mi habitación.

—Demasiado peligroso. Todo el mundo me conoce en el Abelard. Cualquier parte en Amity sería muy peligrosa.

—¿Y qué hay de tu casa?

—Dios, no. Supón que llegase uno de mis hijos. Además...

—Ya sé. De acuerdo, ¿qué más sitios quedan?

—Debe de haber moteles entre aquí y Montauk. O, aún mejor, entre aquí y Orient Point.

—Me parece bien. Y, si no los hay, siempre tenemos el coche.

—¿En pleno día? Desde luego tienes unas fantasías muy alocadas.

—En las fantasías, todo es posible.

—De acuerdo. Eso ya está solucionado. Entonces, ¿qué es lo que tú harías?

—Creo que deberías proceder cronológicamente. Antes que nada nos iríamos en un solo coche. Probablemente el mío, porque es el menos conocido. Y regresaríamos aquí más tarde, a recoger el tuyo.

—De acuerdo.

—Y antes de salir irías al lavabo a disponerte.

—Ya veo —dijo ella, tratando de parecer que no le daba importancia. Se sentía excitada, ruborizada, y notaba que la mente estaba flotando en algún lugar fuera de su cuerpo. Era una tercera persona escuchando la conversación. Tuvo que luchar para evitar agitarse sobre el banco forrado con imitación de piel. Quería moverse de un lado para otro, frotarse los muslos. Pero tenía miedo de dejar una mancha en el asiento.

—Entonces —dijo Hooper—, mientras estuviésemos por la carretera, tú podrías estar sentada muy junto, muy junto a mí... yo te abrazaría con el brazo disponible. Pero con prudencia de manera de evitar un terrible accidente en el que quedásemos los dos muertos.

Ellen comenzó a reír nerviosamente de nuevo, imaginándose la visión de Hooper yaciendo al lado de la carretera, y ella junto a él, con la ropa desordenada, a la vista de todo el mundo.

—Trataríamos de encontrar un motel —continuó Hooper—, en el que las habitaciones estuviesen o bien en casitas o separadas o, al menos, no apelotonadas unas contra otras, con sólo una pared de separación.

—¿Por qué?

—Por los ruidos. Las paredes están hechas habitualmente de papel y saliva, y no nos gustaría estar inhibidos por la idea de que un vendedor de zapatos estuviese en la habitación de al lado apretando la oreja contra la pared.

—Suponte que no podamos encontrar un motel así.

—Seguro que podríamos —le contestó Hooper—. Como ya te he dicho, en las fantasías todo es posible.

¿Por qué está insistiendo siempre en eso?, pensó Ellen. ¿No estará jugando realmente, concibiendo una fantasía que no tiene intención alguna de llevar a cabo? Su mente rebuscó una pregunta para mantener la conversación con vida.

—¿Bajo qué nombre nos registrarías?

—Ah, sí, me había olvidado de eso. No me imagino que en estos tiempos nadie se vaya a preocupar mucho de una cosa así, pero tienes razón:

deberíamos tener un nombre, por si nos encontráramos con un administrador de la vieja escuela. ¿Qué te parece señor Al Kinsey y señora? Podríamos decir que estábamos realizando un prolongado viaje de estudios.

—Y que le enviaríamos una copia autografiada de nuestro informe.

—¡Que se lo dedicaríamos a él!

Ambos se echaron a reír, y Ellen preguntó:

—¿Y qué haríamos cuando ya estuviésemos registrados?

—Bueno, iríamos a la habitación que nos hubieran dado, y exploraríamos los alrededores para ver si parecía haber alguien en las habitaciones cercanas... a menos que tuviéramos una casita para nosotros solos. Luego, entraríamos.

—¿Y entonces?

—Entonces es cuando se amplían nuestras posibilidades. Probablemente, yo estaría tan ansioso que obraría precipitadamente.

—¿Qué quieres decir?

—La primera vez sería una cosa incontrolable: bum-barrabum-muchas-gracias-señora. Después de eso, tendría más control.

—¿Cómo harías eso?

—Con delicadeza y finura.

La camarera se estaba acercando a la mesa, así que se echaron hacia atrás y dejaron de hablar.

—¿Quieren algo más?

—No —le respondió Hooper—. Sólo la cuenta.

Ellen supuso que la camarera regresaría a la barra para hacer la suma, pero se quedó junto a la mesa, anotando y contando. Ellen se deslizó hasta el borde del asiento y dijo, mientras se ponía en pie:

—Excúsame. Quiero empolvarme la nariz antes de que nos vayamos.

—Ya sé —dijo Hooper, sonriendo.

—¿Ya sabe? —dijo la camarera, mientras Ellen pasaba junto a ella—. Chico, eso es lo que hace el matrimonio. Espero que jamás nadie me conozca tan bien.

Ellen llegó a casa un poco antes de las cuatro y media. Subió, se metió en el baño y comenzó a llenar la bañera de agua Se quitó toda la ropa y la metió

en la cesta de la ropa sucia, mezclándola con lo que ya había dentro. Se miró en el espejo y examinó su rostro y cuello. No había señales.

Tras el baño, se empolvó, se lavó los dientes e hizo gárgaras con un licor dentífrico. Entró en el dormitorio, se puso una bata de dormir, abrió la cama y se metió en ella. Cerró los ojos, esperando que el sueño se abalanzase sobre ella.

Pero el sueño no podía sobreponerse a un recuerdo que no abandonaba su mente. Era una visión de Hooper, con los ojos grandes y muy fijos en la pared, pero sin verla, mientras se aproximaba al clímax. Los ojos parecían ir desorbitándose hasta que temió que llegasen a saltar de las órbitas. Los dientes de Hooper estaban apretados, y los hacía chirriar, como hacen algunas personas cuando duermen. De su garganta surgía un gemido gorgoteante, cuyo tono se alzaba más y más. Incluso tras su obvio y violento éxtasis, el comportamiento de Hooper no había cambiado. Seguía teniendo los dientes apretados, los ojos clavados en la pared, y continuaba sin relajarse. Ellen se asustó... No sabía muy bien de qué, pero la ferocidad e intensidad de su asalto le parecía una búsqueda de algo en la que ella era sólo un instrumento. Al cabo de un rato, le había dado unas palmadas en la espalda y dicho suavemente: "Hey, que yo también estoy aquí", y en un momento se le cerraron los ojos y su cabeza cayó sobre el hombro de ella. Luego, más adelante, Hooper había sido más suave, más controlado, menos ido. Pero la furia del primer encuentro aún seguía permaneciendo en la mente de Ellen.

Al fin, su mente se abandonó a la fatiga, y cayó dormida.

Casi en el mismo instante, o así le pareció, la despertó una voz que decía:

—Hey, oye, ¿estás bien? —abrió los ojos y vio a Brody sentado a los pies de la cama.

Bostezó.

—¿Qué hora es?

—Casi las seis.

—Oh, oh. Tengo que ir a recoger a Sean, Phyllis Santos debe de estar a punto de tener un ataque.

—Fui yo —le dijo Brody—. Me figuré que sería lo mejor, cuando no pude lograr hablar contigo.

—¿Trataste de hablar conmigo?

—Un par de veces. Probé en el hospital hacia las dos. Me dijeron que creían que vendrías aquí.

—Es cierto. Lo hice. Me sentía muy mal. Mis píldoras para la tiroides no están haciendo lo que debieran. Así que me vine a casa.

—Luego traté de hablar contigo aquí.

—Vaya, debió de ser importante.

—No, no era nada importante. Si quieres saberlo, te llamaba para excusarme por lo que hice anoche, fuera lo que fuese, que te molestó tanto.

Una punzada de vergüenza golpeó a Ellen, pero pasó, y contestó:

—Eres un encanto, pero no te preocupes. Ya me había olvidado de eso.

—Oh —dijo Brody. Esperó un momento para ver si iba a decir algo más, y cuando estuvo claro que no iba a hacerlo, le preguntó—: ¿Y dónde estabas?

—¡Ya te lo he dicho, aquí! —Las palabras surgieron más duras de lo que había deseado—. Vine a casa y me metí en la cama, y aquí es donde me has encontrado.

—¿Y no oíste el teléfono? Si está aquí mismo —Brody señaló a la mesita de noche situada al otro lado de la cama.

—No, es que... —iba a decir que había desconectado el teléfono, cuando recordó que aquel teléfono no se podía desconectar—. Me tomé una píldora. El gemir de los coros infernales no me hubiera hecho despertar después de tomarme una de esas píldoras.

Brody agitó la cabeza.

—Te aseguro que uno de estos días voy a tirar esas malditas píldoras al retrete. Te estás convirtiendo en una adicta. —Se puso en pie y entró en el lavabo.

Ellen le oyó levantar la tapa del inodoro y comenzó a orinar... un chorro poderoso, continuo y sonoro que duraba, duraba y duraba. Sonrió. Hasta entonces, había imaginado que Brody era alguna especie de bicho raro, urinariamente hablando: podía pasarse casi un día entero sin orinar. Luego, cuando lo hacía, parecía que no iba a acabar nunca. Hacía mucho tiempo, había llegado a la conclusión de que debía de tener una vejiga del tamaño de una sandía. Ahora, sabía que una gran capacidad de vejiga era, simplemente, una característica masculina. Ahora, se dijo a sí misma, soy una mujer de mundo.

—¿Sabes algo de Hooper? —preguntó Brody por encima del ruido.

Ellen pensó un momento qué respuesta dar, y luego contestó:

—Llamó esta mañana, sólo para darnos las gracias. ¿Por qué?

—También traté de hablar con él hoy. Hacia mediodía, y un par de veces durante la tarde. En el hotel me dijeron que no sabían dónde estaba. ¿A qué hora llamó aquí?

—Justo después de que te fueras al trabajo.

—¿Te dijo lo que iba a hacer?

—Dijo... dijo que trataría de trabajar en la lancha, me parece. Realmente, no lo recuerdo.

—Oh, es extraño.

—¿El qué?

—Me detuve en el muelle, camino de casa. El encargado me dijo que no había visto a Hooper en todo el día.

—Quizá cambiase de idea.

—Probablemente estuviera fornicando con Daisy Wicker en alguna habitación del hotel.

Ellen escuchó cómo dejaba correr el agua.

Nueve

El jueves por la mañana Brody recibió una llamada convocándole a la oficina de Vaughan para una reunión, a mediodía, del consejo cívico. Sabía que el tema de la reunión sería abrir las playas para el fin de semana del Cuatro de Julio, para el que sólo faltaban dos días. Cuando salió de su oficina en dirección a la Alcaldía, ya había planeado y examinado cada argumento en el que podía pensar.

Sabía que sus argumentos eran subjetivos, negativos, basados en la intuición, en la precaución y en una recurrente sensación de culpa. Pero estaba convencido de que tenía razón. Abrir las playas no sería ni una solución, ni una conclusión. Sería una apuesta que Amity, y Brody, no podían esperar ganar. Nunca sabrían con certidumbre si el tiburón se había alejado. Vivirían al día, esperando que las cosas siguiesen en tablas. Y un día, de eso estaba seguro Brody, perderían.

El Ayuntamiento se alzaba al principio de la calle Mayor, donde ésta era cruzada e interrumpida por la calle de la Playa. El edificio era como un punto situado en la parte superior de la T formada por ambas calles. Era una

estructura imponente, seudogeorgiana: ladrillo rojo con ornamentos blancos y dos columnas blancas encuadrando la entrada. Un obús de la Segunda Guerra Mundial se hallaba en el césped delante de la Alcaldía, en recuerdo de los ciudadanos de Amity que habían servido en esa guerra.

El edificio había sido un regalo al pueblo, a finales de los años veinte, de un banquero de inversiones que, de alguna manera, se había convencido de que Amity sería algún día el centro de comercio del este de Long Island. Creía que los funcionarios públicos del pueblo debían trabajar en un edificio acorde con su destino y no, como había sucedido hasta entonces, conducir los negocios de la ciudad desde un pequeño grupo de habitaciones sin ventilación situado sobre un bar llamado El Molino. (En febrero de 1930, el banquero, arruinado, que no había tenido más éxito en predecir su propio destino que el de Amity, trató, sin éxito, de recuperar el edificio, insistiendo en que sólo había sido un préstamo al pueblo).

Las salas del interior del Ayuntamiento eran tan absurdamente grandiosas como el exterior. Eran enormes y de altos techos, y cada una de ellas contaba con su propio y elaborado candelabro. En lugar de gastarse dinero en remodelar el interior en pequeños cubículos, las sucesivas administraciones de Amity habían, simplemente, atestado más y más gente en cada habitación. Sólo al alcalde se le seguía permitiendo realizar su trabajo en esplendorosa soledad.

La oficina de Vaughan estaba en el rincón sureste del segundo piso, dominando la mayor parte de la ciudad y, en la distancia, el océano Atlántico.

La secretaria de Vaughan, una saludable y hermosa mujer llamada Janet Sumner, estaba sentada tras un escritorio junto a la oficina del alcalde. Aunque pocas veces la veía, Brody sentía un cariño paternal por Janet, y le extrañaba mucho que, a sus veintiséis años, aún siguiera sin casarse. Habitualmente, siempre se cuidaba de preguntarle acerca de su vida amorosa antes de entrar en la oficina de Vaughan. Hoy, dijo simplemente:

—¿Están todos dentro?

—Todos los que han de estar —Brody se dirigió hacia la puerta y Janet añadió—: ¿No quiere saber con quién estoy saliendo ahora?

Brody se detuvo, sonrió, y dijo:

—Naturalmente. Lo lamento. Hoy tengo la mente hecha un lío. ¿Con quién?

—Con nadie. Estoy retirada temporalmente. Pero le diré una cosa —bajó la voz y se inclinó hacia adelante—. No me importaría jugar un poco con ese señor Hooper.

—¿Está ahí dentro?

Janet asintió.

—Me pregunto cuándo lo han elegido miembro del consejo.

—No lo sé —contestó ella—. Pero, desde luego, es un tipo apuesto.

—Lo lamento, Jan, pero ya tiene consorte.

—¿Quién?

—Daisy Wicker.

Janet se echó a reír.

—¿Qué tiene de divertido esto? Se supone que acabo de partirle a usted el corazón.

—¿Es que no sabe nada acerca de Daisy Wicker?

—Supongo que no.

De nuevo, Janet bajó la voz.

—Es de la acera de enfrente. Tiene una amiga en su cuarto, y todo eso.

—Qué curioso —dijo Brody—. Desde luego, tiene usted un trabajo muy interesante, Jan.

Y mientras entraba en la oficina, Brody se dijo a sí mismo: de acuerdo, entonces, ¿dónde infiernos estaba Hooper ayer?

Tan pronto como se halló dentro de la oficina, Brody supo que iba a luchar solo. Los únicos miembros del consejo presentes eran amigos y aliados de siempre de Vaughan. Tony Catsoulis, un constructor con la figura de una toma de agua para incendios; Ned Thatcher, un frágil viejo cuya familia había sido propietaria del Hostal Abelard Artns durante tres generaciones; Paul Conover, propietario de la tienda de licores de Amity; y Rafe López, un portugués de tez oscura elegido para el consejo por la comunidad negra del pueblo, de la que era portavoz y defensor.

Los cuatro consejeros estaban sentados alrededor de una mesa de café en un extremo de la inmensa sala. Vaughan se hallaba tras su escritorio, en el otro extremo. Hooper estaba situado, en pie, junto a una ventana del sur, mirando al mar.

—¿Dónde está Albert Morris? —le preguntó Brody a Vaughan, tras saludar rápidamente a los otros.

—No ha podido venir —explicó Vaughan—. Me parece que no se

encuentra bien.

—¿Y Fred Potter?

—Lo mismo. Debe de haber algún bicho suelto por ahí —Vaughan se puso en pie—. Bueno, supongo que ya estamos todos. Agarra una silla y llévala junto a la mesa de café.

¡Dios, qué aspecto tiene!, pensó Brody mientras miraba a Vaughan arrastrar una silla de respaldo recto a través de la habitación. Los ojos del alcalde estaban hundidos y ennegrecidos. Tenía la piel de color mayonesa. O bien tiene una terrible resaca, decidió Brody, o lleva un mes sin dormir.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, Vaughan comenzó:

—Todos sabéis por qué estamos aquí. Y me parece que se puede decir que sólo hay uno entre nosotros al que haya que convencer acerca de lo que se debe hacer.

—Hablas de mí —dijo Brody.

Vaughan asintió.

—Míralo desde nuestro punto de vista, Martin. El pueblo está muriendo. La gente no tiene trabajo. Las tiendas que iban a abrir, ya no lo hacen. La gente no alquila casas, y no hablemos de comprarlas. Y cada día que mantenemos cerradas las playas, clavamos otro clavo en nuestro propio ataúd. Estamos diciendo, oficialmente, que este pueblo no es seguro: no se acerquen a él. Y la gente nos escucha.

—Suponte que abres las playas para el día Cuatro —espetó Brody—. Y suponte que muere alguien.

—Es un riesgo calculado, pero creo, creemos, que vale la pena correrlo.

—¿Por qué?

Vaughan dijo:

—¿Señor Hooper?

—Por varias razones —intervino Hooper—. En primer lugar, nadie ha visto al pez en una semana.

—Tampoco ha estado nadie dentro del agua.

—Eso es cierto. Pero yo he salido con la lancha, en su búsqueda, cada día... Cada día menos ayer.

—Quería preguntarle acerca de eso. ¿Dónde estaba usted ayer?

—Llovió —contestó Hooper—. ¿Lo recuerda?

—¿Y qué es lo que hizo?

—Estuve... —hizo una pausa, y luego continuó—: Estudié algunas muestras de agua. Y leí.

—¿Dónde? ¿En la habitación de su hotel?

—Ah, parte del tiempo. ¿A dónde quiere llegar?

—Llamé a su hotel. Me dijeron que estuvo fuera toda la tarde.

—¡Pues estuve fuera! —dijo irritado Hooper—. No tengo que presentarme cada cinco minutos, ¿verdad?

—No. Pero está usted aquí para hacer un trabajo, no para tontear por todos esos clubs campestres a los que pertenecía.

—Escuche, señor mío, no me está pagando usted. Puedo hacer lo que se me antoje.

Vaughan los interrumpió:

—Vamos. Esto no nos lleva a ninguna parte.

—De cualquier forma —continuó Hooper—, no he visto ni rastro de ese pez. Ninguna señal. Además, está el agua. Se calienta más con cada día que pasa. Casi está ya a veintiún grados. Y como norma, y ya sé que todas las normas tienen excepciones, a los gigantes blancos les gusta el agua más fría.

—Entonces, ¿piensa que se ha ido más al norte?

—O a aguas más profundas, más frías. Incluso podría haberse ido al sur. Uno no puede predecir lo que van a hacer esos bichos.

—Eso es justo lo que yo digo —exclamó Brody—. No se puede predecir. Así que lo que está haciendo es suponer.

—No puedes pedir una garantía, Martin —recalcó Vaughan.

—Dile eso a Christine Watkins. O a la madre de ese Kintner.

—Ya sé, ya sé —dijo con impaciencia Vaughan—. Pero tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos aquí sentados, esperando una revelación divina. Dios no va a escribirnos un mensaje en la bóveda del cielo: “El tiburón se ha ido”. Tenemos que sopesar la evidencia y tomar una decisión.

Brody asintió.

—Me imagino que sí. Así que, ¿a qué otras conclusiones ha llegado nuestro joven genio?

—¿Qué es lo que le pasa a usted? —preguntó Hooper—. Se me ha pedido mi opinión.

—De acuerdo —aceptó Brody—. ¿Qué más?

—Lo que ya hemos sabido desde el principio. Que no hay razón para que ese pez siga aquí. Yo no lo he visto. La Guardia Costera tampoco lo ha visto. No ha surgido ningún arrecife nuevo del fondo. No se están echando basuras al agua. No hay una vida piscícola extraordinaria por aquí. Simplemente, no hay razón para que esté aquí.

—Pero eso ha sido desde el principio, ¿no? Y ha estado aquí.

—Eso es cierto. No puedo explicarlo. Dudo que nadie pueda explicarlo.

—Entonces, ¿es un acto de Dios?

—Si quiere llamarlo así.

—Y no hay seguro alguno contra los actos de Dios, ¿verdad, Larry?

—No sé a dónde quieres llegar, Martin —se extrañó Vaughan—. Pero debemos tomar una decisión. En lo que a mí respecta, sólo cabe hacer una cosa.

—La decisión ya está tomada —dijo Brody.

—Sí, se podría decir eso.

—¿Y cuando muera otra persona? ¿Quién va a cargar con las culpas esta vez? ¿Quién va a hablar con el esposo, la madre o la esposa y decirle: "Estábamos corriendo un riesgo, y salió mal"?

—No seas tan negativo, Martin. Cuando llegue el momento... si llega el momento, y me apostaría cualquier rosa a que no llega, entonces ya pensaremos en eso.

—¡Ahora, maldita sea! Estoy harto de recibir todas las culpas de vuestros errores.

—Espera un momento Martin.

—Hablo en serio. Si me quitáis la autoridad para tener cerradas las playas, entonces quedaos también con la responsabilidad.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Estoy diciendo que mientras sea jefe de policía de este pueblo, mientras se suponga que soy el responsable de la seguridad pública, esas playas no se abrirán.

—Te diré una cosa, Martin —exclamó Vaughan—. Si las playas están cerradas durante el fin de semana del Cuatro de Julio, no seguirás teniendo mucho tiempo ese trabajo. Y no te estoy amenazando, te lo estoy diciendo. Aún podemos trabajar este verano. Pero debemos decirle a la gente que no hay peligro en venir aquí. Veinte minutos después de que te oigan decir que no abres las playas, la gente de este pueblo revocará tu cargo, o buscará un palo, te embadurnarán de alquitrán y plumas, y te sacarán del pueblo montado en él. ¿Están de acuerdo, caballeros?

—Completamente —dijo Catsoulis—. Y yo mismo les proporcionaré el palo.

—Mi gente no tiene trabajo —comentó López—. Si no les deja trabajar, usted tampoco va a trabajar.

Brody les dijo secamente:

—Podéis quitarme mi empleo en el momento que os plazca.

Sonó un zumbador en el escritorio de Vaughan. Éste se puso en pie, irritado, y cruzó la sala. Tomó el teléfono.

—¡Le dije que no quería que me molestasen! —estalló. Hubo un momento de silencio, y luego le dijo a Brody—. Hay una llamada para ti. Janet dice que es urgente. Puedes contestarla aquí o fuera.

—La contestaré fuera —dijo Brody, preguntándose qué podía ser tan urgente como para interrumpirle en una reunión con el consejo. ¿Otro ataque? Salió de la sala y cerró la puerta tras él. Janet le entregó el teléfono de su escritorio, pero, antes de que apretase el botón encendido para darle comunicación, Brody le dijo—: Dígame, ¿llamó esta mañana Larry a Albert Morris y a Fred Potter?

Janet apartó la vista.

—Se me ordenó que no dijera nada a nadie.

—Dígamelo, Janet. Necesito saberlo.

—¿Me recomendará al chico apuesto ese de ahí dentro?

—Trato hecho.

—No. A los únicos que llamé fueron a los cuatro que están ahí.

—Apriete el botón —Janet oprimió el botón, y Brody dijo—: Habla Brody.

En su oficina, Vaughan vio que la luz se apagaba, y suavemente quitó el dedo de la horquilla y colocó la mano sobre el micrófono. Miró alrededor de

la sala, buscando la reprobación en algún rostro. Nadie le devolvió la mirada... ni siquiera Hooper, que había decidido que cuanto menos estuviese envuelto en los asuntos de Amity, mejor sería para él.

—Soy Harry, Martin —le dijo Meadows—. Sé que estás en una reunión, y también que has de volver a ella. Así que escúchame, seré breve. Larry Vaughan está empeñado hasta el cuello.

—No me lo creo.

—¡Te he dicho que escuches! El que tenga deudas no quiere decir nada. Lo que importa es a quién le debe el dinero. Hace mucho tiempo, tal vez veinticinco años, antes de que Larry tuviera ningún dinero, su esposa enfermó. No recuerdo qué fue lo que tuvo, pero era grave. Y caro. Me falla algo la memoria de esto, pero recuerdo que después dijo que lo había ayudado un amigo, que había conseguido un préstamo para salir del paso. Debió de ser de varios millares de dólares. Larry me dijo el nombre del amigo. No hubiera pensado más en ello si no hubiera sido porque Larry comentó algo acerca de que ese hombre estaba dispuesto a ayudar a otras personas con problemas. Yo entonces era joven, y tampoco tenía ningún dinero. Así que tomé nota del nombre y lo guardé en mi archivo. Jamás se me ocurrió buscarlo de nuevo hasta que me pediste que comenzase a husmear. El nombre era Tino Russo.

—Al grano, Harry.

—Ya voy. Ahora saltemos al presente. Hace un par de meses, antes de que comenzase el asunto del tiburón, se formó una compañía llamada Terrenos Caskata. Es una financiera. Al principio, no poseía nada. La primera cosa que compró fue un gran campo de patatas al norte de la calle Scotch. Cuando el verano no resultó ser muy bueno, Caskata comenzó a comprar algunas otras propiedades. Todo era perfectamente legal. Obviamente, la compañía tiene fondos que la respaldan, sean de quien sean, y se estaba aprovechando del bajón del mercado para hacerse con propiedades a precios ínfimos. Pero luego, tan pronto como aparecieron los primeros artículos periodísticos sobre el tiburón, Caskata comenzó a comprar en serio. Cuanto más bajos caían los precios de los terrenos, más compraban. Todo muy silenciosamente. Los precios están ahora tan bajos que es casi como durante la guerra, y Caskata sigue comprando. Con muy poco dinero de pago inicial. Todo a base de largos plazos. Y los documentos están firmados por Larry Vaughan, que figura como presidente de Caskata. El vicepresidente ejecutivo de Terrenos Caskata es Tino Russo, que el Times ha estado señalando durante años como un jefe de segunda fila de una de las cinco familias de la Mafia de Nueva York.

Brody silbó entre dientes.

—Y el muy hijo de puta ha estado gimiendo acerca de que nadie le

compra nada a él. Aún no comprendo por qué le están presionando para que abra las playas.

—No estoy seguro. Ni siquiera estoy seguro de que esté siendo presionado. Quizá lo haga por pura desesperación personal. Me imagino que ha intentado abarcar demasiado. No puede comprar nada más, por muy bajos que caigan los precios. La única forma en que puede salir de esto sin arruinarse es que el mercado cambie de signo y los precios suban. Entonces, podrá vender lo que ha comprado y obtener beneficios. O Russo se llevará los beneficios, según como hayan realizado el trato. Si los precios siguen bajando, en otras palabras, si la ciudad sigue siendo oficialmente peligrosa, va a comenzar a tener que pagar sus plazos. No creo que pueda hacerlo. Probablemente, debe de haber entregado ya medio millón en efectivo en pagos iniciales. Perdería ese dinero, y las propiedades, o bien volverían a sus propietarios originales, o Russo se haría con ellas si puede juntar ese dinero. Aunque no me imagino que Russo quisiese correr ese riesgo. Los precios podrían seguir bajando, y entonces se encontraría en la misma situación que Vaughan. Supongo que Russo aún espera obtener grandes beneficios, pero la única forma que tiene de obtenerlos es si Vaughan obliga a abrir las playas. Entonces, si no pasa nada, si el tiburón no mata a nadie más, no pasará mucho antes de que los precios suban, y Vaughan pueda vender. Russo se llevaría su parte, la mitad de los ingresos brutos, o algo así, y disolverían Caskata. Vaughan se quedaría con lo que sobrase, probablemente lo bastante para impedir que se arruinase. Si el tiburón mata a alguien más, entonces el único que pierde es Vaughan. Por lo que sé, Russo no tiene ni un centavo en efectivo en este asunto. Es todo...

—¡Eres un maldito mentiroso, Meadows! —aulló la voz de Vaughan por el teléfono—. ¡Imprime una sola palabra de todas esas mentiras y te demandaré hasta acabar contigo!

Hubo un clic cuando Vaughan colgó de golpe el teléfono.

—Eso dice muy poco acerca de la integridad de nuestras personalidades electas —comentó Meadows.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Harry? ¿Puedes publicar algo de esto?

—No, al menos aún no. No puedo probarlo documentalmente. Sabes tan bien como yo que la Mafia está introduciéndose más y más en Long Island. El negocio de las construcciones, los restaurantes, todo. Pero es infernalmente difícil demostrar una sola ilegalidad. En el caso de Vaughan ni siquiera estoy seguro de que, en el estricto sentido de la palabra, haya algo ilegal. Dentro de unos días, prosiguiendo con mis excavaciones, podré preparar un artículo en el que se diga que Vaughan ha estado asociado con un gánster bien conocido. Me refiero a un artículo que sea defendible aunque Vaughan intente llevarme a juicio.

—A mí me parece que ya tienes bastante material ahora —comentó Brody.

—Conozco los hechos, pero no tengo pruebas. No tengo documentos, ni siquiera copias de los mismos. Los he visto, eso es todo.

—¿Crees que algunos de los miembros del consejo están en el negocio? Larry ha cargado esta reunión en mi contra.

—No. Supongo que te refieres a Catsoulis y Conover. Son sólo viejos amigos que le deben a Larry un favor o dos. Si Thatcher está ahí, es demasiado viejo y está demasiado asustado para decir una sola palabra en contra de Larry. Y López es honrado, realmente le preocupa obtener trabajo para su gente.

—¿Sabe Hooper algo de todo esto? Está influyendo bastante para que se abran las playas.

—No, estoy casi seguro de que no. Yo mismo sólo he logrado aclararme un poco hace algunos minutos, y aún quedan muchos cabos sueltos.

—¿Qué crees que debo hacer? Quizá ya hayan aceptado mi dimisión. Se la ofrecí antes de salir a contestar tu llamada.

—¡Cristo, no lo hagas! En primer lugar, te necesitamos. Si te vas, Russo se reuniría con Vaughan y elegirían a tu sucesor. Quizá pienses que todos tus agentes son honestos, pero me apuesto algo a que Russo podría encontrar a uno al que no le importaría vender un poco de su integridad por algunos dólares... O quizá simplemente por conseguir el cargo de jefe.

—¿Y qué es lo que puedo hacer?

—Si yo fuera tú, abriría las playas.

—¡Por Dios, Harry! ¡Eso es lo que ellos quieren! Para eso, ya podía pedirles que me pusieran en su nómina.

—Tú mismo has dicho que Hooper estaba insistiendo para que se abriesen las playas. Creo que tiene razón. Vas a tener que abrirlas algún día, aunque nunca volvamos a saber nada de ese pez. Así que este momento es tan bueno como cualquier otro.

—¿Y dejar que la Mafia cobre su dinero y escape?

—¿Qué otra cosa puedes hacer? Si las mantienes cerradas, Vaughan hallará un método para librarse de ti, y las abrirá él mismo. Entonces, tú no serás de ninguna ayuda. Para nadie. Al menos, de esta manera, si abres las playas y no pasa nada, el pueblo quizá tenga una oportunidad. De esta forma, cuando llegue el momento, podremos hallar la forma para acusar de algo a

Vaughan. No sé de qué, pero tiene que haber algo.

—Mierda —exclamó Brody—. De acuerdo, Harry, pensaré en ello. Pero, si las abro, lo haré a mi manera. Gracias por la llamada.

Colgó, y entró en la oficina de Vaughan.

Vaughan estaba en pie junto a una ventana del lado sur, dando la espalda a la puerta. Cuando oyó entrar a Brody, dijo:

—Se terminó la reunión.

—¿Qué quieres decir con que se terminó? —dijo Catsoulis—. No hemos decidido ni una maldita cosa de todo este embrollo.

Vaughan giró sobre sí mismo y exclamó:

—¡Se acabó, Tony! No me crees problemas. Todo saldrá en la forma que queremos. Sólo quiero una oportunidad de tener una pequeña charla con el jefe. ¿De acuerdo? Ahora, todos fuera.

Hooper y los cuatro miembros del consejo salieron de la oficina. Brody contemplaba a Vaughan mientras los acompañaba fuera. Sabía que debía sentir pena por Vaughan, pero no podía suprimir el desprecio que fluía por su interior. Vaughan cerró la puerta, caminó hasta el sofá, y se sentó pesadamente. Apoyó los codos en las rodillas y se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Hemos sido amigos, Martin —dijo—. Espero que podamos volverlo a ser de nuevo.

—¿Qué hay de verdad en lo que ha dicho Meadows?

—No te lo diré. No puedo. Te debe bastar saber que en una ocasión un hombre me hizo un favor, y ahora quiere que se lo pague.

—En otras palabras, todo es cierto.

Vaughan alzó la vista, y Brody vio que tenía los ojos enrojecidos y húmedos.

—Te juro, Martin, que si hubiera tenido idea de hasta dónde iba a llegar esto, jamás me hubiera metido en ello.

—¿Cuánto le debes?

—La cantidad original fueron diez mil. Hace mucho tiempo, traté de pagársela en dos ocasiones, pero nunca conseguí que aceptaran mis cheques. Decían que era un regalo, que no me preocupara por ello. Pero jamás me devolvieron mi compromiso escrito. Cuando vinieron a verme hace un par de

meses, les ofrecí cien mil dólares en efectivo. Dijeron que no era bastante. No querían el dinero. Querían que hiciese algunas inversiones. Me dijeron que todo el mundo iba a ganar con ello.

—¿Y a cuánto suben tus deudas ahora?

—Dios sabe. Cada centavo que poseo. Más aún. Probablemente sea cerca de un millón de dólares. —Vaughan suspiró profundamente—. ¿Puedes ayudarme, Martin?

—La única cosa que puedo hacer por ti es ponerte en contacto con el fiscal del distrito. Si atestiguas, quizá sea capaz de preparar un juicio por extorsión contra esos tipos.

—Estaría muerto antes de llegar a casa, de vuelta de la oficina del fiscal; y a Eleanor no le quedaría nada. No es ése el tipo de ayuda al que me refería.

—Ya lo sé —Brody miró a Vaughan, un animal herido y acosado, y sintió compasión por él. Comenzó a poner en duda su propia oposición a abrir las playas. ¿Qué parte de ella era un residuo de culpa anterior, y qué parte era miedo a otro ataque? ¿Hasta qué punto no estaba siendo indulgente consigo mismo, prefiriendo jugar seguro, y hasta qué punto era una prudente preocupación por el pueblo?

—Te diré lo que voy a hacer, Larry: abriré las playas. No para ayudarte, pues estoy seguro de que si no las abriese encontrarías una forma para librarte de mí, y abrirlas por ti mismo. Abriré las playas porque ya no estoy seguro de tener razón.

—Gracias, Martin. Agradezco esto.

—No he terminado. Como te he dicho, las abriré. Pero voy a apostar hombres en las playas. Y voy a hacer que Hooper patrulle en la lancha. Y me aseguraré de que cada persona que vaya a la playa conozca el peligro.

—¡No puedes hacer eso! —gimió Vaughan—. Daría lo mismo que las mantuvieras cerradas.

—Lo puedo hacer, Larry, y lo haré.

—¿Qué quieres hacer? ¿Poner señales advirtiendo de que hay un tiburón asesino? ¿Colocar un anuncio en el periódico que diga: "Se abren las playas... no se acerquen"? Nadie va a ir a la playa si está repleta de polizontes.

—No sé lo que voy a hacer. Pero haré algo. No pienso ocultar la verdad.

—De acuerdo, Martin —Vaughan se alzó—. No me dejas mucha elección. Si me deshago de ti, probablemente irás por las playas como simple ciudadano, y correrás arriba y abajo gritando: "¡Tiburón!" Así que de acuerdo,

pero sé sutil... Si no por mí, por el pueblo.

Brody salió de la oficina. Mientras bajaba las escaleras, miró su reloj. Pasaba de la una, y tenía hambre. Descendió por la calle de la Playa hasta llegar a Loeffler, la única tienda de comestibles de Amity. Era propiedad de Paul Loeffler, compañero de Brody en la escuela superior.

Mientras Brody abría la puerta de cristal, oyó a Loeffler decir:

—... como un maldito dictador, en mi opinión. No sé cuál es su problema —cuando vio a Brody, Loeffler enrojeció. Había sido un chico delgado en la escuela superior, pero tan pronto como había heredado el negocio de sus padres, había sucumbido a las terribles tentaciones que lo rodeaban durante doce horas de cada día, y ahora tenía el aspecto de una pera.

Brody sonrió.

—No estarías hablando de mí, ¿verdad, Paulie?

—¿Qué es lo que te hace pensar eso? —contestó Loeffler, mientras su rubor se acentuaba.

—Nada. No importa. Si me preparas un sándwich de jamón y queso suizo con mostaza y pan de centeno, te diré algo que te hará feliz.

—Ya me gustará ver eso —Loeffler comenzó a preparar el sándwich de Brody.

—Voy a abrir las playas para el día Cuatro.

—Eso me hace feliz.

—¿Van mal los negocios?

—Mal.

—Siempre dices que el negocio va mal.

—No como ahora. Si no mejora pronto, voy a ser el causante de un motín racial.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que tengo que contratar a dos chicos para recados duramente el verano. Me he comprometido. Pero no puedo permitirme contratar a dos. Aparte que no tendré trabajo suficiente para ellos tal como están las cosas. Así que sólo puedo contratar a uno. Y uno es blanco y el otro negro.

—¿Y a cuál vas a contratar?

—Al negro. Me imagino que necesita más el dinero. Y doy gracias a Dios de que el blanco no sea judío.

Brody llegó a casa a las cinco y diez. Mientras entraba en el sendero, se abrió la puerta trasera de la casa y Ellen corrió hacia él. Había estado llorando, y aún estaba visiblemente alterada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Gracias a Dios que has llegado a casa. Traté de hablar contigo en el trabajo, pero ya habías salido. Ven aquí. Rápido —lo tomó por la mano y lo llevó a través de la puerta trasera hasta el cobertizo en donde guardaban los cubos de la basura—. Ahí dentro —dijo, señalando uno de los cubos—. Mira.

Brody levantó la tapa del cubo. Yaciendo en un desmañado montó sobre una bolsa de basura estaba el gato de Sean: un gatazo negro llamado Frisky. La cabeza del animal había sido retorcida completamente, y los ojos amarillos miraban a su lomo.

—¿Cómo infiernos pasó esto? —preguntó Brody—. ¿Un coche?

—No, un hombre —la respiración de Ellen era jadeante—. Lo hizo un hombre. Sean estaba justamente aquí cuando sucedió. El hombre salió de un coche en la esquina, tomó al gato y le retorció el cuello hasta que se lo rompió. Sean dice que se oyó un horrible chasquido. Luego, dejó caer el gato en el césped, se metió de nuevo en su coche y se marchó.

—¿Dijo algo?

—No sé. Sean está dentro. Está histérico, y no puedo culparle. Martin, dime por favor: ¿qué es lo que está pasando?

Brody colocó de nuevo la tapa en el cubo, con un tremendo golpe.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó. Notaba la garganta muy tensa, y apretó los dientes, haciendo que sobresalieran mucho los músculos de ambos lados de la mandíbula—. Vamos dentro.

Cinco minutos más tarde, Brody salió por la puerta trasera. Arrancó la tapa del cubo de basura y la lanzó a un lado. Metió la mano y sacó el cuerpo del gato. Lo llevó a su coche, lo lanzó por una ventanilla abierta, y subió. Salió del sendero y se alejó chirriando. A un centenar de metros más allá, en un estallido de furia incontrolable conectó la sirena.

Sólo le llevó un par de minutos llegar a casa de Vaughan, una enorme mansión de piedra estilo Tudor en la Sprain Drive, travesía de la calle Scotch. Salió del coche, arrastrando el gato muerto por una de sus patas traseras, subió la escalinata delantera y tocó el timbre. Esperaba que Eleanor Vaughan no fuese a abrirle.

Se abrió la puerta, y Vaughan le dijo:

—Hola, Martin, yo...

Brody alzó el gato y lo empujó hacia el rostro de Vaughan.

—¿Qué me dices de esto, infeliz?

Los ojos de Vaughan se desorbitaron.

—¿Qué quieres decir? No sé de qué estás hablando.

—Uno de tus amigos hizo esto. Justo en mi jardín, justo delante de mi hijo. ¡Mataron a mi gato! ¿Les dijiste que lo hicieran?

—No seas loco, Martin —Vaughan parecía genuinamente asombrado—. Nunca haría una cosa así. Nunca.

Brody bajó el gato y dijo:

—¿Llamaste a tus amigos después de que me fui?

—Bueno... Sí. Pero sólo para decirles que las playas estarían abiertas mañana.

—¿Eso es todo lo que dijiste?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Mentiroso de mierda! —Brody golpeó a Vaughan en el pecho con el gato y lo dejó caer al suelo—. ¿Sabes lo que dijo ese tipo cuando hubo estrangulado a mi gato? ¿Sabes lo que le dijo a mi hijo de ocho años?

—No. Naturalmente que no lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Dijo la misma frase que tú. Dijo: “Dile a tu viejo esto... Sé sutil”.

Brody se volvió y bajó los escalones, dejando a Vaughan en pie junto al retorcido montón de huesos y pellejo.

Diez

El viernes estuvo nublado, con alguna que otra llovizna, y las únicas personas que nadaron fueron una joven pareja que se dio un chapuzón rápido a primera hora de la mañana, justo cuando el hombre de Brody llegaba a la playa. Hooper patrulló durante seis horas, y no vio nada. El viernes por la noche, Brody llamó a la Guardia Costera para pedir un informe sobre el

tiempo. No estaba seguro de lo que deseaba oír. Sabía que hubiera debido desear un buen tiempo para aquel fin de semana de tres días. Eso haría que acudiese gente a Amity y, si nada pasaba, si no se veía nada, para el lunes comenzaría a creer que el tiburón se había ido. Si no pasaba nada. En secreto, hubiera recibido con alegría una tormenta de tres días que hubiese mantenido vacías las playas durante el fin de semana. En cualquier caso, rogaba a sus dioses personales que no dejasen que sucediera nada malo.

Deseaba que Hooper regresase a Woods Hole. No era sólo por el hecho de que Hooper estuviera siempre allí, la voz experta que contradecía su precaución. Brody presentía que, de alguna manera, Hooper había ido a su casa. Sabía que Ellen había hablado con Hooper después de la cena: el joven Martin había mencionado algo acerca de la posibilidad de que Hooper los llevase a un picnic playero, para buscar conchas. Luego, había aquello del miércoles. Ellen había dicho que estaba enferma, y ciertamente parecía agotada cuando él llegó a casa. Pero, ¿dónde había estado Hooper aquel día? ¿Por qué se había mostrado tan evasivo cuando Brody le había interrogado al respecto? Por primera vez en su vida de casado, Brody se hacía preguntas, y esta situación lo llenaba de una inconfortable ambivalencia: autorreproches por dudar de Ellen, y miedo de que en realidad hubiera algo por lo que estar intranquilo.

El informe del tiempo hablaba de un fin de semana claro y soleado, con vientos del suroeste de ocho a quince kilómetros de velocidad. Bueno, pensó Brody, quizá sea para bien. Si tenemos un buen fin de semana y no le pasa nada a nadie, quizá pueda creérmelo. Y seguro que Hooper se irá.

Brody había dicho que llamaría a Hooper tan pronto como hablase con la Guardia Costera. Estaba junto al teléfono de la cocina. Ellen se hallaba fregando los platos de la cena. Brody sabía que Hooper se hospedaba en el Abelard Arms. Vio el listín telefónico enterrado bajo un montón de facturas y blocs de notas, en el mármol de la cocina. Iba a tomarlo, cuando se detuvo.

—Tengo que llamar a Hooper —dijo—. ¿Sabes dónde está el listín telefónico?

—Es el seis, cinco, cuatro, tres —le indicó Ellen.

—¿Qué es eso?

—El número del Abelard Arms: seis, cinco, cuatro, tres.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo buena memoria para los números de teléfono. Ya lo sabes. Siempre la he tenido.

Lo sabía, y se maldijo a sí mismo por aquella treta estúpida. Marcó el

número.

—Abelard Arms —era una voz masculina, joven. El recepcionista de noche.

—Con la habitación de Matt Hooper, por favor.

—¿No sabrá por casualidad qué número tiene, señor?

—No —Brody tapó el micrófono con la mano y le dijo a Ellen—: No sabes el número de su habitación, ¿verdad?

Ella lo miró, y durante un instante no le contestó. Luego, negó con la cabeza.

El recepcionista dijo:

—Aquí lo tengo. Cuatro, cero, cinco.

El teléfono sonó dos veces antes de que Hooper lo contestase.

—Aquí Brody.

—Ah. Hola.

Brody se puso de cara a la pared, tratando de imaginarse qué aspecto tendría la habitación. Conjuró visiones de un pequeño cubículo oscuro, una cama deshecha, manchas en las sábanas. Notó, brevemente, que se le iba la cabeza.

—Supongo que tendremos trabajo mañana —dijo—. El informe del tiempo es bueno.

—Ya lo sé.

—Entonces, lo veré en el muelle.

—¿A qué hora?

—Sobre las nueve y media. Nadie va a ir a nadar antes.

—De acuerdo. A las nueve y media.

—Excelente. Oh, oiga, a propósito —continuó Brody—, ¿cómo fueron las cosas con Daisy Wicker?

—¿Cómo?

Brody deseó no haber hecho esta pregunta.

—Nada. Sólo era curiosidad. Ya sabe, acerca de si ustedes dos habían ligado.

—Bueno... pues sí, ya que lo menciona. Pero, ¿es una parte de su trabajo investigar la vida sexual de la gente?

—Olvídelo. Olvide incluso que lo he mencionado —colgó el teléfono. Mentiroso, pensó. ¿Qué infiernos pasa aquí? Se volvió hacia Ellen—. Quería preguntártelo. Martin dijo algo acerca de un picnic en la playa. ¿Cuándo será eso?

—No está fijado —dijo ella—. Era sólo una idea.

—Oh —la miró, pero ella no le devolvió la mirada—. Creo que ya es hora de que te vayas a dormir.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no te has sentido muy bien estos días. Y es la segunda vez que lavas ese vaso. —Tomó una cerveza de la nevera. Tiró de la arandela metálica y se le rompió en la mano—. ¡Mierda! —gritó, y tiró la lata llena a la basura, saliendo luego de la habitación.

El sábado al mediodía, Brody estaba sobre una duna vigilando la playa de la calle Scotch, sintiéndose medio agente secreto, medio estúpido. Llevaba una camisa de polo y un traje de baño: había tenido que comprar uno especialmente para aquella misión. Se sentía disgustado por sus blancas piernas, casi sin pelo tras muchos años de llevarlas enfundadas en pantalones largos. Deseaba que Ellen hubiera venido con él, para hacerlo sentirse menos incómodo, pero ella se había excusado, diciendo que ya que él no iba a estar en casa durante el fin de semana, sería un buen momento para adelantar los trabajos del hogar. En un bolso de playa, al lado de Brody, había unos prismáticos, un radio transmisor-receptor, dos cervezas y un sándwich envuelto en celofán. Frente a la costa, entre los cuatrocientos y los ochocientos metros, se movía lentamente hacia el este la Flicka. Brody contempló la lancha y se dijo a sí mismo: Por lo menos sé dónde está él hoy.

La Guardia Costera había tenido razón, el día era espléndido; sin nubes y cálido, con una ligera brisa marina. La playa no estaba abarrotada. Una docena, más o menos, de quinceañeros estaban dispersos en sus hileras habituales. Algunas parejas yacían somnolientas, inertes como cadáveres, como si el moverse fuera a interrumpir los ritmos cósmicos que generaban un bronceado. Una familia estaba reunida alrededor de una hoguera de carbón vegetal en la arena, y el aroma de hamburguesas a la plancha flotó hasta la nariz de Brody.

Nadie se había echado aún a nadar. En dos ocasiones, dos padres distintos habían llevado a sus hijos al borde del agua, permitiéndoles que chapotearan en la rompiente, pero, al cabo de unos pocos minutos, ya fuera aburridos o temerosos, los padres habían ordenado a los niños que saliesen del

agua.

Brody oyó pasos sobre la arena de la playa, tras él, y se volvió. Un hombre y una mujer, probablemente cerca de la cincuentena, y ambos tremendamente gordos, estaban luchando por subir la duna, arrastrando a dos niños que se quejaban. El hombre llevaba pantalón caqui, una camiseta de media manga, y zapatillas deportivas. La mujer llevaba un vestido estampado que se le subía sobre sus arrugadas caderas. En la mano tenía un par de sandalias. Tras ellos, Brody vio una camioneta de camping marca Winnebago aparcada en la calle Sctoch.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Brody cuando la pareja hubo alcanzado la cima de la duna.

—¿Es ésta la playa? —preguntó la mujer.

—¿Qué playa buscan? La playa pública es...

—Es ésta, no cabe duda —dijo el hombre, sacando un mapa de su bolsillo. Hablaba con el inconfundible acento de un neoyorquino de Queensborough—. Giramos en la Veintisiete y seguimos esa carretera de ahí. Es ésta, no cabe duda.

—Entonces, ¿dónde está el tiburón? —dijo uno de los niños, un chico gordo de unos trece años—. Creí que habías dicho que íbamos a ver un tiburón.

—Cállate —le dijo su padre. Y luego le preguntó a Brody—. ¿Dónde está ese tiburón del que hablan?

—¿Qué tiburón?

—El tiburón que ha matado a esa gente. Lo vimos en la tele... en tres canales distintos. Hay un tiburón que mata a la gente. Justo aquí.

—Hubo un tiburón aquí —corrigió Brody—. Pero ya no está. Y, si hay suerte, ya no volverá.

El hombre miró a Brody durante un segundo y luego resopló:

—¿Quiere usted decir que hicimos todo ese camino hasta aquí para ver a ese tiburón, y que ahora se ha ido? Eso no es lo que la tele dijo.

—Lamento no poder hacer nada —le contestó Brody—. No sé quién les dijo que iban a ver a ese tiburón. ¿Sabe usted?, los tiburones no acostumbran salir a la playa para estrechar la mano de la gente.

—No intente tomarme el pelo, amigo.

Brody se irguió.

—Escuche, señor mío —dijo, sacando la cartera del cinturón de su traje de baño y abriéndola para que el hombre pudiera ver su placa—. Soy el jefe de policía de este pueblo. No sé quién es usted, o quién piensa ser, pero lo que no puede hacer es entrar en una playa privada de Amity y comenzar a comportarse como un vivo. Ahora, diga que lo trae aquí, o lárguese.

El hombre dejó de hacerse el importante.

—Perdone —dijo—. Es que después de todo ese maldito tráfico y los chicos gritándome en los oídos, creí que al menos podríamos ver ese tiburón. Es para lo único que hemos venido aquí.

—¿Ha conducido dos horas y media para ver un tiburón? ¿Por qué?

—Por hacer algo. El pasado fin de semana fuimos a la Jungla, el sitio ése en que uno ve los animales desde el coche. Pensamos que esta semana podíamos ir a la costa de Jersey. Pero entonces, oímos lo del tiburón de aquí. Los niños nunca han visto un tiburón.

—Bueno, pues espero que hoy tampoco lo van a ver —respondió secamente Brody.

—Mierda —dijo el hombre.

—¡Dijiste que veríamos un tiburón! —gimió uno de los niños.

—¡Cierra la boca, Benny! —el hombre se volvió hacia Brody—. ¿Podemos comer aquí?

Brody sabía que podía ordenar a la gente que fuera a la playa pública, pero, sin un distintivo de aparcamiento como el que tenían todos los residentes, se verían obligados a aparcar a un par de kilómetros de la playa, así que dijo:

—No creo que haya problema. Si alguien se queja, tendrán que irse, pero dudo que nadie se queje hoy. Adelante. Pero no dejen nada tirado... ni un envoltorio de chicle o una cerilla, o les multaré por ensuciar la playa.

—De acuerdo. —El hombre preguntó a su mujer—: ¿Traes la nevera?

—La dejé en el coche —le contestó ella—. No sabía si nos íbamos a quedar.

—Mierda —el hombre bajó la duna, jadeando. La mujer y sus dos hijos se alejaron veinte o treinta metros y se sentaron en la arena.

Brody miró su reloj: las doce y cuarto. Metió la mano en la bolsa playera y sacó la radio. Apretó un botón y dijo:

—¿Estás ahí, Leonard? —luego, soltó el botón.

En un momento, llegó la respuesta, raspando por el altavoz:

—Le escucho, jefe. Corto.

Hendricks se había presentado voluntario para pasar el fin de semana en la playa pública, como tercer ángulo del triángulo de vigilancia. (—Vas a acabar siendo un verdadero vago playero —le había dicho Brody, cuando Hendricks se había presentado voluntario. Éste se había echado a reír y le había contestado—: Probablemente, jefe. Si uno tiene que vivir en un sitio como éste, vale la pena que haga como los nativos).

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Brody—. ¿Ha pasado algo?

—Nada que podamos controlar. Pero hay un pequeño problema. La gente no deja de venir hacia mí y trata de darme unos billetes. Corto.

—¿Billetes de qué?

—Para entrar en la playa. Dicen que compraron unos billetes especiales en el pueblo que les dan derecho a entrar en la playa de Amity. Tendría que ver esas malditas cosas. Tengo uno de ellos aquí. Dice: "Playa del Tiburón. Entrada personal e intransferible. Dos dólares cincuenta." Me imagino que algún tipo listo está haciendo su agosto vendiéndole a la gente billetes innecesarios. Corto.

—¿Cuál es su reacción cuando les devuelves los billetes?

—Primero se enfurecen cuando les digo que les han tomado el pelo, que no hay que pagar nada para entrar en la playa. Luego, aún se enfadan más cuando les digo que, con billete o sin billete, no pueden dejar sus coches en el aparcamiento sin un distintivo de aparcamiento. Corto.

—¿Te dijo alguno de ellos quién está vendiendo esos billetes?

—Dicen que es un tipo que se encontraron en la calle Mayor y les dijo que no podían entrar en la playa sin un billete. Corto.

—Quiero averiguar quién diablos está vendiendo esos billetes, Leonard, y quiero que se acabe eso. Ve a la cabina de teléfono del aparcamiento, llama a la comisaría y dile a quienquiera que te conteste que quiero que vaya uno de ellos a la calle Mayor y detenga a ese sinvergüenza. Si es de fuera del pueblo, que lo saque de aquí. Si es del pueblo, que lo encierre.

—¿Bajo qué acusación? Corto.

—No me importa. Que piensen algo. Fraude. Lo que quiero es que lo saquen de la calle.

—De acuerdo, jefe.

—¿Algún otro problema?

—No. Hay algunos tipos más de esos de la tele por aquí, con una de sus unidades móviles, pero lo único que lucen es entrevistar a la gente. Corto.

—¿Acerca de qué?

—Las cosas normales. Ya sabe: ¿Tiene usted miedo de meterse en el agua? ¿Qué es lo que piensa acerca del tiburón? Y todas esas estupideces. Corto.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—La mayor parte de la mañana. No sé cuánto se quedarán aún, especialmente dado que nadie se mete en el agua. Corto.

—Mientras no te causen problemas...

—No. Corto.

—De acuerdo. Oye, Leonard, no tienes por qué decir "corto" cada vez. Ya me doy cuenta cuando has acabado de hablar.

—Es el procedimiento que me enseñaron, jefe. Hace que las cosas sean más claras. Corto y cierro.

Brody esperó un momento, luego apretó de nuevo el botón y dijo:

—Hooper, aquí Brody. ¿Pasa algo por ahí? —No hubo respuesta—. Aquí Brody llamando a Hooper. ¿Puede oírme?

Estaba a punto de llamar una tercera vez, cuando oyó la voz de Hooper:

—Lo lamento estaba a proa. Me parecía haber visto algo.

—¿Qué es lo que vio?

—Nada. Estoy seguro de que no era nada. Una ilusión óptica.

—¿Qué es lo que cree que vio?

—Realmente no puedo describirlo. Una sombra, quizá. Nada más. La luz del sol puede engañarle a uno.

—¿No ha visto nada más?

—Nada. En toda la mañana.

—Ojalá siga así. Le llamaré más tarde.

—De acuerdo. Estaré frente a la playa pública, dentro de un minuto o dos.

Brody dejó la radio en la bolsa y tomó su sándwich. El pan estaba frío y reseco por haber estado junto a la bolsa de plástico, llena de hielo, que contenía las latas de cerveza.

Hacia las dos y media, la playa estaba casi vacía. La gente había ido a jugar al tenis, a navegar, a que les arreglasen el cabello. Los únicos que quedaban en la playa eran media docena de quinceañeros y la familia de obesos de Queens.

Las piernas de Brody habían comenzado a quemarse por el sol: en sus muslos y en la parte superior de sus pies estaban comenzando a aparecer débiles manchas rojas, así que se las cubrió con la toalla. Sacó la radio del bolso y llamó a Hendricks:

—¿Pasa algo, Leonard?

—Nada, jefe. Corto.

—¿Alguien está nadando?

—No. Chapotean, pero eso es todo. Corto.

—Lo mismo aquí. ¿Qué sabes del que vendía billetes?

—Nada, pero nadie me da ya ninguno, así que supongo que alguien acabó con ese problema. Corto.

—¿Qué hay de la gente de la televisión?

—Se han ido. Se marcharon hace unos minutos. Querían saber dónde estaba usted. Corto.

—¿Para qué?

—Ni idea. Corto.

—¿Se lo dijiste?

—Naturalmente. No veía por qué no iba a hacerlo. Corto.

—De acuerdo. Te hablaré luego.

Brody decidió dar un paseo. Apretó con un dedo una de las manchas sonrosadas de su muslo. Se puso muy blanca, y luego se tornó rojo intenso cuando quitó el dedo. Se alzó, se envolvió la toalla alrededor de la cintura, para impedir que el sol le diera en las piernas y, llevando la radio, caminó hacia el agua.

Oyó el sonido de un motor de coche, y giró y caminó hasta la cima de la duna. En la calle Scotch estaba aparcada una camioneta. Las letras negras de su costado decían “Noticiario de la WNBC-TV”. Se abrió la puerta del

conductor y salió un hombre, que caminó por la arena hacia Brody.

Al irse acercando el hombre, Brody pensó que le era vagamente familiar. Era joven, con cabello largo y rizado y un bigote de puntas caídas.

—¿Jefe Brody? —preguntó cuando estaba a algunos pasos de distancia.

—Exacto.

—Me dijeron que estaría usted aquí. Soy Bob Middleton, de las noticias del Canal Cuatro.

—¿Es usted el comentarista?

—Sí. Mi equipo está en la camioneta.

—Creí haberlo visto en alguna parte. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría entrevistarle.

—¿Acerca de qué?

—De todo este asunto del tiburón. Del motivo por el cual abrió las playas.

Brody pensó un momento. Luego se dijo a sí mismo: ¡Qué diablos!, un poco de publicidad no puede irle mal al pueblo, sobre todo ahora que hay pocas posibilidades de que pase algo, al menos hoy.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde quiere hacérmela?

—En la playa. Iré a buscar a mi equipo. Nos llevará unos minutos montarlo todo, así que, si tiene algo que hacer, dispone de tiempo. Le daré un grito cuando estemos dispuestos —Middleton corrió de vuelta a la camioneta.

Brody no tenía nada especial que hacer, pero, dado que había empezado a dar un paseo, pensó que lo mejor era continuarlo. Siguió caminando hacia el agua.

Mientras pasaba junto al grupo de quinceañeros, oyó decir a un chico:

—¿Qué os parece? ¿Alguien se anima? Diez dólares son diez dólares.

Una chica le respondió:

—Vamos, Limbo, déjalo ya.

Brody se detuvo a unos cinco metros de distancia, aparentando estar interesado en algo situado mar adentro.

—¿Por qué? —continuó el chico—. Es una oferta bastante buena. No creo que nadie se atreva. Hace cinco minutos todos decíais que de ninguna

manera iba a estar ese tiburón aún por aquí.

—Si tú eres tan valiente —le replicó otro chico—, ¿por qué no te metes tú mismo?

—Yo soy el que hace la oferta —dijo el primer muchacho—. Nadie me va a pagar a mí diez dólares por meterme en el agua. Bueno, ¿qué es lo que decís?

Hubo un momento de silencio, y entonces, el otro muchacho preguntó:

—¿Diez dólares? ¿Contantes y sonantes?

—Estos mismos —dijo el primer chico, ondeando un billete de diez dólares.

—¿A qué distancia tengo que ir?

—Veamos. Un centenar de metros. Esa es una distancia bastante buena. ¿De acuerdo?

—¿Y cómo voy a saber cuándo estoy a cien metros?

—Más o menos. Simplemente vas nadando durante un rato, y entonces te detienes. Si parece que ya estás a cien metros, te haré una señal para que vuelvas.

—Trato hecho —el chico se puso en pie.

La muchacha le regañó:

—Estás loco, Jimmy. ¿Para qué quieres meterte en el agua? No necesitas esos diez dólares.

—¿Crees que tengo miedo?

—Nadie ha dicho que tengas miedo —le contestó la chica—. Pero es innecesario.

—Diez dólares siempre vienen bien —replicó el chico—. Especialmente cuando el viejo de uno le corta la asignación por fumar un poco en la boda de la tía de uno.

El chico se volvió y comenzó a trotar hacia el agua. Brody le dijo: "¡Hey!", y el chico se detuvo.

—¿Qué?

Brody caminó hasta el muchacho.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a nadar. ¿Quién es usted?

Brody sacó su cartera y le mostró al chico su placa.

—¿Quieres ir a nadar? —dijo. Vio que el chico miraba por encima de su hombro, a sus amigos.

—Naturalmente, ¿Por qué no? Es legal, ¿no?

Brody asintió. No sabía si los otros estaban lo bastante lejos como para no oírle, así que bajó la voz y dijo:

—¿Quieres que te ordene que no te metas en el agua?

El chico lo miró, dudó por un instante, y luego negó con la cabeza.

—No, señor. Me irán bien esos diez dólares.

—No te quedes mucho tiempo ahí dentro —le dijo Brody.

—No lo haré —el chico se metió en el agua. Se zambullo en una pequeña ola y comenzó a nadar.

Brody escuchó pasos que corrían tras él. Bob Middleton pasó a la carrera junto a él y llamó al chico:

—¡Hey! ¡Vuelve! —agitó los brazos y llamó de nuevo.

El chico dejó de nadar y se puso en pie.

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada. Quiero hacer unas tomas de cuando te metas en el agua. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. A mí no me importa —dijo el chico. Comenzó a caminar de regreso a la orilla.

Middleton se volvió hacia Brody y le dijo:

—Me alegra haberlo detenido antes de que se fuera muy lejos. Al menos, podremos filmar a alguien nadando hoy.

Dos hombres vinieron por detrás de Brody. Uno llevaba una cámara de 16 mm. y un trípode. Usaba botas de combate, pantalones de trabajo militares, una camisa caqui y un chaquetón de cuero. El otro era más pequeño, más viejo y más gordo. Llevaba un traje gris arrugado y transportaba una caja rectangular cubierta de diales e interruptores. Alrededor del cuello le colgaban unos auriculares.

—Aquí mismo está bien, Walter —indicó Middleton—. Hazme saber cuándo estáis dispuestos.

Sacó del bolsillo un bloc de notas y comenzó a hacer algunas preguntas al chico.

El hombre más viejo se acercó hasta Middleton y le entregó un micrófono. Retrocedió hasta estar junto al cámara, desenrollando un cable que llevaba en la mano.

—Cuando quieras —dijo el cámara.

—Necesito saber el nivel del chico —dijo el hombre de los auriculares.

—Di algo —le indicó Middleton al muchacho, y le puso el micrófono a unos pocos centímetros de la boca.

—¿Qué es lo que quiere que diga?

—Así está bien —dijo el hombre de los auriculares.

—De acuerdo —indicó Middleton—. Comenzaremos juntos, Walter, y luego pasas a tomarnos al uno y al otro, ¿de acuerdo? Dame el rodando cuando estéis a punto.

El cámara miró por el visor, alzó un dedo y lo apuntó hacia Middleton.

—Rodando —dijo.

Middleton miró a la cámara y comenzó:

—Hemos estado aquí, en la playa de Amity, desde primera hora de la mañana y, que nosotros sepamos, nadie se ha atrevido aún a aventurarse en el agua. No ha habido ni señal del tiburón, pero la amenaza aún acecha. Estoy aquí con Jim Prescott, un joven que acaba de decidir que va a nadar un poco. Dime, Jim, ¿te preocupa saber que puede haber algo nadando contigo ahí fuera?

—No —le contestó el chico—. No creo que haya nada ahí fuera.

—Así que no tienes miedo.

—No.

—¿Eres un buen nadador?

—Bastante bueno.

Middleton tendió la mano.

—De acuerdo, pues buena suerte, Jim. Gracias por hablar con nosotros.

El chico estrechó la mano de Middleton.

—Ah —dijo—. ¿Qué quiere que haga ahora?

—¡Corta! —exclamó Middleton—. La tomaremos desde arriba, Walter. Espera un segundo. —Se volvió hacia el chico—. No me preguntes eso, Jim. ¿De acuerdo? Después de que te dé las gracias, simplemente te das la vuelta y te metes en el agua.

—De acuerdo —dijo el chico. Estaba temblando y se frotó los brazos.

—Hey, Bob —dijo el cámara—. El chico tendría que secarse. No puede vérsele mojado, si se supone que aún no se ha metido en el agua.

—Tienes razón —afirmó Middleton—. ¿Puedes secarte, Jim?

—Naturalmente —el chico trotó hasta sus amigos y se secó con una toalla.

Detrás de Brody, una voz preguntó:

—¿Qué es lo que está pasando? —Era el hombre de Queens.

—La televisión —le explicó Brody—. Quieren filmar a alguien nadando.

—Oh, ¿sí? Debería haberme traído mi traje de baño.

La entrevista fue repetida, y, después de que Middleton hubo dado las gracias al chico, éste corrió al agua y comenzó a nadar.

Middleton regresó al cámara y le dijo:

—Mantenla en marcha, Walter. Irv, tú puedes cortar el sonido. Probablemente usaremos esto como fondo de comentarios.

—¿Cuánto quieres que haga? —le preguntó el cámara, siguiendo al chico mientras nadaba.

—Una treintena de metros, más o menos —le contestó Middleton—. Pero quedémonos aquí hasta que salga. Y, por si acaso, estad preparados.

Brody se había acostumbrado tanto al sonido lejano y casi inaudible del motor de la Flicka, que su mente ya no lo registraba como un ruido. Era una parte tan integrante de la playa como el romper de las olas. De pronto, el tono del motor cambió de un bajo murmullo a un urgente gruñido. Brody miró más allá del chico que nadaba y vio la lancha haciendo un giro rápido y cerrado, que no se parecía en nada a las vueltas lentas y amplias que hacía Hooper en su patrulla normal. Se llevó la radio a la boca y dijo:

—¿Ve algo, Hooper? —Brody contempló cómo la lancha disminuía la velocidad, y luego se detenía.

Middleton escuchó hablar a Brody.

—Dame sonido, Irv —ordenó—. Toma esto, Walter. —Caminó hasta

Brody y le preguntó—: ¿Pasa algo, jefe?

—No lo sé —le contestó Brody—. Es lo que estoy tratando de averiguar. —Luego dijo por la radio—: ¿Hooper?

—Sí —contestó Hooper—. Pero todavía no sé lo que es. Era esa sombra de nuevo. Ahora no la puedo ver. Quizá mis ojos se están cansando.

—¿Oyes eso, Irv? —preguntó Middleton. El hombre del sonido negó con la cabeza.

—Hay un chico nadando por ahí —indicó Brody.

—¿Dónde? —preguntó Hooper.

Middleton llevó el micrófono junto al rostro de Brody, metiéndolo entre su boca y el micrófono de la radio. Brody lo echó a un lado, pero Middleton lo volvió a situar, con gran rapidez, a un par de centímetros de la boca de Brody.

—A treinta, quizá a cuarenta metros de la orilla. Creo que lo mejor será que le diga que vuelva. —Se metió la radio entre la toalla y el estómago, hizo bocina con sus manos alrededor de la boca y gritó—: ¡Hey, el de ahí! ¡Vuelve!

—¡Jesús! —exclamó el hombre del sonido—. Casi me rompe los tímpanos.

El chico no oyó la llamada. Estaba nadando, alejándose directamente de la playa. El muchacho que había ofrecido los diez dólares oyó el grito de Brody y caminó hasta el borde del agua.

—¿Qué problema hay ahora? —preguntó.

—Ninguno —dijo Brody—. Pero pienso que es mejor que salga.

—¿Quién es usted?

Middleton se colocó entre Brody y el chico, pasando el micrófono de un lado a otro, entre los dos.

—Soy el jefe de la policía, muchacho —contestó Brody—. ¡Y ahora, largo de aquí! —Se volvió hacia Middleton—. Y usted, quite ese maldito micrófono de mi cara, ¿quiere?

—No te preocupes, Irv —afirmó Middleton—. Luego podemos cortar eso.

Brody dijo por la radio:

—Hooper, no me oye. ¿Quiere acercarse aquí y decirle que vuelva a tierra?

—Por supuesto —contestó Hooper—. Llegaré ahí en un minuto.

El pez estaba en el fondo, flotando a unos pocos centímetros sobre el arenoso suelo a unos veinte metros por debajo de la Flicka. Durante horas, su sistema sensorial había estado siguiendo el extraño sonido de arriba. En dos ocasiones, el pez había subido hasta un metro o dos de la superficie, dejando que la vista, el olfato y los canales nerviosos estudiasen el ser que pasaba ruidosamente por encima. En dos ocasiones había vuelto al fondo, no sintiéndose llevado ni a atacar, ni a alejarse.

Brody vio la lancha, que había estado dirigiéndose hacia el oeste, girar en dirección a la costa lanzando chorros de espuma con su proa, que rebotaba en el agua.

—Toma la lancha, Walter —indicó Middleton.

Debajo, el pez notó un cambio en el sonido. Se hizo más fuerte, luego fue disminuyendo a medida que la lancha se alejaba. El pez giró, inclinándose sobre un lado como un aeroplano, y siguió el sonido que se iba desvaneciendo.

El chico dejó de nadar, alzó la cabeza, y miró hacia la costa, moviendo brazos y piernas para sostenerse. Brody hizo señas con las manos y gritó:

—¡Ven!

El chico le devolvió el saludo y comenzó a nadar hacia la costa. Lo hacía bien, girando la cabeza hacia la izquierda para respirar, pateando a ritmo con las brazadas. Brody supuso que estaba a unos setenta metros de la costa y que le llevaría un minuto o más llegar a tierra.

—¿Qué pasa? —dijo una voz junto a Brody. Era el hombre de Queens. Sus dos hijos estaban tras él, sonriendo ansiosos.

—Nada —dijo Brody—. Simplemente, que no quiero que el chico se aleje demasiado.

—¿Es por el tiburón? —preguntó el padre de los dos chicos.

—¡Hey, juegue limpio! —exclamó el otro quinceañero.

—¡Cállate! —dijo Brody—. Váyanse todos hacia atrás.

—Vamos, jefe —le pidió el hombre—. Hemos hecho un largo camino hasta aquí.

—¡Largo! —ordenó Brody.

A veintisiete kilómetros por hora, Hooper sólo necesitó treinta segundos para cubrir el par de centenares de metros y llegar junto al chico. Se detuvo a

unos metros de distancia, poniendo el motor en punto muerto. Estaba justo más allá de la línea rompiente, y no se atrevía a acercarse más, por miedo a ser atrapado por las olas.

El chico oyó el motor y alzó la cabeza.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Nada —le dijo Hooper—. Sigue nadando.

El muchacho bajó la cabeza y nadó. Una ola lo atrapó y lo hizo moverse más rápido y, con dos o tres brazadas más, ya pudo ponerse en pie. El agua llegaba hasta sus hombros, y empezó a caminar hacia la orilla.

—¡Ven! —le gritó Brody.

—Ya voy —dijo el chico—. ¿Qué problema hay?

A algunos metros por detrás de Brody, estaba Middleton con el micrófono en la mano.

—¿Qué estás tomando, Walter? —preguntó.

—Al chico —dijo el cámara—. Y al poli. A los dos.

—De acuerdo. ¿Estás actuando, Irv?

El hombre del sonido asintió.

Middleton habló por el micrófono:

—Está pasando algo, señoras y caballeros, pero no sabemos exactamente qué es. Lo que sabemos con seguridad es que Jim Prescott se echó a nadar y, de pronto, un hombre que hay en una lancha mar adentro vio algo. Ahora, el jefe de policía, Martin Brody, está tratando de hacer que el chico salga a tierra lo más deprisa posible. Podría ser el tiburón, pero la realidad es que no lo sabemos.

Hooper puso el motor de la lancha en marcha atrás, para alejarse de las olas. Mientras miraba por el costado, vio una mancha plateada moviéndose en el agua gris azulada. Parecía formar parte del movimiento de las olas, pero se desplazaba independientemente. Por un segundo, Hooper no se dio cuenta de lo que estaba viendo. Y, aún en el mismo momento en que lo comprendió, no pudo ver al pez con claridad.

—¡Cuidado! —gritó.

—¿Qué pasa? —gritó Brody.

—¡El pez! ¡Saque al chico fuera! ¡Rápido!

El muchacho oyó a Hooper, y trató de correr. Pero, con agua hasta el pecho, sus movimientos eran lentos y laboriosos. Una ola lo echó a un lado. Se tambaleó, luego se irguió de nuevo y se inclinó hacia adelante.

Brody corrió dentro del agua y tendió la mano. Una ola lo golpeó en las rodillas y lo echó hacia atrás.

Middleton dijo por el micrófono: El hombre de la lancha acaba de decir algo sobre un pez... No sé si se refiere al tiburón.

—¿Es el tiburón? —dijo el hombre de Queens, poniéndose al lado de Middleton—. No lo veo.

—¿Quién es usted? —preguntó Middleton.

—Mi nombre es Lester Kraslow. ¿Quiere entrevistarme?

—Lárguese.

Ahora, el muchacho se estaba moviendo más deprisa, cortando el agua con los brazos y el pecho. No vio la aleta alzarse tras él, una afilada hoja de un color marrón grisáceo que hendía el agua.

—¡Ahí está! —gritó Kraslow—. ¿Lo ves, Benny, Davey? Está ahí mismo.

—No veo nada —dijo uno de sus hijos.

—¡Ahí está, Walter! —exclamó Middleton—. ¿Lo ves?

—Estoy haciendo zoom —dijo el cámara—. Sí, ya lo tengo.

—¡Apresúrate! —gritó Brody. Tendió los brazos hacia el muchacho. Los ojos del chico estaban desorbitados y llenos de pánico. Las aletas de su nariz se estremecían, burbujeando mucosidad y agua. La mano de Brody tocó la del chico, y tiró. Aferró al muchacho por el pecho, y juntos salieron tambaleantes del agua.

La aleta se hundió bajo la superficie y, siguiendo el contorno del suelo oceánico, el pez se movió hacia las profundidades.

Brody se quedó sobre la arena, con su brazo alrededor del muchacho.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Quiero ir a casa —se estremeció el muchacho.

—Me lo imagino —Brody comenzó a llevar al chico hacia donde estaban sus amigos, pero Middleton los interceptó.

—¿Puede repetírmelo? —preguntó Middleton.

—¿Repetir el qué?

—Lo que le ha dicho al chico. ¿Podemos repetir eso?

—¡Salga de mi camino! —estalló Brody. Llevó al chico con sus amigos, y le dijo al que había ofrecido el dinero—: Llévalo a casa. Y dale sus diez dólares.

El muchacho asintió, pálido y atemorizado.

Brody vio que su radio estaba en la arena, donde llegaban las olas. La recogió, la secó, apretó el botón de "Hablar" y dijo:

—Leonard, ¿puedes oírme?

—Le oigo, jefe. Corto.

—El pez ha estado aquí. Si hay alguien en el agua por allí, sácalo. Ahora mismo. Y quédate ahí hasta que te enviemos un relevo. Nadie debe acercarse al agua. La playa queda oficialmente cerrada.

—De acuerdo, jefe. ¿Ha resultado herido alguien? Corto.

—No, gracias a Dios. Pero casi.

—De acuerdo, jefe. Corto y cierro.

Mientras Brody caminaba de regreso hacia donde había dejado su bolsa playera, Middleton le llamó:

—¡Hey, jefe!, ¿podemos hacer esa entrevista ahora?

Brody se detuvo, tentado por decirle a Middleton que se fuera a la mierda. En lugar de eso, le preguntó:

—¿Qué es lo que quiere saber? Lo vio todo tan bien como yo.

—Sólo le haré un par de preguntas.

Brody suspiró y regresó hasta donde se encontraba Middleton con su equipo de cámara.

—De acuerdo. Adelante.

—¿Cuánto te queda en ese rollo, Walter? —preguntó Middleton.

—Unos quince metros. Hazlo breve.

—De acuerdo. Dame el rodando.

—Rodando.

—Bueno, jefe Brody —comenzó Middleton—. Ha habido suertecilla,

¿no le parece?

—Mucha suerte. El chico pudo haber muerto.

—¿Diría usted que es el mismo tiburón que mató a esas otras personas?

—No lo sé —contestó Brody—. Supongo que sí.

—Entonces, ¿qué piensan hacer?

—Las playas están cerradas. Por el momento, es lo único que se puede hacer.

—Me parece que tendrá que reconocer que aún no es seguro nadar aquí en Amity.

—Es cierto, hay que reconocer eso.

—¿Qué significa esto para Amity?

—Problemas, señor Middleton. Estamos en un gran apuro.

—En retrospectiva, jefe, ¿cómo se siente por haber abierto las playas hoy?

—¿Que cómo me siento? ¿Qué clase de pregunta es ésa? Irritado, molesto, confuso. Agradecido porque nadie haya resultado herido. ¿Le parece bastante?

—Excelente, jefe —dijo Middleton con una sonrisa—. Muchas gracias, jefe Brody. —Hizo una pausa, y luego añadió—: De acuerdo, Walter, eso es todo. Vámonos a casa y comencemos a montar todo este lío.

—¿Qué te parecería un primer plano? —dijo el cámara—. Me quedan unos siete metros y medio.

—De acuerdo —le dijo Middleton—. Espera hasta que piense algo profundo que decir.

Brody recogió su toalla y su bolsa de playa y caminó sobre la duna hacia su coche. Cuando llegó a la calle Scotch, vio a la familia de Queens, en pie junto a su vehículo.

—¿Era ése el tiburón que mató a la gente? —le preguntó el padre.

—¿Quién sabe? —le contestó Brody—. ¿Qué diferencia hay?

—No me pareció gran cosa. Sólo una aleta. Los chicos quedaron bastante desilusionados.

—Escúcheme, so estúpido —exclamó Brody—, un muchacho ha estado a punto de morir ahora mismo. ¿Está usted desilusionado porque eso no haya

sucedido?

—No me venga con ésas —replicó el hombre—. Ese bicho ni siquiera estuvo cerca de él. Apuesto a que todo esto no ha sido más que algo arreglado por los tipos de la tele.

—Señor, salga de aquí. Usted y toda su maldita tribu. Lléveselos de aquí. ¡Ahora!

Brody aguardó mientras el hombre cargaba su familia y equipo en la camioneta. En tanto que se alejaba, oyó que el hombre le decía a su esposa:

—Me imaginé que toda la gente de aquí serían unos engreídos. Tenía razón. Incluso los polizontes.

A las seis de la tarde, Brody estaba en su oficina con Hooper y Meadows. Ya había hablado con Larry Vaughan, que le telefoneó, borracho y sollozante, y murmuró locamente acerca de la ruina de su vida. Sonó el zumbador del escritorio de Brody, y tomó el teléfono.

—Ha venido un tipo llamado Bill Whitman a verle, jefe —dijo Bixby—. Dice que es del Times de Nueva York.

—Oh, sí... De acuerdo, qué diablos. Hazle pasar.

Se abrió la puerta, y Whitman apareció en el umbral.

—¿Estoy interrumpiendo algo? —preguntó.

—No mucho —dijo Brody—. Entre. Ya recordará a Larry Meadows. Éste es Matt Hooper, de Woods Hole.

—Claro que recuerdo a Harry Meadows —exclamó Whitman—. Gracias a él, mi jefe me pateó el culo a todo lo largo de la Calle Cuarenta y Tres.

—¿Y eso por qué? —inquirió Brody.

—El señor Meadows se olvidó, muy convenientemente, de hablarme del ataque de Christine Watkins. Pero no se olvidó de contárselo a sus lectores.

—Debió pasársele por alto —dijo Meadows.

—¿Qué es lo que podemos hacer por usted? —preguntó Brody.

—Me preguntaba —explicó Whitman—, si estarán ustedes seguros de que ése es el mismo pez que mató a los otros.

Brody hizo un gesto hacia Hooper, quien dijo:

—No puedo estar seguro. Jamás vi al tiburón que mató a los otros, y realmente tampoco he podido ver muy bien al de hoy. Lo único que vi fue un

destello, más o menos gris plateado. Sabía lo que era, pero no podía compararlo con nada. Sólo puedo basarme en las probabilidades, y lo más probable es que sea el mismo pez. De todos modos, y al menos para mí, es demasiado arriesgado creer que haya a la vez dos grandes tiburones comedores de hombres al sur de Long Island.

Whitman le preguntó a Brody:

—¿Qué va a hacer, jefe? Quiero decir además de cerrar las playas, lo que, según tengo entendido, ya ha sido hecho.

—No sé. ¿Qué podemos hacer? Diablos, preferiría un huracán. O incluso un terremoto. Al menos, cuando pasan ya se han acabado. Puede uno mirar a su alrededor y ver lo que ha pasado, y lo que se tiene que hacer. Son sucesos, algo con lo que uno puede enfrentarse. Tienen un inicio y un fin. Esto es una locura. Es como si hubiera un maníaco suelto, matando gente cuando le entrasen ganas. Uno sabe quién es, pero no puede atraparlo, ni detenerlo. Y, aún peor, ni siquiera sabe por qué lo está haciendo.

—Recuerda a Minnie Eldridge —intervino Meadows.

—Ah —admitió Brody—. Estoy comenzando a creer que quizá haya algo de verdad en lo que dice.

—¿Quién es ésa? —preguntó Whitman.

—Nadie. Sólo una loca.

Por un momento hubo un silencio, un silencio de cansancio, como si todo lo que debía ser dicho ya hubiera sido dicho. Luego, Whitman dijo:

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —le preguntó Brody.

—Tiene que haber alguna cosa que se pueda intentar. Algo que hacer.

—Seré feliz si me hacen alguna sugerencia. Personalmente, creo que estamos jodidos. Tendremos suerte si queda algo del pueblo después de este verano.

—¿No le parece eso un tanto exagerado?

—No me parece. ¿Y a ti, Harry?

—Tampoco —afirmó Meadows—. Este pueblo sobrevive gracias a los veraneantes, señor Whitman. Si quiere, puede decir que somos unos parásitos, pero así están las cosas. El animal del que nos alimentamos viene cada verano, y Amity se alimenta con furor del mismo, arrancándole cada molécula de alimento que puede, antes de que se marche de nuevo, después del Día del

Trabajo. Si se nos quita ese animal, somos como garrapatas sin perro del que alimentarse. Nos morimos de hambre. Al menos, y como mínimo, el próximo verano va a ser el peor de la historia de este pueblo. Habrá tanta gente dependiendo de la seguridad social, que Amity se va a parecer a Harlem —Se echó a reír—. El Harlem de la costa.

—Daría el culo por saber —exclamó Brody— ¿por qué nosotros? ¿Por qué Amity? ¿Por qué no East Hampton o Southampton o Quogue?

—Eso —le contestó Hooper—, es algo que nunca sabremos.

—¿Por qué? —le preguntó Whitman.

—No quiero que parezca que estoy excusándome por haber malinterpretado ese pez —le respondió Hooper—. Pero la línea que hay entre lo natural y lo innatural es muy difusa. Ocurren cosas naturales, y para la mayor parte de ellas hay una explicación lógica. Pero existen muchísimas cosas para las que no hay una respuesta adecuada o sensata. Digamos que, por ejemplo, dos personas están nadando, una delante de la otra, y un tiburón llega por detrás, pasa junto al segundo tipo, y ataca al de delante. ¿Por qué? Quizá porque olían diferente. Tal vez porque el que había delante estaba nadando en una forma más provocativa. Digamos que el tipo de atrás, el que no ha sido atacado, va a ayudar al que sí lo ha sido. Puede que el tiburón ni lo toque... incluso hasta puede evitarlo, mientras no deja de acosar al que atacó. Se supone que los tiburones blancos prefieren el agua fría. Así que, ¿por qué surge uno en la costa de México, ahogado por un cadáver humano que no ha podido tragar? En cierta manera, los tiburones son como los tornados. Golpean aquí pero no allí. Aniquilan esta casa, pero repentinamente giran y dejan en pie la casa de al lado. El tipo de la casa que ha sido arrasada exclama: "¿Por qué yo?" El de la casa que ha sido respetada grita: "Gracias a Dios."

—De acuerdo —dijo Whitman—. Pero sigo sin ver por qué no se puede atrapar al tiburón.

—Quizá pueda hacerse —le contestó Hooper—. Pero no creo que lo podamos hacer nosotros. Al menos, no con el equipo que tenemos aquí. Aunque supongo que podríamos tratar de atraerlo de nuevo con cebo.

—Ah —dijo Brody—. Ben Gardner nos podría decir sobre eso.

—¿Saben ustedes algo de un tipo llamado Quint? —preguntó Whitman.

—He oído ese nombre —comentó Brody—. ¿Sabes algo de ese tipo, Harry?

—He leído todo lo que tenía de él. Por lo que sé, nunca ha hecho nada ilegal.

—Bueno —comentó Brody—, quizá valga la pena llamarle.

—Está usted bromeando —exclamó Hooper—. ¿Realmente quiere tener algo que ver con ese tipo?

—Le diré una cosa, Hooper. En este momento, si alguien viniera aquí, dijera que es Superman y que podía alejar a ese bicho con una meada, yo diría que me parecía excelente.

—Ah, pero...

Brody interrumpió:

—¿Qué dices, Harry? ¿Crees que estará en el listín telefónico?

—Entonces, realmente habla en serio —comentó Hooper.

—Puede apostar su tierno culo. ¿Se le ocurre algo mejor?

—No, es sólo que... No sé. ¿Cómo sabemos si ese tipo no es un estafador, un borracho, o algo así?

—Nunca lo sabremos hasta que lo probemos. —Brody tomó un listín telefónico del cajón superior de su escritorio y lo abrió en la Q. Corrió el dedo página abajo—. Aquí está. "Quint". Es todo lo que dice. No trae ni el nombre. Pero es el único que hay en toda la página. Debe de ser él.

Marcó el número.

—Quint —dijo una voz.

—Señor Quint, le habla Martin Brody. Soy el jefe de policía de Amity. Tenemos un problema.

—He oído algo de eso.

—El tiburón ha vuelto a estar por aquí hoy.

—¿Ha atacado a alguien?

—No, pero estuvo a punto de alcanzar a un chico.

—Un pez tan grande necesita mucha comida —comentó Quint.

—¿Ha visto a ese pez?

—No. Lo busqué un par de veces, pero no pude pasar mucho tiempo en ello. Mi gente no gasta su dinero sólo para mirar. Quieren acción.

—¿Cómo sabe lo grande que es?

—He oído hablar. Más o menos, he sacado la media de lo que se decía, y

me imagino que tendrá unos seis metros. Es un buen cacho de pez el que tienen ahí.

—Lo sé. Lo que me preguntaba es si podría usted ayudarnos.

—Ya veo. Pensé que me llamarían.

—¿Puede?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Por una parte, de lo que quieran gastarse.

—Le pagaremos su tarifa habitual. Lo que cobre por un día. Le pagaremos por día hasta cuando mate al bicho.

—No creo que acepte —dijo Quint—. Me parece que éste es un trabajo especial.

—¿Qué significa eso?

—Mi tarifa normal es doscientos por día. Pero esto es especial. Creo que tienen que pagarme el doble.

—Ni hablar de eso.

—Adiós.

—¡Espere un momento! Veamos, hombre. ¿Por qué quiere atracarme?

—No tiene usted otra persona a quien acudir.

—Hay otros pescadores.

Brody escuchó reír a Quint... una risa corta y burlona.

—Ya lo creo que los hay. Ya han enviado a uno. Envíen a otro. Envíen a media docena más. Entonces, cuando acudan de nuevo a mí, quizá me paguen el triple. No pierdo nada esperando.

—No le estoy pidiendo ningún favor —le dijo Brody—. Sé que tiene que ganarse la vida. Pero este pez está matando gente. Quiero acabar con esto. Quiero salvar vidas. Deseo su ayuda. ¿No puede al menos tratarme como lo hace con sus clientes habituales?

—Me rompe usted el corazón —comentó Quint—. Tiene usted un pez que hay que matar. Trataré de matárselo. No garantizo nada, pero lo haré lo mejor que sepa. Y lo mejor que sé, vale cuatrocientos dólares al día.

Brody suspiró.

—No sé si el consejo me dará ese dinero.

—Ya lo encontrará en algún sitio.

—¿Cuánto tiempo cree que le llevará atrapar al tiburón?

—Un día, una semana, un mes. ¿Quién sabe? Quizá nunca lo hallemos. Tal vez se vaya.

—Ojalá —exclamó Brody. Hizo una pausa—. De acuerdo —dijo finalmente—. Supongo que no tenemos otra alternativa.

—No, no la tienen.

—¿Podría usted empezar mañana?

—Ni hablar. El lunes, lo más pronto. Tengo un compromiso mañana.

—¿Un compromiso? ¿A qué se refiere, a un compromiso con una chica?

Quint se rio de nuevo, con el mismo ladrido atronador.

—Un compromiso de trabajo —dijo—. No sabe usted mucho de pesca.

Brody enrojeció.

—No, tiene razón. ¿No podría cancelarlo? Ya que le vamos a pagar todo ese dinero, me parece que nos merecemos un servicio algo especial.

—Ni hablar. Se trata de clientes habituales. No podría hacerles eso, si no quiero perderlos. Y ustedes sólo me dan un trabajo una vez.

—Supóngase que se encontrase con el tiburón mañana. ¿Trataría de atraparlo?

—Eso les ahorraría a ustedes un buen montón de dinero, ¿no? Pero no veremos su pez. Vamos hacia el Este. Hay mucha pesca en el Este. Algún día tendría que probarlo.

—Ha pensado en todo, ¿no?

—Hay una cosa más —le dijo Quint—. Voy a necesitar a un hombre conmigo. Perdí a mi compañero, y no me sentiría muy a gusto ocupándome de ese bicho tan grande sin un par de manos extra.

—¿Perdió a su compañero? ¿Cómo, se cayó por la borda?

—No, se largó. Se puso nervioso. Le pasa a la mayor parte de la gente en este trabajo, al cabo de un tiempo. Comienzan a pensar demasiado.

—Pero eso no le pasa a usted.

—No. Sé que soy más listo que los peces.

—¿Y es suficiente ser más listo?

—Ha bastado hasta ahora. Sigo con vida. ¿Qué hay de eso? ¿Tiene un hombre para mí?

—¿No puede encontrar otro compañero?

—No tan rápidamente, y no para este tipo de trabajo.

—¿A quién va a usar mañana?

—A un chico. Pero no quiero llevarlo conmigo detrás de un gigante blanco.

—Puedo comprender eso —exclamó Brody, comenzando a dudar que fuera adecuado haber ido a pedirle ayuda a Quint. Luego, añadió con tono simple—: ¿Sabe?, iré con usted.

Tan pronto como hubo dicho las palabras, se sintió asombrado, anonadado por el lío en que se había metido.

—¿Usted? ¡Ja!

A Brody le dolió la ironía de Quint.

—Sé cómo comportarme —le dijo.

—Quizá. No le conozco. Pero si no sabe nada de pesca, no puede manejar un pez tan grande. ¿Sabe nadar?

—Naturalmente. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo demás?

—La gente se cae por la borda y a veces se tarda un tiempo en dar la vuelta para irlos a recoger.

—No se preocupe por mí.

—Como usted quiera. Pero sigo necesitando a un hombre que sepa algo de pesca. O, al menos, algo de navegar.

Brody miró por encima del escritorio a Hooper. Lo que menos deseaba era pasar unos cuantos días en una lancha con Hooper, especialmente en una situación en la que Hooper le superaría en conocimientos, y quizá en autoridad. Podía enviar a Hooper solo, y quedarse en tierra. Pero eso, lo sabía, sería capitular, admitir definitivamente e irrevocablemente su falta de habilidad para enfrentarse y triunfar sobre aquel extraño enemigo que había declarado la guerra a su pueblo.

Además, quizá... Durante los largos días en la lancha, Hooper cometiera

un desliz que le revelarse lo que había estado haciendo el pasado miércoles, el día que llovió. Brody estaba comenzando a sentirse obsesionado por averiguar dónde estaba Hooper aquel día, pues cuando se permitía considerar las diversas alternativas, su mente siempre acababa deteniéndose en aquella que más temía. Deseaba saber que Hooper estuvo viendo una película, o jugando a las cartas en el Club de Campo, o fumando droga con algún hippie, o enredado con alguna girl scout. No le importaba lo que hubiese hecho, mientras lograse averiguar que Hooper no había estado con Ellen. O que había estado. En ese caso... el pensamiento aún era demasiado retorcido como para poder enfrentarse con él.

Tapó con la mano el micrófono y le dijo a Hooper:

—¿Quiere venir con nosotros? Necesita un compañero.

—¿Ni siquiera tiene un compañero? ¡Menudo profesional!

—Déjese de eso ahora. ¿Quiere venir o no?

—Sí —aceptó Hooper—. Probablemente me arrepentiré durante el resto de mi vida, pero sí iré. Quiero ver ese pez, y me imagino que es la única oportunidad que tengo.

Brody le dijo a Quint:

—De acuerdo, tengo al hombre que necesita.

—¿Sabe algo de lanchas?

—Sabe mucho.

—El lunes por la mañana, a las seis en punto. Tráiganse lo que quieran comer. ¿Saben cómo venir aquí?

—Por la Carretera 27 hasta la salida hacia Promised Land, ¿correcto?

—Sí. Se llama calle Cranberry Hole. Recto hacia el pueblo. Un centenar de metros después de las últimas casas, giren hacia la izquierda en un camino de tierra.

—¿Hay alguna señal?

—No, pero es el único camino que hay por aquí. Lleva recto a mi muelle.

—¿Su lancha es la única que hay por ahí?

—La única. Se llama la Orca.

—De acuerdo. Lo veré el lunes.

—Una cosa más —añadió Quint—. Efectivo. Cada día, por adelantado.

—De acuerdo, pero, ¿cómo es eso?

—Así es como yo hago mis negocios. No quiero que se caiga por la borda con mi dinero.

—Está bien —aceptó Brody—. Lo tendrá.

Colgó y le dijo a Hooper:

—El lunes, a las seis de la mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Meadows preguntó:

—¿He entendido bien, por lo que decías, que tú también vas, Martin?

Brody asintió.

—Es mi tarea.

—Diría que vas más allá de lo que te exige el deber.

—Bueno, ahora ya está hecho.

—¿Cómo se llama su lancha? —preguntó Hooper.

—Creo que dijo Orca —le contestó Brody—. No sé lo que significa.

—No significa nada. Es algo. Es una ballena asesina.

Meadows, Hooper y Whitman se levantaron para irse.

—Buena suerte —dijo Whitman—. Siento algo de envidia por su viaje. Seguramente será excitante.

—No tengo ningún interés en lo excitante —afirmó Brody—. Sólo quiero que acabe de una vez este maldito asunto.

En la puerta, Hooper se volvió y le dijo:

—El pensar en la Orca me ha hecho recordar algo. ¿Saben cómo llaman los australianos a los tiburones gigantes blancos?

—No —dijo Brody, realmente no muy interesado—. ¿Cómo?

—La muerte blanca.

—Muchas gracias por decírmelo —exclamó Brody, cuando cerraba la puerta tras ellos.

Ya iba a salir, cuando el agente de turno en el mostrador lo detuvo y le dijo:

—Le llamaron antes, jefe, mientras estaba dentro. Pensé que no debía molestarle.

—¿Quién era?

—La señora Vaughan.

¡La señora Vaughan! Por lo que podía recordar Brody, nunca había hablado con Eleanor Vaughan por teléfono, en toda su vida.

—Dijo que no le molestase, que podía esperar.

—Mejor será que la llame yo. Es tan tímida, que si estuviera ardiendo su casa, llamaría a los bomberos, se excusaría por molestarlos y les preguntaría si por casualidad podían pasar por su casa la próxima vez que estuvieran en el vecindario. Mientras caminaba de regreso a su oficina, Brody recordó algo acerca de Eleanor: cada vez que extendía un cheque por un importe exacto, se negaba a escribir "con cero centavos". Creía que esto equivalía a un insulto, como si estuviese sugiriendo que la persona que fuera a cobrar el cheque podía intentar robar unos pocos centavos.

Brody marcó el número de la casa de los Vaughan, y Eleanor le contestó antes de que el teléfono acabase de sonar una sola vez. Ha estado sentada junto al teléfono pensó Brody.

—Soy Martin Brody, Eleanor. Me llamaste.

—Oh, sí. No me gusta tener que molestarte, Martin. Si tienes otra cosa que hacer...

—No, no hay ningún problema. ¿Dime, qué es lo que quieres?

—Es que... Bueno, la razón por la que te llamo es que sé que Larry habló contigo antes. Pensé que tal vez supieras si... si algo va mal.

Brody pensó: no sabe nada, nada en absoluto. Bueno, pues, desde luego, no se lo voy a decir yo.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—No sé exactamente cómo explicarte esto, pero... Bueno, ya sabes que Larry no bebe mucho. En contadas ocasiones, al menos en casa.

—¿Y?

—Esta tarde, cuando llegó a casa, no dijo nada. Simplemente fue a su estudio y, al menos eso creo, se bebió casi toda una botella de whisky. Ahora, está dormido en un sillón.

—No me preocuparía por eso, Eleanor. Probablemente tiene algún lío en la cabeza. Todos necesitamos beber más de la cuenta de vez en cuando.

—Lo sé. Pero es que... algo va mal. Estoy segura. No ha actuado en su forma habitual en estos últimos días. Pensé que quizá... tú eres su amigo. ¿Te imaginas lo que puede ser?

Su amigo, pensó Brody. También Vaughan había dicho eso, pero al menos, él sabía que no era verdad. "Antes, éramos amigos", había dicho.

—No, Eleanor, no lo sé —mintió—. No obstante, si lo deseas, le hablaré de eso.

—¿Lo harás, Martin? Te lo agradecería. Pero... por favor... No le digas que te llamé. Nunca ha querido que me metiera en sus asuntos.

—No lo haré. No te preocupes. Trata de dormir un poco.

—¿Estará bien si lo dejo en el sillón?

—Naturalmente. Sólo tienes que quitarle los zapatos y echarle una manta encima. Estará muy bien.

Paul Loeffler se irguió tras el mostrador de su tienda de comestibles y miró su reloj.

—Son las nueve menos cuarto —le dijo a su esposa, una mujer gorda y bonita llamada Rose, que estaba arreglando las cajas de mantequilla dentro de la nevera—. ¿Qué te parecería si hoy hiciéramos trampa y cerráramos quince minutos antes?

—Después de un día como hoy, estoy de acuerdo —aceptó Rose—. ¡Siete kilos y medio de mortadela! ¿Cuánto hacía que no vendíamos siete kilos y medio de mortadela en un solo día?

—Y el queso suizo —exclamó Loeffler—. ¿Cuándo antes nos habíamos quedado sin queso suizo? Desde luego, ya me gustaría tener unos cuantos días más como éste. Rosbif, foie-gras, todo. Es como si todo el mundo desde Brooklyn Heights hasta East Hampton se hubiese detenido aquí a comprar sándwiches.

—¡Narices, Brooklyn Heights, Pennsylvania! Un hombre me dijo que había venido desde la misma Pennsylvania. Y sólo para ver un pez. ¿Es que no tienen peces en Pennsylvania?

—¿Quién sabe? —contestó Loeffler. Esto está comenzando a parecer Coney Island.

—La playa pública debe parecer un basurero.

—Vale la pena. Nos merecemos uno o dos días buenos.

—He oído decir que las playas vuelven a estar cerradas —comentó Rose.

—Sí. Como siempre digo: no llueve, sino que diluvia.

—¿De qué estás hablando?

—No lo sé. Cerremos.

***

PARTE III

Once

El mar estaba tan llano que parecía gelatina. No había ningún hálito de viento que rizara la superficie. El sol arrancaba temblorosas oleadas de calor del agua. De vez en cuando una golondrina de mar se zambullía en busca de alimento, y se alzaba de nuevo, mientras las pequeñas olitas de su zambullida se convertían en círculos que crecían sin cesar.

La lancha estaba quieta sobre el agua, derivando imperceptiblemente en la corriente. Dos cañas de pesca, situadas en sujetadores, a popa, arrastraban sus sedales en la mancha aceitosa que se extendía hacia el oeste, detrás de la embarcación. Hooper estaba sentado a popa, con un cubo de basura de setenta y cinco litros de capacidad a su lado. Cada pocos segundos, hundía un cazo en el cubo y lo echaba por encima de la borda, a la mancha.

Delante, en dos hileras que se juntaban en la proa, había diez barriles de madera del tamaño de los pequeños de cerveza. Cada uno de ellos estaba envuelto en varias tapas de soga de esparto de casi dos centímetros de grueso, que continuaba en un rollo de treinta metros de largo, tras el barril. Sujeto al extremo de cada soga había un arpón.

Brody estaba sentado en la silla giratoria de pescador que había, atornillada, en cubierta, tratando de mantenerse despierto. Era un día cálido y húmedo. No había soplado brisa alguna durante las seis horas que llevaban sentados, esperando. Tenía ya el cogote quemado de mala manera por el sol, y cada vez que movía la cabeza el cuello de su camisa de uniforme le irritaba la dolorida piel. Su olor corporal subía hasta su nariz y unido al hedor de las tripas y la sangre de pescado que estaban tirando al mar, le producía náuseas. Estaba cocido.

Miró a la figura que había en el puente: Quint. Llevaba una camiseta de manga corta blanca, unos téjanos desteñidos, calcetines blancos y un par de viejas zapatillas de náutica. Brody pensaba que Quint debía de tener unos 50

años, y, aunque seguramente una vez había tenido 20 y llegaría algún día a los 60, resultaba imposible imaginar qué aspecto tendría en cualquiera de esas edades. Su edad actual parecía ser la que siempre había tenido, y la que siempre tendría. Medía 1,90 m y era muy delgado... quizá de 75 a 80 kilos. Tenía la cabeza totalmente calva; no era que se la afeitase, pues no se le veían puntitos negros en la piel, sino que era tan calvo como si jamás hubiera tenido ni un solo cabello. Cuando, como ahora, el sol estaba alto y calentaba, llevaba un gorro de trabajo de los Marines. Su rostro, como todo el resto de él, era duro y anguloso. Estaba dominado por una larga y recta nariz. Cuando miraba hacia abajo desde el puente, parecía apuntar sus ojos —los más negros que Brody hubiera visto jamás— a lo largo de la nariz, como si fuera el cañón de un arma. Su piel estaba permanentemente bronceada y curtida por el viento, la sal y el sol. Miraba hacia popa, sin apenas parpadear nunca, con los ojos fijos en la mancha.

Un chorrito de sudor que corría a lo largo del pecho de Brody le hizo agitarse. Volvió la cabeza, haciendo una mueca ante la irritación de su nuca, y trató de mirar a la mancha. Pero el reflejo del sol en el agua le hacía daño en los ojos, por lo que los apartó.

—No sé cómo lo hace, Quint —comentó—. ¿No usa nunca gafas de sol?

Quint miró hacia abajo y contestó: "Nunca". Su tono era completamente neutral, ni amistoso ni enemistoso. No invitaba a proseguir la conversación.

Pero Brody estaba aburrido y deseaba hablar.

—¿Cómo es eso?

—No lo necesito. Veo las cosas tal como son. Así es mejor.

Brody miró su reloj. Eran algo más de las dos: faltaban tres o cuatro horas antes de que diesen por terminado el día, y se fueran a casa.

—¿Tiene muchos días así?

La excitación y ansiedad de las primeras horas de la mañana habían pasado ya hacía mucho, y Brody estaba seguro de que no verían al pez aquel día.

—¿Cómo así?

—Como éste. En que uno se pasa todo el día sentado, y no sucede nada.

—Algunos.

—¿Y la gente le paga, aunque no pesquen nada?

—Ésas son las reglas.

—¿Aunque ni siquiera piquen una sola vez?

Quint asintió.

—Eso no sucede muy a menudo. Generalmente algo muerde el anzuelo. O hay algo que podemos pinchar.

—¿Pinchar?

—Con un hierro —Quint señaló hacia los arpones de proa.

Hooper le preguntó:

—¿Qué clase de animales pinchan, Quint?

—Cualquier cosa que nade por los alrededores.

—¿De verdad? No creí...

Quint lo interrumpió en seco:

—Algo está tomando uno de los cebos.

Haciendo pantalla sobre los ojos con la mano, Brody miró por popa, pero, por lo que él podía ver, la mancha seguía como antes, y el mar llano y tranquilo.

—¿Dónde? —preguntó.

—Espere un segundo —le dijo Quint—. Ya lo verá.

Con un suave siseo metálico, el sedal de la caña de estribor comenzó a ser arrastrado hacia el agua, hendiendo la superficie en una línea plateada y recta.

—Tome la caña —le dijo Quint a Brody—. Y, cuando se lo diga, ponga el freno y dele un buen golpe.

—¿Es el tiburón? —preguntó Brody. La posibilidad de que al fin fuese a enfrentarse con el pez, la bestia, el monstruo, la pesadilla, hacía que el corazón de Brody latiese muy fuerte. Tenía la boca pegajosa y seca. Se frotó las manos contra los pantalones, sacó la caña del soporte y la metió entre sus piernas, en la silla.

Quint se echó a reír con un ladrido corto y agrio.

—¿Esa cosa? No. Es un bicho pequeño. Pero le dará algo de práctica para cuando nos encuentre su pez. —Contempló el sedal algunos instantes más, y luego añadió—: Déselo ahora.

Brody empujó la pequeña palanca del carrete, se inclinó hacia adelante y luego tiró hacia atrás. La punta de la caña se inclinó en un arco. Con su mano

derecha, Brody comenzó a darle vueltas a la manivela para recoger el sedal, pero el carrete no le respondió. El sedal seguía saliendo.

—No malgaste sus energías —dijo Quint.

Hooper, que había estado sentado en un costado, se puso en pie y dijo:

—Deme, tensaré el carrete.

—¡No lo haga! —le dijo Quint—. Deje en paz esa caña.

Hooper alzó la vista, asombrado y un tanto molesto.

Brody se fijó en la expresión molesta de Hooper, y pensó: ¿Qué te parece? Ya era hora.

Tras un momento, Quint dijo:

—Si tensa demasiado el sedal, le arrancará el anzuelo de la boca.

—Oh —exclamó Hooper.

—Pensé que usted sabía algo de pesca.

Hooper no dijo nada. Giró y se sentó en la borda.

Brody agarró la caña con ambas manos. El pez se había hundido en las profundidades y estaba moviéndose lentamente de lado a lado, pero ya no estaba tomando sedal. Brody fue enrollando carrete: inclinándose hacia adelante y dándole rápidamente a la manivela mientras recogía el sedal destensado, echándose luego hacia atrás con los músculos de su espalda y hombros. Le dolía la muñeca izquierda, y los dedos de su mano derecha comenzaron a agarrotársele de tanto rebobinar el carrete.

—¿Qué infiernos he pescado? —preguntó.

—Uno azul —dijo Quint.

—Debe pesar media tonelada.

Quint se echó a reír.

—Quizá sesenta kilos.

Brody tiró y se inclinó, tiró y se inclinó, hasta que al final oyó a Quint decir:

—Ya lo está consiguiendo. Aguántelo —dejó de bobinar.

Con un movimiento suave y nada apresurado, Quint bajó por la escalerilla del puente. Llevaba en la mano una carabina, una vieja M-1 del ejército. Llegó hasta la borda y miró hacia abajo.

—¿Quiere usted ver el pez? —preguntó—. Venga a ver.

Brody se alzó, y recogiendo sedal para evitar que se destensase mientras caminaba, fue al costado de la lancha. En las oscuras aguas, el tiburón tenía un color azul acrílico. Era de unos dos metros y medio de largo, esbelto, con largas aletas pectorales. Nadaba lentamente de lado a lado, sin luchar ya.

—Es hermoso, ¿no? —preguntó Hooper.

Quint quitó el seguro de la carabina y, cuando el tiburón acercó su cabeza a unos pocos centímetros de la superficie, disparó tres tiros muy seguidos, las balas hicieron limpios agujeros redondos en la cabeza del tiburón, sin que surgiera sangre. El pez se estremeció, y luego dejó de moverse.

—Está muerto —comentó Brody.

—Vete a la mierda —le respondió Quint—. Quizá esté atontado, pero eso es todo.

Quint tomó un guante de su bolsillo trasero, se lo puso en la mano derecha, y agarró el sedal. De una funda que llevaba en el cinturón sacó un cuchillo. Alzó la cabeza del tiburón fuera del agua y se inclinó sobre la borda. La boca del tiburón estaba abierta unos seis o siete centímetros. Su ojo derecho, parcialmente cubierto por una protección carnosa, miraba desenfocadamente a Quint. Éste clavó el cuchillo en la boca del tiburón y trató de hacérsela abrir más, pero el tiburón cerró las mandíbulas, aferrando la hoja entre sus pequeños dientes triangulares. Quint movió y tiró del cuchillo hasta que logró soltarlo. Lo volvió a meter en la funda y sacó del bolsillo un cortalambres.

—Me imagino que con lo que me pagan puedo permitirme perder un anzuelo y un poco de sedal —dijo. Puso el sedal entre las hojas del cortalambres y estaba a punto de cortarlo cuando añadió—: Un momento. —Se metió el cortalambres otra vez en el bolsillo y sacó el cuchillo—. Miren esto. Siempre le pone los pelos de punta a la gente.

Aferrando el sedal con una mano, sacó la mayor parte del tiburón fuera del agua. Entonces, con un único y rápido movimiento abrió la barriga del tiburón desde la aleta anal hasta casi debajo de la mandíbula. Se separaron las carnes y las ensangrentadas entrañas, rojas, blancas y azules, cayeron al agua como si fueran ropa sucia que cae de un cesto. Luego, Quint cortó el sedal con el cortalambres, y el tiburón se hundió en el agua. Tan pronto como su cabeza estuvo bajo la superficie, el tiburón comenzó a revolverse en una nube de sangre y tripas, mordiendo cada bocado que pasaba frente a su boca. El cuerpo se estremecía mientras el tiburón tragaba, y trozos de intestinos salían por el agujero del vientre para ser comidos de nuevo.

—Ahora miren —dijo Quint—. Si tenemos suerte, en un minuto llegarán otros azules, y le ayudarán a comerse a sí mismo. Si llegan bastantes, será un verdadero frenesí. Es un espectáculo bastante inusitado. A la gente le gusta.

Brody miró, atónito, mientras el tiburón seguía mordisqueando sus tripas que flotaban. En un momento vio un destello azul alzarse de las profundidades. Un pequeño tiburón, de no más de 1,20 m de largo, lanzó un mordisco al cuerpo del pez destripado. Sus mandíbulas se cerraron sobre un trozo de carne aún palpitante. Su cabeza se agitó violentamente de lado a lado, y su cuerpo tembló, como el de una serpiente. Se desprendió un trozo de carne, y el tiburón más pequeño se la tragó. Pronto apareció otro tiburón, y otro, y el agua comenzó a enturbiarse. Gotas de sangre, mezcladas con otras de agua, salpicaban la superficie.

Quint tomó un garfio de debajo de la borda. Se inclinó sobre ésta, manteniendo el garfio en alto, como un hacha. De pronto, se inclinó hacia adelante y luego tiró hacia atrás. Atravesado por el gancho del garfio, estremeciéndose y lanzando bocados, había un pequeño tiburón. Quint sacó el cuchillo de su funda, abrió el vientre del tiburón y lo soltó.

—Ahora verán qué interesante —dijo.

Brody no podía determinar cuántos tiburones había en aquella explosión de agua. Las aletas se entrecruzaban en la superficie, las colas golpeaban el agua. Entre los sonidos de chapoteo se oía algún gruñido ocasional cuando algún pez chocaba con otro. Brody miró su camisa y vio que estaba manchada de agua y sangre.

El frenesí continuó durante varios minutos, hasta que sólo quedaron tres tiburones grandes, nadando de un lado a otro por debajo de la superficie.

Los hombres contemplaron esto en silencio hasta que el último de los tres hubo desaparecido.

—Jesús —dijo Hooper.

—No está usted de acuerdo —comentó Quint.

—Así es. No me gusta ver morir animales para que se divierta la gente. —Quint lanzó una risita y Hooper añadió—: ¿Y a usted?

—No es cuestión de que me guste o no. De eso es de lo que como.

Metió la mano en una nevera portátil y sacó otro anzuelo y sedal. El anzuelo había sido cebado antes de que salieran del muelle: un calamar atravesado y atado. Usando unos alicates Quint unió este sedal al extremo del otro, metálico. Dejó caer el cebo al agua, soltó unos treinta metros de sedal, y hábilmente, lo hizo derivar hacia la mancha.

Hooper reasumió su tarea de echar carnaza al agua. Brody preguntó: "¿Alguien quiere una cerveza?" Tanto Quint como Hooper asintieron, se metió bajo cubierta y tomó tres latas de la nevera. Mientras salía del camarote, Brody se fijó en dos fotografías, viejas, agrietadas y amarillentas, que estaban clavadas con chinchetas en el mamparo. Una mostraba a Quint en pie, metido hasta la cintura en un montón de enormes peces de extraño aspecto. La otra era una foto de un tiburón muerto, tirado en una playa. No había nada más en la fotografía con lo que comparar el pez, así que Brody no pudo determinar su tamaño.

Salió de la cabina, entregó las cervezas a los otros, y se sentó en la silla de pescar.

—He visto sus fotos ahí abajo —le dijo a Quint—. ¿Qué son todos esos

peces con los que se le ve?

—Son tarpons —explicó Quint—. Fue hace algún tiempo, cuando estuve una temporada en Florida. Nunca vi nada como eso. Debimos atrapar treinta o cuarenta, y además grandes, en cuatro noches de pesca.

—¿Y se los quedó? —preguntó Hooper—. Se supone que ha de volverlos a tirar al agua.

—Los clientes los querían. Imagino que para disecarlos. De todos modos, no son un bocado muy malo, bien picados.

—Lo que está usted diciendo es que son más útiles muertos que vivos.

—Naturalmente. Y lo mismo pasa con la mayoría de los peces. Y con un montón de animales. Jamás he tratado de comerme un novillo vivo.

Quint se echó a reír.

—¿Qué es esa otra foto? ¿Un tiburón?

—Bueno, no un tiburón corriente. Era un gigante blanco de unos cuatro metros y medio. Pesaba más de mil doscientos kilos.

—¿Cómo lo atrapó?

—Lo arponeé. Pero le aseguro —Quint cloqueó—, que durante un rato no estuvo muy claro quién iba a atrapar a quién.

—¿Qué quiere usted decir?

—El maldito bicho atacó a la lancha. No hubo provocación, ni nada. Estábamos tan tranquilos, ocupándonos de nuestros asuntos, cuando ¡blam! Pareció que nos golpeaba un tren de carga. Echó por cubierta a mi compañero, y el cliente comenzó a lanzar gritos de que nos hundíamos. Entonces, la bestia nos golpeó de nuevo. Le clavé un hierro y lo perseguimos. ¡Diablo!, debimos perseguirlo por medio Océano Atlántico.

—¿Cómo podían seguirlo? —preguntó Brody—. ¿Por qué no se hundió en las profundidades?

—No podía. No con ese barril siguiéndolo. Flotan. Lo arrastró debajo durante un tiempo, pero no pasó mucho antes de que el cansancio lo venciera y tuvo que salir a la superficie. Así que sólo tuvimos que ir siguiendo el barril. Al cabo de un par de horas ya le habíamos clavado otros dos hierros más, y finalmente salió, muy quieto, y le atamos una cuerda a la cola y lo arrastramos hasta la costa. Durante todo el tiempo aquel cliente estuvo gritando tonterías, pues estaba seguro de que nos íbamos a hundir y nos comería.

—¿Y saben lo más divertido de todo? Cuando ya hubimos sacado al

bicho y todo estaba arreglado, y era seguro que no nos íbamos a hundir, ese estúpido jodido de cliente viene y me ofrece quinientos dólares si digo que atrapó el tiburón con su caña. ¡Lleno de agujeros de arpón, y quiere que jure que lo atrapó con anzuelo y caña! Luego, comienza a decir no sé qué estupideces acerca de que debería cobrarle sólo la mitad porque no le di ni una oportunidad de atrapar ese pez con su caña. Le contesté que si le hubiera dejado probar, posiblemente tendría en esos momentos un anzuelo, trescientos metros de sedal de alambre, probablemente un carrete y una caña, e indudablemente un pez menos. Entonces va y me habla de toda la publicidad valiosa que voy a obtener de un viaje que él ha pagado. Y le contesto que me dé el dinero, y se quede con la publicidad, para comérsela en un sándwich entre él y su esposa.

—Me ha hecho pensar con eso del anzuelo y la caña —intervino Brody.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Hablo de lo que usted estaba contando. No intentará atrapar al pez que perseguimos con un anzuelo y sedal ¿verdal?

—Mierda, no. Por lo que he oído, el tiburón que ha estado molestándoles a ustedes hace que el que atrapé parezca un cachorro.

—¿Para qué sirven entonces los sedales?

—Para dos cosas. Primero, un gigante blanco podría picar en un pequeño cebo de calamar como ése. Yo cortaría el sedal en el acto, pero al menos sabríamos que estaba por aquí. Es un buen indicador. El otro motivo es que uno nunca sabe lo que puede atraer una mancha de carnaza. Aunque su pez no aparezca, quizá nos encontremos con alguna otra cosa que sí pique.

—¿Como qué?

—¿Quién sabe? Puede que algo útil. A mí me ha picado un pez espada un cebo de calamar flotante, y con todas esas tonterías federales acerca del mercurio nadie los está pescando comercialmente ya, así que uno puede sacar cinco dólares por kilo por uno de esos peces en Montauk. O tal vez algo que fuera emocionante de pescar, como un tiburón mako. Ya que está pagando cuatrocientos dólares diarios, al menos podría pasar un buen rato por su dinero.

—Supongamos que el gigante blanco venga por aquí —indico Brody—. ¿Qué sería lo primero que usted haría?

—Tratar de tenerlo interesado para que se quedase por los alrededores mientras nos preparábamos para cazarlo. No es que sea muy difícil, son unos peces muy estúpidos. Depende de cómo nos encuentre. Si nos hace la misma carajada que el otro, y ataca a la lancha, comenzaremos a clavarle hierros tan

deprisa como podamos, luego nos apartaremos y dejaremos que se canse. Si pica en uno de los sedales, no habrá forma de detenerlo si desea correr. Pero trataré de hacerlo volver hacia nosotros, tensaré el sedal y correré el riesgo de que lo arranque. Probablemente desdoblará el anzuelo bastante de prisa, pero quizá podamos acercarnos lo bastante como para clavarle un hierro. Y, una vez le hayamos clavado uno, ya es sólo cuestión de tiempo. Lo más probable es que venga guiándose por su olfato, y aparezca justo en la mancha, ya sea en la superficie o debajo. Y es entonces cuando tendremos algunos problemas. El calamar no es bastante para mantenerlo interesado. Un tiburón de ese tamaño se traga un calamar y ni siquiera se entera de que lo ha hecho. Así que tendremos que darle algo especial que no pueda rechazar, algo con un buen anzuelo dentro que lo mantenga entretenido al menos hasta que podamos pincharle una o dos veces.

—Si el anzuelo se ve demasiado —preguntó Brody—, ¿no lo evitará?

—No. Esos bichos no tienen el cerebro ni de un mosquito. Se comen cualquier cosa. Si están comiendo, uno puede echarles un anzuelo desnudo y, si lo ven, se lo tragarán. Un amigo mío me contó que en una ocasión apareció uno y trató de comerse el motor fuera borda de su bote. Lo dejó solamente porque no podía tragarlo todo de una sola vez.

Desde popa, donde seguía echando carnaza, Hooper preguntó:

—¿Y qué es eso especial, Quint?

—¿Se refiere a lo que tendremos que darle y que no podrá rechazar? —Quint sonrió y señaló un cubo de basura verde, de plástico, que estaba en un rincón, hacia el centro de la embarcación—. Dé una ojeada usted mismo. Está en ese cubo. Lo he estado guardando para un bicho como el que estamos persiguiendo. Usarlo para otra cosa sería desperdiciarlo.

Hooper fue hasta el cubo, levantó las abrazaderas metálicas de los lados y alzó la tapa. El asombro en lo que vio le hizo jadear. Flotando verticalmente en el cubo lleno de agua, con su cabeza muerta moviéndose suavemente con el balanceo de la lancha, había un pequeño delfín, de no más de medio metro de largo. Surgiendo de un agujero en la parte baja de su mandíbula, se veía el ojo de un anzuelo para tiburones, y de otro orificio en la panza sobresalía la punta aserrada del mismo. Hooper asió con fuerza los lados del cubo y exclamó:

—Una cría.

—Aún mejor —dijo Quint con una sonrisa—. Ni siquiera había nacido.

Hooper contempló el interior del cubo durante unos segundos más, y luego cerró de golpe la tapa, diciendo:

—¿Dónde lo consiguió?

—Oh, me parece que a unos diez kilómetros de aquí en dirección este. ¿Por qué?

—Quiero decir que cómo lo consiguió.

—¿A usted qué le parece? Lo conseguí de la madre.

—La mató.

—No. —Quint se echó a reír—. Saltó dentro de la lancha y se tragó un puñado de píldoras somníferas. —Hizo una pausa, esperando una carcajada, y cuando vio que no había ninguna, prosiguió—: ¿Sabe?, uno no puede comprar una cosa de ésas.

Hooper miró a Quint. Estaba furioso, afrentado. Pero sólo dijo:

—Usted sabe que están protegidos.

—Hijo, cuando pesco, atrapo lo que me da la gana.

—Pero, ¿y las leyes? ¿Acaso no.…?

—Hooper, ¿a qué se dedica usted?

—Soy un ictiólogo. Estudio los peces. Por eso estoy aquí. ¿No lo sabía?

—Cuando la gente alquila mi lancha, no hago preguntas acerca de quiénes son. De acuerdo, usted estudia los peces para vivir. Si tuviera que trabajar para vivir... y me refiero al tipo de trabajo en el que la cantidad de dinero que uno hace depende de la cantidad de sudor que echa, sabría más acerca de lo que realmente valen las leyes. Seguro, esos delfines están protegidos. Pero esa ley no fue hecha para impedirle a Quint que atrapase uno o dos para usarlos como cebo. Fue hecha para impedir que los pesquen comercialmente, para impedir que haya locos que les peguen tiros por deporte. Así que le diré una cosa, Hooper: puede usted gemir y protestar todo lo que quiera, pero no le diga a Quint que no puede atrapar unos pocos peces que le ayuden a seguir viviendo.

—Mire, Quint, de lo que se trata es de que esos delfines están en peligro de ser extinguidos, aniquilados. Y lo que usted hace acelera ese proceso.

—¡No me venga con imbecilidades! Dígales a los barcos atuneros que dejen de atrapar delfines en sus redes. Dígales a los balleneros japoneses que dejen de arponearlos. Le dirán que se vaya a joder a la Luna. Tienen bocas que alimentar. Bueno, yo también, la mía.

—Comprendo su idea —le contestó Hooper—. Es más o menos que uno tiene que usar las cosas mientras pueda, y que después, cuando ya no quede

nada, bueno, pues entonces se comienza a agarrar otra cosa. ¡Es una estupidez!

—No se pase de la raya, hijo —exclamó Quint. Su voz era átona, sin inflexión, y miraba directamente a Hooper en los ojos.

—¿Cómo?

—Que no siga llamándome estúpido.

Hooper no había intentado ofender y se sorprendió al ver que se había molestado.

—Por Dios, no quería decir eso. Lo que estoy diciendo...

En su asiento, entre los dos hombres, Brody decidió que ya era hora de detener la discusión...

—Dejemos ya eso, Hooper, ¿quiere? —intervino—. No estamos aquí para oír una conferencia sobre ecología.

—¿Qué es lo que usted sabe sobre ecología, Brody? —le contestó Hooper—. Seguro que para usted lo único que significa es que alguien le dice que no puede quemar hojas en su patio de atrás.

—Escuche, no necesito ninguna de sus tonterías de dos al cuarto, de niño rico.

—¡Así que es eso! Tonterías de niño rico. Eso del niño rico le resulta insoportable, ¿no?

—¡Escúcheme, maldito sea! Estamos aquí para impedir que un pez siga matando gente, y si usando un delfín logramos salvar Dios sabe cuántas vidas, a mí me parece bastante bueno.

Hooper hizo una mueca y le recalcó a Brody:

—Así que ahora es usted un experto en salvar vidas, ¿verdad? Muy bien, veamos: ¿Cuántas se hubieran salvado si hubiera cerrado las playas después de que...?

Brody estaba en pie moviéndose hacia Hooper antes de que conscientemente supiera que se había levantado de la silla.

—¡Cierre la boca! —le gritó. Sin pensarlo, dejó caer su mano derecha hacia la cadera. Se quedó helado al no encontrar ninguna pistola en su costado, aterrorizado al darse cuenta de que, si hubiera tenido una pistola, quizá la hubiera usado. Se quedó mirando a Hooper, que le devolvió una mirada cargada de odio.

Una risa seca y corta de Quint rompió el hilo de la tensión.

—Qué par de tontos del culo —afirmó—. Había visto venir esto desde que subieron a bordo esta mañana.

Doce

El segundo día de la persecución fue tan de calma chicha como el primero. Cuando salieron del muelle a las seis de la mañana, soplaba una suave brisa del suroeste, que prometía refrescar el día. El paso frente a la punta de Montauk fue agitado, pero hacia las diez la brisa había muerto, y la embarcación estaba inmóvil en el mar cristalino, como un vaso de papel en un charco. No había nubes, pero el sol era amortiguado por una espesa neblina Mientras iba hacia el muelle, Brody escuchó por la radio que la polución en la ciudad de Nueva York había alcanzado un estado crítico... algo acerca de una inversión del aire. La gente estaba cayendo enferma, y aquéllos que ya estaban malos, o eran muy viejos, morían en algunos casos.

Aquel día, Brody se había vestido más sensatamente. Llevaba una camisa blanca de manga corta y cuello alto, pantalones finos de algodón, calcetines blancos y zapatillas. Se había llevado un libro para pasar el tiempo, una novela policíaca sexy que le había prestado Hendricks y cuyo título era La virgen mortífera.

Brody no quería tener que pasar el rato conversando, pues la conversación podría llevar a una repetición de la escena de ayer con Hooper. Le había molestado mucho, y creía que también a Hooper. Hoy, apenas si se hablaron el uno al otro, dirigiendo la mayor parte de sus comentarios a Quint. Brody no se fiaba mucho de sus posibilidades de mostrarse educado con Hooper.

Había observado que, por la mañana, Quint estaba en silencio: cerrado en sí mismo y reservado. Había que arrancarle las palabras. Pero, a medida que pasaba el día, iba tomando confianza y se tornaba más y más locuaz. Por ejemplo, mientras salían del muelle aquella mañana, Brody le había preguntado a Quint cómo sabía qué lugar elegir para esperar al pez.

—No —le había respondido Quint.

—¿No lo sabe?

Quint movió su cabeza de izquierda a derecha, y luego al revés.

—Entonces, ¿cómo escoge un lugar?

—Escojo uno.

—¿Y qué es lo que busca en él?

—Nada.

—¿No se guía por la marea?

—Bueno, sí.

—¿Importa si el agua es profunda o no?

—Algo.

—¿Hasta qué punto?

Por un instante, Brody pensó que Quint iba a rehusar contestarle. Miraba directamente frente a él, con la vista clavada en el horizonte. Luego dijo, como si efectuara un esfuerzo supremo:

—Los peces grandes como ése probablemente no se metan en aguas poco profundas. Pero uno nunca sabe.

Brody se dio cuenta de que debía abandonar la conversación, y dejar a Quint en paz, pero estaba interesado, así que le hizo otra pregunta:

—Si encontramos a ese pez, o él nos encuentra a nosotros, habremos tenido mucha suerte, ¿no?

—Algo así.

—Es como hallar una aguja en un pajar.

—No tanto.

—¿Por qué no?

—Si la marea va bien, podemos hacer una mancha que se extienda quince kilómetros o más al final del día.

—¿No hubiera sido mejor si hubiéramos pasado la noche por aquí?

—¿Para qué? —respondió Quint.

—Para seguir haciendo la mancha. Si la podemos extender quince kilómetros en un día, podríamos llegar hasta más de treinta quedándonos toda la noche.

—Si la mancha se hace muy grande, no sirve de nada.

—¿Por qué?

—Se hace confusa. Si uno se quedase aquí todo un mes podría cubrir entero el maldito océano. Eso no tendría mucho sentido.

Quint sonrió, aparentemente ante la idea de una mancha de cebo cubriendo todo el océano.

Brody lo dejó correr, y se puso a leer La virgen mortífera. Hacia el mediodía, Quint se había abierto. Los sedales llevaban en la mancha más de cuatro horas. Aunque nadie le había asignado específicamente aquella tarea, Hooper había tomado el cazo de la carnaza tan pronto como empezaron a derivar, y ahora estaba sentado a popa, metiéndolo y vertiendo su contenido metódicamente. Hacia las diez, un pez había picado en el sedal de estribor, causando algunos segundos de excitación. Pero resultó ser un bonito de dos kilos que apenas si podía abrir la boca lo bastante como para tragarse el anzuelo. A las diez y media, un pequeño tiburón azul picó en el sedal de babor. Brody lo acercó recogiendo hilo, Quint lo engarfió, le abrió la barriga y lo soltó. El tiburón mordisqueó débilmente algunos trozos de sí mismo, y luego se hundió en las profundidades. No aparecieron otros tiburones a comérselo.

Un poco después de las once, Quint divisó la aserrada aleta dorsal de un pez espada acercándose a ellos por entre la mancha. Esperaron en silencio, suplicando al pez que mordiese el anzuelo, pero ignoró ambos calamares y pasó sin rumbo a sesenta metros de la popa. Quint dio unos tirones a uno de los cebos, sacudiendo el sedal para hacer que el calamar se moviese y pareciese vivo... pero el pez espada no se mostró impresionado. Finalmente, Quint decidió arponearlo. Puso en marcha el motor, le dijo a Brody y Hooper que recogiesen los sedales, y condujo la lancha en un amplio círculo. Ya estaba preparado uno de los arpones, y sobre cubierta se veía el barril correspondiente. Quint explicó el método de ataque: Hooper guiaría la lancha. Quint se colocaría en la plataforma de proa, aguantando el arpón sobre su hombro derecho. Cuando se acercase al pez, Quint apuntaría con el arpón hacia la izquierda o a la derecha, dependiendo de la dirección en que quisiese que girase la embarcación. Hooper la haría girar hasta que el arpón estuviese de nuevo apuntado recto hacia adelante. Era como seguir la aguja de un compás. Si todo iba bien, podrían acercarse al pez y Quint lanzaría el arpón, a una distancia de unos tres metros y medio, casi verticalmente. Brody estaría junto al barril, asegurándose de que el cable salía bien mientras el pez se hundía en las aguas.

Todo fue bien hasta el último momento. Marchando lentamente, con el ruido del motor apenas un murmullo, la embarcación se acercó al pez, que estaba descansando en la superficie. La lancha tenía un timón muy sensible, y Hooper podía seguir con precisión las órdenes de Quint. Pero entonces, de alguna forma, el pez notó la presencia de la lancha. Justo cuando Quint alzaba el brazo para lanzar el hierro, el pez se abalanzó hacia delante, alzó la cola y se hundió en las profundidades. Quint hizo el lanzamiento, gritando: "¡Carajo!", y falló por un par de metros.

Momentos después volvían a estar de nuevo al borde de la mancha.

—Me preguntó usted ayer si teníamos muchos días como éste —le dijo Quint a Brody—. No sucede muy a menudo que haya dos seguidos. Ya deberíamos haber encontrado al menos un montón de tiburones azules.

—¿Es por el tiempo?

—Podría ser. Al menos a la gente la pone de bastante mal humor. Tal vez también a los peces.

Comieron sándwiches y cerveza, y, cuando hubieron terminado, Quint comprobó su carabina para ver si estaba cargada. Luego, se metió en el camarote y regresó con un aparato que Brody jamás había visto.

—¿Tiene aún su lata de cerveza? —preguntó Quint.

—Por supuesto —le respondió Brody—. ¿Para qué la quiere?

—Ya lo verá —el aparato parecía una granada de las de mango: un cilindro metálico con un mango de madera en el extremo. Quint metió la lata de cerveza en el cilindro, lo giró hasta que se oyó un clic y sacó un cartucho de Bruco calibre 22 del bolsillo de su camisa. Metió el cartucho en un pequeño agujero en la base del cilindro, y luego giró el mango hasta que se oyó otro clic. Entregó el artefacto a Brody—. ¿Ve esta palanquita de aquí? —indicó, señalando la parte superior del mango—. Apunte este trasto al cielo, y cuando se lo diga apriete esa palanca.

Quint tomó la M-1, sacó el seguro, se llevó la carabina hombro y dijo:

—Ahora.

Brody apretó la palanquita. Se oyó una detonación alta y fuerte, hubo un leve retroceso, y la lata de cerveza salió disparada hacia lo alto. Giraba sobre sí misma, y a la brillante luz del sol lanzaba destellos como un fuego de artificio. En lo alto de su trayectoria, en el instante en que quedó colgada en el aire, Quint disparó. Apuntó bajo, para alcanzar la lata mientras comenzaba a caer, y le dio en la parte inferior. Se oyó un fuerte bang y la lata fue lanzada hacia atrás, hasta llegar al agua. No se hundió inmediatamente, sino que flotó oblicuamente, cabeceando en la superficie.

—¿Quiere probar? —ofreció Quint.

—Ya lo creo —dijo Brody.

—Recuerde que debe tratar de apuntar a la lata justo en el momento en que llega arriba y luego seguirla un poco adelantado. Si trata de darle mientras sube o mientras baja, tendrá que adelantarse mucho, y es bastante difícil. Si falla, baje un poco más, adelántela de nuevo y pruebe otra vez.

Brody cambió el lanzador por la M-1 y se situó junto a la borda. Tan pronto como Quint hubo vuelto a cargar el lanzador, Brody le gritó:

—¡Ahora! —y Quint lanzó la lata. Brody disparó una vez. Nada. Lo intentó de nuevo en la parte superior de arco. Nada. Y se adelantó demasiado mientras caía—. Muchacho, no es difícil ni nada.

—Cuesta un poco acostumbrarse —le explicó Quint—. Mire a ver si le puede dar ahora.

La lata flotaba vertical en las tranquilas aguas, a quince o veinte metros de la lancha. La mitad quedaba expuesta sobre la superficie. Brody apuntó, esta vez conscientemente un poco bajo y tiró del gatillo. Hubo un plop metálico cuando la bala golpeó la lata en la línea de flotación. Se hundió.

—¿Hooper? —preguntó Quint—. Aún queda una lata, y siempre podemos beber más cerveza.

—No, gracias —negó Hooper.

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno. Simplemente, no quiero disparar.

Quint sonrió.

—¿Le preocupan las latas en el mar? Desde luego, estamos tirando mucho latón al océano. Probablemente, se oxida y se hunde hasta el fondo, ensuciándolo todo allá abajo.

—No es eso —contestó Hooper, teniendo mucho cuidado en no picar en el anzuelo de Quint—. No pasa nada. Simplemente, no tengo ganas.

—¿Tiene miedo a las armas?

—¿Miedo? No.

—¿Alguna vez ha disparado con una?

Brody se sentía fascinado al ver cómo Quint presionaba, y cómo Hooper sufría, pero no sabía por qué lo estaba haciendo Quint. Tal vez se pusiese de mal humor cuando estaba aburrido y no pescaba nada.

Hooper tampoco sabía por qué lo estaba haciendo Quint, pero no le gustaba. Le parecía como si se estuviera preparando para darle un puñetazo.

—Naturalmente —contestó—. He disparado antes.

—¿Dónde? ¿En el servicio?

—No. Yo...

—¿Hizo el servicio?

—No.

—Ya me parecía a mí.

—¿Qué diablos pretende insinuar con todo eso, Quint?

—Diablos, apostaría a que incluso es usted virgen.

Brody miró al rostro de Hooper para ver qué respondía, y durante un instante sorprendió a Hooper mirándole a él.

Luego, Hooper apartó la vista, y su rostro comenzó a enrojecer.

—¿Qué es lo que quiere, Quint? —preguntó—. ¿A dónde quiere llegar?

Quint se recostó en su silla y sonrió.

—No quiero nada —explicó—. Sólo estoy intentado llevar a cabo una pequeña conversación amistosa, para pasar el tiempo. ¿Le importaría darme su lata de cerveza cuando haya terminado? Quizá a Brody le guste probar otra vez.

—No, no me importará —le contestó Hooper—. Pero no me moleste más, ¿quiere?

Durante la hora siguiente, permanecieron en silencio, Brody dormitaba en la silla de pescar, con un sombrero cubriéndole la cara, para protegerla del sol. Hooper estaba sentado a popa, echando carnaza y agitando ocasionalmente la cabeza para mantenerse despierto. Y Quint se hallaba sentado en el puente, contemplando la mancha y con su gorra del cuerpo de Infantería de Marina echada hacia atrás.

Repentinamente, Quint dijo con una voz suave, átona, como sin darle importancia:

—Tenemos un visitante.

Brody se despertó con un sobresalto. Hooper se puso en pie. El sedal de estribor estaba desenrollándose, con suavidad y muy de prisa.

—Tome la caña —indicó Quint. Se quitó la gorra y la dejó caer sobre el banco.

Brody tomó la caña del soporte, la colocó entre sus piernas y la sujetó fuerte.

—Cuando se lo diga —le explicó Quint—, ponga ese freno y dele un buen golpe.

El sedal dejó de correr. Quint exclamó:

—Espere. Está volviendo. Empezará de nuevo. No debemos hacerlo ahora o romperá el anzuelo.

Pero el sedal yacía muerto en el agua flojo y sin moverse. Tras algunos instantes, Quint exclamó:

—¡Maldita sea! Recójalo.

Brody fue enrollando el sedal. Salía con facilidad, demasiada facilidad. No había ni quiera la débil resistencia del cebo.

—Aguante el sedal con un par de dedos o se enmarañará —le aconsejó Quint—. Fuera lo que fuese, se nos ha llevado el cebo limpiamente. Debe de haber cortado el sedal.

El extremo salió del agua y colgó de la punta de la caña. No había ni anzuelo ni cebo, ni sedal de unión. El alambre había sido cortado limpiamente. Quint bajó del puente y lo miró. Palpó el extremo, hizo correr las yemas de sus dedos sobre los bordes del corte, y miró hacia la mancha.

—Creo que acabamos de encontrarnos con su amigo —dijo.

—¿Cómo? —se sobresaltó Brody.

Hooper se acercó de un salto y dijo excitado:

—Debe de estar usted bromeando. Sería demasiado maravilloso.

—Es sólo una suposición —explicó Quint—. Pero apostaría cualquier cosa a que tengo razón. Este alambre ha sido cortado de un mordisco. De una sola vez. Sin dudas, No hay más marcas en él. Probablemente, el pez ni supo que lo tenía en la boca. Simplemente se tragó el cebo, cerró la boca, y ya está.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Brody.

—Esperamos a ver si pica en el otro, o si sale a la superficie.

—¿Utilizamos el delfín?

—Cuando sepa que es él —replicó Quint—. Cuando le de una ojeada y vea que la bestia es lo bastante grande como para merecer la pena. Entonces, le daré el delfín, esos peces son máquinas de comer basura, y no quiero malgastar un cebo de primera en algún pequeñajo sin importancia.

Esperaron. No hubo movimiento alguno en la superficie del agua. Ningún pez se zambulló, ningún pez saltó. El único sonido era el plop líquido de la carnaza que Hooper echaba por la borda. Luego, el sedal de babor comenzó a correr.

—Déjelo en el soporte —indicó Quint—. No vale la pena prepararse si también va a cortar éste.

La adrenalina estaba circulando por el cuerpo de Brody. Estaba excitado y temeroso al mismo tiempo, asombrado al pensar en lo que estaba nadando bajo ellos, un ser cuya fuerza no podía ni imaginarse. Hooper se hallaba en pie junto al costado de babor, con la vista fija en el sedal que corría.

El sedal se detuvo y cayó flojo.

—Mierda —exclamó Quint—. Lo ha vuelto a hacer.

Sacó la caña del soporte y comenzó a rebobinar. El trozo cortado fue subido a bordo, y era exacto al otro.

—Le daremos otra oportunidad —dijo Quint—, y pondré una unidad más dura. Y no es que espere que esto le detenga, si es el pez que me imagino.

Metió la mano en la nevera portátil para tomar otro cebo, quitándole el sedal de unión de alambre. De un armario del puente de mando tomó un trozo de un metro veinte de cadena de un centímetro de grosor.

—Eso parece una cadena de perro —comentó Brody.

—Lo era —afirmó Quint. Ató un extremo de la cadena al sedal y el otro al ojo del anzuelo cebado.

—¿Puede romper eso?

—Me imagino que sí. Quizá tarde un poco más, pero, si quiere, lo hará. Lo que estoy tratando de hacer es llamarle un poco la atención y atraerlo a la superficie.

—¿Qué haremos si esto no funciona?

—Aún no lo sé. Supongo que podríamos poner un anzuelo para tiburones de diez centímetros al extremo de una cadena bien resistente y dejarlo caer por la borda con un buen puñado de cebo en él. Pero arrancaría cualquiera de las estaquillas que hay a bordo, y hasta que lo vea no voy a correr el riesgo de enrollar una cadena alrededor de algo importante. —Quint lanzó el anzuelo cebado al agua y soltó unos pocos metros de sedal—. Ven de una vez, so marica. Deja que te demos una ojeada.

Los tres hombres contemplaban el sedal de estribor. Hooper se inclinó, llenó el cazo de carnaza y lo tiró a la mancha. Vio algo con el rabillo del ojo y se volvió hacia la izquierda. Lo que divisó le arrancó un gruñido profundo, ininteligible, pero suficiente para atraer la atención de los otros dos.

—¡Dios mío! —escupió Brody.

A no más de tres metros de la popa, ligeramente a estribor, se veía el morro cónico y plano del tiburón. Salía del agua más de medio metro. La parte superior de la cabeza era de un gris ceniciento, en el que se veían dos ojos negros. A cada lado del extremo del morro, donde el gris se convertía en blanco cremoso, estaban los orificios nasales: profundos tajos en su piel acorazada. La boca estaba abierta menos de la mitad, una oscura y tenebrosa caverna guardada por grandes dientes triangulares.

El pez y los hombres se enfrentaron durante quizá diez segundos. Luego, Quint aulló:

—¡Traigan un hierro! —y, obedeciéndose a sí mismo, corrió hacia proa y comenzó a luchar con un arpón. Brody tendió la mano hacia el rifle. Justo entonces, el pez se deslizó tranquilamente hacia atrás, hundiéndose en el agua. La larga cola en media luna dio un solo golpe (Brody disparó contra ella y falló) y el pez desapareció.

—Se ha ido —exclamó Brody.

—¡Fantástico! —gritó Hooper—. Ese pez es tal como pensé. Y más. ¡Es fantástico! Esa cabeza debe de tener un metro veinte de ancho.

—Podría ser —aceptó Quint, caminando hacia popa. Dejó allí dos arpones, dos barriles y dos rollos de soga —Por si vuelve.

—¿Ha visto alguna vez un pez como ése, Quint? —preguntó Hooper. Tenía los ojos brillantes y se sentía vibrante y muy animado.

—No tan grande —le contestó Quint.

—¿Qué longitud diría usted que tiene?

—Es difícil decirlo. Seis metros. Tal vez más. No lo sé. Con esos bichos, ya no importa mucho cuando pasan del metro ochenta. Una vez que llegan al metro ochenta, ya son un problema. Y ese hijo de puta es un gran problema.

—Dios, espero que vuelva —dijo Hooper.

Brody notó un escalofrío, y se estremeció.

—Fue muy extraño —afirmó, agitando la cabeza—. Parecía que estaba sonriendo.

—Ese es el aspecto que tienen cuando llevan la boca abierta —le explicó Quint—. No lo convierta en más de lo que es. No pasa de ser un estúpido cubo de basura.

—¿Cómo puede usted decir eso? —se indignó Hooper—. Ese pez es una belleza. Es el tipo de cosa que le hace a uno creer en Dios. Le demuestra a uno lo que puede hacer la Naturaleza cuando se empeña en lograr una cosa.

—Y una gran mierda —le respondió Quint, y subió la escalerilla al puente.

—¿Va a usar el delfín? —preguntó Brody.

—No es necesario. Ya hemos hecho que salga a la superficie en una ocasión. Volverá.

Mientras hablaba Quint, un sonido tras Hooper lo hizo volverse. Era un sonido siseante, un susurro líquido.

—Miren —gritó Quint.

Dirigiéndose directamente hacia la lancha, a nueve metros de distancia, se veía una aleta dorsal triangular de más de treinta centímetros de alto, hendiendo el agua y dejando una estela ondeante. Iba seguida por una tremenda cola que palmeaba hacia la derecha y la izquierda en rápida cadencia.

—¡Está atacando la lancha! —aulló Brody. Involuntariamente, se echó hacia atrás en el asiento de la silla de pescar e hizo ademán de sacar su pistola.

Quint bajó del puente, maldiciendo:

—Nada de jodidos avisos esta vez —exclamó—. Denme un hierro.

El pez estaba ya casi sobre la lancha. Alzó su cabeza plana, miró con aire ausente a Hooper con uno de sus ojos negros, y pasó bajo la embarcación. Quint alzó el arpón y regresó al lado de babor. El mango del arpón chocó con la silla de pesca, y se le salió la punta, cayendo sobre la cubierta.

—¡Carajo! —gritó Quint—. ¿Sigue aún ahí?

Se inclinó, agarró la punta y la volvió a meter en el extremo del mango.

—¡Por su lado, por su lado! —aulló Hooper—. Ya ha pasado por este costado.

Quint se volvió justo a tiempo para ver la silueta marrón grisácea del pez mientras se alejaba de la lancha y comenzaba a sumergirse. Dejó caer el arpón y, lleno de rabia, asió el rifle y vació el cargador en el agua, tras el tiburón.

—¡Infeliz! —le gritó—. Dame un poco de tiempo la próxima vez. —Luego, dejó el rifle y se echó a reír—. Supongo que debería estar agradecido —exclamó—. Al menos, no atacó a la lancha. —Miró a Brody y le dijo—: Le ha dado a usted un buen susto.

—Y bastante —reconoció Brody. Agitó la cabeza, como para ordenar sus pensamientos y apartar sus visiones—. Aún no estoy muy seguro de creérmelo.

Su mente estaba repleta de imágenes de una silueta de torpedo subiendo en la oscuridad y haciendo pedazos a Christine Watkins, del chico en el colchón, sin saber nada, sin sospechar nada, hasta que había sido atrapado repentinamente por un ser de pesadilla; y de los horribles sueños que sabía que tendría, sueños de violencia y sangre, y de una mujer gritándole que le había matado al hijo.

—No pueden decirme que eso es un pez —afirmó—. Se parece más a uno de esos bichos que salen en las películas. Ya saben, el monstruo de tiempos remotos.

—Es un pez, no cabe duda —intervino Hooper. Aún estaba visiblemente excitado—. ¡Y qué pez! Casi se parece al megalodon.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Brody.

—Es una exageración, claro —aceptó Hooper—. Pero, si algo así va nadando por ahí, ¿quién se atreve a decir que no lo esté haciendo también el megalodon? ¿Usted qué opina, Quint?

—Yo diría que le ha hecho daño el sol —le contestó Quint.

—No, le hablo en serio. ¿Hasta qué tamaño cree que crecen esos peces?

—No soy muy bueno imaginando cosas. Diría que ese pez tiene seis metros, así que me atrevería a afirmar que crecen hasta los seis metros. Si mañana veo uno que tiene siete metros y medio, diré que crecen hasta siete metros y medio. Imaginar cosas es una pura estupidez.

—¿Cuánto dicen que crecen? —preguntó Brody, deseando inmediatamente no haber dicho nada. Notaba que la pregunta lo subordinaba a Hooper.

Pero Hooper estaba demasiado inmerso en el momento, demasiado emocionado y feliz, para mostrarse superior.

—Eso es lo interesante —le explicó—, que nadie lo sabe. Hubo uno en Australia que se enredó en unas cadenas y murió. Lo midieron, y según los informes, tenía casi once metros.

—Eso es casi el doble que éste —dijo Brody. Su mente, que apenas si podía digerir la idea del que había visto, no podía aferrar la inmensidad de aquél que Hooper describía.

Hooper asintió.

—Generalmente, la gente parece aceptar los nueve metros como tamaño máximo, pero ese número es una pura entelequia. Es como dice Quint: si mañana ven uno que tiene 18 metros, aceptarán los 18 metros. Lo realmente

asombroso, la cosa que le hace poner febril a uno, es imaginar... y podría ser verdad, que haya gigantes blancos muy abajo, en las profundidades, que tengan 30 metros de largo.

—Mierda —intervino Quint.

—No digo que sea cierto —le indicó Hooper—. Lo que digo es que podría ser.

—Y yo sigo diciendo que es una mierda.

—Quizá. Y quizá no. Mire, el nombre latino de ese pez es Carcharodon carcharias, ¿de acuerdo? El antepasado más próximo que le podemos hallar es algo llamado Carcharodon megalodon, un pez que existió quizá hace treinta o cuarenta mil años. Tenemos dientes fósiles del megalodon. Tienen quince centímetros de largo. Eso nos dice que el pez debía tener entre 24 y 30 metros de largo. Y los dientes son exactamente iguales a los que se ven en los gigantes blancos de hoy. A lo que quiero llegar es a que supongamos por un momento que los dos peces sean realmente de la misma especie. ¿Por qué decimos que el megalodon está extinto? ¿Por qué debería estarlo? No será por falta de alimento. Si hay bastante comida ahí abajo para mantener a las ballenas, hay también la suficiente para mantener a los tiburones de ese tamaño. Que nunca hayamos visto a un blanco de 30 metros no quiere decir que no pueda existir. No tienen razón alguna para salir a la superficie. Todo su alimento debe de estar en las profundidades. Y uno muerto no flotaría hasta la orilla, porque no tienen vejigas de flotación. ¿Se imagina el aspecto que tendría un tiburón blanco de 30 metros de largo? ¿Se imaginan lo que podría hacer, la potencia que tendría?

—Prefiero no imaginármelo —le contestó Brody.

—Sería como una locomotora con una boca llena de cuchillos de carnicero.

—¿Está usted diciendo que ése es sólo un bebé? —Brody estaba comenzando a sentirse solitario y vulnerable. Un tiburón tan grande como el que Hooper estaba describiendo podría hacer astillas aquella lancha.

—No, este pez es un adulto —le contestó Hooper—. Estoy seguro. Pero pasa como con la gente, algunas personas tienen un metro y medio de alto, otras llegan a los dos metros. Muchacho, lo que daría por poder ver un megalodon grande.

—Está usted loco —afirmó Brody.

—No, hombre, piense en ello. Sería como encontrar al abominable hombre de las nieves.

—Hey, Hooper —intervino Quint—. ¿Cree que puede dejarse de cuentos

de hadas y comenzar a tirar carnaza al mar? Me gustaría atrapar un pez.

—Por supuesto —le contestó Hooper. Volvió a su lugar en popa y comenzó a tirar desperdicios al agua.

—¿Cree que volverá? —preguntó Brody.

—No lo sé —le contestó Quint—. Uno nunca sabe lo que van a hacer esas bestias. —Sacó un bloc de notas y un lápiz del bolsillo. Extendió el brazo izquierdo y apuntó con él hacia la costa. Cerró el ojo derecho y miró a lo largo del dedo índice de su mano izquierda, tras lo que escribió algo en el bloc. Movió su mano unos cinco centímetros hacia la izquierda, miró de nuevo y tomó otra nota. Anticipando una pregunta de Brody, explicó—: Estoy tomando marcaciones. Quiero saber dónde estamos para que, si no aparece durante el resto del día, sepamos dónde venir mañana.

Brody miró hacia la costa. Aún haciendo pantalla sobre sus ojos y forzando la vista, lo único que podía ver era una confusa línea verde de tierra.

—¿En qué se está fijando?

—En el faro de la punta y la torre de agua del pueblo. Se alinean de formas distintas según donde uno esté.

—¿Puede verlos? —Brody forzó de nuevo la vista, pero no divisó nada más diferenciado que alguna irregularidad en la línea.

—Naturalmente. Usted también lo podría hacer si llevara treinta años saliendo al mar.

Hooper sonrió e inquirió:

—¿Cree realmente que el pez se quedará en un sitio?

—No lo sé —replicó Quint—. Pero aquí es donde lo hemos encontrado esta vez, y no lo hemos hallado en ninguna otra parte.

—Desde luego, el bicho éste no se aparta de Amity —comentó Brody.

—Es porque aquí ha encontrado comida —le explicó Hooper. No había ironía en su voz ni intención de herir. Pero el comentario era como una aguja que se clavaba en el cerebro de Brody.

Esperaron tres horas más pero el tiburón no regresó. Fue disminuyendo la marea por lo que la mancha se extendió aún con más lentitud.

Un poco después de las cinco, Quint exclamó:

—Vale más que volvamos a tierra. Esto le haría perder la paciencia a un santo.

—¿A dónde cree que fue? —preguntó Brody. Su pregunta era retórica. Sabía que no había respuesta.

—A cualquier sitio —contestó Quint—. Cuando uno los busca, jamás están cerca. Sólo aparecen cuando uno no los desea y no los espera. Esos jodidos siempre llevan la contraria.

—¿Y no cree que deberíamos pasar aquí la noche, para mantener la mancha?

—No. Como ya dije, si se hace demasiado grande no sirve para nada. Además, no tenemos comida para nosotros y, en último lugar, pero no lo menos importante, usted no me paga por una jornada de veinticuatro horas.

—Si lograse el dinero, ¿lo haría?

Quint pensó un instante.

—No. No obstante, la idea es tentadora, pero no creo que haya muchas posibilidades de que ocurriese algo durante la noche. La mancha se haría grande y confusa, y aunque saliese a nuestro costado y nos mirase, no sabríamos que estaba allí a menos de que nos diese un mordisco. Así que sería cobrarle dinero sólo por dejarle dormir a bordo. Pero no lo haría, por dos razones. En primer lugar, si la mancha se hiciera demasiado grande, nos estropearía la búsqueda del día siguiente. En segundo lugar, me gusta llevar la lancha a tierra por la noche.

—Me parece que le comprendo —le contestó Brody—. Además, su esposa también debe de preferir tenerlo en casa.

Quint replicó secamente:

—No tengo esposa.

—Oh. Lo lamento.

—No tiene por qué. Jamás vi la necesidad de tenerla.

Quint se volvió y subió la escalerilla que llevaba al puente.

Ellen estaba preparando la cena de los chicos cuando sonó el timbre. Sus hijos estaban mirando la televisión en la sala de estar, y les gritó:

—¿Querría alguien ir a abrir la puerta, por favor?

Oyó abrirse la puerta, un breve intercambio de palabras y, un instante más tarde, vio a Larry Vaughan en el hueco de la puerta de la cocina. Hacía menos de dos semanas que lo había visto por última vez y, sin embargo, el cambio en su apariencia era tan asombroso, que no pudo evitar quedarse mirándolo. Como siempre, iba vestido impecablemente: un blasier azul de dos

botones, camisa blanca, pantalones grises y unos zapatos Gucci. Era su rostro lo que había cambiado. Había perdido peso y, como mucha gente a la que no le sobre grasa en el cuerpo, a Vaughan se le veía la pérdida en el rostro. Sus ojos se habían hundido en las órbitas, y a Ellen le pareció que su color era más claro de lo normal, un gris pastoso. También su tez tenía un tono gris, y parecía colgar de las mejillas. Sus labios estaban húmedos, y pasaba la lengua por ellos cada pocos segundos.

Turbada cuando se dio cuenta de la forma en que la estaba mirando, Ellen bajó la vista y dijo:

—Hola, Larry.

—Hola, Ellen. He pasado un momento para... —Vaughan retrocedió unos pasos y atisbo hacia la sala de estar—. En primer lugar, ¿qué te parecería si me dieses un trago?

—Naturalmente. Ya sabes dónde está todo. Prepáratelo tú mismo. Lo haría yo, pero tengo las manos sucias del pollo.

—No te preocupes. Puedo arreglármelas por mí mismo. —Vaughan abrió el armario donde guardaban los licores, sacó una botella y se sirvió todo un vaso de gin—. Como había empezado a decir, he pasado un momento para decirte adiós.

Ellen dejó de colocar trozos de pollo en la sartén y preguntó:

—¿Te vas? ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizá para siempre. Aquí ya no hay nada que me retenga.

—Pero, ¿y tu negocio?

—Acabado. O pronto lo estará.

—¿Qué quieres decir con eso de acabado? Un negocio no se acaba así como así.

—No, pero ya no será mío. Lo poco que quede pertenecerá a mis... socios —escupió la palabra y luego, como para limpiarse la boca de un residuo repugnante, tomó un largo sorbo de gin—. ¿Te ha hablado Martin de nuestra conversación?

—Sí —Ellen bajó la vista a la sartén y movió el pollo.

—Supongo que ya no debes de tener muy buena opinión de mí.

—No me corresponde a mí juzgarte, Larry.

—Jamás deseé hacerle daño a nadie. Espero que creas eso.

—Lo creo. ¿Qué es lo que sabe Eleanor?

—Mi pobre esposa no sabe nada. Si puedo, deseo evitárselo. Es una de las razones por las que quiero irme de aquí. Ella me ama, ya lo sabes, y no soportaría que ese amor se acabase... en uno u otro. —Vaughan se apoyó contra el fregadero—. ¿Sabes una cosa? A veces pienso, y es algo que he pensado bastantes veces a lo largo de los años, que tú y yo hubiéramos sido una pareja maravillosa.

Ellen enrojeció.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres de buena familia. Que conoces a toda la gente que yo tuve que luchar mucho por conocer. Nos hubiéramos complementado perfectamente, y nos hubiéramos ajustado muy bien a Amity. Eres encantadora, buena y fuerte. Hubieras sido una verdadera ayuda para mí. Y creo que yo te hubiera podido dar una vida que te hubiera encantado.

Ella sonrió.

—No soy tan fuerte como piensas, Larry. No sé qué clase de... ayuda hubiera sido.

—No te disminuyas a ti misma. Sólo espero que Martin aprecie el tesoro que tiene. —Vaughan terminó su vaso y lo dejó en el fregadero—. De todos modos, no sirve de nada soñar. —Atravesó la cocina, puso la mano en el hombro de Ellen y la besó en la frente—. Adiós, querida. Piensa en mí de vez en cuando.

Ellen lo miró.

—Lo haré —le besó en la mejilla—. ¿Adónde vais a ir?

—No lo sé. Quizá a Vermont, o New Hampshire. Tal vez venda terrenos a los aficionados al esquí. ¿Quién sabe? Incluso puedo dedicarme yo mismo a ese deporte.

—¿Se lo has dicho a Eleanor?

—Le dije que quizá nos mudásemos. Ella sonrió y me contestó: “Lo que tú quieras.”

—¿Os iréis pronto?

—Tan pronto como hable con mis abogados acerca de mis... responsabilidades.

—Envíanos una postal para saber dónde estáis.

—Lo haré. Adiós.

Vaughan salió de la habitación, y Ellen oyó la mosquitera cerrarse tras él.

Cuando hubo servido la cena a los chicos, Ellen subió a su dormitorio y se sentó en la cama. "Una vida que te hubiera encantado", había dicho Vaughan. ¿Cómo habría sido una vida con Larry Vaughan? Hubiera habido dinero, y aceptación social. Nunca hubiera echado de menos la vida que llevó de joven, pues jamás hubiera cesado. No hubiera sentido ansias de renovación, ni necesidad de incrementar su autoconfianza y confirmar su feminidad, ni urgencia de un flirteo con alguien como Hooper.

Pero no. La habría llevado a ello el aburrimiento, como a tantas de las mujeres que pasaban toda la semana en Amity, mientras sus esposos estaban en Nueva York. La vida con Larry Vaughan hubiera sido una vida sin reto alguno, una vida de satisfacciones sin valor alguno.

Mientras pensaba en lo que Vaughan le había dicho, comenzó a darse cuenta de la riqueza de su verdadera vida: una relación con Brody que le daba más satisfacciones que cualquiera que hubiera podido experimentar jamás con Larry Vaughan. Una amalgama de pequeños enfrentamientos y triunfos secundarios que, en total, daban como resultante algo que se parecía mucho a la alegría. Y, a medida que iba incrementándose este darse cuenta, también ocurría lo mismo con el desconsuelo por haber tardado tanto en darse cuenta de la pérdida de tiempo y de energía vital que había sido tratar de aferrarse a su pasado. Repentinamente, sintió miedo... miedo de que estuviese llegando a la sensatez demasiado tarde, de que le pudiera pasar algo a Brody antes de que pudiera disfrutar de ese nuevo estado de conciencia. Miró su reloj: las seis y veinte. Ya debería haber llegado a casa. Le ha pasado algo, pensó. Oh, Dios, por favor que no le pase nada a él.

Oyó abrirse la puerta de abajo. Saltó de la cama, corrió al pasillo y bajó a saltos las escaleras. Lanzó sus brazos alrededor del cuello de Brody y le besó con fuerza en la boca.

—Dios mío —exclamó él cuando le soltó—. Esto sí que es una bienvenida.

Trece

No va a meter esa cosa en mi lancha —afirmó Quint. Se hallaban en el muelle, bajo la creciente luz. El sol había aparecido ya por el horizonte, pero se hallaba tras una baja cortina de nubes que cubría el mar hacia el este. Un suave viento soplaba del sur. La lancha estaba dispuesta a partir. En la proa,

estaban alineados los barriles; las cañas se alzaban rectas en sus soportes, y los sedales estaban enrollados en los carretes. El motor hacía chup-chup suavemente, escupiendo burbujas cuando las pequeñas olas llegaban hasta el tubo de escape, tosiendo vapores de su combustión Diesel que se alzaban y eran dispersados por la brisa.

Al extremo del muelle, un hombre se subió a un camión de bordes bajos y puso en marcha el motor, y su vehículo comenzó a moverse lentamente a lo largo del camino de tierra. En la puerta del camión se leía: "Instituto Oceanógrafico de Woods Hole".

Quint estaba de espaldas a la lancha, enfrentándose con Brody y Hooper, que se hallaban a ambos lados de una jaula de aluminio. La jaula era de algo más de 1,80 metros de alto y otro tanto de ancho, y tenía 1,20 m de profundidad. Dentro había un tablero de control. Encima, dos tanques cilíndricos. En el suelo de la jaula había una botella de inmersión, un regulador, una boquilla, y un traje de hombre rana.

—¿Por qué no? —preguntó Hooper—. No pesa mucho, y puedo atarla donde no moleste.

—Ocupa demasiado sitio.

—Eso es lo que yo le dije —intervino Brody—, pero no quiso escucharme.

—Además, ¿qué infiernos es? —dijo Quint.

—Es una jaula contra-tiburones —explicó Hooper—. Los buceadores la usan para protegerse cuando están nadando en el océano abierto. Hice que me la enviaran desde Woods Hole... en ese camión que acaba de irse.

—¿Y qué planea hacer con ella?

—Cuando encontremos al tiburón, o cuando él nos encuentre a nosotros, quiero bajar en la jaula y tomar algunas fotos. Nadie ha sido capaz de fotografiar un pez de ese tamaño hasta ahora.

—Ni hablar de eso —exclamó Quint—. Al menos, no en mi lancha.

—¿Por qué no?

—Porque es una estupidez. Cualquier persona sensata sabe hasta dónde puede llegar. Eso va más allá.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque está más allá de la capacidad de cualquier persona. Un pez de ese tamaño podría comerse la jaula para desayunar.

—Pero, ¿lo va a hacer? Yo no lo creo. Pienso que puede darle unos golpes, incluso quizá mordisquearla, pero no me parece que vaya a intentar seriamente tratar de comérsela.

—Lo hará si ve algo tan apetitoso como usted en el interior.

—Lo dudo.

—Bueno, olvídelo.

—Mire, Quint, ésta es una oportunidad única. Y no sólo para mí. No hubiera ni pensado en hacer esto hasta ver ayer el pez. Es único, al menos en este hemisferio. Y, aunque la gente ha filmado a gigantes blancos antes, nunca nadie ha filmado un blanco de seis metros nadando en pleno océano. Nunca.

—Ha dicho que lo olvide —intervino Brody—. Así que olvídelo. Además, no quiero correr con esa responsabilidad. Estamos aquí para matar al tiburón, no para hacerle una peliculita de recuerdo.

—¿De qué responsabilidad habla? No es usted responsable de mí.

—Oh, sí. Lo soy. El pueblo de Amity paga este viaje, así que se ha de hacer lo que yo diga.

Hooper se volvió hacia Quint:

—Le pagaré.

Quint sonrió.

—¿Oh, sí? ¿Cuánto?

—Olvídelo —repitió Brody—. No me importa lo que diga Quint. Yo digo que no va a llevar esa cosa.

Hooper lo ignoró y le dijo a Quint:

—Cien dólares. En efectivo. Por adelantado, como a usted le gusta. —Metió la mano en su bolsillo trasero, buscando su cartera.

—¡He dicho que no! —exclamó Brody.

—¿Qué es lo que dice usted, Quint? Cien dólares. En efectivo. Aquí los tiene. —Contó cinco billetes de veinte y se los tendió a Quint.

—No sé —luego, Quint tomó el dinero y dijo—: Mierda, supongo que no forma parte de mi trabajo tratar de evitar que alguien se suicide, si es que así lo desea.

—Usted meta esa jaula en la lancha —le dijo Brody a Quint—, y no recibirá los cuatrocientos.

Si Hooper quiere suicidarse, pensó Brody, que lo haga pagándoselo él.

—Pues si la jaula no va —replicó Hooper—, yo tampoco.

—Que lo parta un rayo —estalló Brody—. Por lo que a mí respecta, puede quedarse aquí.

—No creo que a Quint le guste eso. ¿No es así, Quint? ¿Quiere ir a buscar ese pez usted solo con el jefe? ¿Le parece bien esa idea?

—Encontraremos a otra persona —afirmó Brody.

—Adelante —espetó Hooper—. Buena suerte.

—No puede ser —afirmó Quint—. No con tan poco plazo.

—¡Entonces, al infierno con todo! —gritó Brody—. Iremos mañana. Hooper puede regresar a Woods Hole para jugar con sus peces.

Hooper estaba irritado... mucho más irritado, de hecho, de lo que se imaginaba, pues antes de poder contenerse, había dicho:

—No es eso lo único que yo podría... Oh, dejémoslo correr.

Durante varios segundos, un tenso silencio cayó sobre los tres hombres. Brody miró a Hooper, deseando no creer lo que había oído, sin saber cuánta verdad había en aquella afirmación, y cuánto en ella no era sino una vacía amenaza. Luego, de pronto, se sintió invadido por la ira. Llegó hasta Hooper en dos pasos, agarró ambas solapas de su camisa y cruzó sus puños sobre el cuello de Hooper.

—¿Qué ha dicho?

Hooper apenas si podía respirar. Clavó sus uñas en los dedos de Brody.

—¡Nada! —gimió, ahogándose—. ¡Nada!

Trató de echarse atrás, pero Brody lo aferró con más fuerza.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—¡Le digo que nada? Estaba irritado. Lo dije por decir.

—¿Dónde estaba usted el pasado miércoles por la tarde?

—¡En ningún sitio! —las venas de las sienes de Hooper estaban palpitando—. ¡Déjeme! ¡Me ahoga!

—¿Dónde estaba? —Brody cruzó aún más los puños.

—¡En un motel! ¡Ahora, suélteme!

Brody disminuyó un poco la presión.

—¿Con quién? —dijo, rogando mentalmente: Dios, que no sea Ellen; que su coartada sea buena.

—Daisy Wicker.

—¡Mentiroso! —Brody aumentó de nuevo la presión y vio cómo comenzaban a aparecer lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué dice eso? —exclamó Hooper, luchando por liberarse.

—¡Daisy Wicker es una maldita lesbiana! ¿Qué es lo que estaba haciendo usted, cerdo?

A Hooper se le estaba nublando la mente. Los nudillos de Brody le cortaban el fluido sanguíneo al cerebro. Sus párpados se agitaron y comenzó a perder el sentido. Brody lo empujó, tirándolo contra el muelle, donde quedó sentado sorbiendo aire.

—¿Qué es lo que me responde a eso? —preguntó Brody—. ¿Es usted tan macho que puede seducir a una lesbiana?

La mente de Hooper se aclaró rápidamente y contestó:

—No. No lo averigüé hasta que... hasta que era demasiado tarde.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso insinúa que fue con usted a un motel y luego lo rechazó?

—¡Ella lo hizo! —exclamó Hooper, tratando desesperadamente de mantener el ritmo de las preguntas de Brody—. Dijo que quería... que ya era hora de probar a hacerlo de una forma normal. Pero luego no pudo llevarlo a cabo. Fue horrible.

—¡Está usted contándome un cuento de hadas!

—¡No! Puede comprobarlo usted mismo hablando con ella. —Hooper sabía que era una débil excusa. Brody podría hacer la comprobación sin más problemas. Pero era lo único que se le ocurría. Aquella tarde podía detenerse en el camino de regreso y llamar a Daisy Wicker desde una cabina telefónica suplicándole que corroborase su historia. O, simplemente, podía no regresar jamás a Amity: dirigirse hacia el norte y tomar el transbordador en Orient Point y salir del Estado antes de que Brody pudiera ver a Daisy Wicker.

—Lo comprobaré —afirmó Brody—. Puede estar seguro.

Tras él Brody oyó reír a Quint que dijo:

—Esa es la cosa más divertida que jamás oí. ¡Tratar de acostarse con una lesbiana!

Brody intentó leer el rostro de Hooper buscando algo que pudiera mostrar que era una mentira. Pero Hooper mantenía sus ojos fijos en el suelo del muelle.

—Bueno, ¿qué dice? —interrogó Quint—. ¿Salimos hoy o no? De todos modos, Brody, pienso cobrárselo.

Brody se sentía estremecido. Estuvo tentado de anular el viaje, regresar a Amity y averiguar la verdad acerca de Hooper y Ellen. Pero, suponiendo que fuera cierto lo peor, ¿qué es lo que podía hacer entonces? ¿Enfrentarse con Ellen? ¿Darle una paliza? ¿Dejarla? ¿De qué iba a servir todo esto? Necesitaba tiempo para pensar. Así que le dijo a Quint:

—Iremos.

—¿Con la jaula?

—Con la jaula. Si este estúpido quiere suicidarse, que lo haga.

—Por mí, de acuerdo —replicó Quint—. Vamos a poner en marcha este circo.

Hooper se puso en pie y caminó hacia la jaula.

—Subiré a la lancha —dijo roncamente—. Si ustedes dos pueden empujar la jaula sobre el borde del muelle o inclinarla hacia mí, luego uno subirá a la lancha conmigo, la izaremos, y la pondremos en un rincón.

Brody y Quint deslizaron la jaula sobre los tablones, y a Brody le sorprendió lo ligera que era. Incluso con el equipo de bucear del interior, no pesaba más de ochenta kilos. La inclinaron hacia Hooper, que agarró dos de las barras, y esperó hasta que Quint se reunió con él en la lancha. Los dos hombres llevaron con facilidad la jaula hasta un rincón bajo la parte saliente del puente. Hooper la aseguró con dos trozos de cuerda.

Brody saltó a bordo y dijo:

—Vamos.

—¿No se olvida usted de algo? —le dijo Quint.

—¿De qué?

—De cuatrocientos dólares.

Brody sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a Quint.

—Quint, usted morirá rico.

—Eso es lo que pretendo. Quite la amarra de popa, ¿quiere?

Quint quitó la de proa y la del centro y las tiró sobre el muelle, y cuando vio que la lancha también estaba desamarrada de popa, empujó hacia adelante la palanca del acelerador, guiando la embarcación fuera del muelle. Giró hacia la derecha y empujó la palanca a fondo, la lancha se movió con rapidez a través del mar tranquilo... junto a la Isla Hicks y Goff Point, frente a los cabos de Shagwong y Montauk. Pronto quedó tras ellos el faro de Montauk, y se hallaron navegando hacia el sur-suroeste, en el mar abierto.

Gradualmente, a medida que la lancha iba siguiendo el ritmo de las largas olas oceánicas, fue apagándose la furia de Brody. Quizá Hooper estuviese contando la verdad. Era posible. A nadie se le ocurriría nunca inventar una historia que era tan fácil de comprobar. Ellen no le había engañado nunca antes, estaba seguro de ello. Jamás había flirteado con otros hombres. Pero, se dijo a sí mismo, siempre hay una primera vez. Y, de nuevo, este pensamiento hizo que se atragantara. Se sentía celoso, injuriado, ultrajado. Saltó de la silla de pesca y subió al puente.

Quint dejó sitio en el banco para Brody y éste se sentó junto a él. Quint se echó a reír.

—Ustedes dos estuvieron a punto de tener una buena pelea allá en el muelle.

—No fue nada.

—A mí me pareció que sí. ¿Qué pasa? ¿Cree que ha estado flirteando con su esposa?

Confrontado con sus propios pensamientos, expresados de una forma tan brutal, Brody se sintió estremecido.

—A usted no le importa —replicó.

—Lo que usted diga. Pero, si quiere saber mi opinión, el otro no es bastante hombre.

—Nadie le ha preguntado nada —ansioso por cambiar de tema, Brody preguntó—: ¿Vamos de nuevo al mismo lugar?

—Al mismo lugar. Ya no falta mucho.

—¿Cuáles son las posibilidades de que el tiburón siga allí?

—¿Quién sabe? Pero es la única cosa que podemos hacer.

—Usted dijo el otro día por teléfono algo acerca de ser más listo que los peces. ¿Es el único truco? ¿Es la única clave del éxito?

—Es lo único que hay. Uno tiene que imaginarse lo que harán. Pero no cuesta mucho. Son absolutamente estúpidos.

—¿Nunca se ha encontrado con un pez astuto?

—Jamás me he encontrado ninguno.

Brody recordó el rostro sonriente y burlón que le había contemplado desde el agua.

—No sé —comentó—. Desde luego ese pez tenía cara de pocos amigos. Como si fuera un mal bicho. Como si supiera lo que estaba haciendo.

—Ese estúpido no sabe nada.

—¿Tienen diferentes personalidades?

—¿Los peces? —Quint se echó a reír—. Eso es valorarlos en más de lo que se merecen. No puede uno tratarlos como si fueran gente, aunque me imagino que algunas personas son tan tontas como los peces. No. En ciertas ocasiones hacen cosas diferentes, pero al cabo de un tiempo, uno ya sabe todo lo que pueden hacer.

—Entonces, no hay un verdadero reto. No está usted luchando con un enemigo.

—No. Al igual que no lo hace un fontanero que está tratando de desmontar un desagüe. Quizá lo maldiga y lo golpee con una llave inglesa. Pero en su interior sabe que no está luchando contra nadie. A veces me encuentro con un pez coriáceo que me da más problemas que los otros, pero entonces lo único que hago es utilizar diferentes herramientas.

—¿Hay algún pez que no pueda atrapar?

—Oh naturalmente, pero eso no significa que sean astutos o escurridizos, ni nada de eso. Sólo significa que no están hambrientos cuando uno trata de atraparlos, que son demasiado rápidos para uno, o que estás empleando un cebo equivocado.

Quint se quedó en silencio por un instante, y luego hablo de nuevo:

—En cierta ocasión —dijo—, un tiburón casi me atrapó a mí. Fue hace unos veinte años. Le había echado un garfio a un tiburón azul de buen tamaño, y entonces dio un gran tirón y me llevó de sobre la borda con él.

—¿Qué es lo que hizo usted?

—Subí otra vez a la lancha con tal rapidez que no creo que mis pies tocasen nada entre el agua y la cubierta. Tuve suerte de caer por popa, donde la borda es bastante baja y está cerca del agua. Si hubiera caído por el centro, no sé lo que hubiera hecho. De todos modos, había salido del agua antes de que el pez supiera que estaba en ella. Se hallaba demasiado ocupado tratando de soltarse el garfio.

—Supóngase que cayese con este tiburón. ¿Hay algo que pudiera hacer?

—Por supuesto: rezar. Sería como caer de un aeroplano sin paracaídas y esperar aterrizar en un pajar. Lo único que le salvaría a uno sería una intervención divina, y dado que probablemente habría sido Dios quien le hubiera empujado a uno por la borda, no apostaría ni un solo centavo por las posibilidades de salir con vida.

—Hay una mujer en Amity que piensa que ésa es la causa de que tengamos problemas —comentó Brody—. Piensa que es algún tipo de maldición divina.

Quint sonrió.

—Podría ser. Dado que fue él quien creó a ese mal bicho, supongo que también podría decirle lo que tiene que hacer.

—¿Habla en serio?

—No, en realidad no demasiado. No creo mucho en la religión.

—Entonces, ¿por qué cree que ha muerto toda esa gente?

—Mala suerte —Quint tiró de la palanca hacia atrás. La lancha perdió velocidad y comenzó a seguir el vaivén de las olas—. Trataremos de cambiar esa suerte.

Tomó un trozo de papel de su bolsillo, lo desdoblo, leyó las notas, y apuntando a lo largo de su brazo extendido, comprobó la posición. Giró la llave de ignición, y apagó el motor. En el repentino silencio se notaba una especie de pesadez; era casi palpable.

—De acuerdo, Hooper —dijo—. Comience a tirar mierda por encima de la borda.

Hooper tomó el cucharón del cubo de carnaza y comenzó a tirar el contenido al mar. La primera cucharada chapoteó en la quieta superficie, y, lentamente, la aceitosa mancha se extendió hacia el oeste.

Hacia las diez, había comenzado a soplar una brisa no demasiado fuerte, pero lo bastante para rizar el agua y refrescar a los hombres, que estaban sentados, mirando al mar y sin decir nada. El único sonido era el chapoteo regular cuando Hooper lanzaba cebo por popa.

Brody estaba sentado en la silla de pesca, luchando por mantenerse despierto. Bostezó, y entonces recordó que había dejado el ejemplar a medio leer de La virgen mortífera en un estante para libros de abajo. Se puso en pie, se estiró y descendió los tres escalones que llevaban a camarote. Encontró el libro y comenzó a subir de nuevo cuando su vista cayó sobre la nevera. Miró

su reloj y dijo a sí mismo: “Al infierno con todo, aquí no corre el tiempo”.

—Voy a tomar una cerveza —gritó—. ¿Alguien quiere otra?

—No —dijo Hooper.

—Yo sí —aceptó Quint—. Luego podemos disparar contra las latas.

Brody tomó dos cervezas de la nevera, arrancó las arandelas metálicas y comenzó a subir los escalones. Su pie estaba en el superior, cuando oyó la tranquila y átona voz de Quint decir:

—Ahí está.

Al principio, Brody pensó que Quint se refería a él, pero entonces vio cómo Hooper se ponía en pie de un salto y le escuchó silbar y decir:

—¡Guau! ¡Ya lo creo que sí!

Brody notó cómo se le aceleraba el pulso. Salió rápidamente a cubierta y preguntó:

—¿Dónde?

—Ahí mismo —indicó Quint—. Frente a popa.

Le llevó un momento ajustar su visión, pero luego vio la aleta: un triángulo desigual, marrón grisáceo, que hendía el agua, seguido por la cola en media luna, que barría la superficie de izquierda a derecha con rápidos y espasmódicos golpes. El pez estaba al menos a unos treinta metros tras la lancha, calculó Brody. Quizás a cuarenta.

—¿Está seguro que es él? —preguntó.

—Lo es —respondió Quint.

—¿Qué va a hacer?

—Nada. Al menos hasta ver lo que hace él. Hooper, usted siga tirando esa mierda. Traigámoslo hasta aquí.

Hooper alzó el cubo y tiró la carnada al agua. Quint caminó hacia delante y preparó un arpón. Tomó un barril y se lo metió bajo el brazo. Llevaba la soga enrollada en el otro brazo y asía el arpón con la mano. Lo transportó hacia atrás y lo dejó sobre la cubierta.

El pez nadaba de un lado para otro por la mancha, pareciendo buscar la fuente de los sangrientos despojos.

—Bobine esos sedales —le dijo Quint a Brody—. No van a servirnos de nada ahora que lo tenemos aquí.

Brody recogió los sedales uno tras otro, y dejó que el calamar de cebo cayese sobre cubierta. El tiburón se acercó algo más a la lancha, aún lentamente.

Quint colocó el barril a la izquierda del cubo de Hooper y dispuso la soga tras él. Luego, subió a la borda y se quedó con el brazo derecho echado hacia atrás, aferrando el arpón.

—Acércate —dijo—. Acércate aquí.

Pero el pez no se acercaba a menos de quince metros de la lancha.

—No lo entiendo —comentó Quint—. Debería venir a echarnos una mirada. Brody, tome el cortalambres de mi bolsillo trasero, desprenda uno de esos calamares de cebo y tíreselo. Quizá la comida le haga acercarse más. Y procure que chapotee mucho el agua cuando lo tire. Que se entere de que hay algo aquí.

Brody hizo lo que le decía, golpeando y agitando el agua con un garfio, pero sin perder al tiburón de vista, pues se lo imaginaba apareciendo repentinamente de las profundidades y agarrándolo por el brazo.

—Tire algunos cebos más ya que está en eso —le dijo Quint—. Están en esa nevera portátil de ahí. Y tire también esas cervezas.

—¿Las cervezas? ¿Para qué?

—Cuantas más cosas logremos meter en el agua, mejor. No importa lo que tiremos, mientras lo mantenga interesado.

—¿Y qué hay de ese delfín? —preguntó Hooper.

—Vaya, señor Hooper —exclamó Quint—. Pensaba que usted no aprobaba eso.

—Déjese ahora de esas cosas —dijo Hooper con los ojos brillantes por la excitación—. Quiero ver a ese pez. ¿Usara el delfín?

—Ya veremos —afirmó Quint—. Si tengo que usarlo, lo haré.

El calamar había flotado hacia atrás, en dirección al tiburón, y una de las cervezas cabeceaba en la superficie, al ir alejándose lentamente de la lancha. Pero, a pesar de esto, el tiburón seguía sin acercarse.

Esperaron. Hooper echando cebo, Quint apoyado en la borda y Brody de pie junto a una de las cañas.

—Mierda —dijo Quint—. Me parece que no hay más elección.

Dejó el arpón y saltó de la borda. Abrió la tapa del cubo de la basura situado junto a Brody, y éste vio los ojos sin vida del pequeño delfín, que se

balanceaba en el agua salada. Aquella visión le repelía, así que desvió la mirada.

—Bueno, muchachito —dijo Quint—. Ha llegado el momento.

Tomó un trozo de cadena para perros y metió uno de los extremos en el ojo del anzuelo que salía por debajo de la mandíbula del delfín. El otro extremo de la cadena lo ató a un trozo de soga de dos centímetros de grosor.

Desenrolló varios metros de soga, la cortó, y la ató firmemente a una estaquilla de estribor.

—Me pareció haberle oído decir que ese tiburón podía arrancar una estaquilla —comentó Brody.

—Podría —dijo Quint—. Pero apuesto lo que sea a que puedo clavarle un arpón y cortar la soga antes de que la estire lo bastante como para arrancarla.

Quint tomó el extremo de la cadena para perros y sacó el delfín del cubo de basura. Lo llevó a la borda de babor y lo dejó caer. Se subió a la borda y tiró de él llevándolo hacia popa. Sacó el cuchillo de la funda de su cinturón. Con su mano izquierda, alzó el delfín hasta ponerlo frente a él. Luego, con la derecha, hizo una serie de profundos tajos en la panza del animal. Un líquido oscuro y acre fluyó de los agujeros y cayó en gotitas al mar. Quint tiró el delfín al agua, dejó un par de metros de soga, y luego pisó la cuerda, con fuerza. El delfín flotaba justo debajo de la superficie del agua, a menos de un par de metros de la lancha.

—Es demasiado cerca —dijo Brody.

—Tiene que ser así —le explicó Quint—. No puedo lanzar el arpón si está a nueve metros de distancia.

—¿Por qué está usted de pie sobre la cuerda?

—Para mantener el animal donde está. Lo necesito cerca de la lancha, pero no quiero lograrlo a base de dejarle poca cuerda. Si pica y no tiene espacio para moverse, puede agitarse junto a nosotros, y entonces nos haría pedazos.

Tomó el arpón y miró la aleta del tiburón.

El pez se movió más cerca, aún yendo de un lado a otro, pero disminuyendo la distancia que había entre él y la lancha con cada pasada. Luego, se detuvo, a unos seis metros de distancia y, por un segundo, pareció estar inmóvil en el agua, orientado directamente a la lancha. La cola cayó bajo la superficie, la aleta dorsal se deslizó hacia atrás y desapareció y se alzó la gran cabeza, con la boca abierta en una vacía y salvaje sonrisa, y los ojos

negros y abismales.

Brody miraba con mudo terror, notando que aquello era parecido a tratar de mirar al demonio.

—¡Hey, pez! —gritó Quint. Estaba de pie sobre la borda, con las piernas abiertas, y su mano asía el mango del arpón que descansaba en su hombro—. ¡Ven y verás lo que tenemos para ti!

Por un momento el pez estuvo colgado en el agua, mirando. Luego, silenciosamente, la cabeza cayó hacia atrás y desapareció.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Brody.

—Ahora vendrá —dijo Quint—. Ven, pez —ronroneó—. Ven, pez. Toma tu comida.

Apuntó con el arpón al delfín que flotaba.

De pronto, la lancha se estremeció violentamente sobre uno de sus costados. Las piernas de Quint resbalaron y cayó de espaldas sobre cubierta. La cabeza del arpón se separó del mango y resonó por el impacto. Brody cayó hacia un lado, se agarró al respaldo de la silla y giró con ésta. Hooper cayó hacia atrás y se golpeó contra la borda de babor.

La cuerda atada al delfín se tensó y estremeció. El nudo por el que estaba asegurada a la estaquilla se apretó tanto, que la cuerda se aplanó y se deshilachó un poco. Comenzó a crujir la madera de debajo de la estaquilla. Luego, la cuerda saltó hacia atrás, quedó floja y se enrolló en el agua, junto a la lancha.

—¡Maldito sea! —gritó Quint.

—Es como si supiera lo que quería hacer usted —dijo Brody—. Como si supiese que le habíamos preparado una trampa.

—¡Maldito! Jamás había visto antes a un pez hacer eso.

—Sabía que si lo derribaba a usted podría hacerse con el delfín.

—Mierda, lo que pasa es que se lanzó hacia el delfín, y falló.

—¿Apuntando desde el otro lado de la lancha? —preguntó Hooper.

—Bueno, realmente no me importa —exclamó Quint—. Fuera lo que fuese, le ha ido bien.

—¿Cómo cree que se escapó del anzuelo? —preguntó Brody—. ¿No arrancó la estaquilla?

Quint caminó hasta el lado de estribor y comenzó a recoger la soga.

—O bien rompió la cadena de un mordisco o... Ah, justo lo que me imaginaba. —Se inclinó sobre la borda y agarró la cadena. La subió a cubierta. Estaba intacta, con el extremo aún unido al ojo del garfio. Pero éste había sido destruido. El metal ya no formaba una curva. Estaba casi recto, y las pequeñas protuberancias mostraban dónde había estado antes curvado.

—¡Dios santo! —exclamó Brody—. ¿Ha hecho eso con la boca?

—Lo ha desdoblado con toda tranquilidad —comentó Quint—. Probablemente no le costó más que uno o dos segundos.

Brody notó que se le iba la cabeza. Le temblaban las manos. Se sentó en la silla e inspiró profundamente varias veces, tratando de ahogar el miedo que le invadía por momentos.

—¿Dónde supone que debe de haber ido? —preguntó Hooper, en pie a popa y mirando al mar.

—Está en algún sitio de por ahí —le contestó Quint—. Me imagino que volverá. Ese delfín no fue más para él de lo que es una anchoa para un sábalo. Vendrá a buscar más comida. —Volvió a montar el arpón, enrolló la cuerda, y le colocó junto a la borda—. Vamos a tener que esperar. Y no deje de echar carnaza. Yo ataré algunos calamares más y los colgaré del costado.

Esperando que le contradijesen, Brody dijo:

—Desde luego, ese pez parece astuto.

—No sé si será astuto o no —le respondió Quint—, pero está haciendo cosas que jamás se las había visto hacer a un pez. —Hizo una pausa, y luego añadió, tanto para Brody como para sí mismo—: Pero yo voy a atrapar a ese infeliz. De eso estoy seguro.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Lo sé, y eso es suficiente. Bien, ahora, déjeme tranquilo.

Era una orden, no una petición, y aunque Brody deseaba hablar de cualquier cosa, incluso hasta del mismo tiburón, mientras esto le permitiese apartar su mente de la imagen de la bestia acechando en el agua bajo él, no dijo nada más. Miró su reloj: las once y cinco.

Esperaron, pensando que en cualquier momento podían ver alzarse la aleta por la popa, y atravesar el agua de un lado para otro. Hooper seguía tirando carnada cuyo sonido, cada vez que golpeaba en el agua, le recordaba a Brody una diarrea.

A las once y media, Brody fue sobresaltado por un seco y resonante clac. Quint saltó escalerilla abajo, corrió a lo largo de la cubierta y se subió a la

borda. Tomó el arpón y lo mantuvo sobre su hombro, atisbando el mar por la popa.

—¿Qué infiernos fue eso? —preguntó Brody.

—Ha vuelto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué fue ese sonido?

—Un sedal que se rompía. Se llevó uno de los calamares.

—¿Por qué iba a romperse? ¿Cómo es que no lo partió de un mordisco?

—Probablemente ni lo mordió. Lo tragó, y cuando cerró los dientes, el sedal le quedó dentro de la boca. Imagino que hizo así —Quint sacudió la cabeza hacia un lado—, y el sedal se partió.

—¿Y cómo lo oímos partirse, si lo hizo bajo el agua?

—¡Por Cristo, no se rompió bajo el agua! Se rompió aquí mismo. —Quint señaló los pocos centímetros de sedal que colgaban flojos de una estaquilla situada hacia la mitad de la embarcación.

—Oh —exclamó Brody. Mientras tanto, vio cómo otro trozo de sedal, situado un poco más allá en la borda, quedaba flojo—. Ahí hay otro —dijo. Se puso en pie, caminó hasta el costado y tiró del sedal—. Debe de estar bajo nosotros.

—¿Tiene alguien ganas de echarse a nadar? —preguntó Quint.

—Saquemos la jaula por la borda —dijo Hooper.

—Bromea —exclamó Brody.

—No, no lo hago. Quizá eso lo haga salir.

—¿Con usted dentro?

—Al principio no. Veamos lo que hace. ¿Qué opina usted, Quint?

—Que podemos hacerlo —contestó Quint—. No nos va hacer ningún daño meterla en el agua, y usted pagó por ello.

Dejó el arpón, él y Hooper caminaron hasta la jaula.

La pusieron de lado, y Hooper abrió la trampilla superior, metiéndose dentro. Sacó la botella de buceo, el guiador, la boquilla y el traje de neopreno, dejándolos sobre la cubierta. De nuevo levantaron la jaula y la deslizaron a lo ancho de la cubierta hasta el costado de estribor.

—¿Tiene un par de cuerdas? —preguntó Hooper—. Quiero asegurarla a la lancha.

Quint bajó y regresó con dos rollos de cuerda. Ataron uno a una estaquilla de atrás, otro a una del centro de la embarcación, y luego aseguraron los otros extremos a las barras de la parte superior de la jaula.

—De acuerdo —dijo Hooper—. Echémosla por la borda.

Alzaron la jaula, la inclinaron hacia atrás, y la empujaron sobre la borda. Se hundió hasta que las cuerdas la sostuvieron, a poca distancia bajo la superficie. Allí se quedó, subiendo y bajando suavemente al compás de las olas. Los tres hombres permanecieron en la borda, mirando al agua.

—¿Qué le hace pensar que esto lo atraerá a la superficie? —preguntó Brody.

—No he dicho que lo atraería a la superficie —aclaró Hooper—. He dicho que quizá esto lo haría salir. Me imagino que saldrá de las profundidades para darle una ojeada, para ver si es algo de comer o no.

—Eso no nos servirá para nada —intervino Quint—. No puedo pincharlo con el arpón si está a tres metros bajo el agua.

—Una vez que salga de su escondite —replicó Hooper, quizás salga a la superficie. No estamos afortunados con ninguna de las otras cosas que probamos.

Pero el pez no apareció. La jaula permaneció quieta en el agua, sin que nada la molestara.

—Otro calamar menos —dijo Quint, señalando hacia adelante—. Desde luego, está ahí. —Se inclinó sobre la borda y gritó—: ¡Maldito seas, tiburón! Sal a donde te pueda pegar un tiro.

Al cabo de quince minutos, Hooper exclamó:

—Oh, bueno. —Y se metió bajo cubierta. Reapareció momentos más tarde, llevando una cámara cinematográfica en un estuche, y lo que a Brody le parecía un bastón con una correa en un extremo.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Brody.

—Voy a bajar ahí. Quizá lo haga salir.

—Está usted totalmente loco. ¿Qué es lo que hará si sale?

—En primer lugar, voy a tratar de tomarle unos planos. Luego, intentaré matarlo.

—¿Con qué, si me permite preguntárselo?

—Con esto —Hooper alzó el palo.

—Muy bueno —dijo Quint con una risa burlona—. Si no sirve, puede probar a matarlo de risa, haciéndole cosquillas.

—¿Y qué es eso? —preguntó Brody.

—Algunas personas lo llaman palo explosivo. Otros cabeza de fuego. Básicamente, es un arma submarina —Tiró de ambos extremos del bastón, y se desmontó en dos piezas—. Aquí —dijo señalando una cámara en el punto en que se había abierto el bastón—, coloca uno un cartucho de escopeta de calibre doce. —Sacó un cartucho su bolsillo y lo metió en la cámara, luego, volvió a unir ambos extremos del bastón—. Después, cuando uno está lo bastante cerca del pez, se le da un golpe de punta, y se dispara el cartucho. Si el golpe está bien dado —el cerebro es el único lugar seguro—, uno lo mata.

—¿Incluso a un tiburón tan grande?

—Creo que sí. Si logro darle bien.

—¿Y si no lo logra? Supóngase que falla por un pelo.

—Eso es lo que me da miedo.

—También me lo daría a mí —intervino Quint—. No creo que me gustase tener a dos mil kilos de dinosaurio enfurecido tratando de comerme.

—No es eso lo que me preocupa —indicó Hooper—. Lo que me da miedo es que, si fallo, quizá lo haga huir. Probablemente descienda a las profundidades, y jamás sepamos si ha muerto o no.

—Hasta que se coma a alguien más —indicó Brody.

—Así es.

—Está usted totalmente loco —exclamó Quint.

—¿Lo estoy, Quint? No ha tenido usted mucho éxito con este pez. Podríamos permanecer aquí todo el mes, y seguiría comiendo sus cebos, justo debajo de nuestras narices.

—Ya saldrá —replicó Quint—. Se lo aseguro.

—Se morirá usted de viejo antes de que salga, Quint. Me parece que este pez le da un poco de miedo. No está jugando según las reglas.

Quint miró a Hooper y dijo con voz tranquila:

—¿Está usted tratando de explicarme mi profesión, muchacho?

—No. Pero estoy diciéndole que creo que este tiburón es más de lo que usted puede manejar.

—¿De verdad cree eso, muchacho? ¿Cree que puede hacerlo mejor que Quint?

—Llámelo como quiera. Creo que puedo matarlo.

—Muy bien, señorito, muy bien. Ahora tendrá su oportunidad.

—Vamos —intervino Brody—. No podemos dejar que se meta en esa cosa.

—¿De qué se queja usted? —le respondió Quint—. Por lo que he visto, lo mejor para usted sería que bajase ahí, y que jamás saliese. Al menos, así ya no podría seguir...

—¡Cierre la boca! —Las emociones de Brody estaban muy mezcladas. A una parte de él no le importaba que Hooper viviese o muriese... Incluso quizá disfrutase con la idea de la muerte de Hooper. Pero una venganza así sería hueca y, muy probablemente, inmerecida. ¿Podía realmente desear que muriese aquel hombre? No. Aún no.

—Adelante —le dijo Quint a Hooper—. Métase en eso.

—Ahora mismo. —Hooper se quitó la camisa, las zapatillas y los pantalones, y comenzó a ponerse el traje de neopreno por las piernas—. Cuando esté dentro —dijo metiendo con dificultad los brazos por las mangas de goma de la chaqueta—, quédense aquí y vigilen. Tal vez pueda usar el rifle si se acerca lo bastante a la superficie —Miró a Quint—. Y usted puede estar preparado con un arpón... si lo desea.

—Haré lo que crea oportuno —le contestó Quint—. Preocúpese por usted mismo.

Cuando estuvo vestido, Hooper colocó el regulador en el cuello de la botella de aire, apretando la palomita que lo mantenía sujeto, y abrió la válvula. Sorbió dos veces del interior de la botella para asegurarse de que salía aire.

—Ayúdeme a ponerme esto, ¿quiere? —le pidió a Brody.

Brody alzó la botella y la mantuvo en alto mientras Hooper metía sus brazos por los tirantes y se ataba una tercera correa alrededor de la cintura. Se colocó las gafas en la cabeza.

—Debería haber traído plomos —dijo Hooper.

—Debería haber traído un poco de sentido común —le replicó Quint.

Hooper metió su muñeca derecha por la correa situada al extremo del palo explosivo, tomó la cámara con su mano derecha y dijo:

—De acuerdo —caminó hasta la borda—. Si cada uno de ustedes toma una cuerda y tira, eso hará que la jaula suba a la superficie. Entonces, abriré la portezuela y me meteré por la parte superior. Luego, podrán soltar las cuerdas. Me quedaré colgado de ellas. No usaré los tanques de flotación a menos de que se rompa una de las cuerdas.

—O sea rota de un mordisco —comentó Quint.

Hooper miró a Quint y sonrió.

—Muchas gracias por haber pensado en eso.

Quint y Brody tiraron de las cuerdas, la jaula se alzó en el agua. Cuando la parte superior emergió, Hooper les dijo:

—De acuerdo, justo así —escupió en el cristal de las gafas, frotó la saliva por toda su superficie, y se las puso en la cara. Buscó el tubo del regulador, se puso la boquilla en la boca e inspiró. Luego, se inclinó sobre la borda, quitó el pasador de la portezuela y la abrió. Iba a arrodillarse en la cubierta, pero se detuvo. Se sacó la boquilla y dijo:

—Me olvidaba de algo —su nariz estaba metida dentro de las gafas, por lo que su voz sonaba gruesa y nasal. Caminó a lo ancho de la cubierta y tomó sus pantalones. Buscó en los bolsillos hasta que encontró lo que buscaba. Abrió la cremallera de su traje de bucear.

—¿Qué es eso? —le preguntó Brody.

Hooper alzó un diente de tiburón montado en plata. Era un duplicado del que le había regalado a Ellen. Lo dejó caer en el interior de su traje, y cerró la cremallera de la chaqueta. “Nunca se es lo bastante precavido”, dijo sonriendo. Cruzó de nuevo la cubierta, se metió la boquilla en la boca, y se arrodilló en la borda. Dio una última inspiración y se zambulló en el agua a través de la portezuela abierta. Brody lo contempló irse, preguntándose si realmente deseaba saber la verdad acerca de Hooper y Ellen.

Hooper se detuvo antes de golpear el fondo de la jaula. Se revolvió sobre sí mismo, y se irguió. Tendió la mano hacia la portezuela y tiró de ella, cerrándola. Luego miró hacia Brody, juntó sus dedos índice y pulgar de la mano izquierda en el signo que indicaba que todo iba bien, y se agachó.

—Creo que ya lo podemos bajar —dijo Brody. Soltaron las cuerdas y dejaron que la jaula descendiese hasta que la portezuela se halló a más de un metro bajo la superficie.

—Traiga la carabina —dijo Quint—. Está en el armario de abajo. Ya está cargada.

Se subió al montante y alzó el arpón sobre su hombro.

Brody fue bajo cubierta, encontró la carabina y se apresuró a subir de nuevo. Abrió el cerrojo y metió un cartucho en la recámara.

—¿Cuánto aire tiene? —preguntó.

—No lo sé —le respondió Quint—. Pero, tenga el que tenga, dudo que viva para respirarlo todo.

—Quizá tenga razón. Pero usted mismo dijo que uno nunca sabe lo que harán esos peces.

—Ah, pero éste es diferente. Esto es como meter la mano en el fuego y esperar no quemarse. Una persona sensata no hace estas cosas.

Abajo, Hooper esperó hasta que se hubo disipado el burbujeo de su descenso. Había agua dentro de sus gafas, así que echó la cabeza hacia atrás y sopló aire por la nariz hasta que hubo expulsado el agua. Se sentía sereno. Era aquella gran sensación de libertad y tranquilidad que siempre sentía cuando buceaba. Estaba solo en el silencio azul moteado con rayos de luz solar que danzaban a través del agua. Los únicos ruidos eran los que él producía al respirar; un profundo y hueco sonido cuando inspiraba, un suave gorgoteo de burbujas cuando exhalaba. Contuvo la respiración, y el silencio fue completo. Sin plomos flotaba demasiado, y tenía que aferrarse a las barras para evitar que su botella golpease contra la parte superior de la jaula. Se volvió y miró hacia arriba, al casco de la lancha, una masa gris situada sobre él, cabeceando suavemente. Al principio, la jaula le molestaba. Le confinaba, le restringía, le impedía disfrutar de la gracilidad de los movimientos submarinos. Pero, cuando recordó por qué estaba allí, aceptó la situación.

Buscó al tiburón. Sabía que no estaría quieto bajo la lancha, como Quint había pensado. No podía quedarse quieto en parte alguna, no podía descansar o inmovilizarse. Tenía que moverse para sobrevivir.

A pesar de la brillante luz del sol, la visibilidad en las turbias aguas no era muy buena: no se veía a más de doce metros. Hooper giró lentamente alrededor, tratando de atravesar la frontera de la oscuridad y captar cualquier destello de color o movimiento. Miró bajo la lancha, donde el agua pasaba de azul a gris y a negro. Nada. Miró su reloj calculando que, si controlaba con método su respiración, podría permanecer abajo durante al menos media hora más.

Llevado por la corriente, uno de los pequeños calamares blancos se deslizó por entre las barras de la jaula y, retenido por el sedal, revoloteó frente al rostro de Hooper. Éste lo empujó fuera de la jaula.

Miró hacia abajo, comenzó a apartar la vista, y luego volvió de nuevo a mirar hacia allí. Alzándose del azul oscuro, lenta y suavemente, se veía al tiburón. Subía sin aparente esfuerzo, un ángel mortífero flotando hacia una

cita predestinada.

Hooper miró, hechizado, sintiéndose impelido a huir, pero incapacitado de moverse. A medida que el pez llegaba más cerca, se maravilló por sus colores: los tonos marrones grisáceo mate que se veían en la superficie habían desaparecido. La parte superior del inmenso cuerpo era de un color gris ferroso fuerte, que se convertía en azul donde le tocaban los rayos del sol. Bajo la línea lateral, todo era de un blanco cremoso y fantasmal.

Hooper deseaba alzar la cámara, pero su brazo no quería obedecerle. Dentro de un minuto, se dijo a sí mismo. Dentro de un minuto.

El pez se acercó más, silencioso como una sombra, y Hooper se echó hacia atrás. La cabeza estaba tan sólo a unos pocos centímetros de la jaula cuando el pez se volvió y comenzó a pasar frente a la cara de Hooper... casualmente, como si mostrase orgullosamente su masa y poder incalculables. El morro pasó primero, luego las fauces, abiertas y sonrientes, armadas con hilera tras hilera de triángulos en sierra. Y luego el ojo negro y sin fondo, aparentemente clavado en él. Las agallas se agitaban: heridas que no sangraban en la piel acerada.

Tentativamente, Hooper sacó una mano a través de los barrotes y tocó el costado del pez. Lo notó frío y duro, no pegajoso, sino liso como el vinilo. Dejó que las yemas de sus dedos acariciasen la piel: más allá de las aletas pectorales, la aleta pélvica, los gruesos y firmes protectores genitales... hasta que finalmente (el tiburón no parecía acabar jamás) fueron apartadas de un golpe por la batiente cola.

El tiburón continuó alejándose de la jaula. Hooper oyó débiles sonidos como de botellas que se abrían, y vio tres rectas estelas de irritadas burbujas que llegaban aceleradas desde la superficie para luego disminuir en velocidad y detenerse, muy por encima del pez. Balas. Aún no, se dijo. Un pase más para la cámara. El tiburón comenzó al girar, inclinándose sobre sí mismo, con sus aletas pectorales sirviéndole de alerones.

—¿Qué infiernos hace Hooper ahí abajo? —exclamó Brody—. ¿Por qué no le golpea con el bastón?

Quint no contestó, permaneció en el montante, con el arpón agarrado en la mano, atisbando dentro del agua.

—Ven, pez —dijo—. Ven a Quint.

—¿Lo ve? —le preguntó Brody—. ¿Qué hace?

—Nada. Al menos, aún no.

El tiburón se había movido hasta el límite de la visión de Hooper: una mancha gris plateada espectral que describía un lento círculo. Hooper alzó la

cámara y apretó el disparador. Sabía que el film no valdría para nada a menos de que el pez se le acercase una vez más, pero deseaba captar a la bestia cuando surgiera de la oscuridad.

A través del visor vio cómo el tiburón giraba hacia él. Se movía de prisa, con la cola golpeando vigorosamente, y la boca abriéndose y cerrándose, como si estuviera respirando. Hooper alzó la mano derecha para cambiar el enfoque. Acuérdate de cambiarlo de nuevo, se dijo a sí mismo, cuando gire.

Pero el pez no giró. Un estremecimiento le corrió el cuerpo cuando vio que se abalanzaba contra la jaula. La golpeó de frente, introduciendo el morro entre dos barrotes y separándolos. La punta del morro golpeó a Hooper en el pecho y lo lanzó hacia atrás. La cámara se le escapó de las manos y la boquilla de la boca. El tiburón se puso de costado, y la batiente cola introdujo aún más el enorme cuerpo dentro de la jaula. Hooper tanteó la boquilla, pero no pudo hallarla. Tenía el pecho convulso por la necesidad de aire.

—¡Está atacando! —aulló Brody. Agarró una de las cuerdas de sujeción y tiró, tratando desesperadamente de alzar la jaula.

—¡Dios maldiga tu jodida alma! —gritó Quint.

—¡Láncelo! ¡Láncelo!

—¡No puedo lanzarlo! ¡Tiene que estar en la superficie! ¡Sube, diablo! ¡Carajo!

El pez se deslizó hacia atrás, saliendo de la jaula y giró hacia la derecha en un cerrado círculo; Hooper tanteó tras su cabeza, halló el tubo del regulador y lo siguió con la mano hasta encontrar la boquilla. Se la metió en la boca y, olvidando exhalar primero, sorbió aire. Tragó agua, y se atragantó y ahogó hasta que al fin la boquilla quedó vacía y logró inspirar una bocanada agónica. Fue entonces cuando vio la gran abertura en los barrotes y la gigantesca cabeza abalanzándose a través de ella. Alzó las manos, tratando de aferrar la portezuela de escape.

El tiburón se lanzó como un ariete a través del espacio entre las barras, doblándolas hacia los lados aún más con cada golpe de su cola. Hooper, aplastado contra la parte de atrás de la jaula, vio cómo la boca se tendía, tratando de alcanzarlo. Recordó el bastón explosivo, y trató de bajar la mano derecha para agarrarlo. El tiburón dio un nuevo empellón, y Hooper vio con el terror del momento final que la boca iba a alcanzarle.

Las fauces se cerraron alrededor de su torso. Hooper notó un dolor increíble, como si le aplastasen los intestinos. Golpeó con el puño el ojo negro. El pez mordió, y la última cosa que Hooper vio antes de morir fue cómo el ojo lo contemplaba a través de una nube de su propia sangre.

—¡Lo ha atrapado! —gritó Brody—. ¡Haga algo!

—Ese hombre está muerto —afirmó Quint.

—¿Cómo lo sabe? Quizá podamos salvarlo.

—Está muerto.

Llevando a Hooper en la boca, el pez se echó hacia atrás, saliendo de la jaula. Se hundió un poco, masticando, tragando las vísceras que estaban apelotonadas en su gaznate. Luego, se estremeció y se abalanzó con un golpe de su cola, impulsándose hacia arriba.

—¡Está subiendo! —exclamó Brody.

—¡Agarre la carabina! —Quint echó hacia atrás su mano, preparándose para lanzar.

El tiburón salió a la superficie a cinco metros de la lancha, emergiendo entre un chorro de espuma. El cadáver de Hooper surgía de ambos lados de la boca, con su cabeza y brazos colgando inertes de un lado, y las rodillas, pantorrillas y pies del otro.

En los pocos segundos en los que el pez estuvo fuera del agua, Brody creyó ver los ojos muertos y vidriados de Hooper mirándole a través de las gafas. El ojo negro del pez giró hacia arriba hasta que desapareció bajo una protección blanca de carne. Como mostrando su triunfo y desprecio, el tiburón colgó suspendido, por un instante, retando su venganza.

Simultáneamente, Brody tomó la carabina y Quint lanzó el arpón. El blanco era grande, toda una extensión de blanca panza, y la distancia no era demasiada para un buen lanzamiento sobre el agua. Pero, en el mismo instante que Quint soltaba el arpón, el pez comenzó a deslizarse hacia abajo, y el hierro pasó demasiado alto.

Durante otro instante, el tiburón permaneció en la superficie, con su cabeza fuera del agua y Hooper colgando de su boca.

—¡Dispare! —aulló Quint—. ¡Por Cristo, dispare!

Brody disparó sin apuntar. Los dos primeros disparos dieron en el agua, frente al pez. El tercero, para horror de Brody, alcanzó a Hooper en la garganta.

—¡Venga, deme ese maldito trasto! —dijo Quint, arrancándole la carabina a Brody. En un solo y rápido movimiento alzó el arma hasta su hombro e hizo dos disparos. Pero el pez, con una última y perdida mirada, había comenzado ya a hundirse bajo la superficie. Las balas salpicaron inofensivamente en el torbellino que ocupaba el lugar donde había estado

antes la cabeza.

Era como si el tiburón jamás hubiera estado allí. No había ruido alguno, excepto el susurro de la brisa. Desde la superficie, la jaula parecía indemne. El mar estaba tranquilo. La única diferencia era que Hooper había desaparecido.

—¿Qué hacemos ahora? —gimió Brody—. ¿Qué, en el nombre de Dios, podemos hacer ahora? Ya no nos queda nada. Podríamos volvernos a casa.

—Volveremos —aceptó Quint—. Pero no aún.

—¿No aún? ¿Qué quiere usted decir? No podemos hacer nada. Este tiburón es demasiado para nosotros. No es real. No es natural.

—¿Está usted derrotado?

—Estoy derrotado. Lo único que podemos hacer es esperar hasta que Dios, la Naturaleza o quienquiera que nos esté haciendo esta jugarreta, decida que ya hemos sufrido bastante. Esto ya queda fuera del poder humano.

—No opino así —exclamó Quint—. Voy a matar a ese bicho.

—No estoy seguro de poder conseguir más dinero después de lo que ha sucedido hoy.

—Quédese con su dinero. Esto ya no es cuestión de dinero.

—¿Qué quiere decir? —Brody miró a Quint, que estaba en pie a popa, observando el lugar en el que había estado la cabeza del pez, como si esperase que en cualquier momento fuera a reaparecer, sujetando entre sus fauces el cuerpo hecho pedazos. Atisbó el mar, deseando otro enfrentamiento.

—Voy a matar a ese pez —le repitió Quint a Brody—. Venga si quiere. Quédese en su casa si así lo desea. Pero yo voy a matar a ese pez.

Mientras Quint hablaba, Brody le miró a los ojos. Parecían tan negros y sin fondo como el ojo del tiburón.

—Vendré —le contestó Brody—. Me parece que no tengo elección.

—No —aceptó Quint—. No tenemos elección.

Sacó su cuchillo de la funda y se lo entregó a Brody.

—Tenga. Corte las amarras de esa jaula y larguémonos de aquí.

Cuando la lancha estuvo amarrada en el muelle, Brody caminó hacia su coche. Al extremo del muelle había una cabina telefónica, y se detuvo junto a ella, empujado por su anterior resolución de llamar a Daisy Wicker. Pero contuvo su impulso y fue hasta su coche. ¿De qué serviría eso?, pensó. Si hubo algo, ya se acabó.

Sin embargo, mientras conducía en dirección hacia Amity, Brody se preguntó cuál habría sido la reacción de Ellen cuando la hubiera llamado la Guardia Costera dándole la noticia de la muerte de Hooper. Quint había hablado por radio con la Guardia Costera antes de regresar, y Brody le había pedido al oficial de guardia que telefonease a Ellen y le dijese que, al menos él, estaba bien.

Cuando Brody llegó a casa, Ellen había dejado de llorar hacía bastante rato. Había llorado mecánica e irritadamente, no doliéndole tanto la muerte de Hooper como la impotencia y amargura de que hubiera muerto otra persona. Se había sentido más triste por la desintegración de Larry Vaughan de lo que se sentía ahora, pues Vaughan había sido un buen e íntimo amigo. Hooper había sido un "amante" sólo en el sentido menos profundo de la palabra. Ella no lo había amado. Lo había utilizado, y aunque estaba agradecida por lo que le había dado, no sentía ninguna obligación hacia él. Naturalmente, lamentaba que estuviese muerto, del mismo modo que hubiera lamentado oír que su hermano, David, había fallecido. En su mente, ambos eran ahora reliquias de su lejano pasado.

Oyó el coche de Brody entrar por el sendero, y abrió la puerta trasera. Dios mío, parece como si le hubieran dando una paliza, pensó mientras lo veía caminar hacia la casa. Tenía los ojos enrojecidos y hundidos, y parecía andar algo encorvado. Lo besó frente a la puerta y le dijo:

—Me parece que te sentaría bien un trago.

—Desde luego —entró en la sala de estar y se dejó caer en un sillón.

—¿Qué te gustaría tomar?

—Cualquier cosa. Mientras sea fuerte.

Entró en la cocina, llenó un vaso con porciones iguales de vodka y jugo de naranja, y se lo llevó. Se sentó en el brazo de su sillón y le pasó la mano por la cabeza. Sonrió y le dijo:

—Aquí está ese sitio donde no tienes cabello. Hacía tanto que no te tocaba este punto, que me había olvidado de que lo tenías.

—Me sorprende que me quede aún algo de cabello. Dios, jamás seré tan viejo como me siento hoy.

—Me lo imagino. Bueno, todo ha terminado ya.

—Me gustaría que fuera así —dijo Brody—. Realmente me gustaría.

—¿Qué quieres decir? Todo ha terminado, ¿no? Ya no puedes hacer nada más.

—Salimos mañana. A las seis.

—Bromeas.

—Ojalá.

—¿Por qué? —Ellen estaba anonadada—. ¿Qué creéis poder hacer?

—Atrapar al tiburón. Y matarlo.

—¿Realmente crees eso?

—No estoy seguro. Pero Quint sí lo cree. ¡Dios, cómo lo cree!

—Entonces, deja que vaya él. Deja que lo maten.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Es tarea mía.

—¡No es tarea tuya! —estaba furiosa y atemorizada, y en sus ojos comenzaron a agolparse las lágrimas.

Brody pensó por un instante y admitió:

—No, tienes razón.

—Entonces, ¿por qué?

—No creo poder explicártelo. Ni creo saberlo.

—¿Estás tratando de probar algo?

—Quizá. No lo sé. No pensaba así antes. Después de que Hooper muriese, estaba dispuesto a abandonar.

—¿Qué es lo que te hizo cambiar de idea?

—Supongo que Quint.

—¿Quieres decir que dejas que te diga lo que tienes que hacer?

—No. No me dijo nada. Es un sentimiento. No puedo explicarlo. Pero abandonar no es una respuesta adecuada. No se consigue nada con ello.

—¿Y por qué es tan importante conseguir algo?

—Supongo que por distintas razones. Quint piensa que si no mata al tiburón, estará equivocado todo aquello en lo que cree.

—¿Y tú?

Brody trató de sonreír.

—Yo, supongo, que porque no soy más que un estúpido policía.

—¡No bromees conmigo! —gritó Ellen, y las lágrimas brotaron de sus ojos—. ¿Qué hay de mí y de los niños? ¿Es que quieres morir?

—No, Dios, no. Es que...

—Crees que todo es culpa tuya. Crees ser el único responsable.

—¿Responsable de qué?

—De la muerte de aquel niño y del viejo. Piensas que matar al tiburón compensará las otras muertes. Deseas vengarte.

Brody suspiró.

—Quizá sí. No sé. Creo... Pienso que la única forma en que este pueblo puede volver a vivir es matando a esa bestia.

—Y tú estás dispuesto a morir tratando de...

—¡No seas tonta! No estoy dispuesto a morir. Ni siquiera estoy dispuesto, si esa es la palabra que quieres usar, a subir a esa maldita lancha. ¿Te crees que me gusta salir en ella? Estoy tan aterrado cada minuto que paso en alta mar, que me entran ganas de vomitar.

—Entonces, ¿para qué vas? —estaba suplicándole, mendigándole—. ¿No puedes nunca pensar en nadie más que en ti?

Brody se quedó muy asombrado ante esta sugerencia de egoísmo. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que estaba siendo egoísta, cumpliendo con una necesidad personal de expiación.

—Te amo —le dijo—. Ya lo sabes... Pase lo que pase.

—Seguro que sí —comentó ella amargamente—. Oh, seguro que sí.

Cenaron en silencio. Cuando hubieron terminado, Ellen recogió los platos, los lavó y subió al piso de arriba.

Brody recorrió la sala de estar, apagando las luces. Justo cuando tendía la mano para apagar la luz del recibidor, oyó un golpe en la puerta delantera. La abrió, y vio a Meadows.

—Hola, Harry —exclamó—. Entra.

—No —le contestó Meadows—. Es demasiado tarde. Sólo quería entregarte esto.

Le dio a Brody un sobre marrón.

—¿Qué es?

—Ábrelo y verás. Te hablaré mañana. —Meadows se dio la vuelta y caminó por el sendero hasta la esquina, a donde tenía detenido su coche, con el motor y las luces encendidas.

Brody cerró la puerta y abrió el sobre. Dentro estaba una prueba de las galeradas de la página editorial del Leader del siguiente día. Los dos primeros editoriales habían sido rodeados con una línea de lápiz rojo. Leyó:

UNA NOTA DE CONDOLENCIA...

En las pasadas tres semanas, Amity ha sufrido una horrible tragedia tras otra. Sus ciudadanos y sus amigos han sido atacados por una salvaje amenaza que nadie puede explicar.

Ayer, otra vida humana fue truncada por el Tiburón Gigante Blanco. Matt Hooper, el joven oceanógrafo de Woods Hoole resultó muerto mientras trataba, él solo, de matar a la bestia.

Se puede discutir la sensatez del atrevido intento del señor Hooper, pero, llámesele valeroso o inconsciente, no cabe duda alguna sobre el motivo que le llevó a realizar su fatal misión. Estaba tratando de ayudar a Amity, gastando su propio tiempo y dinero en un esfuerzo por devolver la paz a esta desesperada comunidad.

Era un amigo, y dio su vida para que nosotros, sus amigos, pudiéramos sobrevivir.

...Y UN VOTO DE AGRADECIMIENTO

Desde que el tiburón asesino llegó a Amity, un hombre ha pasado cada uno de los minutos de vigilia tratando de proteger a sus conciudadanos. Ese hombre es el Jefe de la Policía, Martin Brody.

Tras el primer ataque, el Jefe Brody deseó informar al público del peligro y cerrar las playas. Pero un coro de voces menos prudentes, incluida la del director de este periódico, le dijeron que se equivocaba. No prestes atención al riesgo, dijimos, y desaparecerá. Fuimos nosotros los que nos equivocábamos.

Algunas personas en Amity tardaron en aprender la lección. Cuando, tras repetidos ataques, el Jefe Brody insistió en mantener cerradas las playas, fue vilipendiado y amenazado. Algunos de sus más activos críticos eran hombres motivados no por su espíritu cívico, sino por su codicia personal. El Jefe Brody persistió, y, de nuevo, resultó tener razón.

Ahora, el Jefe Brody está arriesgando su vida en la misma tarea que le costó la suya a Matt Hooper. Todos debemos ofrecer nuestras plegarias por su regreso sano y salvo... y nuestro agradecimiento por su extraordinaria

fortaleza moral e integridad.

Brody dijo en voz alta:

—Gracias a ti, Harry.

Hacia medianoche, el viento comenzó a soplar con fuerza desde el noreste, silbando a través de las persianas y trayendo pronto una copiosa lluvia que salpicó el suelo del dormitorio. Brody se alzó de la cama y cerró la ventana. Trató de volver a dormirse, pero su mente rehusaba descansar. Se levantó de nuevo, se puso el batín, bajó a la sala de estar, y encendió la televisión. Fue cambiando de canal hasta que encontró una película: Fin de semana en el Waldorf, con Fred Astaire y Ginger Rogers. Entonces, se sentó en un sillón y pronto cayó en una intranquila somnolencia.

Se despertó hacia las cinco, a causa del sonido de la televisión. Apagó el aparato, y escuchó el viento. Había moderado su fuerza y parecía llegar de otra dirección, pero aún traía lluvia.

Debatió consigo mismo sobre si llamar a Quint, pero pensó: no, no vale la pena, iremos aunque esto se convierta en un huracán. Subió al dormitorio y se vistió en silencio. Antes de salir de la habitación, miró a Ellen que tenía fruncido el ceño en su rostro dormido.

—Te amo, ¿sabes? —susurró, y le besó en la frente. Comenzó a bajar las escaleras y entonces, impulsivamente, subió de nuevo y miró al interior de los dormitorios de los chicos. Todos ellos estaban dormidos.

Catorce

Cuando llegó al muelle, Quint estaba esperándole, una silueta alta e impasible, cuyo impermeable amarillo brillaba bajo el oscuro cielo. Estaba afilando un arpón en una muela de carborundo.

—Casi le llamé por si no salíamos —le dijo Brody mientras se ponía su propio impermeable—. ¿Qué significa este tiempo?

—Nada —respondió Quint—. Pasará al cabo de un rato. Y, si no lo hace, tampoco importa. Estará allí.

Brody alzó la vista hacia las apelotonadas nubes.

—Un día muy triste.

—Muy adecuado —añadió Quint, saltando a bordo de la lancha.

—¿Vamos solos?

—Solos. ¿Esperaba a alguien más?

—No. Pero pensé que le gustaría llevar otro par de manos.

—Usted conoce ese pez tan bien como cualquier otro y, ahora, más manos no representarán ninguna diferencia. Además, esto no es asunto de nadie más.

Brody saltó del muelle al montante, y estaba a punto de bajar a la cubierta, cuando se fijó en una lona que cubría algo en un rincón.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando.

—Un cordero. —Quint giró la llave de ignición. El motor tosió una vez, arrancó y comenzó a hacer chup-chup de forma continua.

—¿Para qué? —Brody bajó a la cubierta—. ¿Va a sacrificarlo?

Quint ladró una corta y amarga risa.

—Quizá —contestó—. No, es un cebo. Le daremos un pequeño desayuno antes de atraparlo. Desamarre a popa.

Caminó hacia delante y desamarró la proa y el centro.

Mientras Brody se inclinaba para coger el cable de popa, oyó el motor de un coche. Un par de faros corrieron a lo largo del camino, y se oyó un gemir de neumáticos cuando el coche se detuvo al extremo del muelle. Un hombre saltó del coche y corrió hacia la Orca... Era Bill Whitman.

—Casi se me escapan —dijo jadeando.

—¿Qué es lo que desea? —le preguntó Brody.

—Quiero ir con ustedes. O, mejor dicho, me han ordenado que vaya con ustedes.

—Está loco —le dijo Quint—. No sé quién es usted, pero nadie va a venir con nosotros. Brody, tire la amarra de popa.

—¿Por qué no? —preguntó Whitman—. No les molestaré. Quizá pueda ayudar. Escuche, esto es un notición. Si van a atrapar ese tiburón, yo quiero estar allí.

—Que le den por el culo —dijo Quint.

—Alquilaré un bote y los seguiré.

Quint se echó a reír.

—Adelante. Vea si puede encontrar a alguien lo bastante estúpido como para sacarle a la mar. Entonces, trate de encontrarnos. Este es un océano muy grande. ¡Tire la amarra, Brody!

Brody lanzó la amarra de popa al muelle. Quint empujó hacia adelante la palanca y la lancha se apartó del muelle. Brody miró hacia atrás y vio a Whitman caminando hacia su coche.

Frente a Montauk la mar se hallaba agitada, pues el viento, que ahora llegaba del sureste, estaba cruzado con la marea. La lancha cabeceó sobre las olas, clavando la proa y arrancando cortinas de espuma. El cordero muerto rebotaba a popa.

Cuando llegaron a mar abierto, con rumbo sur y un poco hacia el oeste, se suavizó su cabeceo. La lluvia se había convertido en llovizna, y a cada momento había menos crestas de espuma en la cima de las olas.

Sólo llevaban quince minutos tras doblar la punta, cuando Quint tiró hacia atrás la palanca y redujo la marcha del motor.

Brody miró hacia la costa. A la luz creciente podía ver claramente la torre de agua: un punto negro alzándose en la tira gris que era la orilla. La luz del faro aún estaba encendida.

—No estamos tan afuera como acostumbramos —comentó.

—No.

—No debemos de hallarnos a más de unos cuatro kilómetros de la costa.

—Más o menos.

—Entonces, ¿por qué está parando?

—Tengo un presentimiento —Quint señaló hacia la izquierda, a un grupo de luces situado más allá a lo largo de la costa—. Eso es Amity.

—¿Y?

—No creo que esté afuera hoy. Me parece que debe de estar en algún punto entre aquí y Amity.

—¿Por qué?

—Como ya le he dicho, es un presentimiento. Esas cosas no siempre responden a un porqué.

—Durante dos días seguidos lo hemos encontrado más hacia fuera.

—O él nos ha encontrado.

—Quint, no le comprendo. Para ser un hombre que dice que no existen peces astutos, está convirtiendo a éste en un genio.

—Yo no diría tanto.

Brody se sintió irritado por el tono misterioso y enigmático de Quint.

—¿A qué clase de juego está jugando?

—No es un juego. Si estoy equivocado, estoy equivocado.

—Y volveremos a probar mañana, en algún otro sitio —Brody casi esperaba que Quint estuviese equivocado, que tuviesen un día de respiro.

—O más tarde hoy mismo. Pero no creo que tengamos que esperar tanto —cortó el motor, fue hacia popa y llevó a la borda un cubo de carnaza—. Comience a tirarla —le dijo a Brody, entregándole el cucharón. Destapó el cordero, le ató una cuerda alrededor del cuello, y lo puso junto a la borda. Le abrió el estómago y lo tiró al agua, dejando que derivara hasta unos seis metros de la lancha, antes de asegurar la cuerda a una de las estaquillas de atrás. Luego, fue hacia delante, desató dos barriles y los llevó, con sus sogas y arpones, hacia popa. Colocó los barriles a cada lado del montante, y preparó los arpones—. De acuerdo —dijo—. Ahora veamos cuánto tiempo nos hará esperar.

El cielo había ido iluminándose hasta alcanzar la claridad diurna, aunque grisácea, y, de una en una, las luces de la costa fueron apagándose.

El hedor de la porquería que Brody estaba echando al mar hacía que su estómago se revolviese, y deseó haber comido algo... cualquier cosa, antes de haber salido de casa.

Quint estaba sentado en el puente, observando el ritmo del mar.

El trasero de Brody estaba dolorido de estar sentado sobre la dura cubierta, y su brazo ya estaba cansándose de tanto meter y vaciar el cucharón. Así que se puso en pie, se estiró, y de cara a popa, probó un nuevo movimiento de vaciado del cucharón.

Repentinamente vio la monstruosa cabeza del tiburón, a menos de un metro y medio de distancia, tan cercana que hubiera podido extender el brazo y tocarla con el cucharón. Los ojos negros lo miraban, el morro gris plateado apuntaba recto hacia él, y las entreabiertas fauces le sonreían.

—¡Oh, Dios! —exclamó Brody, preguntándose en su asombro cuánto tiempo llevaría allí el tiburón antes de que él se hubiera alzado y dado la vuelta—. ¡Ahí está!

Quint bajó la escalerilla y estuvo en popa en un instante. Mientras saltaba

sobre el montante, la cabeza del pez se hundió de nuevo en el agua y, un segundo más tarde, golpeó el costado. Las fauces se cerraron sobre la madera, y la cabeza se agitó violentamente de un lado a otro. Brody se agarró a una estaquilla y se sostuvo con todas sus fuerzas, incapaz de apartar la vista de los ojos del monstruo. La lancha se estremecía y vacilaba cada vez que el pez movía su cabeza. Quint resbaló y cayó de rodillas sobre cubierta. El pez soltó su presa y se hundió bajo la superficie, y la lancha quedó de nuevo inmóvil.

—¡Estaba esperándonos! —aulló Brody.

—Lo sé —respondió Quint.

—¿Cómo pudo...?

—No importa —atajó Quint—. Ahora, lo tenemos.

—¿Lo tenemos? ¿Ha visto lo que le ha hecho a la lancha?

—Le ha dado una buena sacudida, ¿no?

La cuerda que sostenía al cordero se tensó, se agitó un instante, y luego colgó floja.

Quint se alzó y recogió el arpón.

—Se ha llevado el cordero. Pasará un minuto antes de que regrese.

—¿Cómo es que no se llevó antes al cordero?

—Es un mal educado —bromeó Quint—. Ven ya, so hijo de puta. Ven y recibirás tu merecido.

Brody vio fiebre en el rostro de Quint: un calor que encendía sus ojos negros, una intensidad que tiraba de sus labios descubriendo sus dientes en una horrible sonrisa, una excitación que hacía sobresalir los músculos de su cuello y blanquear sus nudillos.

La lancha se estremeció de nuevo, y se oyó un golpe hueco y apagado.

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó Brody.

Quint se inclinó sobre el costado y gritó:

—¡Sal de ahí debajo, so cabrón! ¿Es que no tienes cojones? ¡No me hundirás antes de que te atrape!

—¿Por qué dice eso de hundirnos? —exclamó Brody—. ¿Qué es lo que está haciendo?

—¡Está tratando de abrir a dentelladas un agujero en el fondo de esta lancha jodida! Mire en la sentina. ¡Sal maldito hijo de puta! —Quint alzó muy

alto su arpón.

Brody se arrodilló y levantó la tapa de la escotilla de acceso al motor. Atisbo el interior de la oscura y aceitosa cavidad. Había agua en las sentinas, pero siempre la había, y no vio ningún agujero por el que entrase un chorro.

—A mí me parece que está bien —exclamó—. A Dios gracias.

La aleta dorsal y la cola emergieron a diez metros hacia la derecha de la popa y, de nuevo, comenzaron a moverse hacia la lancha.

—Ven aquí —dijo Quint, animándolo—. Ven aquí.

Permaneció en pie, con las piernas separadas, la mano izquierda en su cadera y la derecha extendida hacia el cielo, aferrando el arpón. Cuando el tiburón se halló a poca distancia de la lancha, dirigiéndose directamente hacia ella, Quint le lanzó el hierro.

El arpón golpeó al pez frente a la aleta dorsal. Y, entonces, el tiburón golpeó a la lancha, haciéndola girar de costado y lanzando a rodar a Quint. Su cabeza golpeó el soporte de la silla de pesca, y un hilillo de sangre corrió por su cuello, pero saltó en pie y gritó:

—¡Te di! ¡Te he dado, bestia!

La soga unida al arpón de hierro serpenteó sobre la borda cuando el pez se hundió y, cuando se hubo desenrollado por completo, el barril saltó sobre el costado, cayó al agua y desapareció.

—¡Lo ha hundido con él! —gritó Brody.

—No por mucho tiempo —le contestó Quint—. Volverá. Y le lanzaremos otro. Y otro. Y otro, hasta que se hunda. ¡Entonces, será nuestro!

Quint se apoyó en la borda, contemplando el agua.

La confianza de Quint era contagiosa, y ahora Brody se sentía animado, contento, tranquilizado. Era como sentirse libre, libre de la niebla de la muerte.

—¡Viva la madre que lo parió! —gritó. Luego, se fijó en la sangre que corría por el cuello de Quint, y le dijo—: Le sangra la cabeza.

—Traiga otro barril —le ordenó Quint—. Tráigalo aquí detrás. Y no líe la soga. Quiero que se desenrosque tan suavemente como si fuera mantequilla.

Brody corrió hacia delante, desató un barril, se metió el rollo de cuerda en el brazo y se lo llevó todo a Quint.

—Ahí viene —dijo Quint, señalando hacia la izquierda. El barril emergió y cabeceó en el agua. Quint preparó el nuevo arpón y lo alzó sobre su cabeza

—. ¡Ya llega!

El tiburón surgió a unos pocos metros de la lancha. Como un cohete que despegase, el morro, las fauces y las aletas pectorales se alzaron rectas sobre el agua. Después el vientre blanco ahumado, la aleta pélvica y los grandes protectores genitales, parecidos a salchichones.

—¡Te veo el culo, so bastardo! —gritó Quint. Y lanzó un segundo hierro, con toda la fuerza de su brazo. El arpón se clavó en la tripa del pez, justo cuando el gran cuerpo comenzaba a caer. La panza golpeó el agua con un atronador estallido, lanzando una cegadora lluvia de espuma sobre la lancha —. ¡Ya está perdido! —dijo Quint cuando la segunda soga se desenrolló y cayó por encima de la borda.

La lancha se estremeció una y otra vez, y se oyó un lejano sonido de algo que se aplastaba.

—Conque me atacas, ¿eh? —gritó Quint—. ¡Esta vez no te llevarás a nadie contigo, jodido de mierda!

Quint corrió hacia adelante y puso en marcha el motor. Empujó la palanca hacia delante, y la embarcación se apartó de los barriles que flotaban en el agua.

—¿Nos ha hecho algún daño? —preguntó Brody.

—Un poco. Vamos algo hundidos de popa. Probablemente nos haya hecho un agujero. Pero no hay por qué preocuparse. Bombearemos el agua.

—Entonces, todo ha terminado —sonrió Brody.

—¿Qué es lo que ha terminado?

—Podemos considerar que ese pez ya está muerto.

—No del todo. Mire.

Siguiendo a la lancha, a la misma velocidad, se veían los dos barriles de madera roja. No flotaban. Arrastrados por la gran fuerza del tiburón, cada uno de ellos cortaba el agua, levantando una ola por delante y dejando una estela por detrás.

—¿Nos está persiguiendo? —inquirió Brody.

Quint asintió.

—¿Por qué? No puede seguir pensando que seamos comida.

—No. Ahora quiere presentar batalla.

Por primera vez, Brody vio una mueca de inquietud en el rostro de Quint.

No era miedo, ni verdadera preocupación, sino más bien una mueca de intranquilidad, como si en un juego hubiesen sido cambiadas las reglas, sin previo aviso, o aumentadas las apuestas. Viendo el cambio en el estado de ánimo de Quint, Brody sintió miedo.

—¿Alguna vez le había sucedido esto con un pez? —inquirió.

—Así no. Como ya le dije, me han atacado la lancha, pero, la mayor parte de las veces, en cuanto uno les clava un hierro dejan de luchar contigo para dedicarse a combatir a la cosa que tienen clavada.

Brody miró por el costado. La lancha se estaba moviendo a una velocidad moderada, girando a un lado y a otro en respuesta a las vueltas que, al azar, daba Quint al timón. Pero los barriles les seguían siempre.

—A tomar por culo —exclamó Quint—. Si lo que quieres es lucha, la conseguirás.

Disminuyó la velocidad hasta el mínimo, salto del puente y se subió al montante. Tomó el arpón. La excitación había vuelto a su rostro.

—¡De acuerdo, comemierda! —gritó—. ¡Ven y verás lo que es bueno!

Los barriles seguían acercándose, hendiendo el agua a treinta metros de distancia, luego a veinticinco, después a veinte. Brody vio cómo la masa gris pasaba a lo largo del costado de estribor de la lancha, a un par de metros bajo la superficie.

—¡Aquí está! —gritó—. Va hacia adelante.

—¡Mierda! —gritó Quint maldiciendo lo mal que había calculado el largo de las cuerdas. Soltó el arpón y corrió hacia proa. Cuando llegó, se inclinó, tomó el arpón de otro barril y se alzó sobre la plataforma delantera, con el arpón en alto.

El pez ya estaba más allá de su alcance. La cola salió a la superficie a seis metros por delante de la lancha. Los dos barriles golpearon la popa casi simultáneamente. Rebotaron una vez y luego corrieron a lo ancho de la popa, uno por cada lado, y resbalaron a lo largo de los costados de la embarcación.

A treinta metros por delante de ésta el tiburón se volvió. La cabeza surgió del agua y se hundió de nuevo. La cola, alzándose como una vela, comenzó a batir de un lado para otro.

—¡Ahí viene! —dijo Quint.

Brody corrió escalerilla arriba hasta el puente. Justo cuando llegaba allí, vio cómo Quint echaba hacia atrás su brazo derecho y se ponía de puntillas.

El pez golpeó la proa de cabeza, con un sonido que fue como una

explosión apagada. Quint lanzó el hierro. Golpeó al pez en la cabeza, sobre el ojo derecho, y se quedó bien clavado. La cuerda cayó lentamente por encima de la borda, a medida que el tiburón se echaba hacia atrás.

—¡Perfecto! —exclamó Quint—. Esta vez le he dado en la cabeza.

Ahora había tres barriles en el agua, y corrían a lo largo de la superficie. Luego, desaparecieron.

—¡Maldita sea! —gritó Quint—. Un pez que puede hundirse con tres hierros clavados y tres barriles que tratan de mantenerlo a flote, no es un pez normal.

La lancha tembló, pareciendo alzarse, y luego cayó de nuevo. Los barriles surgieron a la superficie, dos en un lado de la lancha, uno en el otro. Acto seguido se sumergieron de nuevo. Unos segundos más tarde reaparecieron a veinte metros de la embarcación.

—Vaya abajo —dijo Quint, mientras preparaba otro arpón—. Mire si ese cabrón nos ha hecho algún daño delante.

Brody bajó al camarote. Estaba seco. Apartó la alfombra, vio una escotilla y la abrió. Un río de agua estaba fluyendo hacia atrás bajo el suelo del camarote. "Estamos hundiéndonos", se dijo, y el recuerdo de sus pesadillas de niñez asaltó su mente. Subió a cubierta y le dijo a Quint:

—No tiene buen aspecto. Hay mucha agua bajo el suelo del camarote.

—Mejor será que vaya a dar una ojeada. Tenga —Quint le entregó a Brody el arpón—. Si vuelve mientras estoy abajo, clávele esto, por si acaso.

Fue hacia atrás y se metió bajo cubierta.

Brody se quedó en la plataforma, agarrando el arpón, y miró a los barriles flotantes. Prácticamente estaban quietos en el agua, agitándose de vez en cuando al moverse el pez por debajo. ¿Por qué no te mueres?, le dijo en silencio al tiburón. Oyó cómo se ponía en marcha un motor eléctrico.

—No hay problema —dijo Quint caminando hacia él. Tomó el arpón de manos de Brody—. Desde luego, nos ha dado un buen golpe, pero las bombas se cuidarán de eso. Podremos remolcarlo.

Brody se secó las palmas de las manos en el fondillo de los pantalones.

—¿Realmente va a remolcarlo?

—Sí. Cuando muera.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando le toque.

—¿Y hasta entonces?

—Esperaremos.

Brody miró su reloj. Eran las ocho y media.

Esperaron durante tres horas, siguiendo a los barriles cuando éstos se movían, cada vez más lentamente, nadando un camino irregular a través de la superficie del mar. Al principio, desaparecían cada diez o quince minutos, volviendo a surgir a la superficie a algunas docenas de metros más allá. Después, sus inmersiones se hicieron más raras, hasta que, a las once, ya no se habían hundido desde hacía casi una hora. A las once y media, los barriles estaban flotando quietos en el agua.

La lluvia había cesado, y el viento disminuido hasta convertirse en una brisa agradable. El cielo era una masa gris compacta.

—¿Qué le parece? —preguntó Brody—. ¿Está muerto?

—Lo dudo. Pero puede estar lo bastante próximo a la muerte como para que podamos atarle una cuerda a la cola y remolcarlo mientras se muere.

Quint tomó un rollo de soga de uno de los barriles de proa. Ató un extremo a una de las estaquillas traseras. Con el otro hizo un nudo corredizo.

Al pie del palo había una maquinilla eléctrica. Quint la conectó para asegurarse que funcionaba apagándola en seguida. Aceleró el motor y llevó la embarcación hacia los barriles. Maniobraba lenta y cautamente, dispuesto a virar alejándose si el pez los atacaba. Pero los barriles siguieron quietos.

Quint puso el motor en punto muerto cuando llegó junto a los barriles. Se inclinó sobre la borda con un garfio, enganchó una soga y subió a bordo un barril. Trató de desatar la soga del barril, pero el nudo estaba mojado y muy apretado. Así que sacó su cuchillo de la funda y cortó la cuerda. Clavó el cuchillo en los maderos, liberando su mano izquierda para aferrar la soga, y su derecha para echar el barril sobre cubierta.

Subió al montante, metió la soga por una polea situada en el extremo de la cabria, atando la punta a la maquinilla. Tan pronto como hubo enrollado el trozo de soga que colgaba flojo, la lancha se inclinó mucho hacia estribor, por el peso del tiburón.

—¿Bastará esa maquinilla? —preguntó Brody.

—Supongo que sí. No logrará sacarlo del agua, pero me imagino que lo subirá hasta nosotros —la maquinilla estaba girando lentamente, zumbando, dando un giro completo cada tres o cuatro segundos. La soga se estremecía por la tensión, lanzando gotitas de agua a la camisa de Quint.

De pronto, la soga comenzó a subir demasiado deprisa. Se enredó en la maquinilla, no enrollándose bien. La embarcación volvió a la vertical.

—¿Se ha roto la cuerda? —inquirió Brody.

—¡Mierda, no! —exclamó Quint, y ahora Brody vio miedo en su rostro —. ¡Ese hijo de puta está subiendo!

Corrió hacia los mandos y puso el motor marcha atrás. Pero era demasiado tarde.

El tiburón salió a la superficie justo al lado de la lancha, con un gran estruendo siseante. Se alzó vertical, y, en un instante de terror, Brody se quedó mirando con la boca abierta el tamaño de su cuerpo. Irguiéndose por encima, bloqueaba la luz. Las aletas pectorales se extendían como alas, rectas y rígidas y, mientras el tiburón caía hacia delante, parecían tenderse hacia Brody.

El pez cayó sobre la popa de la embarcación con un estruendo ensordecedor, hundiéndola bajo las olas. El agua saltó por encima del montante. En pocos segundos, Quint y Brody se hallaron con agua hasta la cintura.

El tiburón yacía allí, con sus fauces a menos de un metro del pecho de Brody. Su cuerpo se agitaba, y, en el ojo negro, tan grande como una pelota de béisbol, Brody creyó ver reflejada su propia imagen.

—¡Dios maldiga tu negra alma! —aulló Quint—. ¡Has hundido mi lancha!

Un barril flotó dentro de la cabina, con la soga serpenteando como una reunión de gusanos. Quint asió el arpón del extremo de la cuerda y, con toda la fuerza de su brazo, lo clavó en la blanda y blanca panza del pez. De la herida brotó sangre que manchó las manos de Quint.

La embarcación estaba hundiéndose. La popa se hallaba totalmente sumergida, y la proa se alzaba en el aire.

El tiburón rodó sobre cubierta y se deslizó bajo las olas. La soga, unida al arpón que Quint le había clavado, le siguió.

De pronto, Quint perdió el equilibrio y cayó hacia atrás en el agua.

—¡El cuchillo! —gritó, alzando su pierna izquierda sobre la superficie, y Brody vio la soga enrollada alrededor del pie de Quint.

Brody miró hacia la borda de estribor. El cuchillo estaba allí, clavado en la madera. Se abalanzó hacia él, lo arrancó y se volvió, luchando por correr en el agua que cada vez se hacía más profunda. No podía moverse lo bastante

deprisa: contempló con inerme terror cómo Quint, tendiendo hacia él unos dedos agarrotados, y con los ojos desorbitados y suplicantes, era arrastrado lentamente hacia el oscuro mar.

Durante un instante hubo un silencio, sólo interrumpido por el sonido succionante de la embarcación que se iba deslizando gradualmente hacia el fondo. El agua llegaba ya a los hombros de Brody, y éste se agarró desesperadamente a la cabria. El cojín de un asiento surgió en la superficie junto a él, y Brody lo aferró. ("Lo mantendrían perfectamente a flote", recordó Brody que le había dicho Hendricks, "si usted fuera un niño de ocho años.")

Brody vio que la cola y la aleta dorsal aparecían en la superficie, a veinte metros de distancia. La cola se agitó una vez hacia la izquierda, y otra hacia la derecha, y la aleta dorsal se acercó.

—¡Lárgate, maldito seas! —aulló Brody.

El tiburón siguió acercándose, apenas si moviéndose, más y más cerca. Los barriles y las sogas lo seguían.

La cabria se hundió, y Brody la soltó. Trató de patear hacia el casco de la lancha, que ahora casi estaba vertical. Antes de que pudiera alcanzarlo, se alzó aún más y luego, rápida y silenciosamente, se deslizó bajo la superficie.

Brody se aferró al cojín, y halló que, manteniéndolo frente a él, con los antebrazos encima, y pateando constantemente, podía mantenerse a flote sin agotarse de cansancio.

El tiburón se acercó aún más. Estaba a pocos centímetros de distancia, y Brody podía ver su morro cónico. Gritó, en un acto de desesperación, y cerró los ojos, esperando una agonía que ni podía imaginar.

No pasó nada. Abrió los ojos. El pez estaba casi tocándole, a sólo unos treinta centímetros de distancia, pero se había detenido. Y, entonces, mientras Brody lo contemplaba, el cuerpo gris plateado comenzó a retroceder en la oscuridad. Parecía irse desvaneciendo, una aparición que se perdía entre las sombras.

Brody metió la cabeza en el agua y abrió los ojos. A través del escozor del agua salada vio cómo el tiburón se hundía en una lenta y grácil espiral, arrastrando tras de sí el cadáver de Quint, que tenía los brazos tendidos hacia los costados, la cabeza echada hacia atrás, y la boca abierta en muda protesta.

El pez desapareció de su vista. Pero, no pudiendo hundirse en las profundidades a causa de los barriles que flotaban, quedó detenido en algún lugar, más allá de donde alcanzaba la luz, y el cadáver de Quint quedó suspendido, una sombra que giraba lentamente en la penumbra.

Brody miró hasta que sus pulmones le dolieron por la falta de aire. Alzó

la cabeza, se aclaró los ojos y buscó en la distancia el punto negro que era la torre de agua. Al instante, comenzó a patalear hacia la orilla.